PQ
7297
R71864
A83
V.1
LAC-Z

LOS ASESINOS DE DONGO.

LOS

ASESINOS DE DONGO.

NOVELA HISTORICA,

PRECEDIDA DE UN PRÓLOGO

Y

CONTINUADA EN DOS TOMOS.

ESCRITA POR

Manuel Filomeno Rodriguez.

TOMO I:

MEXICO—1873.

Imprenta de J. R. Barbedillo y compañía.
Escalerillas núm. 21.

203770

Esta obra es propiedad de su autor.

LIBRARY
UNIV OF TEXAS

PROLOGO.

CAPITULO I.

Una alborada matutina en despoblado.

Erebo, hijo del caos y de la noche y padre del dia, si hemos de dar crédito á la fábula mitológica, Erebo, repetimos, en la primera acepcion, es el que bajo su imperio nos domina en los primeros instantes, que nuestra pluma produce los primeros conceptos, con que abrimos la escena para los acontecimientos, que en la presente obra nos proponemos desarrollar. Estamos pues ro-

deados de tinieblas, la oscuridad mas profunda, las sombras mas espesas, y la bruma densa y pesada de la noche no permite á nuesta visual inquieta é investigadora distinguir algunos de los objetos que nos cercan. El terreno en que nuestra planta descansa, es firme; y sin embargo no le miramos: nuestra frente se levanta, y nuestros ojos se elevan; empero ¡ay! los astros de la noche no parecen, las estrellas no rutilan tachonando esa magnifica bóveda azul, que sirviendo de pabellon á nuestras cabezas, es el asiento en que descansa el trono expléndido de la residencia natural, por esplicarnos así, de la Majestad Divina, esencia de todo el bien y creadora de todo el Universo y de todo lo visible como de lo invisible: estamos en las tinieblas; y sin embargo de la oscuridad brota la luz, la luz de la inteligencia despues de desterrar de ella, los vapores y la ceguedad de la torpeza y de la ignorancia: la luz indeficiente que sopló el caos brotando de la simple voluntad de estas palabras: ¡Fiat luz! y la luz fué hecha, y esta luz que constituye el dia, es la que esperamos para descubrir los horizontes en que hidrópica nuestra mirada contemple ese cuadro magnífico, soberbio é inimitable de la naturaleza, produciéndose y reproduciéndose en todas sus maravillas, para imprimir en el corazon de la criatura humana la diferencia entre su miseria, su nada, su debilidad y su impotencia, y el poder, la sabiduría, la Dvinidad y la Omniptencia del Hacedor, de esa misma naturaleza que al contemplarla ab-

sorto, le anonada y confunde en la incapacidad de su propia pequeñez, de su corto entendimiento, de su miserable inteligencia ¡Gloria, pues, al autor de esa luz que próximamente inundándonos de sus rayos replandecientes harán en nuestra ciega visual el efecto maravilloso, de la contemplacion de ese panorama vivo, que arroba los sentidos y extasía el alma, imprimiendo en el corazon, el bellísimo sentimiento de gratitud por la perfectibilidad de sus obras! ¡Gloria peremne é inmutable al Criador de la naturaleza! ¡Gloria al Criador de su pobre criatura formada á su imágen y semejanza! Gloria al generoso benefactor, que con el soplo qe su divino aliento, animó al hombre para que despues de esta peregrinacion sobre la tierra, sus virtudes si las practica, encuentren la debida recompensa en las mansiones eternas! ¡Gloria á la sabiduría increada por los destellos de fé con que dotó al corazon de cada uno de sus hijos! ¡Gloria por siempre al que permite en su pobre inteligencia elevar sus acciones de gracias por los beneficios particulares que le ha concedido, y gloria invoquen del que así se espresa, para su Dios, su Criador y su benefactor, como homenage de primicias rendido al emprender los trabajos que forman el total de la presente obra!

Una faja blanquecina, débil, ténue y escasa parece que comenzamos á percibir, y con efecto, ella, aunque por grados extrictamente medidos, se robustece, se anima y ¡oh felicidad! es el resplandor que anuncia el cre-

púsculo matinal. ¡Es la luz, es la animacion, es la vida, que todo lo embellece, que á todo le da forma. La naturaleza despierta del sopor letárgico del sueño en que yacia, la obscuridad, las sombras, la densidad y las tinieblas se infiltran en sí mismas y desaparecen. La primera mirada del hombre se eleva al cielo, su patria, y al efecto de satisfaccion se sacían sus ojos, corresponden los sentimientos todos del organismo intelectual; empero no andemos merodeando en vaguedades de consideraciones abstractas; fijémonos en lo que debe ser para que la accion de nuestra obra tenga un punto de partida, á que debamos atenernos. Estamos en despoblado, y en los momentos arrobadores y supremos, de una matutina alborada. Nos hallamos frente por frente del Levante y en el centro de una dilatada llanura, cuyo pavimento está cubierto por el esmeralda cesped salpicado de florecillas silvestres que constituyen su lujosa alfombra: allá en lontananza y en el viento opuesto, es decir, hácia occidente, se descubre un grupo compacto de techumbres de campanarios y de grandes moles, que hacen comprender la existencia del caserío de algun pueblo ó ciudad inmediata: con efecto es así, y tres leguas distantes de nuestro sitio, se encuentra la ciudad de Toluca, que es la que alcanzamos á descubrir. Hácia el Norte y muy cerca de nosotros se levanta un edificio, cuya primera mirada le coloca en la categoría de finca de campo, y es verdad, supuesto que es una hacienda, á

cuyo rústico techo debemos abigarnos un poco mas adelante: á su frente y viento Sur no hay mas que un horizonte lejano, dilatado, y en el que la mirada encuentra dique en la inmensidad de sí misma: tal es el conjunto que compone el cuadro que nos hemos permitido descubrir: elevemos de nuevo la mirada á la celeste bóveda, y detengámonos algunos instantes en la contemplacion de esa media tinta de claridad, que mientras mas incisiva, mas embellce, mas admira, mas arroba, y mas poetiza el espacio á que alcanza; es el crepúsculo matinal precediendo la venida de la aurora.

Es esta una bellísima mujer, tan hermosa como la realizacion del ensueño de oro, de las ilusiones deseadas. Jóven, galana y gentil, se destaca gallarda y arrobadora en su leve andar, á la puerta de un soberbio y magnífico palacio de granate: su ropaje amarillo canario, vaporoso y ondulante, deja advertir la redonda morbidez de sus formas: su cabellera luenga y sedosa, se estiende sobre su graciosa espalda para descender gran espacio abajo de su delicado talle; su frente es límpida y serena como el amanecer de la primavera; su boca es graciosa, y vaga en sus frescos y sonrosados lábios la seductora sonrisa de la satisfaccion; sus ojos brilladores y centellantes, despiden fúlgidas miradas que extasían á su contemplacion, y de ellos se desprenden gruesas lágrimas que constituyen el rocío de la mañana; su cabeza se mira coronada por guirnaldas de flores y empuña

en la diestra mano las llaves del Oriente, miéntras en la siniestra lleva luminosa antorcha ante la que desaparecen la obscuridad y las tinieblas de la noche. A la puerta de su palacio se mira un soberbio carro tirado por pegasos blancos, de magnífico guarnés, frenos de oro, y riendas de púrpura. Nuestra inconológica hada, ocupa el vehículo, este rueda, y en su rodar conduciendo á la Aurora destruye la densidad, abate las tinieblas, y la luz del dia es saludada con alborozo, con delirante entusiasmo por aquellos que, absortos contemplan el amancer de un nuevo dia.

A la accion de la luz, la mirada humana se estiende, se dilata, inquiere, y fascinada, se sorprende ante el cuadro que ofrece y presenta la sábia y benefactora naturaleza; empero nada es comparable al variante y delicioso aspecto que obliga á esa mirada á detenerse en el desarrollo magnífico de los diversos celajes que se verifican, se suceden, se cambian, se dividen, se apartan, se agrupan y se mantienen en el espacio atmosférico pareciendo persuadir que se verifican en el fondo de ese sublime azul de nuestra bóveda.

Véamos uno de esos inimitables celajes. Es un grupo colosal de estensísimas nubes, que en nuestra matutina alborda descubrimos. Aquí se ostenta grandiosa y sorprendente la suntuosa portada de un sublime templo, cuyas boveda corresponden á la estencion de sus elevadoss campanarios; allí un soberbio palacio de órden gótico cu

ya galería de balcones hace ostentacion de su maestra fachada: mas allá la rústica choza del campesino propiamente caracterizada, en su techumbre, en su bien formado establo, en su estenso corral, y para mejor persuadir un estensísimo rebaño conducido por el viejo pastor de crecida barba, encorbado á fuerza de años, apoyado en su nudoso garrote y seguido de tres ó cuatro mastines, guardas fieles como él, de su numeroso ganado. Mas distante un gran convòy de carros, acémilas, y á tan dilatados bagajes, una carabana completa de mujeres, ancianos y niños: despues un soberbio castillo feudal, con toda la severidad de su aspecto, almenado con sus troneras y torreones, sus fosos, su puente levadizo, y su respectiva atalaya sobre la que campea de pies á cabeza armado, el correspondiente vijia: al estremo opuesto dos formidables ejércitos, que empeñados en la lucha de una terrible y encarnizada batalla, se acometen, retroceden, avanzan, triunfan, pierden y recobran su artilleria, se derrotan se rehacen, y dejan ver en el horror de la guerra, y en el campo del combate, los muertos, los heridos y los dispersos, y todo ese conjunto disimbolo, raro, heterojéneo, caprichoso y variado de la potencia del aire, jugueteando con las nubes, vestido é iluminado con los vivísimos colores del carmin, de gualda y nacar, que el astro rey, esa lumbrera luminosa del Universo, al anunciarse en su venidera aparicion, imprime en ese dilatado cuadro que rápida mente acabamos de bosquejar para que minutos

despues de nuestra contemplacion, un nuevo motivo nos estreche para continuar en ella, al descubrir tras el carro de la aurora que dejamos descrito, un nuevo carro, que girando entre nubes de arrebol, sigue su marcha magestuosa y serena, para derramar de su centro rayos de oro, que al rielar sobre la estensa superficie de la tierra, todo lo animan, todo lo embellecen, todo lo fecundizan, y á todo imprimen ese carácter de animacion, de bullicio, de movimiento, de alegria y de vida que al constituir el dia, forma la delicia que él mismo importa. Este carro es conducido por un gallardo y arrogante jóven de rubia cabellera, de continente gentil, y cuya cabeza ostenta corona de laurel. Mírase á su espalda un carcax y una flecha y empuña una lira con cuerdas de oro. Es segun la historia mitológica entre los dioses del Olimpo, el ínclito Apolo dios de la música, de la poesia y de las bellas artes: su marcha, conduciendo el carro del Sol, es magestuosa, imponente y serena.

A la accion fulgente y fecundadora del astro del dia todo se embellece, todo vive, la naturaleza despierta por sí misma del soporífico letargo de su sueño y con ella todo ser viviente de los moradores, que habitan sobre la tierra. No parece sino que con el nuevo dia vienen la animacion y la vida de todo aquel lo que en sus particularidades y conjunto forman ese todo armónico, que al examinarlo atentamente establece ese sentimiento arrobador del que se deriba la admiracion, y el profundo reconocimien-

to hácia el autor de tanta maravilla, de tanto embeleso como se verifica en la matutina alborada de cada dia.

Percíbese mas sensible el murmullo de la corriente de las cristalinas aguas; la flor abre su broche y exhala su cáliz ese su aroma que embalsama gratamente el espacio, las mariposillas bulliciosas, alegres y con sus alas de oro, en giros y revoloteos caprichosos liban el néctar que la floresta les ofrece. La brisa de la mañana mece pausada el follage de los árboles, que produce gemidos inimitables de gratísimo sentir, las tórtolas lloran desde sus nidos en sus arrullos de amor, las avecillas se lanzan al espacio con esa loca alegría de sus parleros trinos, tras esta animacion, y tras este orden de marcha, en la accion de la naturaleza la mano del hombre dispuesta para dar principio en el nuevo dia á las operaciones de su trabajo, al cumplimiento de su deber. Démos, pues, principio al nuestro ya que en el desarrollo ligero, del cuadro de que nos hemos ocupado, hemos como él, llegado á la hora y al dia en que debemos dar prncipio á ejecutar la accion de los acontecimiento, que al narrarlos, formarán en su conjunto el tejido de los hilos de que se compondrá nuestra historia.

Estamos en la época en que nuestra querida patria, hoy libre, soberana é independiente por los heróicos esfuerzos de sus buenos hijos, gemia bajo el peso de la dominacion extraña; es decir, nos hallamos en el tiempo en que nuestra encantadora México era colonia españo-

203770

la, denomida Nueva España, mas preciso y para fijarnos de una vez. Es la matutina alborada de un dia primaveral del mes de Mayo de 1770. Por la carretera del espacio dispuesto para el servicio público que viene de la ciudad de Toluca, y sobre la que hemos presenciado el amanecer del primer dia en que abrimos la escena de nuestro relato, se descubre una pequeña cabalgata, si así puede llámarsele, al único cuadrúpedo de montura que la compone, al anciano que lo arrea y al enorme mastin que le sirve de compañía; empero, debemos particularizar los pormenores de tan pequeño grupo que deberán ser el punto de partida que satisfaga á nuestro intento.

Sobre los lomos del paciente pollino y en el centro de dos pequeños huacales que medio abiertos se inclinaban hácia ambos flancos, y envuelta en un gran cobertor, camina una pequeña criatura, que á juzgar por lo que rebela su fisonomía, tendrá de ocho á nueve años de edad: en esta se descubren las huellas de una hermosura poco comun tan al principio de la vida. El óvalo de su rostro es interesante, su frente es ancha y bien formada, su cabellera son hilos de oro en abundante profusion, sus ojos negros, de indefinible corte, de mirada chispeante, bulliciosa, vivísima y tan falta de reposo como propia de tan temprana edad; sus pestañas son luengas y rizadas, su nariz recta y delgada, su boca diminuta con el lábio superior un tanto belfo, y el todo hechicero y atra

yente de tan tierna niña, estableciendo el contraste de su hermoso talante, con la triste situacion del modo de caminar en que la encontramos. El individuo que arrea al borrico es un anciano, que no exageraríamos si le asignásemos sobre la espalda setenta primaveras á juzgar por la expresion rugosa de su rostro, el brillo apagado de sus miradas y la ligera elevacion de sus pulmones, bajo cuyo peso parece agobiado de fatiga para descender próximamente al descanso de las viscisitudes de la vida. Su ropaje se compone de un grueso pantalon de paño grís de la acreditada fábrica de San Fernando, su chaleco es de piqué de cuadros, su chaqueta de dril color plomo, cubre su cabeza un sombrero jarano de alas anchas, se abriga con un zarape burdo de abigarrados colores, y su calzado son unos zapatones herrados y groseros, propios para la caminata que viene desempeñando; se apoya en un nudoso garrote y anima con la voz al jumento para que su paso sea ménos perezoso y tardío, y le acompaña á su lado un enorme perro de musculares canillas y con un estuche molar capaz de atemorizar la fiereza de un lobo.

Muy de madrugada debió haber emprendido su camino si hemos de atender al rastro impreso sobre las patas del borrico, las del mastin, y aun el polvo recogido en sus propios pantalones. A pesar de la fuerza de la estacion primaveral, el frio era sensible, á consecuencia de las corrientes del recio viento que batia

en despoblado. La marcha de nuestros viajeros era tranquila y sin contratiempo alguno: de vez en cuando el anciano, que marchaba casi pegado á uno de los huacales en cuyo centro iba la pequeña niña, estendia el brazo hasta tocar el hombro de ésta y con acento cariñoso le decia:

—No te duermas, hija mia. No te duermas, querida Isaura, y te vayas á caer y te lastimes del golpe.

—No me duermo, querido abuelito, contestó la niña. —Lo que tengo es mucho frio, mucho frio, querido papá Gervasio.

—Ya hija mia, ya se te quitará con la aparicion del sol. ¿No vés que ya mero nos alcanzan sus rayos? Dentro de algunos instantes seremos favorecidos por la accion benéfica de su calor.

—¡Ay, abuelito Gervasio, que tambien voy teniendo ya mucha hambre.

—Ya la aplacaremos, hija mia, un poco mas adelante ¿Vés esa casa que está cerca de nosotros? Debe ser alguna hacienda, y cuando lleguemos á ella descansarás un poquito, y allí tomaremos el desayuno.

—¡Ay qué bueno, abuelito! porque deberas tengo hambre; y vd., ¿no es verdad, y mi buen amigo Pastor? ¿no es verdad Pastor?

El perro, al escuchar su nombre, levantó la cabeza, meneó la cola y despues de dar un salto sobre los cuartos traseros tornó á su misma posicion y á la monoto-

nía de su camino. Tras estas ligeras palabras el silencio se enseñoreó de nuestros caminantes y la marcha siguió con perfecta tranquilidad, sin que contratiempo alguno viniese á interrumpirla, como cuando á distancia de doscientos metros de la hacienda que ántes indicara el anciano y de una de las zanjas de la orilla del camino, precisamente por la que marchaba el borrico, se elevó un reptil largo y angosto, á manera de látigo que produciendo en el aire un zumbido aterrador, se descargó sobre la cabeza del jumento, con tal fuerza, que el cuadrúpedo, ya por lo récio del golpe que recibiera, ya por la sorpresa de tan repentino ataque, cejó con violencia sobre el lado derecho de su marcha, tan bruscamente, que la preciosa carga, la pequeña Isaura, vino á tierra, exhalando al caer un agudo grito de espanto para seguir produciendo gemidos de dolor que indicaban la existencia de alguna lastimadura. En la pajareada del burro que fué por el mismo flanco por donde marchaba el anciano, atropelló á éste, á quien cogió de sorpresa, de manera que le hizo trastrabillar, obligándole á perder el garrote que llevaba en la mano y el sombrero, que se le escapó de la cabeza, á la vez que el perro retrocedia gruñendo y acosado por los latigazos que el reptil de la zanja seguia menudeando con liberalidad y profusion: era este una culebra de cascabel, que tan pronto se recogia en sus propios anillos, como se elasticaba hasta tres ó cuatro metros de largo.

El anciano recobró instantáneamente su serenidad y estimuló al perro para que entretuviese la atencion de la culebra miéntras él recogia su garrote y violentamente llegaba al sitio en que la pequeña Isaura, muy cerca del reptil, reclamaba sus auxilios: con efecto á la aproximacion del viejo Gervasio, la culebra desapareció en la misma zanja de donde habia salido.

—Hija mia, exclamó el anciano levantando á la niña del suelo y extrechándola entre sus brazos. Ya, ya pasó, querida Isaura. No te asustes, no te espantes, hija mia, no es mas que una culebra que ya desapareció. No llores, no llores, mírame, no llores, que soy yo, yo tu padre grande, tu abuelo que tanto te quiere. Serénate hija mia y háblame.

Pero la pequeña niña no podia hablar. Un torrente de lágrimas despedian sus ojos y de su pecho se producian sin interrupcion, dolorosos y hondos gemidos. A la paternal solicitud del cariñoso anciano, solo contestaba con llanto, retorciéndose convulsivamente y señalando con la mano derecha el brazo izquierdo que le producia tan acerbos padecimientos.

—¿Qué es eso, hija mia? ¿aquí te duele, aquí recibiste el golpe?—y el anciano tocó en el sitio que la niña le indicaba. Esta, al sentir aquel contacto, hizo un extremo violento de fuerza, y un alarido agudo, terible, extridente se perdió en el espacio: estaba desmayada.

El anciano Gervasio se alarmó: inquirió con ánsia la respiracion de la niña, buscó los latidos del corazon y fijó su mirada en el brazo que le habia sido indicado. —¡Oh, Dios mio, murmuró! el bracito volteado, desconchabado, ¡sí estará roto!—y para salir de su duda, le palpó, aunque con algun miramiento. No, no está roto, pero sí desconchabado, segun creo.—Y con efecto, en el brazo de la pequeña Isaura, se habia verificado una dislocacion, volteándose éste de manera que el codo habia venido á quedar en la parte de la sangradera.

—Dios mio, prosiguió el anciano levantando sus ojos al cielo, ¿qué hacer en el aislamiento y en la soledad de un camino? ¡Ah! por fortuna está tan inmediata esa finca, ¿será una hacienda? Véamos si en ella encontramos una alma caritativa que me preste auxilio en mi desgracia.

El anciano, sin abandonar á Isaura de sus brazos, recogió como pudo su sombrero, y arreando al borrico seguido del perro, se dirigió á la casa que á pocos pasos se encontraba, y que era la misma que acababa de indicar.

CAPITULO II.

Doña Rosa.

La finca de campo á que se dirige el anciano Gervasio con su preciosa carga en los brazos, el pollino delante y el perro á su lado, es una de aquellas fábricas de construccion severa á la que no seria impropio situar en la época de la edad media. Su frente mira al viento Sur, y su estension revela gran fondo, ya en las habitaciones, ya en las oficinas y dependencias de ella misma. En el frontispicio se descubre la entrada princi-

pal, algunas otras puertas, y al extremo derecho de su frente, se levanta la torrecilla del campanario de su correspondiente capilla, A cierta distancia y diseminados aquí y acullá, pero formando en el rádio en que se estienden el carácter de union y compatibilidad de su conjunto, se ostenta gran número de pequeñas chozas ó cabañas que constituyen el real ó ranchería de la hacienda. Mas léjos y en tamaño proporcionado, se encuentra la balsa ó jagüey en que se recojen las aguas del campo y circunvalada en sus planos y á retaguardia las correspondientes sementeras, que en dilatadas llanuras en su siembra de maíz, presentan un golpe de vista tan grandioso como sorprendente á su contemplacion.

En los momentos que vamos á penetrar en lo interior de esta finca, nos intercepta el paso un espectáculo que, imprimiendo respeto, nos hace partícipes del sentimiento de religiosidad que le caracteriza. A la puerta principal, con la cabeza descubierta y con la rodilla en tierra, se mira un gran número de hombres que son las diversas cuadrillas de trabajadores ó gañanes que ántes de dar principio á las ocupaciones ó faenas del dia, tributan el homenage debido en su rústico alabado al Sér Supremo que les ha permitido la conservacion de sus vidas para adquirir el sustento de sus familias. Un individuo de pié, enbozado en su zarape y tambien descubierto parece presidir aquel acto, es el mayordomo, quien al distinguir á nuestro anciano Gervasio, y despues de ter-

minar el alabado. se dirigió á él para interrogrrle en estos términos:

—¿Quién sois, buen viejo y de dónde venís tan de madrugada?

—Vengo de Toluca, contestó Gervasio, y me dirijo á la ciudad de México; pero al llegar á esta finca el jumento en que venia mi querida Isaura, se espantó con una culebra qne salió de una de las zanjas del camino y la pobre niña cayó al suelo recibiendo la fuerza del golpe en un bracito, que no sé si se lo habrá roto y á cuyo dolor al examinárselo se me ha privado, ó quién sabe si muerto. ¡Véa vd., véa vd.. porque yo no puedo saber lo que me pasa! Y Gervasio al decir esto presentaba á Isaura, á la vez que de sus ojos se desprendian lágrimas del dolor.

—¡Pobre criatura! exclamó el mayordomo espresando un sentimiento de compacion para proseguir,—veremos al señor administrador, que como hombre de luces, sabrá lo qne se debe hacer y en su familia encontrareis el auxilio que necesiteis,

—Haceis bien en asegurarlo así, buen Antonio, dijo un individuo que al dirigirse al mayordomo habia escuchado el diálogo de este con el anciano Gervasio.

Este nuevo personaje revelaba en sus maneras y espresiones la diferencia de clase con la gente que tenia delante y la categoría que le correspondiera: era el administrador aludido por el mayordomo; su ropage cor-

respondia á su persona, cubria su cabeza un sombrero de anchas alas y estaba embozado en una manga de paño color verde botella, con dragona de terciopelo negro y fleco de seda del mismo color. Su fisonomía franca y su aire de benevolencia, le conquistaban desde luego el sentimiento de simpatía que debia corresponder al aspecto atrayente de su persona. Despues de sus palabras dirigidas al mayordomo, prosigió con el anciano Gervasio á quien dijo:

—Seguidme, buen hombre, que en el seno de mi familia encontrareis todos los auxilios que reclama vuestra situacion.

Gracias, señor, mil gracias; pero quisiera saber tambien qué hago de mi borrico.

—Antonio, dijo el administrador al mayordomo, recojan ese burro, que le quiten la carga y que la metan al despacho cuidando que nada se extravíe. Seguidme buen anciano.

Gervasio con el administrador, penetró al interior de la casa, y despues de atravesar un gran patio y tres ó cuatro habitaciones, se detuvo en la última, en la que se encontraba una señora á la que el segundo dijo.

—Mira, Mariquita, á este buen hombre le ha sucedido una desgracia con la niña que trae en sus brazos. La ha tirado un burro, se ha privado del golpe y temo que se le haya roto un brazo.

—Válgame Dios, exclamó la señora ¡y qué hermosa es! Veremos qué se le puede hacer violentamente para que vuelva en sí: por fortuna entre los convidados al herradero está el médico de Toluca. á quien será menester ocurrir inmediatameute que se levante. Miéntras que aspire un poco de vinagre ó alcali para que vuelva al sentido. Y la señora pasó á la estancia inmidiata para regresar instantáneamente con un pomito de cristal que contenia un líquido, del que aplicado á la paciente en aspiraciones repetidas, se obtuvo el resultado que se deseaba. Isaura volvió á la vida: sus ojos se abrieron desmensuradamente, miró con extrañeza cuanto la rodeaba y terminó por deshacerse en abundante y copioso llanto.

—¡Ay, mi querido abuelito, exclamó!—ay mi querido padre Gervasio, que ya no puedo sufrir el dolor de este brazo.

—¡Pobre hija mia, desdichada Isaura! murmuró el anciano que tambien lloraba, al extrechar contra sí á aquella criatura!—¡pobrecita! pero por fortuna estamos bajo un techo hospitalario y caritativo, que nos favorecerá en nuestra desgracia.

Veremos, dijo la señora, ya que ha vuelto en sí, qué es lo que tiene en el brazo.—Y con efecto, examinó el que la pequeña Isaura pretendia defender acosada por la vehemencia de sus dolores.—No creo que exista ro-

tura, agregó la señora, y sí me parece que puede estar desconchabado.

—¡Ay, ay! tornó á exclamar la infeliz paciente.

—Qué seria bueno hecerle, señora, intorrogó el anciano Gervasio para quien los gemidos de su pequeña nieta venian á repercutir en el fondo de su alma.

—Yo por mí, contestó la señora esperaria á que se levantase el médico, supuesto que lo tenemos en casa.

—Pues yo, dijo el administrador, voy á levantarlo porque primero es atender á la humanidad doliente que dormir.—Y salió de la estancia.

—No llores, hija mia, que ya pronto estarás curada y aliviada.

—Pero si me duele mucho,—y la pobre Isaura lloraba con mas abundancia.

—¿Cómo te llamas hija?

—Isaura, señora, contestó la niña sin dejar de llorar.

—¡Pobrecilla! sufres mucho es verdad pero ya, ya vás á sanar. Miéntras, voy á traerte una cosa para que te consueles y se te quite el llanto.—Y la señora tornó de nuevo á la estancia inmediata para regresar al momento con una gran muñeca de trapo en la mano; á cuya vista los ojos de Isaura comenzaron á enjutarse, y el dolor pareció apagar por grados su vehemencia.

—Mira, mira que bonita niña—la dijo la señora—esta no llora ni se queja, ni nada.

—Sí, porque no le duele, dijo Isaura.—¿No es verdad abuelito Gervasio? Esta niña no llora porque no la ha espantado la culebra ni la tiró el burro.

—Es verdad, hija mia, pero tampoco debes llorar, no vés que cuando llorar me haces llorar.

—Pero cómo no llorar ahora, cuando me duele tanto y fué tan fuerte el golpe.

—Es cierto, hija mia, pero ya, ya veras como dentro de un rato estás buena.

La presencia de tres individuos puso término al diálogo anterior. eran éstos el administrador, á quien ligeramente hemos descrito, un anciano como de setenta años, de mirada perspicaz, observativa y escudriñadora, de frente despejada y serena, y de fisonomía apacible, revelando en su conjunto con lo arreglado y suave de sus movimientos, al hombre instruido, al sábio profundo, al discípulo de Hipócrates: era el médico. El otro pesonaje era un hombre en toda la fuerza de la edad madura, si habia pasado de la primavera de la vida se encontraba en el zenit de su existencia. Su personal, si no era arrogante, tampoco desdecia en buenas formas. Su fisonomía expresaba á la primera mirada un aspecto severo, que venia á dulcificarse desde que se servia de la primera palabra para hacerse entender ó para mandar. Su frente espaciosa y tersa, expresando los signos de una buena inteligencia, sus ojos negros, gran-

des y rasgados, de mirada intensa y dominadora, su nariz aguileña, su boca proporcionada, de lábios delgados á juzgar por el superior, supuesto que el inferior, como sus carrillos, se ocultaban dajo la barba espesa que les cubria negra y sedosa como la abundante cabellera que coronaba su cabeza. Bastaba mirarle solamente sin necesidad de escuchar su acento para saber que pertenecia á esa raza distinguida, cuna de la nobleza, productora de la lealtad del alma y de la hidalguía de los sentimientos del corazon: bastaba verlo para saber que era uno de esos séres, que abundando en filantropía y benevolencia, son sobre la tierra el lenitivo de los padecimientos de la vida, el consuelo de los trastornos de la humanidad, el socorro de las necesidades del desvalido, el protector insigne de los desamparados, y para compendiarlo en una palabra, era el filántropo ilustre avecindado en la capital de la Nueva España y dueño de la casa en que nos hallamos, como lo aredita el miramiento y respeto con las consideraciones que se le tributan por todos los que le rodean. Este individuo con el administrador á su derecha, se detuvo á cierta distancia del asiento en que el anciano Gervasio se encontraba con la pequeña Isaura en sus brazos.

El médico avanzó hasta aquel sitió, tomó el brazo de la niña, á cuyo contacto ésta se retorció de dolor, prorumpiendo de nuevo en llanto, y despues de examinarlo y palparlo con alguna detencion, dijo:—Por fortuna no

hay fractura; lo que hay es una simple dislocacion, que atendida tan inmediatamente producirá ménos padecimientos, y el total restablecimiento se verificará con rapidez.—Y dirigiéndose á la señora, prosiguió:—Necesitamos de pronto una venda, y despues quiza sea necesario, si la inflamacion se presenta, algunos fomentos ó cataplasmas que préviamente recetaré.—La señora volvió segunda vez al aposento inmediato para obsequiar el pedido del médico. Este vino adonde se hallaba el administrador con el dueño de la hacienda, quien interrogó al facultativo diciendo:

—¿Qué tenemos doctor?

—Poca cosa, contestó el médico.

—¿No esta roto el brazo?

—No señor; no hay mas que una dislocacion en el codo, de la que volviendo el hueso á su lugar, solo se origina la inflamacion que pueda venir.

—Pues celebro que no sea mas que eso, porque seria una lástima que en tan tierna edad tuviese que perder el brazo si habia necesidad de amputacion. ¡Oh! y es hermosa la criatura.

—Demasiado hermosa, contestó el médico.

La señora regresó á la estancia trayendo la venda que se le habia pedido. El facultativo tornó al lado de la pequeña Isaura, dijo á Gervasio como la habia de tener para evitar los movimientos bruscos, tomó el brazo de la paciente y operó.

—Un gemido de dolor penetrante y agudo, y tras el primero el segundo y la repeticion constante de estos, anunciaron la vehemencia de los sufrimientos, de aquella pobre niña.

El médico despues de vendar y ordenar la postura en que se debia conservar el brazo dió por temida la curacion aconsejando el reposo que se debia guardar.

—¿Es decir que no puedo continuar mi camino? interrogó Gervasio.

—Lo que es hoy—dijo el médico—no seria prudente Veremos que pasen dos ó tres dias.

—O los que sean necesarios buen viejo, hasta que esté completamente buena vuestra hija, agregó el dueño de la hacienda dirigiéndose á Gervasio. Nada os faltará entretanto.

—Mil gracias, señor, mil gracias señores; creed en los sentimientos de gratitud que abrigo en mi corazon por los favores que acabais de dispensarme.

—Cualquiera cosa que se os ofrezca me la podeis pedir ó pedirla al administrador. Y acompañado de éste y del médico salieron los tres de aquel aposento.

—¿Quién es este señor? interrogó Gervasio á la señora que se empeñaba en calmar el llanto de la pobre Isaura.

—Es el amo de la casa, el Sr. D. Joaquin Dongo, dueño de esta hacienda.

—Se conoce que debe tener muy buenos sentimientos.

—Como los de pocos hombres, ya lo experimentareis.

—No son ménos los que he encontrado en vos, señora, concluyó Gervasio, y en todas las personas que me han favorecido. A todos les agradezco lo que en el dia de hoy han hecho por mí y por mi pobre Isaura—y este buen anciano dedicó su atencion á los cuidados de su nieta.

D. Joaquin Dongo, con los que le acompañaban, al retirarse de aquella habitacion, tomó las escaleras que conducian á la parte alta para llegar á un corredor espacioso que ocupa los tres ángulos del cuadrilátero que parte interior de su patio principal, y en cuyo corredor se encuentran las diversas puertas que dan entrada á otros tantos aposentos. A uno de estos penetró Dongo, el médico y el administrador.

En la pared del fondo y frente á la entrada principal dejando en el flanco derecho las trojes y graneros, y en el izquierdo la entrada á la capilla y algunas otras oficinas. se encuentra una gran puerta que conduce á un segundo patio y de aquí se pasa á un corral estensísimo en el que, en los momentos que le ameritamos una gran cantidad de gente se enbuentra trabajando en formar con vigas un redondel espacioso y un gran tablado cuya ornamentacion y compostura consiste en algunos arbustos, follaje verde y algunas coronas de aromático clavo, que esparcidas con profusion aquí y acuyá, de-

nuncian la proximidad de alguna fiesta, que se corrobora en el carácter que toma aquel trabajo, con el que queda formado el correspondiente espacio para una lid ó corrida de toros, señal inequívoca del regocijo campestre, natural y propio de la época de que nos vamos ocuqando.

Fuera de este sitio y á conveniente viento, la espaciosa Era, ensolerada para la trilla de las correspondientes mieses: al extremo opuesto una noria; mas adelante un monte de majada para el beneficio de las tierras de labor, y por todas partes el mejor arreglo en las dependencias y oficinas de una casa de campo como la que ligeramente dejamos bosquejada.

Tal era en aquella época la hacienda de Doña Rosa, que situada entre las ciudades de Lerma y Toluca, se encuentra hoy en su mismo sitio, con la diferencia de la obra material y de ornamentacion de aquellos dias, que ha venido reclamando en sus modificaciones el torrente de la civilizacion actual, los adelantos del siglo y los adelantos modificadores de lo pasado, que el tiempo en la carrera indómita de su inexorable marcha, arrastra consigo para perpetuar la memoria de sus correspondientes épocas.

CAPITULO III.

Toros y cañas.

En la mañana del siguiente dia en que nos hemos ocupado ligeramente de bosquejar el edificio ó hacienda de Doña Rosa, en la que permanecemos, el sol ha caminado apénas tres horas de la marcha cuotidiana que tiene que recorrer: irradia en todo su esplendor, y sus rayos de oro, al rielar sobre la superficie de la tierra, se estienden reverberantes hasta donde á la mirada humana le es permitido abarcar; la bóveda celeste en su magní-

fico azul ostenta toda su nitidez; el dia es hermoso, como lo son todos los de la estacion de primavera; algunas corrientes de viento refrescan gratamente, y el todo de la naturaleza armoniza perfectamente á constituir delicioso el dia en que nos hallamos.

En el extenso corral en que ayer hemos visto levantar un espacioso tablado y formar un redondel, indicando la proximidad de una lid ó corrida de toros, es adonde nos vamos á situar para dar fé y testimonio de lo que vamos á presenciar. El referido tablado está dividido en tres compartimentos, el centro lo ocupan D. Joaquin Dongo, el anciano discípulo de Hipócrates á quien hemos conocido ayer, unas seis ú ocho señoras y cosa de treinta personas del sexo fuerte, vecinos en su totalidad de Toluca y las haciendas inmediatas, y convidados como nosotros á la fiesta á que concurrimos. El de la izquierda lo ocupan la familia del administrador, compuesta de dos señoras y cuatro niños, entre los que se encuentra nuestra desdichada Isaura, con su brazo vendado y siendo objeto de las mayores atenciones y cuidados: la del escribiente, la del mayordomo y algunos dependientes de la hacienda, entre los que se mira á nuestro buen viejo Gervasio, pendiente de los movimientos de su querida nieta. El de la derecha está reservado á nosotros, queridos lectores, para que con toda comodidad nos hagamos cargo de lo que allí se debe verificar.

Hemos dicho que el redondel es extenso y formado con vigas de construccion fuerte para sostener los empujes que debe resistir. Dos trancas quitadas de su nspacio, señalan lo que constituye la puerta de entrada para aquel sitio, y á la derecha de esta se mira una lumbrada en la que las ascuas de aquel fuego, calientan cnatro fierros de mango largo, y cuya base la forman la forma la cifra de las letras mayúsculas D. R. entrelazadas entre sí. Cuatro hombres, convirtiendo sus sombreros en fuelles, avivan el fogon y esperan que los fier. ros estéu del temple que se necesite para dar la señal-

Al extremo opuesto de este paraje se encuentra recogida una torada que bien puede ser de 300 á 400 cabezas, dispuestas á recibir el hierro candente con que se deben marcar, y á la que rodean gran número de ginetes, que con reata en mano esperan el momento en que deba dar priucipio aquella operacion.

—¡Fierro! ¡fierro! gritó con extentóreo acento uno de los hombres que cuidaban el fagon.

—Y como si esta voz fuese la señal deseada, se oyó repetir por los que esperaban á caballo.

—¡Ave Maria Purisima! ¡Ave Maria Purisima! ¡Ave Maria muchachos! repitió el mayordomo Antonio remolineando su reata, y lanzanqo la lasada á las llaves de un toro al que aseguró diestramente para sacarlo de abuel contro á cabeza de silla en direccion del redondel á cuyo ejemplo los demas ginetes le imitaron y dió prin-

cipio esa escena nacional de nuestro suelo, en la que en el mundo no conocemos rival y la que con justicia admira y asombra á los extranjeros que nos visitan.

—¡Allá voy Tonchudo!—gritó el mayordomo en los momentos de entrar al redondel, acosado por la valentia de la fiera que se le venia encima.

—¡Plaza, plaza! gritaba otro á quien le ocurria la misma apuracion.

—Fuera parados, repetia un tercero en idénticas circunstancias.

—¡Pial! ¡pial! se escuchaba por aquí. Fierro, fierro, por el otro lado. Y aquella escena de hombres, caballos y bestias feroces, cayendo un toro por aqui á consecuencia de la accion de la reata, escapándose un hombre por el otro lado, atropellándose dos ginetes mas allá, quemando con el hierro candente á los infelices animales, al marcarlos, y por todas partes gritos, risas, algarabía, confusion y algunos golpeados caracterizando en conjunto y particularidades la natural fiesta de un herradero en una finca de campo. Esta escena en sus pormenores repetidos, terminó cuando todo el ganado estuvo acabado de herrar, y los vaqueros que de él debían ser responsables, lo recibieron por órden riguroso de estricta cuenta que el administrador presencio al entregarles la torada.

—Pues señor, dijo uno de los convidados á otro de los que formaban el concurso de la lumbrera en que les

hemos acreditado, el herradero ha terminado sin mas novedad que cuatro ó seis revolcados, algunos con las manos destrozadas por los pedazos que les ha llevado la reata y otros con algunas quemaduras de los fierros, debidas al atolondramiento de su natural barbaridad.

—Quién sabe lo que nosotros hariamos en semejante caso, contestó el interlocutor; eso de verse uno perseguido por una fiera semejante es cosa dura en verdad.

—Esa gente, insistió el primero, está familiarizada con las béstias y por consiguiente la ferocidad de estas, no le produce el efecto que á cualquiera de nosotros.

—Sin embargo, repitió el segundo, estarán mas acostumbrados, pero el temor existe en ellos, supuesto que cometen torpezas por defenderse del riesgo.

—Como que el miedo no juega, objetó otro de los circunstantes terciando en el dialogo; yo no me esponia como esos hombres aunque me pesen en oro.

—Pues ahora verán vdes., dijo D. Joaquin Dongo, el arrojo de un vaquero llamado Magdaleno, que raya en temeridad.

—Ya, ya le conozco, afirmó el médico, y Dios quiera que no haya necesidad de mís auxilios para ese atrevido.

—Lo será mas hoy, agregó otra persona, si sabe que hay entre los convidados quien pueda volverle los huesos á su lugar en caso de que se los disloque,

—O quien le corte un brazo si lo necesita.

—O quien le ampute una pierna en caso de necesidad.

—O quien lo declare cadáver si lo matan de un golpe.

—Pues tienen vdes. bonitos presagios, observó una de las señoras que no habia perdido palabra alguna del diálogo.

—Es lo natural en semejantes diversiones, le contestó un vecino mas inmediato. Cuando en ellas no hay tres ó cuatro revolcados, un brazo dislocado, ó una ó mas cabezas rotas, no ha servido la diversion.

—¡Ay Dios mio, objetó otra de aquellas, que era una jovencita con todos los resabios de gazmoña, y pretenciones de sentimental. ¡Ay Dios mio! pues si en tal corrida de toros ha de haber cosa de golpes y lastimados no puedo estar aqui bien ¡ay! esos espectáculos me excitan los nervios, me hacen sufrir horriblemente.

—No tenga vd. cuidado Candita, que aquí estoy yo dijo un mosalvete de los concurrentes, quebrándose todo, haciendo contorsiones y acercando su silla á la de la interesada, tanto cuanto se lo permitia aquel sitio, agregando á la vez: ya sabe vd. cuanto me desvelo por el estado de su interesante salud.

—¡Gracias Polion: vd. tan galante, tan generoso y tan fino como siempre!

—En prueba de mi verdad, aquí tiene vd. que vengo cargando en el bolsillo, un pomo de sales, uno de éter ascético y otro de vinagre aromático por si le dá á vd. el accidente.

—Hombre prevenido..... Ya me entiende vd. querida Cándida.

—¡Ay! ¡ay querido Polion!

—¡Qué! ¿el accidente, los nervios?

—No, no. Ni lo permita Dios, pero qué mas accidente quiere vd. que ese nombre prosáico de Cándida que acaba vd. de pronunciar?

—Es verdad: tiene vd. razon, se me escapó el diminutivo; pero protesto á vd. que me pesa y le ofrezco la enmienda. Sí bella Candita. ¡Otórgueme su perdon y no me retire la gracia de sus atractivos!

—¡Ay, ay Polion, que me hace vd. mal!

—¿El vinagre? ¿las sales? ¿el etér?

—No, no, nada de eso; pero.....

—Entónces no entiendo..... no comprendo qué es lo que le pasa á vd., bella Candita.

—Nada, nada Polion; pero ¡por Dios, que no me ponga vd. esos ojos! ¡No me vea vd. así porque..... porque no sé qué siento, y si me dan los nervios causamos un escándalo!

—¡Ah no! no tenga vd. cuidado, bella Candita, que sabré dominarme, sí, sabré amortiguar, sabré contener, sabré sofocar el fuego terrible, en que se convierte mi pecho como cuando ahora mis ojos la miran, y mi corazon siente latir ese corazon, de cuyo cariño se alimenta y cuyo amor le dá fuerza bastante para vivir alimentando la esperanza del dia venturoso en que llegue á poseerlo.

—¡No hable vd. así Polion! porque.... porque ¡ay! me estremezco solo de pensar..... No, no,.....: ¡Jesus! ¿Yo pertenecer á un hombre? No, no.... ¡ay!.... el rubor..... la vergüenza..... Retarde vd..... retire de mi querido Polion esas consideraciones, que me encienden el rostro y que me lastiman el corazon.

—Pero cómo pretender mi amada, mi idolatrada Candita, que no exprese á vd. lo que por vd. siento y lo que....?

—¡Ay querido Polion! si el amor hace sufrir lo que yo experimento, en verdad que es un positivo tirano.

—Sí, bella Candita; pero esas tiranías son tan gratas, que por mi parte, renuncio á salir de ellas.

—Con razon chico, concluyó otro de los concurrentes, que acercando una silla y tomando asiento acababa de escuchar las últimas palabras del diálogo que han sostenido nuestros interlocutores. Con razon chico. Eso de verse uno entre los lazos de amor de una hechicera beldad, tan seductora como nuestra bella Candita, es tan grato, tan..... que para renunciar á ello, seria preciso estar loco ó carecer de sentido comun.

—Gracias, gracias querido Ricardo; pero eres cuando ménos un indiscreto, que puedes lastimar la suceptibilidad de esta señorita.

—No es tal mi intencion, y si así se recibe, retiro desde luego mis palabras, repuso Ricardo, sin dejar por eso y con tu permiso, chico, de tributar á Candita el home-

nage de debido respeto, á la par que el de admiracion, que me inspiran sus atractivos y gracias.

—Gracias, Ricardo, contestó Polion; pero esa galantería me corresponde á mí solamente.

—No soy de tu opinion chico. Yo creo que todo el que tenga la dicha de admirar las gracias de Candita, está en el deber de tributárselas rendido á sus piés.

—Gracias, caballero, balbutió nuestra heróina quebrandose toda y produciendo ondulaciones con su cabeza; agradezco á vd. las frases con que me favorece.

—Nada de favor Candita. Justicia es la que yo hago al imponderable mérito de vd., pero aun cuando no fuera mas que lo que acaba vd. de expresar, siempre me seria grato su reconocimieto y escucharlo de esos sus divinos labios.

—Tenga vd. los suyos, caballero, porque ese modo de hablar pudiera causarme disgusto.

—Enmudezco, enmudezco, bella Candita, porque prefiero el desencadenamiento de los elementos, la furia de la tempestad, á los destellos iracundos de las miradas de vuestros hermosos ojos.

—¡Dale señor! ¡me pone vd. colorada!

—Así rivalizarán sus mejillas con la mas encendida rosa, aumentando su atractivo.

—¡Oh señor! que me voy á poner séria.

—Permítame vd. que no la crea. Vd. sonrie y esa sonrisa la hace mas interesante y simpática.

—Hombre Ricardo, objetó Polion, aquí h.
do á una corrida de toros. A una lid.

—Justamente, chico: la vida no es otra cosa que una lid continuada. En ella nos encontramos en estos momentos ¿no es verdad Candita? apelo al fallo de vd.

—Pues debo decirle caballero, que vd. se equivoca; si ha creido que nuestras palabras encierran una lid; porque no se á quiénes calcula vd. de lidiadores.

—¡Vaya Candita que vd. se chancea; hemos venido á prensenciar una lid de tauromaquia y antes de que principie la del redondel, ha principiado la nuestra, cuyo resultado debe ser idéntico.

—La idea está un poco oscura. No alcanzo á penetrar la intencion de vd. ni comprendo su comparacion.

—Es bien sencillo, señorita, el hombre luchando con una fiera; es decir, la inteligencia contra la potencia y la fuerza de esa misma fiera; resultado, que la entidad, que parece mas débil, es la triunfadora.

Lo mismo sucede entre el hombre y la mujer: la inteligencia de este consistiendo en su amor, en sus finezas, en sus protestas y en sus rendimientos: la fuerza y la potencia de la mujer en sus encantos, sus atractivos, sus gracias y sus seducciones, ¿cuál es el resultado? que la constancia y la firmeza del que como soldado pone sitio á una plaza, con el tiempo llega á ser dueño de ella para coronarse con los laureles de su victoria ¿com-

prende vd. ahora, bella Candita, la idea del resultado entre la lucha del hombre y la mujer?

—¡Gracias, gracias caballero por la galanteria de la comparacion! ¡la mujer comparada con una fiera! ¡se lo protesto á vd. con el alma á nombre de mi sexo; y por lo que toca á mí, debo advertirle con toda franqueza, que hay inteligencias tan mezquinas, finezas tan incultas y protestas tan embusteras que pasan de mí tan desapercibidas, como si no existieran: de lo que sí debe vd. estar seguro caballero, es de que esa fiera, es decir yo, no entraré en lucha con esa inteligencia cuyos dotes reconozco, ni seré esa plaza de la que se deban derribar los laureles de la corona de esa pretendida victoria.

—¡Chico! dijo Polion restregándose las manos en manifestacion de alegria, si no has comprendido el significado de ese lenguaje ¡tómate esa y vuelve por la otra!

—Ya, ya querido Polion, contestó Ricardo algo picado, esta señorita, nuestra bella Candita está hoy cortante, inflexible, severa. Debe consistir probablemente en que está excitada por los nervios.

—O por tus impertinencias chico; por fortuna hemos llegado á la hora de la corrida. Ya tenemos ahí á la cuadrilla, que nos va á dar testimonio de su inteligencia y de su valor.

Una salva de aplausos, seguida de una terrible gritería, y salpicada de agudísimos silvidos, que producian los pulmones de mas de doscientos espectadores, supues

to que se hallaba en aquel sitio el todo ó la mayor parte de la ranchería de la hacienda, fué el saludo que recibieron, una veintena de hombre, seis cabalgando con sus respectivas garrochas y el resto á pié, que componian la cuadrilla para aquella lid, de cuya deztreza nos haremos cargo en el intervalo de la corrida á que concurrimos.

La cuadrilla vino á detenerse al pié de la lumbrera que ocupaban D. Joaqnin Dongo y sus convidados. Los hombres que componian aquella, descubrieron sus cabezas y con sombrero en mano solicitaron la correspondiente vénia; para dar principio al lucimiento de su respectiva habilidad, Concedida esta, se diseminaron aquí y acullá, en el paraje que á cada uno pareció mas conveniente.

El administrador de la finca que hacia de juez, y cuyas órdenes eran extrictamente obedecidas, hizo la correspondiente señal.

La lid dió principio. Un arrogante toro prieto de 5 á 6 años apareció en el redondel, haciendo una plaza que demostraba perfectamente, la valentia de su bravura.

—¡Déjalo, déjalo que haga pié, gritaban unos!

—¡Que haga plaza, repetian otros! ¡Por aquí, por aquí Maleno, decian estos! ¡Andale, ándale Colmenares bociferaban aquellos andale que te gana, Maleno! ¡Fuera capas! ¡Por aquí, por aquí esa pica! ¡Hierro, hierro! y á esa

disonante gritería acompañaban las risotadas de las mujeres, los silbidos de los hombres y las palmadas y algarabía tumultuosa de todos. Al fin el toro moderó sus ímpetus: habia reconocido el terreno y á un trote sostenido seguia su marcha, cerca de las vigas conque estaba formada la correspondiente barrera.

Maleno, que era un jarocho de elevada estatura, de musculacion hercúlea, de faz atrabiliaria y grotesca, con un sombrero de descomunales álas sobre la cabeza, echado hácia atrás, con los ojos centellantes, la boca desmesuradamente abierta, prorumpiendo en gritos salvajes, y montando un caballo colorado sangre linda vino á cortarle la vuelta al toro, en sitio tan á propósito, que la fiera verificó su primera acometida.

Magdaleno la recibió con la garrocha, que sostenida por la fuerza de su potente brazo, inutilizó la fúria de aquella bestia, cuyos esfuerzos por alcanzar con las llaves al caballo ó al ginete, quedaron burlados para aumentar mas y mas su excitada bravura.

La primera suerte se verificaba con todas las reglas de la tauromaquia. Aquel hombre parecia haberla estudiado, dando muestras de catedrático en ella, á juzgar por su práctica.

Mantenia su caballo cargado hácia la izquierda, y fuera del alcance de las astas del toro en el cabeceo de éste: se sostenia firme sobre los estribos, con el cuerpo un tanto adelante y para la derecha, conteniendo con

la pica, aquel terrible ímpetu, y permaneciendo en aquella situacion hasta que el toro dándose por vencido, desertó de ella en solicitud de otro objeto.

El bicho habia recibido la primera vara: un cordon rojo que partia de la cruz, teñia el negro de su piel: era la sangre. Magdaleno recibió estrepitosos aplausos.

—Ahora tú, Colmenares, gritó aquella turba en delirio frenético de entusiasmo, ¡ahora tú! andale Colmenares, que te gana Maleno, que te hecha tierra Maleno.

Colmenares esperó á su vez á la fiera que recibió una segunda vara aunque bastante baja: sin embargo no le faltaron aplausos.

Aquella multitud daba testimonio palpitante, del regocijo que le producia la verificacion de aquel espectáculo; mas creciente, mas admirado, mas tumultuoso y mas delirante, cuanto era mayor el riesgo en que se encontraba la existencia de aquellos hombres, y la dificultad de las suertes que ejecutaban.

Algunos minutos pasados en la lucha, el toro habia rebajado algo de sus primeros ímpetus, y sin embargo, sus acometidas eran feroces: no parecia sino que el reposo de sus movimientos era para asegurar mas sus golpes, que burlaba la inteligencia de sus competidores. El bicho habia recibido cuatro varas de Colmenarse; por siete en el sitio debido del inteligente y forzado brazo de Magdaleno: este habia alcanzado la victoria, y con ella los nutridos aplausos de los espectadores.

El administrador dió la órden respectiva, los picadores se retiraron y la fiera quedó á la disposicion de la cuadrilla de á pié dividida entre banderilleros y capeadores, quienes á porfia se esmeraron en arrojo y habilidad, de lo que resultó que el toro recibió cuatro pares de banderillas y tal número de vueltas ó capas, que fué necesario reemplazarlo por temor de que sucumbiese á la fatiga de aquella lucha.

Un segundo toro vino al redondel, y con éste y con el tercero y cuarto que le siguieron, se verificaron las mismas suertes, los mismos episodios que hemos pormenorizado en la lid del primero, sin que rebajase en nada, ni por unos ni por otros, la lucidez de aquella funcion. Tocó su vez al quinto bicho: era éste un toro padre de siete años, prieto como los anteriores y de una arrogancia imponente y aterradora, con ímpetus tales de fiereza en su bravura, que los de á pié no se atrevieron á despegarse cinco metros distantes de los burladeros.

Los espectadores se retiraban de las vigas con que estaba formada la barrera, y todos expresaban temores convertidos en pánico, al considerar el desastre que la béstia pudiera hacer salvando la valla que les servia de resguardo. El mismo Dongo, sus convidados y las personas que ocupaban las lumbreras, se impresionaron ante la amplitud de aquel soberbio toro, solo Magdaleno, en la barbaridad de su arrojo, se sentia mas alentado,

cuanto mas los espectadores lo animaban y aplaudian. En esta disposicion de ánimo, con el sombrero echado hácia atrás, la pica enarbolada á lo alto, y con un grito desaforado, deteniendo su caballo á pié firme delante del toro, exclamó:

—¡Ave María Palechito! ¡Vámonos Palechito Chanto con el primero, y vamo.....

La última sílaba no fué pronunciada: tenia encima á la fiera que amenazaba despedazarlo, pero Magdaleno tenia un brazo tan potente, que era capaz de resistir doble ímpetu del que sostenia: su caballo permanecia limpio fuera del alcance de las llaves del toro que lo buscaba con teson.

La primera vara habia sido puesta con maestría: un aplauso prolongado fué la recompensa que recibió, y tras aquella suerte, el bicho recibió otras tres varas de la misma mano y con el propio éxito.

Llegó su turno á Colmenares, pero ménos afortunado que su compañero, erró el golpe, la garrocha paso sobre el lomo del toro, y el ímpetu de éste descargado sobre el caballo, le hizo rodar por el suelo haciéndose una masa entre éste, la béstia y el hombre, que en el primer momento no era fácil distinguir quién era la víctima de aquella escena.

—¡Jesus lo ampare! prorumpieron algunas voces.

—¡La sombra del Señor San Pedro lo tape! dijeron otras.

—¡La Vírgen María lo defienda! exclamaron los mas, y por todas partes no se oian repetir mas que semejantes deseos.

—¡Ay, ay Jesus que lo mata! ¡Jesus, si esto ni es diversion, ni es nada! ¡Ay, ay! que no sé qué siento: El accidente, los nervios y..... ¡Jesus que me muero!

Esto pasaba en la lumbrera de Dongo y sus convidados y con nuestra heróina Candita. Se habia desmayado. El infatigable Polion se apresuraba á sacar de sus bolsillos los pomos de sales, éter y vinagre. El médico tomó el pulso de la accidentada, levantó los parpados y examinó los ojos: las señoras se alarmaron, Dongo interrogó al doctor si era de cuidado el accidente y Ricardo sonreia con malicia dando muestras de incredulidad en el desmayo.

—El accidente es ligero, dijo el facultativo, y por fortuna este caballerito, prosiguió señalando á Polion, viene prevenido. Con esto será bastante para que le hagamos ceder—y tomando uno de los pomos que aplicó á la paciente, la estrechó á verificar algunas aspiraciones, con cuyo efecto y á cortos instantes, aquel cuerpo experimentó una sacudida nerviosa, y tras ésta, la vuelta de las facultades intelectuales y las de sensibilidad interrumpidas. Abrió los ojos desmesuradamente. Su primera mirada fué para Polion, una sonrisa vagó en sus lábios y terminó por escudriñar á los que la rodeaban, exclamando:

—¡Jesus, qué horror! ¡Sangre! ¡el toro..... el caballo..... el hombre! ¿Lo habrá matado? ¡Ay! no es para mi..... no es para mi tierno corazon la presencia de estos espectáculos, ¿lo ha matado?

—No, Candita, no le ha sucedido nada, respondió Polion, no tenga vd. cuidado, que esos hombres son como las pelotas, viven á golpes.

—Pero yo muero, querido Polion, al presenciar esos golpes. Aquí, aquí está mi mal, en la extremada sensibilidad que alienta—y con ambas manos señaló el corazon.

—No tenga vd. cuidado, bella Candita, murmuró Ricardo, que su sensibilidad no le ha de costar la vida. Respondo á vd de ello, ¿no es verdad doctor?

—Lo que es por esta vez, respondió el médico, estamos libres de peligro.

—Lo estaremos, señor, articuló la interesada, pero si sigo presenciando estos bárbaros espectáculos, á pesar de la opinion de la ciencia me cuesta la vida.

—Pues retirémonos de aquí, exclamaron varias de las señoras, eso es muy fácil.

—¡Ah, no; de ninguna manera! murmuró la nerviosa, privarse vdes. de una diversion que tanto les agrada, y por mi causa, seria para mí sumamente mortificativo. Todo se remedia con que me permitan vdes. que me retire hácia atrás, con que dé la espalda á este sitio de hor-

ror y de crueldad, y con que me tape los oidos para no escuchar nada de lo que me afecta y que me pone tan mala.

—¡Bien! bien me parece, agregó Polion, yo haré á vd. compañía, bella Candita, y con mi conversacion procuré distraer su ánimo.

—Y con la mia, chico, añadió Ricardo, será un terceto en vez del duo que vdes. desean.

—Pero vd. se molesta, dijo Cándida con acento contrariado. ¡Tanta molestia por mí!

—¡Satisfaccion! ¡satisfaccion, bella Candita!

—Sea por Dios, caballero! en el mundo hay satisfacciones que parecen siniestras.

—Juzgar así de las mias, es torcer mi intencion.

—Sabes, chico, balbuceó Polion al oido de su amigo, que tú y yo tenemos que rompernos los cuernos!

—Creo que no, chico, por la sencillísima razon de que no siento mi cabeza adornada con semejante diadema; pero aquí queda bien Candita, aquí tú y aquí yo, —Y nuestro interlocutor fué colocando las sillas en el sitio indicado, cuyos asientos ocuparon los interesados, y como éstos tornaron á los suyos, el resto de aquellas personas que los habian abandonado á consecuencia de tan repentino accidente. La tranquilidad se restableció entre los convidados á excepcion de la nerviosa, las

miradas se volvieron al sitio en que amenazaba al catástrofe, de la que habia sido víctima el caballo que montaba Colmenares: éste habia salvado la vida á trueque de la dislocacion de un pié, que sin embargo, en fuerza de su natural barbaridad, no le impidió del momento montar otro caballo para vengar la afrenta del golpe recibido.

El toro seguia aterrador en su bravura: cada vara puesta por Magdaleno, que se sobreponia á la fiereza del bicho, aumentaba la de éste que con ella habia lo grado desmoralizar á la mayor parte de la cuadrilla-supuesto que solo quedaban en el redondel tres hombres á pié y dos picadores, de los cuales Colmenares sacaba la peor parte, si atendemos á que en dos botes seguidos del toro, habia perdido sus dos cabalgaduras y recibido de nuevo sus dos respectivos golpes, inutilizándole el último para continuar en el empeño de aquella nécia lucha, Magdaleno quedó enseñoreado de ella, y puso cinco varas mas al bicho, con las que completó una docena, y con las que fué aclamado unánimemente el vencedor y el héroe de aquella fiesta.

El administrador ejecutó la correspondiente señal, y los banderilleros, provistos de ellas, se presentaron de nuevo en la liza para desempeñar sus respectivas suertes pero su intento fué vano. El toro era uno de aquellos bichos recelosos y matreros, cuyo juego, á derecha é izquierda, despreciando la capa seguia directamente al

bulto, al que alcanzaba en la huida como resultado natural de la ignorancia de aquellos inexpertos gladiadores. Por aquí rodaba un hombre cuatro ó seis varas al empuje del toro; por allí era alcanzado otro y revolcado con peligro de su vida; acá la sangre salia á borbotones de la rotura de cabeza del recien golpeado: allá quedaba otro fuera de sentido en el sitio de su caida, y por todas partes aquella fiera sembraba el terror y el espanto hasta hacerlo extensivo á todos los espectadores, y como si este terror fuera el presagio de futuras desgracias, cada uno pretendia buscar un asilo en que guarecerse, cuando el toro, salvando las vigas que servian de barrera, se hizo dueño del campo de la multitud, y entre ésta desfogó el estado de excitacion á que lo habian provocado.

Un grito terrible se escapó de la boca de cada uno de aquellos infelices, que por defenderse ó librarse de la proximidad de la fiera, se empujaban, se atropellaban, caian y se estorbaban entre sí para ser víctimas de la ferocidad del toro y del atropello de los de á caballo, miéntras consiguieron lazar á éste para evitar mayores desgracias de las ya acontecidas. Una vez asegurado el toro y fuera de aquel sitio, el clamoreo, los gritos de espanto y el pánico de todos fué desapareciendo para ser reemplazado por los comentarios, las carcajadas, la tranquilidad y la buena disposicion de ánimo para seguir disfrutando de la diversion que continuó con tres

toros mas de lid, para proseguir con ocho de coleadero, en el que el administrador y mayordomo, con cuatro de los jóvenes convidados, dieron palpitante testimonio de su destreza y habilidad.

Candita habia tornado á su primitivo asiento para disfrutar del coleadero, acompañada siempre de Polion y seguidos ambos de Ricardo.

—Creí que fueras tú uno de los coleadores, dijo á éste Polion.

—No, chico, yo coleo mejor desde la lumbrera, y si no que te lo pregunten á tí.

Un grito prolongado y constante interrumpió la continuacion del diálogo: era uno de los jóvenes convidados que gineteaba un toro, y cuyos reparos y fuertes corcovos, bien sostenidos, arrancaban la admiracion y los aplausos de todos los circunstantes: al fin, creyéndose victorioso aquel ginete, confió demasiado en su triunfo, pretendiendo hacer alarde de él en momentos en que el toro volviendo á corcovear con mas fuerza, le arrojó fuera de sí contra las vigas de la barrera para quedar sin sentido en el suelo á consecuencia del golpe.

—¡Jesus lo ampare! exclamaron unos.

—¡Lo mató! repitieron otros.

—Me muero, los nervios, murmuró Candita y se desmayó.

—Chico, dijo Ricardo á su amigo, solo por tanto desmayo y tantos nervios, no me casaba con ella, aunque fuese una Vénus.

El médico descendió de la lumbrera para prestar sus auxilios al golpeado: la diversion terminó de esta manera.

CAPITULO IV.

Los proscriptos.

El dia siguiente á los acontecimientos que dejamos referidos hasta la terminacion del anterior capítulo, la hacienda de Doña Rosa presentaba su aspecto habitual de tranquilidad y de sosegado reposo. A excepcion del anciano doctor, del discípulo de Hipócrates, del hombre científico, que atendia asíduamente y con una solicitud encomiástica, á los individuos estropeados en la bárbara lucha de la víspera, proporcionándoles el alivio y el

consuelo en sus padecimientos, el resto de los convidados se entretenia en los recuerdos de lo pasado, en conversaciones alusivas al propio objeto. Candita en hacer constar la sensibilidad de su corazon, la excitacion de sus nervios y la repeticion de sus accidentes de mal que tanto la hacian padecer. Polion en protestarle que poseia el antídoto de aquellos desmayos en sus frascos de sales y en la fineza de su cariño. Ricardo convertido en la sombra de aquellos dos afortunados séres, para quienes era el eco de sus palabras, la pesadilla de sus amores y la ironía sarcástica de sus protestas de sincera amistad y de adhesion á sus simpatías; Dongo en hacer los honores de su casa, con sus convidados, el administrador en las atenciones de su ministerio y el mayordomo y la gente de campo, entregados todos al trabajo y á las faenas propias de las obligaciones de cada uno.

La vida ordinaria de aquella finca rústica tornó á enseñorearse de ella pasado el delirio, la fiesta, la fiebre del herradero, que habia sido el objeto y el motivo que ocasionara aquella reunion, y tres dias pasados en aquella monotonia, en aquella prosáica vida propia del campo vinieron á señalar que habia llegado el momento de la partida para el regreso de cada uno de los convidados á sus respectivos hogares

Candita con la familia de Toluca, conque habia venido, á la hacienda, despues de expresar su agradeci-

miento al Sr. Dongo y de hacerle constar los cuarenta y siete desmayos ó accesos de mal de que en los cinco dias de residencia en aquella casa habia sido víctima por la sensibilidad de su corazon, conmovido por la fiereza de aquellos espectáculos y por la excitacion de sus nervios, se despidió, protestando no volver ni á dirigir su mirada, ni á consagrar un recuerdo, á sitios en que tanto habia padecido.

Con las personas que la acompañaban ocupó el carruaje. Polion á caballo á guiza de escudero ó fijodalgo, se colocó al estribo del coche, para hacer constar á su bella dulcinea que con el antídoto de sus males en sus cousabidos frascos, unia igualmente la firmeza de su acendrado cariño, cuyas protestas menudeaba en toda oportunidad y de las que tomaba nota con su incansable ironía, con su estóico sarcasmo su fiel amigo, su eco, su sombra, el testarudo y cáustico Ricardo.

Como esta partida, se verificó la de las demas personas alli reunidas, á excepcion de la del médico, cuya presencia demandaba la situacion de alguno de los golpeados y de la que nos aprovecharemos para el acontecimiento que debe ocupar nuestra atencion en el espacio que comprenderá el desarrollo de la escena á que vamos á concurrir en el presente capítulo.

Merced á la constante eficacia del médico en la asistencia de los heridos y contusos de aquella fiesta, cada uno de los pacientes habia sido declarado de alta por

el protector de la humanidad, inclusa la pequeña Isaura, que curada perfectamente de la dislocadura y sin dolor alguno en el brazo, solo conservaba en éste una ligera hinchazon que el tiempo se encargaria de destruir.

La presencia del facultivo parecia inútil en aquel sitio: preparábase á marchar, y en efecto, se despedia de su amigo el Sr. Dongo, cuando un nuevo incidente vino á interrumpir su regreso á la ciudad de Toluca, su residencia natural. Era este el aviso de que el anciano Gervasio, abuelo de la pequeña Isaura, parecia atacado de un acceso mental, que reclamaba los auxilios de la ciencia.

El médico, seguido de Dongo, pasó inmediatamente á la habitacion que por alojamiento se les habia señalado á los errantes viajeros de que vamos á ocuparnos.

En los momentos que llegamos con el discípulo de Hipócrates y su compañia á la estancia indicada, el anciano Gervasio la atravesaba de uno á otro de sus extremos en un estado de excitacion verdaderamente alarmante. Su rostro está demudado, la melena de sus enmarañados cabellos en diversos mechones cae sobre su frente empapada de sudor, y cuyas gotas en abundancia, resbalaban por sus mejillas para desaparecer entre los cadejos de su desordenada y luenga barba: sus ojos amenazan saltarse de sus órbitas, y sus miradas, cuando

las dirije hácia uno de sus extremos, al fijarlas con tenacidad, expresan un sentimiento que pudiera traducirse toda lástima, toda conmiseracion, toda ternura: se conmueve visiblemente y de ellos se desprenden dos lágrimas; lágrimas que repetidas una tras otra, constituyen la abundancia de su llanto. Llora, y al llorar, su angustia es tan suprema que imprime respeto y á la par demanda el interés de la mas vehemente lástima; empero si al salir de esta transicion, torna su mirada al extremo opuesto, en su semblante se verifica una metamórfosis completa en su semblante. Pierde la expresion de ese interés que inspira, desaparece el aspecto de bondad conmiseratoria, y la mas pronunciada fiereza reemplaza aquellos afectos con la que su fisonomía toma un aire satánico que revela ódio, esterminio, destruccion, venganza: su visual convertida en dos rayos de fuego se fija tenazmente en un punto y en el movimiento nervioso de su incansable parpadeo, parece producir chispas fosforescentes que aterrorizan y que colocan su mirada en la categoría de siniestra y fatídica: su boca se contrae convulsamente, sus manos se crispan amenazantes, y el todo de su conjunto repugnante, denuncia la enagenacion mental de que se encuentra poseido, el extravío de la razon de que es víctima, el delirio insano que le hace su presa.

La pequeña Isaura, transida de espanto y acurrucada en el rincon y sobre el lecho que se les habia proporcio-

do, veia de una manera estóica y casi sofocada de miedo aquella escena que por primera vez se presentaba á sus ojos, sin atreverse á exhalar una queja, á implorar auxilio ni á pedir socorro, cuando el médico y Dongo se presentaron en aquel sitio.

El anciano facultativo á la primera mirada comprendió lo que allí pasaba, inmediatamente se hizo cargo de la situacion, extendió una mano demandando silencio y se puso á observar con solicitud religiosa los síntomas que presentaba aquella terrible catástrofe.

Pasados algunos instantes ordenó que se sacasen de la habitacion á la pequeña niña, lo que se verificó en el acto, y tornó de nuevo á su empeñosa investigacion. Dongo, impresionado y convertido en estatua, le hacia compañía sin perder uno solo de los movimientos del paciente y la espectativa del médico.

El anciano Gervasio, sin saber lo que pasaba en su derredor, proseguia en la misma actitud que acabamos de señalarle. De improviso, pero con la mirada siempre fija en un punto, dió un salto hácia atras, se palpó los bolsillos con ambas manos, estendió la izqierda hácia delante, y con la derecha parecia indicar que empuñaba una pistóla: una carcajada estridente escapada de su boca, resonó en aquel ámbito: tras ella y con acento perfectamente armónico, al sentido de sus palabras, exclamó:

¡Miserable!! villano! ¡ladron de la honra de mi desdichada hija, de mi desventurada María, de la tranquilidad de los últimos dias de este infeliz anciano! ¡Pobre hija mia: pobre María! Monstruo infame, que abusando del sentimiento de amistad con que te abrí las puertas de mi modesta casa, del candor y la inocencia de mi querida María, te aprovechaste de su sencillez para arrojar sobre mi rostro, sobre mi limpia frente, esa terrible mancha que á mi pesar escarnece mi nombre cuando á mis oidos se repite esa terrible palabra cuyo éco murmura: ¡Deshonrada, deshonrada! Hé aquí, ¡infame seductor! la ominosa prueba de tu indigna, de tu inícua conducta con esta desgraciada criatura, cuya mayor desgracia consiste en ser hija de semejante padre..... Pero no..... no..... ese fruto de deshonra, que es la deshonra mia, no debe existir. Debe morir, y.... sí.... morirá..... morirá á mis manos, para no sufrir con su presencia el reproche contínuo que ella misma importa arrojado por su infame padre sobre las venerables canas que cubren mi anciana cabeza. Sí, sí, morirá, y en el acto. Ya que mi querida hija, ya que mi adorada María ha muerto al dar á luz el fruto de su deshonra, muera ésta tambien. Sí, muera; pero..... no..... no; porque mis manos tintas en la sangre de esta infeliz criatura seria mi eterna pesadilla, mi acusacion constante, la amargura de mis dias, cuyo remordimiento acallaria los gritos de mi justo dolor; y en vez

del desgraciado anciano, víctima infeliz de su destino y de toda consideracion y respeto, seria señalado como el asesino de la inocencia: ese crímen estaria siempre delante de mis ojos, me seguiria como la sombra al cuerpo, y convertido en mi conciencia, produciria á mis oidos el éco lastimero del acento débil de esa criatura, repitiendo sin cesar: ¡Asesino! ¡asesino! Eres tan injusto como cruel. ¡Infanticida, infanticida! sí, doblemente infanticida; porque ademas de privarme de la existencia que apénas comienzo á disfrutar, soy tu hija..... ¡Mi hija, ¡ah! es verdad; porque esta inocente es la hija de mi hija, y en consecuencia, yo soy su padre, su abuelo.... Pero ¿y mi hija, mi idolatrada María? La que era el encanto de mi vida, el orgullo de mi vejez, la compañera de mis dias, la alegría de mi corazon, el bienestar de esta pobre casa, el apoyo de mi ancianidad, la esperanza única de mis postreros instantes, héla ahí fria, inerte muerta, cadáver. ¡Ah! ante mi cruel infortunio, ante estos queridos restos, yo no debo mas que llorar, sí llorar, porque si mi corazon no desahoga por el llanto, revienta dentro de mi pecho.

Y aquel infeliz anciano dejó escapar un grito agudo, un alarido desgarrador, un gemido dolorosísimo. De sus ojos brotaron en abundancia las lágrimas, miéntras que con ambas manos se cubria el rostro.

El médico no perdia uno solo de los movimientos ademanes y gesticulaciones de aquel infeliz, Dongo se

disponia á interrogar al facultativo, cuando este, le hizo seña de que permaneciese quieto, murmurando en acento muy bajo: Dejadme, dejadme observar la crísis para estudiar la manera de combatirla.

Los dos amigos quedaron de nuevo, en su inmovilidad, con su mirada fija en aquel extraviado anciano; este, como si una nueva idea invadiese su cerebro, abandonó la aptitud en que se habia conservado, de sus ojos desapareció el llanto, y revistiéndose su fisonomía de un aspecto terriblemente vengador, exclamó con ronco acento:

—No, yo no debo de llorar, yo no debo entregarme al recurso de las mujeres, yo aunque anciano, tengo la enerjía suficiente en mis manos, para empuñar una pistóla, y el brío necesario en el corazon para descargarla sobre aquel que así causa mi desventura. ¡Oh, cuando la detonacion de esta arma, cuando el estruendo del tiro me anuncie, que ha sido descargada por mi brazo, en justa reparacion de mi ofensa, cuando mis ojos vean despedazado el corazon de ese infame seductor, ahogado en su propia sangre, cuando mis manos palpen su cádaver, cuando le sienta frio, y quede convencido de que mi venganza está satisfecha, entónces será tiempo de dar rienda suelta á la amargura que en estos momentos amenaza sofocarme. Sí, sí, el estruendo de mi arma, el tiro de mi pistóla, la detonacion de ella y su bala, depositada en tu pecho, será lo único que pueda calmar la

ansiedad, la fiebre, el ardor de mi sangre, que al circular por mis venas, parece calcinar la corriente de su marcha. Sí, ese tiro, esa detonacion, ese pistoletazo y.... Pero ¡huyes miserable, cobarde! sí, huyes como todos los criminales á quien les amenaza el castigo. ¡Huyes! pero..... ¡já, já! ¿A dónde irás que no te siga mi paso? Aunque viejo, mis piernas están todavía bastante fuertes para seguir tu huella. Vás á Tenancingo, ese pueblo es el refugio de tu huida, pues bien, allá voy yo ..... ya te sigo..... mi pistóla está bien cargada, lleva dos balas, una es la venganza de mi querida Maria y la otra es la reparacion de este infeliz anciano. Caminemos, caminemos, y no dejemos de caminar hasta que el estallido de mi arma me anuncie que ya puedo descansar.

Y aquel pobre viejo figurando que en efecto empuñaba una pistola, atravesó la estancia de uno á otro de sus extremos para andar y desandar su camino, tan aceleradamente, que no seria impropio calificar su paso de un trote sostenido y constante.

El médico dijo á su amigo:

—Hacedme favor de una pistóla cargada.

Dongo se separó inmediatamente del facultativo para obsequiar su pedido, regresando á cortos momentos con el objeto indicado.

El doctor empuñó la pistóla, se colocó en la puerta de aquella estancia, situada en uno de los ángulos de los

corredores de la finca, tornó á su observacion como Dongo, y esperaron.

El anciano Gervasio seguia en su marcha y en su trote de ida y vuelta por el espacio de que podia disponer. Así transcurrieron cerca de diez minutos, al fin de los cuales rendido de cansancio, suspendió su trabajo, y fijando la mirada en un rincon de la estancia en que se encontraba el lecho, se dirijió hácia él con la mano estendida en aptitud de hacer fuego, y prorumpiendo con estrépito:

—¡Já, já, já! ¡miserable! pensabas burlarte de la anciaridad de mis canas. Creias que no te habia de alcanzar mi brazo justiciero, pues héme aquí, que al reclamarte la honra de mi hija, la honra de mi querida María, la honra mia, porque yo soy su padre, llego hasta tí, para tomar la satisfaccion que me corresponde y para vengar la muerte, de la que ¡victima infeliz de tu infame conducta! ha dejado de existir al darle vida al fruto de su deshonra. ¡Muere miserable, sí, muere, y muere á la justicia vengadora de mis propias manos.

Y el loco anciano acompañó sus últimas frases haciendo ademan de que ejecutaba lo que ellas significaban. El médico, en aquellos instantes descargó la pistóla, cuya detonacion produjo el efecto que el discípulo de Hipócrates se habia propuesto. El anciano Gervasio, co-

mo herido de un rayo, cayó sobre el lecho murmurando estas frases que no acabó de articular:

—Estoy, venga.....

El delirio habia pasado. La fatiga habia rendido á aquel desgraciado viejo, ante la que sucumbia. Un sopor letárgico pareció envolverle, quedó inmovil y con la respiracion fatigosa y oprimida: el médico se aproximó, le observó, le pulsó, y al fin dijo:

—La calentura es muy subida.

El pobre Gervasio era víctima de una fiebre voraz.

La marcha del médico se interrumpió á instancias de su amigo Dongo, interesado en el relato de aquel delirio.

Por las venas de aquel hombre no circulaba sangre, era líquido de fuego que minaba rápidamente aquella feble naturaleza, próxima á sucumbir para desaparecer del gran libro de la vida, como desaparece el vetusto edificio al derrumbamiento de sus carcomidos cimientos. Tres dias llevaba el médico de combatir aquella terrible enfermedad: tres dias de una lucha empeñosa, constante, sin descanso, entre la ciencia y el mal, disputándose la terrible parca, los despojos de aquella encarnizada batalla. La muerte habia colocado el filo de su tajante segur sobre el débil hilo de aquella cansada existencia. Un ligero movimiento, la mas ligera presion de aquella descarnada mano sobre el instrumento destructor, y el

pobre Gervasio hubiera dejado de vivir; pero ese esqueleto aterrador, seguro de su triunfo, siempre vencedor en la lucha, tiene á veces caprichos con la que parece entretenerse gozándose en la credulidad de las víctimas á quienes engaña. Esto pasaba con nuestro desdichado protagonista en el tiempo de tres dias que hemos marcado en su empeñosa contienda de vivir, y en la que, al entrar en la noche del último de éstos, la medicina obtuvo, al parecer, un triunfo que persuadia á una crísis. Los calmantes sudoríferos produjeron su efecto, é inmediatamente en vez de la agitacion, del desasosiego y del delirio, entró el reposo, y con la quietud y el recojimiento, los poros despejados por la sensibilidad relativa de la epidérmis, obedecieron á la excitacion buscada, dando por resultado un sudor copioso, abundante y sostenido por espacio de quince horas, del que resultó que refrescada la naturaleza con aquel auxilio la fiebre desapareciera, y con su ausencia viniera la esperanza, que tan fundadamente habia huido de aquel desdichado lecho.

La severa fisonomía del facultativo se moderó notablemente; sobre sus lábios se dibujó una sonrisa de satisfaccion; se creia triunfador en aquella lucha; Dongo participaba de esta creencia y agradecia á su amigo su constante eficacia, su decidido empeño, y á la vez reconocia y encomiaba los talentos del profesor de la ciencia.

Dos dias habian pasado sin alteracion alguna en la crísis, que persuadia á robustecer las esperanzas concebidas, cuando al anochecer del último que hemos señalado, tras una convulsion neviosa, que agitó con fuerza el cuerpo del paciente, dejó este escapar un grito agudo, penetrante, gutural y medio salvaje, al que siguió inmediatamente una carcajada hueca y cavernosa. Aquel cerebro era víctima de un segundo ataque: el acceso de locura volvia, y con fuerza. El médico voló á la cabecera del enfermo acompañado de Dongo, observó atentamente la fisonomía de aquel por algunos minutos, y al desviar su mirada de aquel semblante, que del aniquilamiento y la demacracion, pasaba al aspecto de cadavérico se encontró con la de su amigo, quien le interrogó con interés.

—¿Qué tenemos doctor?

—Cuestion de tiempo, respondió el médico, se muere sin remedio.

—¡Infeliz anciano! murmuró Dongo, pero delira y parece que se ocupa de mí. ¡Escuchemos!

El viejo Gervasio, en efecto, en la relacion del delirio que dias ántes hemos conocido, mezclaba el nombre de D. Joaquin Dongo, invocándole como á su protector.

—Sí, sí; decia aquel infeliz, á vd. caballero D. Joaquin, de quien tengo testimonio de sus buenos sentimientos, es á quien recomiendo á mi querida nieta, á mi desgraciada hija, á mi pobre Isaura. Ella es hija de un infame seductor que hizo desgraciada á mi pobre María y me hizo infeliz á mí para toda mi vida; pero ese infame es el padre de mi pobre Isaura: voy á México porque dicen que allí vive el padre de esta criatura, dond posee grandes bienes. El es un pícaro, sí..... se ha cambiado el nombre; pero basta que yo le vea una sola vez para reconocerle al momento..... sí..... sea cual sea el nombre que ahora tenga, yo siempre señalaré con el dedo al miserable Luis Záfio, como el autor de mis desgracias y padre de esta desdichada niña. ¡Infeliz Isaura! guarda, guarda, hija mia, esa cartera, esas cartas, esos papeles que con el tiempo te darán á conoá ese hombre, que si tiene entrañas de padre, que si escucha los gritos de la naturaleza, abrirá los brazos para estrecharte contra su corazon y te hará partícipe de los bienes de fortuna que te corresponden..... Pero Dios mio, me muero, sí, me mue..... caballero Dongo mi hija..... mi Isaura..... infeliz huérfana! por piedad, que queda abandonada, sí porque me mue....

La voz del anciano se apagó: uua brusca sacudida experimentó todo su cuerpo para quedar en perfecto estado de inmovilidad.

El médico hizo un movimiento de cabeza, y despues de un exámen de algunos minutos, se acercó á Dongo diciendo:

—Es cadáver.

CAPITULO V.

La adopcion.

La tarde del siguiente dia en que se ha verificado la muerte del anciano Gervasio, y despues de darles sepultura á sus restos mortales, por órden de Dongo en el interior de la capilla de la hacienda y en el pavimento de esta, al pié del altar mayor, se encontraba el propietario de esta finca en una de las habitaciones altas designada con el mombre de su despacho particular, sentado en un gran sillon al pié del escritorio, y entregado á

la concentracion de sus propios pensamientos, si hemos de juzgar por la fijeza de su mirada y por la inmovilidad de su persona.

Dos horas hacia que el médico se habia despedido regresando á Toluca, y el mismo tiempo que en la soledad y el aislamento en que quedara, le precisaran á fijarse en el delirio de aquel desdichado loco y en la suerte futura que alcanzaria aquella inocente niña, víctima de la seduccion de un malvado á juzgar por las acusaciones proferidas en el transcurso de aquel delirio.

Sin abandonar la idea capital que ocupaba toda su atencion, Dongo ocurrió á una de las gabetas de su escritorio y del fondo de esta, tomó un objeto que apreció en su mano, era una cartera vieja, sucia, lustrosa y carcomida en sus extremos, á consecuencia ó de sus muchos años, ó del trato que hubiera recibido, encerrado en sus bolsas interiores algunos papeles sobre los que la mirada del propietario de aquella finca se posó el tiempo necesario para conocer el contenido de cada uno de ellos, y decir en alta voz, como respondiendo á sus propios pensamientos:

—No dan toda la luz que se necesita para penetrar en ese laberinto de ideas espresadas por ese loco infeliz en favor de esa pobre niña, de esa desdichada huérfana, y sin embargo, aquí tenemos una, dos, tres y cuatro que acreditan al D. Luis Zafio que las firma, reconocerse padre de María Isaura, para quien los sentimientos del

ternura paternal expresados en ellas, revelan que el grito de la naturaleza produce eco en su corazon. Aquí algunas notas que señalan la muerte de María, madre de esta criatura al darle á luz, lo cual está conforme con el delirio de ese desdichado anciano. En este otro papel diversas fechas que señalan distintos acontecimientos, deduciendo de ellas que esa criatura cuenta ocho años, siete meses de edad. En este otro las pesquizas frustradas del anciano Gervasio, en persecucion del seductor de su querida María, y en este último las señas particulares ó filiacion de un individuo, que probablemente es el mismo Zafio. No sé por qué ese buen viejo dejó de expresar á quién pertenecen tales señas; empero no debe dudarse de su aplicacion; supuesto que nada hay en esta cartera que no sea relativo al mismo asunto: sí, ¿qué habia de hacer entre estos papeles esta filiacion, si no fuera la del mismo individuo que se pretende señalar? Luis Zafio. Luis Zafio..... Bien..... con su nombre y sus señas particulares ya veremos si le damos alcance; pero..... El anciano Gervasio en su delirio hizo mérito de que aunque el seductor se encontraba en México vivia allí bajó otro nombre, y si esto es verdad, de nada sirven estos datos ni el trabajo que se emprenda para encontrarle. Seria esta empresa buscar un grano de maiz entre la cosecha de esta semilla. La filiacion es lo único que puede servir en este caso y..... en fin, ya veremos ..... el tiempo dirá.

Por ahora dispensemos á esa pobre huérfana la proteccion que merece, atendiendo á las postreras súplicas de su desdichado abuelo.

Dongo recojió aquellos documentos, los dobló y guardó en el interior de la cartera, envolvió esta en un papel limpio, expresando alguna repugnacia por el estado de aseo en que aquella se encontraba, y la colocó en el bolsillo de pecho de su chaqueta. Disponiase á salir de aquella estancia, cuando se presentó en ella la mujer del administrador de la hacienda, conduciendo de la mano á la pequeña Isaura, que aunque vendada todavía del brazo que se habia dislocado, esto no obstante, se encontraba en perfecto alivio, y anunciando que muy pronto llegaria al estado de perfecto restablecimiento ó sanidad.

—Tal vez dijo la señora al entrar, vengo á interrumpir, pero esta niña se ha empeñado en que habia de ver á vd.

—Bien, contestó Dongo á la señora, sentaos y que me vea cuanto quiera.

La mujer del administrador ocupó una silla, Isaura de pié inmediata á ésta, fijó su mirada en el rostro de Dongo, quien tornó á ocupar su sillon á la vez que la interrogó de este modo:

—¡Conque me querias ver eh! ¿y nada mas ver, ó tambien me querias hablar?

La niña sonrió graciosamente, dilató su mirada sobre aquel individuo algunos instantes, y al fin dijo con acento entre temeroso y solicitante:

—Queria saber cuándo volveria á ver á mi padre Gervasio.

—Dentro de algunos dias, hija mia, pero ¿por qué á mí es á quien preguntas?

—Porque la señora Mariquita, y señaló á la mujer del administrador, me ha dicho que vd. sabe á dónde fué mi padre y cuándo vendrá

—Pues ya te digo que dentro de algunos dias. Fué á México á un negocio tuyo, para el que tuvo necesidad de marchar solo, pero miéntras vuelve aquí estarás bien. ¿No estás contenta con tus amiguitas, las hijas de Doña María?

—Sí, sí: estoy contenta con esas niñas, y juegan conmigo y me quieren mucho, y tienen tan bonitas muñecas; pero yo quiero ver á mi padre Gervasio.

—Ya, ya lo verás hija mia; pero miéntras llega, es preciso que estés contenta y que quieras á Doña María y á sus niñas tus compañeras.

—Sí, sí las quiero; pero como mi padre siempre estaba conmigo y nunca me ha dejado sola, por eso lo estraño.

—Vendrá, vendrá, aquí estás bien. No te podia llevar en su compañia, porque el asunto á que ha marchado es muy sério.

—Y qué ¿se pondrá tan enojado como el otro dia? ¡ay que miedo! Con aquellos ojos y aquellos gritos, y cuando me amenazaba con las manos, ¡ay, que miedo! y la niña como transida de terror, abandonó el sitio en que se hallaba para acercarse á su protector, demostrando adquirir alguna confianza en aquella compañía.

Dongo la cogió con cariño, se la sentó sobre sus piernas, y con acento paternal la dijo:

—No te acuerdes de eso, hija mia, ya pasó. Tu padre Gervasio no volverá á enojarse en lo de adelante.

—Pero vendrá mañana ¿no es verdad?

—Mañana no, hija mia. México está muy lejos y tardará algun tiempo; pero el dia que venga ya verás que bonitas muñecas te trae y cuantos juguetes.

—No, no. Yo no quiero nada mas que á mi padre Gervasio. Y al terminar aquellas frases, los ojos de aquella inocente criatura estaban llenos de lágrimas.

Dongo la estrechó contra sí, le prodigó algunas caricias y con acento cariñoso prosiguió:

—Vamos, vamos, nada de llorar, que pronto vas á estar muy contenta, como lo están las hijas de Doña María; ¿qué no las quieres?

—Sí, sí las quiero.

—Vamos: ¿á quién de ellas quieres mas?

—A todas, á todas las quiero.

—Pero mas, mas á quién?

—A todas igual.

—¿Y de Doña María y D. Antonio?

—A la señora, y señaló á la mujer del administrador.

Doña María interrogó á su vez á la niña diciendole:

—¿Y de todos los de la hacienda, á quién quieres mas?

—¿Sí, sí, á quién quieres mas? agregó el protector.

La pequeña Isaura sonrió dulcemente, miró con fijeza á Dongo, se estrechó contra el pecho de éste, y con acento apénas perceptible, murmuró: A vd., á vd.

—¿A mí, mas que á todos los que has visto y conoces en esta casa?

Aquella criatura miró de soslayo á Doña María espresando temor de que ésta escuchase su contestacion, y con inclinaciones de cabeza indicó afirmativamente que sí, respondiendo á la pregunta que se le hacia.

—¡A mí mas!

—Mas que á todos, balbutió Isaura.

—Y ¿por qué me quieres á mí mas que á las demas personas que existen en casa?

—No lo sé; mi padre Gervasio me dijo que vd. era muy bueno, y..... yo no sé, pero á vd. le quiero mas. Y tornó á estrecharse contra el pecho de su protector, á cuyo cuello descansó el brazo que se encontraba libre del vendaje. Dongo correspondió á aquella demostracion, y despues de acariciarla con ternura, concluyó:

—Yo tambien te quiero, hija mia, y te quiero con el interes que inspira toda desgracia.

—Tanto Antonio como yo, dijo Doña María, hemos pensado, hablando de esta niña, pediros un favor.

—¿Cuál es? preguntó Dongo.

—Que supuesta su desgracia y la horfandad absoluta en que ha quedado, nos permitais que aumentándose con ella el número de nuestras hijas, desde hoy forme parte de nuestra familia.

—¡Oh, gracias, Doña María! Agradezco á vdes. tan nobles sentimientos, pero respecto de ella, tengo un cargo que cumplir; él es una suplica, es la peticion de un moribundo, á la que si no contraje responsabilidad alguna de obligacion, me estrecha el interes que á vdes. anima en favor de tanto infortunio. Ademas, esta niña segun el delirio de aquel infeliz anciano, tiene un padre que vive, y al que es preciso buscar.

Tengo en mi poder algunos papeles, que si no dan toda la luz necesaria para esto, si empre pueden ser útiles. Una vez encontrado á su padre y adquirida la certidumbre, la realidad de que en efecto lo sea, será preciso hacerle entrega de lo que en mi concepto, no debo considerarlo mas que como un depósito temporal, cuya devolucion será considerada por el que la reciba, como un tesoro inmenso, como una alhaja de inestimable precio, como una dicha inmensa, cuyo verdadero mérito consiste en las afecciones que despierte y haga sentir al corazon parternal el feliz hallazgo de una hija, á la que el destino ó la fatalidad se habia interpuesto para impe-

dir ese torrente de caricias que provoca la existencia y posesion de tan grato como caro objeto. Yo creo que su padre, sí posee un corazon de tal, y se encuentra adornado de sentimientos hidalgos, al presentármele diciendo: Aquí tiene vd. la mitad de su alma, el sér de su sér, la hija querida de sus entrañas, la desdichada María Isaura; ese padre embargado de alegría, abrirá el raudal de afectos que debe encerrar su pecho, y con usura, con profusion, compensará á esta pobre niña de la ternura y del amor que no habia sido posible impartirle; mas si ese padre no existe, ó mis constantes trabajos por encontrarle son estériles, yo seré siempre para ella, su solícito y cariñoso padre adoptivo, como ella para mí la hija querida, objeto de mis atenciones para labrar su felicidad.

—Antonio y yo, dijo la Sra. del administrador habiamos dispuesto, prévio el consentimiento de vd. y atendida su horfandad que fuese para nosotros una nueva hija; pero supuesta esa adopcion, nada mas grato para nosotros que la proteccion que encuentra la desdichada Isaura. Lo único que nos será sensible, porque ya nos habiamos acostumbrado á su compañia, será verla separada tan pronto de nuestro lado.

—¡Ah, no, Doña María! cuento con el cariño que vdes. le profesan para que permanezca formando parte de su familia, miéntras se encuentra á su padre, lo que tal vez puede demorar algun tiempo, ó en caso de que este no exista, miéntras llega á los once ó doce años para po-

nerla en México en un pupilage ó convento, adonde adquiera una brillante y sólida educacion.

—¿Es decir, rectificó la señora, que aunque se queda por algun tiempo entre nosotros, debemos considerarla como á vuestra hija adoptiva?

—Sin duda alguna, afirmó Dongo. Y esta determinacion podeis comunicarla á D. Antonio, miéntras yo le hablo de ella al dejarle mis últimas disposiciones la víspera de mi partida para México.

—Esta misma noche sabrá vuestra determinacion.

Transcurridos algunos minutos, la mujer del administrador, con Isaura de la mano, se retiraba de aquella estancia en direccion á sus habitaciones. Dos dias despues D. Joaquin Dongo se alejaba de la hacienda de Doña Rosa rumbo á México.

FIN DEL PROLOGO.

LIBRO PRIMERO.

EL DRAMA

EN EL ESCENARIO DEL MUNDO.

CAPITULO I.

Situacion del telar.

Despues de los acontecimientos cuyo desarrollo se encuentra narrado en los capítulos precedentes que hemos referido, ajustándolos á las proporciones de un prólogo para hacer constar el orígen ó la existencia de alguno ó algunos de los personajes que deben figurar en el desenvolvimiento de las escenas que se verificarán en el trascurso de la presente obra, debemos dar principio á nuestros trabajos haciendo constar, ademas de la época

que señalará el punto de partida de donde se derivan el sitio en que estos mismos han de consumarse para satisfacer así las exigencias que entrañan en su misma y propia naturaleza.

Estamos, pues, en la ciudad de México; pero no en esa ciudad populosa, que hoy alegra las miradas de nuestros ojos, que hoy deslumbra por la magnificencia arquitectónica de la generalidad de sus soberbios edificios, que hoy atrae por el risueño aspecto de su conjunto, que hoy seduce por la regularidad de sus buenas constumbres, que hoy cautiva por la cordialidad del esquisito trato de sus habitantes, que hoy es el orgullo de los propios, la admiracion de los estraños y la justamente encomiada de todos: no; la México de hoy para cuyo canto nuestra pluma es tan ruda como inculta, la merecedora de la epopeya de un Fernando Calderon, de un Carpio, de un Pesado, de un Rodriguez Galvan, de un Segura, Prieto, Ortiz, Granados Maldonado, Heredia, Mateos, Vargas, Romero y tantos otros como constituyen las glorias de su literatura actual, no es la México de que vamos á ocuparnos, y sí la México colonia española, despues de dos siglos y medio de verificada su conquista.

En esa dilatada série de años á contar desde 1521 hasta 1789 épocas, la primera de la ocupacion definitiva de la ciudad de México por el conquistador Hernan Cortés y la segunda la que servirá de punto de partida para nuestras operaciones.

¿Qué existe de la una? ¿qué se conserva de aquellas posiciones, de aquellas costumbres, de aquella índole, de aquella purísima raza de sus habitantes aztecas? De la ciudad conquistada, solo el sitio, porque sobre las ruinas y los escombros de su total demolicion, se levantó la ciudad que hoy existe. De los conquistados, ni sus costumbres, ni sus hábitos, ni la legitimidad de su raza.

Con la ocupacion de sus tierras, con la consumacion de su conquista, con la expropiacion de sus propiedades proclamada por el atroz derecho de aquella bárbara época, la raza indígena perdió cuanto tenia que perder á la vez que su propia cultura, su civilizacion propia, para entrar á poseer la cultura, la civilizacion europea de aquella época. En aquella conquista se extinguió la civilizacion de los Toltecas, que hombres de génio, en muy cerca de cuatrocientos años que ocuparon su territorio, fundaron sus artes y la agricultura, viniendo á ser reemplazados por los Chichimecas, á quienes siguieron los Aztecas, en cuya raza heróica, representada por el último de sus monarcas, por ese bizarro é indomable jóven, por ese esclarecido y sin par héroe Guatimotzin, la fatalidad de su desdichado destino, hizo que al extinguirse la monarquía Azteca, se consumara con su propia desgracia la conquista que dos años ántes habia emprendido la atrevida espada del audáz conquistador Hernan Cortés.

La gran Tenoxtitlan, hoy México; rodeada de lagunas, abastecida de anchas calzadas, que permitian su acceso por tierra, con diversos canales que la cruzaban en distintas direcciones, esa populosa ciudad, con un censo de trescientos mil habitantes, cuajada de suntuosos templos idólatras, dotada de tres soberbios palacios, con unas sesenta mil casas, en su totalidad, encerrando en sus muros admirables obras de ornato, prodigiosas maravillas de arte, conjunto de lo bello y de lo bueno, esa joya de la antigüedad, la de mas mérito, y la mas preciada de las Américas, desapareció para siempre como desaparecieron de ella sus natura'es y legítimos poseedores.

La ciudad fué demolida perdiéndose en la terrible catástrofe hasta la memoria de su aspecto, para que sobre los escombros y las ruinas de tanta destruccion, se levantara la ciudad existente, trazada conforme al espíritu á la cultura, á la civilizacion europea del siglo 16, adaptada en muchas partes segun lo permitia el terreno que servia de base sobre el cual se procedia á los trasos que debian alinear las calles, la construccion de los templos, palacio vireynal y demas edificios públicos que debian constituir la dotacion hecha para sus atenciones á juicio del guerrero conquistador, siguiendo á este y con las modificaciones naturales al avance de los tiempos en su mejora y adelantamiento, esa série no interrumpida de vireyes desde el primero de estos en 1535 D. Anto-

nio de Mendoza hasta 1789 en que nos fijamos bajo el gobierno del mas inteligente de estos, D. Juan Vicente Güemes Pacheco, segundo conde de Revillagigedo, época en que se registran los acontecimientos que dan orígen á las páginas de que se compondrá el relato de esta erídica historia.

Fijada la época que acabamos de señalar como punto de partida de nuestras operaciones, conviene solamente fijarnos en el sitio de donde estas procederán, y para esto nos situamos en la ciudad capital de la nueva España, en la opulenta México, que convertimos en el telar cuyos hilos tejidos producirán la tela correspondiente al complemento de su conjunto.

México á pesar de las modificaciones que ha venido sufriendo desde su fundacion hasta los momentos en que nos ocupamos está muy lejos de haber adquirido el grado de civillzacion y cultura que á nuestro juicio debió haber alcanzado, si los hombres encargados de su administracion en el despacho de sus respectivos gobiernos hubiesen sido fieles imitadores de la civilizacion y cultura de adonde procedia, supuesto que con muy rara excepcion todos ellos, ademas del mando militar, que entrañaba su personalidad, reunian en sí la direccion del consejo de gobierno, el derecho de iniciativa, el de confirmacion ó suspension de actos judiciales, y en general el de su administracion con las franquicias inherentes al

absolutismo de la persona y régimen monárquico que representaban. México, sin embargo, era una ciudad cuyo aspecto era la acusacion palpitante de sus hombres públicos en sus diversas administraciones. Encontrábase cruzada por canales de aguas asquerosas que surcaban diversas canoas, pasando una de estas acequias por el ala izqierda de la plaza mayor al pié del Palacio municipal, obstruida ésta por barracas de madera en que se hacia el mercado, invadida por todas partes con montones de basura, atravesada por algunas vacas, conteniendo gran número de perros y asistida por gentes ensabanadas ó medio desnudas, nada escrupulosas en el sentimiento de la vergüenza y el pudor popular. Ciudad sin policia, propensa por consiguiente á toda clase de crimenes, falta de ornato, sin alumbrado público de noche, convertidas sus calles en antros de oscuridad y lobreguez, y para complemento de cuanto aquella época pudiera acreditar, una parte interior del Palacio Nacional, residencia del gobierno de los Vireyes, invadida por gran número de gente que formando fogones con tres piedras, sostenian sobre ellas enormes cazuelas de mole frijoles, tortillas y demas comestibles en que hacian consistir su cuotidiano comercio.

Tal eran, muy en compendio, la situacion y el aspecto de la ciudad de México en 1789, cuya época nos ha sido conveniente fijar. De la corta digresion que para ello hemos empleado, decimos á nuestros lectores con

toda la lealtad que caracteriza nuestra pluma: "Mea culpa," ofreciéndoles sumisos la enmienda, cuyo propósito desde luego comenzamos á cumplir.

Fuera, pues, todo lo que sea extraño de la propiedad de nuestros trabajos y á la novela.

CAPITULO II.

Hilos sueltos.

Es el amanecer de un dia frío y nebuloso del mes de Setiembre de 1789. La ciudad de México, la antigua Tenoxtitlan comienza á destacarse de entre la oscuridad y las tinieblas de la noche, de las que parece desenvolverse ténue y pausadamente, conforme nace se alimenta, y robustece una ráfaga de luz que allá en Oriente, anuncia la próxima aparicion de la aurora, la venida del dia.

No se turba aun el reposo, el silencio característico de la noche: las calles permanecen solas, escuetas, las puertas cerradas y la tranquilidad y la inaccion ejerciendo todo su imperio. Ecos lejanos que arrebata el viento se cruzan en distintas direcciones, y entre estos se percibe distintamente el alerta de los centinelas que se repite igual número de veces, al de los hombres que estentoreamente las producen en los garitones de sus respectivos puestos y cuarteles. Tras la extincion de esos ecos, todo queda sumerjido de nuevo en el silencio y en esa calma que acabamos de hacer constar, la que torna á ser interrumpida por los pasos de un hombre que de la línea de calles del Reloj para la del Seminario desembocaba á la plaza de armas en momentos que el bronce santo de la campana mayor de la Catedral, con su lengua metálica, lanza al espacio las vibraciones sonoras de su monótono tañido en el toque matutino del Angelus domine.

Apénas hiere el oido de nuestro personaje el primer campanazo cuando detiene su marcha, deja caer el embozo de su capa, descubre su cabeza, hace la señal de la cruz, se santigua, murmura algunas oraciones y al terminar su piadosa práctica, continúa su camino hasta detenerse en el atrio del templo que acabamos de nombrar, diciendo al frente de la entrada de éste:

—¡Hola! Aun no está abierto. El sacristan se ha dormido. Démos mientras algunos pasos por las ca-

denas, que la temperatura de la mañana está á propósito para un paseo.

Y con efecto, este individuo siguió todo el lienzo que forma el flanco izquierdo del frente de la Iglesia citada para doblar á la derecha y seguir esta línea hasta su conclusion, tornando á desandar su camino y repetir esta operacion tres ó cuato veces, en cuyo espacio de tiempo algunos otros transeuntes aparecieron en distintas direcciones, é indicando con su presencia que los trabajos y faenas de aquel dia habian dado principio.

Las puertas de la Iglesia parroquial del Sagrario y Catedral fueron abiertas, y los fieles comenzaron á penetrar al interior de ambos templos entre los que formaba parte el individuo de la capa de que nos hemos ocupado, que arrodillado en el espacio intermedio entre dos bancas parecia prepararse al recojimiento místico que demandaba la proximidad de la celebracion del Santo Sacificio.

Por la puerta de entrada en la calle de las Escalerillas atraviesa el interior de Catedral una pareja compuesta de dos mujeres, la una en el invierno de su vida á juzgar por el cansancio que revela su gastada naturaleza, lo quebrado y rugoso de su cútis y lo raquítico de su escasa y nevada cabellera. La otra en la primavera florida de su existencia, derramando á pesar de la modestia de su ropaje toda la abundancia de atractivos y gracias con que profusamente la enriqueciera la

mano liberalísima de la sábia y pródiga naturaleza. La diferencia de edades pudiera hacer presumir que la una era la madre de la otra; empero una mirada rápida entre ambas fisonomias, una ligera investigacion, en eso que se llama parecido ó que se apellida aire de familia, bastaria á demostrar que la falta de semejanza entre ellas establecia el mas perfecto contraste para comprenderlas verdaderamente antípodas en nacimiento y educacion, lo que se demostraba así mismo por la diferencia de estilo que concurria á colocarlas en el papel que á cada una correspondia.

La jóven demostraba ser una de esas señoritas de alguna familia distinguida; así como la anciana su compañera, la aya ó ama de gobierno de la casa.

—Hagame vd. favor de mi libro, Doña Mariana, dijo la jóven con acento perceptible solo para su compañera.

—¡Valgame Dios, María! contestó la anciana, que lo he dejado olvidado sobre la mesa de la asistencia.

La jóven María, como acaba de ser nombrada, se encojió de hombros, hizo un ligero mohin de desagrado y guardó silencio.

Ambas continuaron toda la nave recta de su marcha hasta la terminacion de la crujia y el coro de los canónigos para dejar á la derecha el altar del Perdon y doblar á la izquierda, tomando el pasillo que conduce al interior del Sagrario, adonde la mirada de la jóven se

fijó curiosa sobre el sitio y el individuo de la capa, que momentos ántes hemos colocado en el espacio intermedio entre dos bancas.

Una ligera sonrisa de satisfaccion, se dibujó sobre la preciosa boca de la jóven que con la anciana vino á arrodillarse al extremo opuesto del que ocupaba el hombre señalado, entregándose desde luego á las prácticas de devocion y recojimiento propios de aquel sitio.

De entre los asistentes al templo, que de momento en momento aumentaba el número, debemos fijarnos en otra mujer cuya mirada, sorprendiendo la sonrisa de María, habia seguido la visual de ésta para detenerse igualmente en el individuo de la capa ligeros instantes, y recorrer con investigador ahinco ya á todos y cada uno de los circunstantes, ya á los canceles de entrada para el interior de la iglesia.

A primera vista se comprendia que no era el sentimiento religioso el que ocupaba el ánimo de esta mujer, si hemos de juzgar por la expresion de su semblante y la curiosidad que demostraba en todos sus movimientos. Mas que á otra cosa, parecia encontrarse allí con objeto de dar cumplimiento á una cita, y la falta de puntualidad del objeto esperado, quizá es la causa de la impaciencia que su conducta revela: al fin y despues de cinco minutos de paciencia gastada inútilmente, se levanta de su sitio para aproximarse mas al que ocu-

pa María en situacion de poderla observar estudiada y minuciosamente.

Nosotros, aprovechándonos de los momentos de ese cambio de sitio, haremos constar á grandes rasgos las dotes personales que posee y con las que la fuerza del destino la haya favorecido.

Al ponerse en pié nos demuestra por su elevada estatura, un personal arrogante que aumenta lo airoso de sus movimientos, el desarrollo de sus formas que presenta sobre su talle, proporcionado un seno turgente que armoniza con su mórbida y alabastrina garganta: sus ojos pardos son de un corte inimitable, y su mirada natural, incisiva y chispeante: su frente es ancha y despejada y su nariz recta de forma griega: posee un juego de boca indefinible: sus rojos lábios para el desden son la sentencia del réprobo, así como para el amor las delicias del Paraiso: perlas son los menudos dientes de su blanca dentadura, perfume es su aliento, y la encendida rosa no envidiaria el color de sus purpúreas y frescas mejillas. El todo de su aspecto en cuanto á los abriles de su existencia, es dudoso, aleve, engañador. No es ya el primer descuello de la vida para llegar al desarrollo perfecto de los atractivos y gracias en el que se encuentra; empero tampoco es aun el descenso ni el cansancio de esos atractivos y gracias en el que se ostenta: difícil es apreciar su positiva edad, conformándose el investigador al encontrarse en ella los encantos y

la hermosura de las primeras ilusiones, á la par que la sensatez y el reposo de la experiencia, con la calificacion de que es una mujer en el apogeo de sus dias, como en el zenit deslumbrador de sus seducciones. Es en realidad de verdad y lo mas propio que pueda calificarse una jamona incitante, con toda la frescura y lozania de los años juveniles. Tal es, muy en compendio, el legado de la naturaleza, que en cuanto á dotes físicos le pertenecen; en cuanto á las morales, su conducta en el transcurso de nuestra historia la colocará en la línea ó categoría que justamente le corresponda. Su ropaje consiste en una saya de Apelin negro, tela de lujo en su época, un tápalo de seda sobre los hombros, detenido al pecho por un prendedor camafeo con cerco de oro, y mantilla española sobre el tápalo, ostentando en el dedo anular de la mano izqierda una churumbela de esmeraldas y un anillo, cuya montadura sostiene un solitario, magnífico brillante de crecido precio, despidiendo las luces del íris á la accion de los movimientos de aquella mano, y completando el conjunto de aquel atavío unos borceguíes de raso bordado que aprisionaban sus diminutos piés, de alzado empeine y de forma admirable y tentadora.

En su nuevo sitio reconcentraba toda su atencion en estudiar el rostro de María, la que sin saber que era objeto de aquel espionaje se cuidaba poco de recatarse, entregada á la práctica de sus oraciones, de la que

rendia testimonio el contínuo movimiento de sus lábios.

Mas de una vez la dama escudriñadora expresó en sus miradas los diversos afectos que de su ánimo se desprendian, y mas de una vez arrugó el entrecejo al detenerse en la realidad de tanta hermosura como la que absorvian sus investigaciones.

—Tiene, tiene razon el buen Narciso, murmuró para sí la dama prosiguiendo en su monólogo. ¡Oh, no se puede negar que es hombre de gusto y que merece toda mi aprobacion! Vaya un palmito! aunque á decir verdad, toda ella seduce; es un pimpollo..... qué.... qué.... Es un boton de rosa cuyo aroma deleitable debe embriagar! Pícaro de Narciso, y con razon está medio trastornado: en fin, la niña previene en su favor, y por quien soy, que haré lo posible por contribuir á su felicidad; porque creo que ella será feliz en poder de.....

Un golpe de toz repetido y constante que se hizo sentir de entre los concurrentes y bajo las bóvedas del templo, interrumpió el monólogo de la dama. Esta volvió la cabeza con violencia hácia el sitio de donde partia la tos, y sus miradas se encontraron con las de otro hombre, que de pié y cubierto con una capa de cuello y embozos de terciopelo carmesí se hallaba á la espalda y á muy pocos pasos distante del individuo madrugador, que de capa igualmente, aunque de embo-

zos negros, le hemos visto arrodillarse momentos ántes en aptitud de ocuparse de sus piadosas prácticas.

La dama señaló con la mirada al hombre arrodillado, y el de la capa de vueltas carmesí, siguiendo aquella indicacion, al descubrirlo dió un salto hácia atrás como si le hubiese picado una víbora, se alejó violentamente de aquel sitio y vino á colocarse tras una de las grandes columnas que sostienen el bovedaje, para esquivar la mirada del individuo de quien acaba de dar muestra de sorprenderse al hallarle en aquel sitio y de quien parece pretendia recatarse.

—¡Bien! murmuró. Hombre prevenido vale por dos. Desde aquí observo tus movimientos y estoy dispuesto para atacar la plaza y para defenderme de tus miradas y de tus investigaciones.

No terminaba aun de pronunciar para sí su última frase, cuando la dama de la mantilla que habia seguido los movimientos de aquel cambio, se hallaba arrodillada y muy inmediata á su lado.

El de la capa se arrodilló igualmente: en las manos de ambos aparecieron los correspondientes devocionarios, y como si estuviesen entregados á la mas fervorosa piedad por medio de la lectura de aquellos libros, entablaron el siguiente diálogo:

—¡Vaya, Narciso! murmuró la dama, que no teneis perdon de Dios por lo que habeis hecho. Solo á vos puede ocurriros llegar un cuarto de hora despues de la

cita y desperdiciar la oportunidad de recrearse en esa hermosura.

—Teneis razon en reñirme Margarita, contestó el nombrado, pero..... ¿qué quereis? cuando uno tiene mas empeño en una cosa es cuando le sale peor. Mas decidme ¿está aquí, la habeis visto?

—Sin duda: ya sabeis, soy muy eficaz para cumplir un encargo. Fuí una de las primeras en llegar á este sitio para colocarme á observar en el lugar correspondiente. Su padre llegó á pocos instantes y fué á hincarse al mismo punto en que le habeis visto. Minutos despues, y por la puerta de Catedral, conforme me habeis dicho, apareció esa criatura, ese tesoro, acompañada de su ama de gobierno á juzgar por las apariencias. El instinto de mujer me hizo adivinar que era esa niña el objeto de tan terrible madrugada, aun ántes de consultar las señas que me habeis dado, y vino á rectificarme la sonrisa que dibujaron sus lábios al descubrir á su padre y algunas palabras que ántes de entregarse á la meditacion en que se encuentra, cambió con la ama de gobierno, á quien ha llamado Mariana.

—Y ya que la habeis conocido ¿qué decís de ella, qué os parecen mis apreciaciones?

—Que son muy frias, muy vulgares, respecto de la realidad.

—Es decir que en vuestro concepto.....

—Es una alhaja que no mereceis: es una de esas criaturas que si de pronto fascina, si se estudia, enloquece: es un ángel deslumbrador con todos los requisitos con que se pinta á los moradores del cielo.

—De manera que participais de mi sentir, y por consiguiente estais dispuesta al cumplimiento de vuestra palabra.

—Sin duda, sin duda. Su hermosura me ha interesado, dispone en su favor y desde hoy mismo daré principio á mis trabajos en el desarrollo de mi plan.

—¡Oh, gracias, 'gracias, Margarita! ya sabeis que esa preciosa niña me ha trastornado. Su posesion hará la suprema felicidad de mi vida.

—Ya veremos, querido Narciso, si la suerte me favorece para que sea yo quien os proporcione esa felicidad.

—Sí, sí. Agotad vuestro ingenio de mujer, disponed de vuestro talento y de vuestra travesura en mi favor, que yo en cambio no dejaré de cumplir la palabra que os tengo empeñada.

—¡Bien! servicio por servicio; ella será vuestra, siempre que él..... ¿me entendeis?

—Perfectamente; y por mi parte cumpliré lo pactado, aunque peligre mi vida.

—Bien está; pero separémonos y mas tarde nos veremos en casa.

—¿Hácia qué parte decís que se encuentra? porque es imposible que me retire sin contemplarla algunos instantes.

—En el mismo sitio en que me habeis visto cuando llegásteis, es decir, muy cerca de la barandilla del altar de la Purísima.

—Gracias, Margarita.

La dama inclinó la cabeza: el de la capa de terciopelo carmesí, ó sea Narciso, como ha sido nombrado, se levantó de aquel sitio para dirigirse al indicado por Margarita, y al descubrir en él á la jóven María, fijó en ella su mirada tan profunda, tan intensa, que parecia pretender devorarla, sin cuidarse de cuanto pasaba á su derredor.

Miéntras lo que acabamos de referir, transcurrido en el espacio de media hora, el dia habia seguido su avance, y á pesar de las nublasones atmosféricas que formaban un toldo ceniciento y grís, la accion de la luz imperando, habia destruido la de la oscuridad y las tinieblas estableciendo el movimiento, la animacion, la vida natural de los moradores de la populosa ciudad.

De entre sus diversos transeuntes, fijémonos aunque á vista de pájaro en un inividuo, ginete sobre un miserable cuartajo, cuyo tardío paso, orejas gachas, largo pescuezo, cola ruin, armazon de huesos y demas circunstancias de su todo, le acreditan en el mérito que pueda tener semejante cuadrúpedo, para cuyas fuerzas parece superior la carga que lleva sobre sus lomos. Este ginete

lleva cubierta la cabeza con un sombrero de vicuña amarilla de alas proporcionadas y barbiquejo de cinta ancha de seda. Se arrebuja en el embozo de la capa conque va cubierto y ésta permite ver las botas de montar que calza, de las que penden las respectivas espuelas, así como la parte de la vaina de la espada que lleva en el cinto, la que por el trote del penco, produce un columpeo continuado que hace juego con el de las delgadas canillas de aquella miserable bestia que avanza por las calles de Plateros, San Francisco, Puente del mismo nombre y Alameda, para salir por la puerta del portillo de San Diego y continuar línea recta en direccion á San Cosme, atravesando las puertas de esta garita y en el terrado de la calzada sacando fuerzas de flaqueza por las instigaciones de la rodaja de las espuelas arrimadas con ímpetu á los ijares, tomar un trote largo para seguir á un galope que los campesinos denominan arrastra garrocha y desaparecer tras la espesa nube de polvo, levantada por sus escasos y gastados cascos.

CAPITULO III.

Lobos y corderos.

Volvamos á los personajes que hemos dejado arrodillados en el interior del templo.

Terminado el Sacrificio de la misa que acabara de celebrarse en el altar mayor, María, que hasta entonces habia conservado la inmovilidad de la estatua, á la vez que el recojimiento espiritual de sus místicas adoraciones, pareció tornar á la vida saliendo de aquella situacion que habia sostenido, por un movimiento de cabeza

á la par que el de las miradas de sus ojos clavados en el individuo de la capa que aun permanecia arrodillado entre las dos bancas á donde le colocamos.

Tras la mirada investigadora de la jóven, una sonrisa vino á dibujarse en sus lábios en momentos que el de la capa dirigia hácia aquel sitio su visual: ambos rayos se encontraron y aunque con la severidad propia del sexo, la boca de aquel hombre sonrió igualmente como contestando á la que hubiera podido traducirse como salutacion para continuar en el ejercicio de sus piadosas prácticas.

De aquellas miradas, de aquellas sonrisas, que acusarian á sus perpetradores del sentimiento de viva inteligencia, nada sin embargo, podia traducirse que no fuera la expresion tiernísima de los mas puros afectos.

Margarita desde su sitio de observacion no perdia uno solo de los movimientos de aquellos á quienes espiaba como tampoco los perdia Narciso á retaguardia colocado y medio oculto á merced de la sombra de un confesonario y el embozo de su capa.

—Vamonos, que las siete van á dar, murmuró María al oido de Doña Mariana:

—Si: que es hora del desayuno, contestó la ama de gobierno siguiendo el ejemplo de la jóven.

Ambas en pié abandonaron su sitio, tomando para Catedral con direccion á la puerta de salida para la calle de las Escalerillas.

Margarita las seguia inmediatamente y á corta, distancia de ésta marchaba Narsiso en observcion de los movimientos de aquellas.

Cuando María llegó á la fuente del agua bendita situada muy cerca de la puerta de salida del templo, Margarita con una sonrisa que solo sus labios sabian dibujar ofrecia en los delicados dedos de su diminuta mano el líquido que la jóven aceptó dando las gracias con una inclinacion de cabeza y signándose al mismo tiempo sobre la frente.

—Que impresiones tan inexplicables, dijo Margarita á María, en el momento de pisar el sardinel de la puerta de la Iglesia para la calle, se experimentan al desengaño de una equivocacion.

Maria miró fijamente á su interlocutora expresando la extrañeza que le causaban aquellas palabras que no comprendia.

Margarita tornó á sonreir agregando inmediatamente:

—Teneis un parecido tan exacto á una amiga mia que hubiera jurado á la media luz del templo que era ella misma. Reconozco ahora mi equivocacion, aunque á decir verdad me felicito de ella, porque siempre es grato encontrarse con el parecido de la persona á quien se ama: esto cuando menos establece simpatia, y por este motivo puedo aseguraros querida niña, que me sois bien simpática.

—Mil gracias señora, balbutió la jóven sin dejar de andar, y cuyo camino sobre la izquierda de la salida de catedral, era la misma calle de las Escalerillas.

—¿Cómo os llamais interrogó Margarita?

—María, vuestra servidora.

—Bellísimo nombre, y que corresponde con exactitud á vuestras gracias.

—¡Ah señora! vos me favoreceis con palabras que nunca he oido, dijo María sonriendo dulcemente.

—No soy yo bella María, agregó Margarita. Si favor hay en vuestra hermosura lo debeis haciendo justicia á la naturaleza, que os dotó con sus gracias.

—Pues con vos no ha sido esquiva, y las miradas de María se fijaron tenazmente sobre el rostro de la que habia provocado aquel diálogo.

—Dicen, dicen querida María, que esa Señora ha sido pródiga en favorecerme. Quizá por eso me gusta reconocer su generosidad donde quiera que la encuentro. Vos sois la prueba.

María tornó á sonreir. El ama de gobierno Dª Mariana miraba con cierta extrañeza á la persona que habia usurpado su puesto, obligándola á marchar á la espalda, aunque guardando un profundo silencio.

Narciso, embozado en su capa, seguia el mismo camino, arreglando sus pasos á los de las damas, de manera que llegaba hasta sus oidos la conversacion de aquellas. El grupo así formado dobló por la primera calle de

Santo Domingo, y al terminar ésta sobre la derecha para la de Cordobanes, viniendo á detenerse á la entrada de la habitacion marcada con el número 13, y adonde María dijo á su interlocura:

—Si gustais de pasar? hemos llegado.

—Es esta vuestra casa? interrogó Margarita.

—Que desde luego queda á vuestra disposicion, contestó María.

—Gracias, querida niña. Ya tendré el gusto de que tomeis posesion de la mia cuando me favorezcais con vuestra presencia en ella, porque creo que séremos amigas ¿no es verdad? Al ménos por mi parte tengo gusto en ofreceros como testimonio de simpatía mi amistad.

—Mil gracias, señora, y desde hoy podeis decir que soy vuestra amiga.

—¡Bien María! Pero nada de señora ni de ese tono que empleais. Llamadme Margarita y tratadme como á vuestra amiga.

María sonrió de nuevo y aunque revelando la timidez propia de su edad, y encogimiento natural de falta de trato, balbutió repitiendo:

—¡Margarita! Bonito nombre.

—Me alegro que os agrade, dijo la interesada tendiendo una de sus manos en señal de despedida para terminar con estas palabras: Hasta mañana querida Ma-

ría, supuesto que como yo concurrís á la misma misa y al mismo templo: allí nos veremos.

—Hasta mañana Margarita, dijo María estrechando la mano de aquella y entrando á la casa seguida de su compañera Dª Mariana.

A pocos pasos de camino Narciso alcanzó á Margarita ofreciéndole el brazo que aceptó aquella, siguiendo unidos para seguir á la derecha, tomando la acera de la izqierda de la 2ª calle del Relox.

—¿Qué pensais? dijo Narciso á su compañera.

—Nada nuevo de lo que os dije en la Iglesia. La criatura es un portento de hermosura que os acredita como hombre de buen gusto y nada mas.

—Pero ¿qué presentís del éxito de nuestros proyectos?

—Sobre el éxito no puedo deciros nada todavía. Cualquiera cosa que sobre esto se asegurara seria muy aventurado.

—No lo creo así; porque ademas del instinto natural de la mujer, poseis vos ese vuestro instinto que constituye mi fe. A ese instinto es al que se dirigen mis preguntas.

—Sin embargo, observó Margarita. Apénas he pronunciado mis primeras palabras, apénas he explorado la entrada del terreno en que voy á caminar. No me pidais todavía juicio sobre lo que yo misma aun no acabo de formar.

—Pero de ese terreno, de ese camino, ó de esa entrada como decís ¿qué resultado augurais?

—¡Vaya si sois impaciente, Narciso! Mal concepto habeis formado de mí ansiando por una violencia, que ningun buen resultado puede producir. Conozco hoy á esa niña, busco pretexto para acercarme á ella y lo aprovecho en el acto. Somos amigas ya; sé que todos los dias sale á misa á esta hora acompañada de su aya Dª Mariana; que los domingos por la mañana sale en coche á la Alameda para hacer ejercicio; que no tiene amigas, porque en su casa hay muy pocas visitas; que su padre sale todas las noches en coche y que todos los dias podemos vernos y hablarnos como hoy. Creo que para primera entrevista he conseguido cuanto pudiera apetecer.

—Ojalá y yo, querida Margarita, pudiera reprimir la impaciencia que me devora con esa sangre fria que vuestro carácter me da testimonio y que tanto os envidio.

—Pues la adquiris por la fuerza ú os esponeis á desesperaros, pero mirad quien viene allá por la acera del frente.

Narciso siguió con la mirada la direccion que indicaba la de su compañera para fijarse en un individuo que de la calle del Seminario seguia para la misma en que marchaban nuestros interlocutores.

—Su padre, murmuró subiendo bien el embozo de su capa para ocultar el rostro.

—Pareceis estudiante de provincia, observó Margarita, y á la verdad que me divierten vuestros temores y vuestras escusas de un hombre que ni siquiera se apercibe de vuestra existencia en el mundo.

—¡Qué quereis Margarita! Yo soy muy impaciente como habeis dicho; pero muy precavido al mismo tiempo.

—Precaucion que con este individuo es perfectamente inútil. Miradle, sigue su camino sin cuidarse de cuanto le rodea y sin fijarse ni en vos ni en ninguno de los transeuntes.

El individuo designado era el mismo que dejamos arrodillado entre dos bancas en el interior del Sagrario que cubierto con su capa dejaba ver los visos que producian las hebillas doradas de su calzado á cada uno de los pasos de su marcha precipitada, que vino á tener término al desaparecer de la calle en el interior de la casa de Cordobanes, adonde momentos ántes hemos abandonado á María y á su aya Dª Mariana.

—Hombre prevenido vale por dos, murmuró Narciso; y si yo he de tener necesidad de tentar todos los medios hasta conseguir mi fin, justo es que arregle mi conducta de tal manera, que siempre tenga cubierta la espalda para una retirada tranquila y sin los temores de una indiscrecion.

—Bien hecho, bien hecho; así deben hacerse las cosas que reclaman la precaucion; pero es necesario no confundir ésta con la cobardia ó la imprudencia.

—Ni de lo uno ni de lo otro podeis apostrofarme querida Margarita, y de esta verdad teneis pruebas que os ha justificado la experiencia.

—No tanto, no tanto, Narciso. Lo que calificais de pruebas no ha sido para mí mas que ligeros ensayos en los que he descubierto en vos algun rasgo de audacia, pero ésta, si no se encuentra favorecida por los caprichos de la loca fortuna, ya sabeis que sus resultados son contraproducentes.

—¿Con que no calificais mas que de audacia á lo que me he expuesto en las empresas que conoceis? ¡Vaya que sois tan original como encantadora, querida Margarita! Si otros lábios que no los de esa peligrosa boca, hubieran dicho lo que acabais de murmurar, ya contestarian los mios lo que importa semejante apreciacion; pero son los de una mujer tan seductora, y ante el poder de sus hechizos, yo no debo otra cosa que anonadarme ante sus apreciaciones.

—¡Já, já, já. Cualquiera diria á juzgar por ese lenguaje que me galanteais. Pareceisme, querido Narciso un apuesto doncel, y en verdad que..... ¡Ya se vé! os encontrais aun bajo la impresion fascinadora de la bellísima María, de esa encantadora criatura, y creyendoos en su compañía sembrais de flores el camino de vuestra marcha. Oh! y por cierto que sois hombre de gusto.

—Ya veis Margarita si tengo razon para estar desesperado, ciego, loco de pasion por esa cándida niña, por esa inocente corderita, á la que por temor de perderla no me atrevo yo mismo á llegar.

—Y por eso habeis buscado á un lobo ¿no es verdad? Sea querido Narciso. Yo seré la loba de esa corderita que pondré en vuestro poder, despues que vos.....

—Despues de que yo os entregue vuestro corderito, de quien soy lobo ¿no es esto?

—Precisamente: tales son las condiciones de nuestro mútuo pacto.

—Cuya tardanza en realizarse deberá ser para mí una eternidad de tormentos.

—Que de vos depende acortar. Decidme dentro de diez, dentro de ocho, dentro de tres dias: Aquí teneis el objeto de vuestra venganza, ¡Satisfaceos! Y yo os diré: Aquí teneis el objeto de vuestro amor, ¡Tomadle! Sí, cualesquiera que sean las dificultades con que tenga que luchar, cualesquiera que sean los obstáculos que se me presenten, cualesquiera que sean los riesgos que tenga que correr, os aseguro que me sobrepondré á ellos, que saldré victoriosa, que pondré en vuestro poder el objeto de vuestro amor, en cambio de que pongais en el mio el objeto de mi venganza. Sí, venga á mí ese dulcísimo momento, véale yo saboreando los tormentos, los horrores que me ha hecho experimentar, satisfágase mi corazon con los sufrimientos del suyo, sien-

ta en él lo que me ha hecho sentir, diente por diente ojo por ojo, y una vez satisfecha, nada me importa lo que pueda sobrevenir, nada la vida.

Y el acento de aquella mujer en sus últimas palabras, demostraba con exactitud el estado de su alma al proferirlas, patente ademas de la espresion de su fisonomía, en la que acababa de verificarse una sensible mutacion. Aquella mirada perdiendo de improviso el natural atractivo de su melancolía, de su dulzura, quedó convertida en dos rayos de fuego, incapaz de soportar: su nariz se elevó por la fuerza de la respiracion, y al desaparecer de aquella boca la sonrisa habitual que importaba un peligro, una tentacion, sus lábios se contrajeron de una manera tal, que á ellos vino á reasumirse el aspecto imponente y amenazador de todo su conjunto.

—Venganza por amor, repitió aun con acento alterado.

—Amor por venganza, dijo Narciso, tales son los móviles que nos han unido, querida Margarita. Somos mutuamente dos lobos, que caminamos en pos de nuestras dos ovejas.

La pareja de que nos ocupamos, y cuya conversacion se encuentra bajo nuestro dominio, habia seguido la línea de calles del Seminario, acera del Palacio de los Vireyes, Flamencos y doblando á la derecha San Bernardo, Capuchinas para torcer á la izquierda á la del Angel y á la mitad de esta y en los momentos que Nar-

ciso pronunciaba sus últimas palabras, sentirse detenido por el brazo de su compañera quien cubriéndose el rostro con el velo de la mantilla murmuró en acento muy bajo y señalando á un individuo que atravesaba la bocacalle de Tiburcio para San Agustin:

—¡Lo veis, lo veis!

—Sí, sí; contestó Narciso, perfectamente.

—Pues bien añadió Margarita, el cordero se presenta. Seguidle si habeis de ser buen lobo.

—Veremos quien de los dos hace mejor presa.

Narciso se desprendió del brazo de Margarita, aligeró el paso, se arrebujó bien en el embozo de su capa y dobló para la calle de San Agustin en seguimiento del individuo señalado.

Margarita siguió su marcha recta, tercera Orden de San Agustin y calle de Alfaro adonde en una de sus casas desapareció.

CAPITULO IV.

Los dos y las dos.

El individuo que atravesando la bocacalle de Tiburcio para San Agustin y en cuyo seguimiento se ha lanzado Narciso, cediendo á las indicaciones de Margarita, era una persona de regular estatura, embozada en una capa de paño color de guinda con vueltas de terciopelo negro y con la cabeza cubierta por un sombrero de alta copa, de alas angostas y recogida la extrema derecha por una hebilla de plata conforme al uso de su época.

La precipitacion de su marcha hace comprender que no es el paseo de mañana el que origina sus pasos. El estrépito de los de Narciso sobre las huellas del primero, detienen á éste y le obligan á volver la cabeza en solicitud de quien sigue su camino.

Al cerciorarse de que á él era á quien se le seguia, supuesto que en aquellos momentos no habia mas transeuntes sobre la acera, detiene su marcha, dejando caer el embozo de su capa, bajo el cual hace constar el conjunto de su personalidad. El aspecto de su fisonomia revela unos cuarenta y cinco años, y su ancha frente las dotes de una inteligencia serena y despejada: sus ojos pardos poseen la facultad de imponer al dirigir el rayo de su visual: su nariz es recta y proporcionada su boca, llevando rasurado el lábio superior y cubiertos sus carrillos por la profusion de su negra y espesa barba. Viste un jubon de terciopelo negro, que á medio cerrar en el pecho deja ver los vuelos blanquísimos de su finísima camisa de Cambray, sujeto á la cintura por una faja de la propia tela: lleva gregüescos ó calzon corto hasta la rodilla, medias negras de seda y zapatos con hebilla de oro. Al detenerse la accion y fijeza de su mirada sobre Narciso equivale á estos conceptos:

—¿Se os ofrece algo conmigo?

—Caballero, dijo Narciso haciendo una inclinacion de cabeza, al mismo tiempo que presentando un objeto que se veia en su mano, continuaba de esta mane-

ra: He recogido pocos pasos atrás este bolsillo que se encontraba tirado sobre la banqueta, y como sois en estos momentos el único que marcha delante de mí, creo que debe perteneceros.

El desconocido miró la pequeña bolsa y contestó inmediatamente:

—Os equivocais, señor mio; esa bolsa no es de mi propiedad.

—Crei que lo fuera, insistió Narciso, y sobre vuestra declaracion me maravilla que no la hubierais visto á vuestro paso.

—Razon por lo cual, añadió el desconocido, entiendo que os pertenece, al ménos del momento, supuesto que sois vos quien la ha encontrado.

—Decís bien caballero, agregó Narciso, me pertenece del momento solamente; porque no siendo mia, como en efecto no lo es, trataré de gestionar quién sea su legítimo dueño, para devolvérsela.

El desconocido se encogió de hombros, hizo una inclinacion de cabeza, se embozó de nuevo en su capa y dió el primer paso para continuar su camino interrumpido.

Narciso se colocó á su lado y andando igualmente, procedió á examinar el contenido de aquel bolsillo, murmurando al mismo tiempo:

—¡Cáspita! Pues el dueño no debe ser ningun arrancado, á juzgar por lo que aquí se encuentra. ¡Mirad! tres

monedas de oro de á cuatro escudos cada una. Cinco duros en este otro lado, tres pesetas y algunos reales. Algo vale la pérdida, pero no me ocurre de qué medio valerme para que llegase á noticia de su dueño que el que la ha encontrado está pronto á devolvérsela. Si pudierais sujerirme alguna idea.

—Lo mas sencillo seria, en mi concepto, contestó el desconocido, fijar unos anuncios en las esquinas y tal vez mejor que en estas, en los canceles de entrada para los templos.

—En verdad, teneis razon: no me habia ocurrido medio tan oportuno.

—Si eso no basta, pudiera apelarse á unos avisos en la Gaceta oficial. Creo que seria bastante.

—Sin duda, afirmó Narciso, ambas gestiones conducirian irremisiblemente este bolsillo á poder de su dueño

—Para el segundo medio, observó el desconocido encuentro un ligero inconveniente.

—Cuál si teneis la bondad.

—El costo que sea preciso satisfacer, por la publicacion de la nueva, aunque bien pensado pagarse de lo mismo que contiene el bolsillo.

—Esto seria lo justo, y así la apreciaria su dueño al recibir lo que indudablemente consideraba perdido.

—Pero podia objetar que se habia dispuesto de parte de su dinero sin su consentimiento.

—No sé de qué otro modo, articuló el interlocutor de Narciso pudiera darse la publicidad que deseais; sin ese gasto que autoriza la accion de honradez, de que dareis testimonio, á no ser que á ella agregeis la generosidad de satisfacerlo de vuestros propios fondos.

—Bien pensado me parece; pero ¿cómo cerciorarme de que la persona que en virtud de los avisos venga á decirme yo soy el dueño de ese bolsillo, sea en efecto á quien le pertenezca?

—Me parece que su dicho me pudiera merecer los honores de la verdad si os dijera, por ejemplo, el número de monedas de oro y plata ahí existentes, el color de la seda de ese bolsillo, alguna otra pequeñez de sus particularidades, y por último, y esto seria lo mas esencial, el aspecto y la calidad de la persona que lo reclamaba.

—En verdad que cuanto me habeis dicho, dijo Narciso, es lo mas fácil y con lo cual no puede quedar escrúpulo respecto del cumplimiento de mi deber. Me felicito, caballero, de vuestro encuentro, admirando la rapidez de vuestro ingenio que revela las dotes de un talento privilegiado, ante el que me inclino protestando la expresion de mis homenajes.

El desconocido hizo un signo con la cabeza en manifestacion de gracias, dejando asomar á su fisonomía la expresion de orgullo que en él habian producido los últimos conceptos de su compañero de marcha.

Narciso prosiguió:

—En la mañana de hoy pondré en práctica vuestros consejos, y de su resultado os daria cuenta con sumo gusto si tuviera la satisfaccion de saber con quién hablo, y el sitio de vuestro domicilio.

—Vuestra casa será, si aceptais, calle del Hospital Real número 13, y vuestro servidor Mauricio Monseli baron de Alcolea.

—Muy señor mio, dijo Narciso inclinándose á su vez. El señor baron de Alcolea contará por servidor á Narciso Penosilla, y su casa calle del Factor número 13.

El baron tornó á inclinarse balbutiendo:

—Mil gracias, caballero. Nada tengo que agregar á mis anteriores palabras.

—Tendré el gusto, repitió Narciso, de haceros una visita cuando pueda daros cuenta de quién sea el dueño del bolsillo que me ha proporcionado tan satisfactorio éncuentro.

—De nueve á once por la mañana y de tres á cuatro por la tarde me encontrareis en casa á vuestra disposicion.

—Mil gracias, señor baron. Creo que próximamente tendré el gusto de cumpliros mi palabra.

Nuestros interlocutores habian llegado á la esquina de la calle de San Agustin. Un afectuoso apreton de manos cambiado entre ambos por despedida, señaló su separacion.

Mauricio Monseli ó el baron de Alcolea, se embozó de nuevo en su capa, y prosiguió su marcha doblando á

la izquierda para la segunda calle de la Monterilla en la que se confundió entre los transeuntes que la circulaban.

Narciso, avivando su paso, tomó la de los Bajos de San Agustin á cuyo término torció á la derecha para la del Arco, y al fin de ésta dobló á la izquierda para entrar á la de Alfaro y á la casa en que momentos ántes Margarita habia desaparecido.

Narciso, á quien el portero debia conocer, supuesto que su presencia hizo que el criado se descubriera la cabeza, atravesó el pequeño patio que conducia á la escalera dividida en dos tramos y ascendió ésta de dos en dos peldaños, hasta el corredor, viniendo á detenerse ante una vidriera de entrada, cuyos cristales fueron heridos con tres golpecitos dados de una manera particular con los nudillos de la mano derecha, á las que contestó una voz que partia del interior, diciendo:

—¡Adelante! ¡Adelante!

Narciso empujó la vidriera que tornó á emparejar á su espalda y sin detenerse en la primera estancia avanzó á la segunda, cuyo pavimento estaba barnizado por un maque á cuadros de medios colores. Su mueblaje, canapés de caoba con largos cogines tapizados de cerda negra lisa, en la cabecera principal formando el estrado, una estera de esparto larga y angosta desempeñando el oficio de tapete; rinconeras de la misma madera descansando sobre su base el correspondiente nicho de cristal

y bajo este la escultura de un santo: sillas con asiento de cerda idéntica á los cojines del estrado y claveteadas con tachuelas de laton amarillo; llenando sus respectivos lugares algunos cuadros, pinturas místicas pendientes de las paredes y descollando como mueble de gran lujo en su época, un piano vertical con ráfaga de seda amarilla haciendo juego con un candil pendiente de la viga del centro, de almendras y prismas de cristal.

Sentada al frente de una pequeña mesita sobre la que se veia en una mancerina de plata el correspondiente posillo con chocolate, algunos bizcochos, un vaso con leche y otro con agua, estaba la persona cuyo acento habia autorizado el avance de Narciso hasta su presencia la que prosiguió vivamente:

—Y bien ¿cómo tan pronto habeis regresado?

Que quereis, Margarita, yo mismo me admiro de haber me puesto con tanta facilidad en contacto con el Sr Baron de Alcolea, Mauricio Monseli.

—Veamos, veamos, dijo la dama, pero me acompañareis á tomar chocolate; y tirando del cordon de la campanilla que estaba al alcance de su mano, pidió á la criada que se presentó en el acto con la jícara de chocolate con que habia invitado á su compañero. Contad, contad, prosiguió, que estoy impaciente por escucharos.

—Pues señor, dijo Narciso, mis primeros pasos, como mis primeras palabras cerca del baron de Alcolea, no han sido estériles. Creo que la reciprocidad de nues-

tra primera entrevista me conducirá á la amistad íntima del famoso Mauricio Monseli, en quien creo haber descubierto una hinchada magnificencia, un orgullo refinado con la posesion de su título, lo cual será la via de explotacion que me conducirá al terreno en que necesito marchar, para conseguir el fin convenido.

La criada entró con el chocolate, que colocó sobre la mesa retirándose inmediatamente. Narciso al mismo tiempo que se apresuró á despachar con buen apetito el desayuno, prosiguió su narracion refiriendo á su compañera lo que en la calle de San Agustin ha pasado entre nuestros personajes y acabamos de escuchar de ellos mismos.

—No es tan mala la fábula del bolsillo, para principio, dijo Margarita; pero no sé de qué modo cumplireis lo que habeis ofrecido, respecto de esos avisos y de esa publicacion.

—Muy sencillamente, repuso Narciso, esta tarde misma se pega un manuscrito en el cancel de entrada para la iglesia de San Agustin, y al salir de aquí me voy á la imprenta de la Gaceta para que mañana aparezca publicado el aviso, cuyo importe satisfago, y adelanto. Como yo soy el dueño de ese bolsillo, quién quereis que venga á reclamármelo? Si álguien se atreve, ya sabré yo á qué atenerme con el reclamante, y por lo demas este es principio de mi plan futuro, cuyo resultado me prometo será la victoria.

—De la que os resultará, concluyó Margarita, el premio que tanto codiciais.

—¡Quién sabe! murmuró Narciso.

—¡Oh, perded cuidado. Una inspiracion, un presentimiento secreto anima mi triunfo respecto de esa niña que constituye el delirio que trastorna vuestra cabeza. Triunfad, triunfad en lo que toca á vos; que así alcanzareis la posesion de tan encantadora criatura. Ella por él y cada cual con lo que ambiciona: vos vuestras delicias, yo mi venganza.

Algunos minutos despues Narciso abandonaba la estancia y la compañía de la dama, cuyas palabras acabamos de oir.

—¡Oh, sí! murmuró Margarita al ver salir á Narciso. Una vez vengada, ¿qué me importan los medios? ¿qué la hermosura y la inocencia de esa cándida niña? supuesto que á trueque de ella alcanzaré satisfacerme de quien tan horriblemente me ha ultrajado. ¡Miserable! En vuestro nécio orgullo pasais la vida sin acordaros siquiera de que el que siembra semilla como la que habeis esparcido, tiene que recoger la cosecha natural de sus propios frutos. Aparentais una calma, una tranquilidad que no podeis, no es posible que sintais. Lo que pretendeis darme á entender con el frio desden de vuestro soberano desprecio, no es mas que el error grosero de vuestra fátua arrogancia. La leona herida tan de improviso, cayó exámine víctima de los efectos de tan

inícua felonía, pero esa leona no ha sucumbido, baron de Alcolea. Tiempo ha pasado, y mucho por cierto, en que ha debatídose entre los tormentos que desgarraron la fé de un perjuro, la creencia de una mujer engañada, pero ese tiempo ha pasado y esa leona curada absolutamente, fuerte con el alimento de que se ha nutrido, decidida al combate, prepara sus garras para hacerlas sentir al que ni siquiera se ha dignado conservar el recuerdo de que existe ese sér que dueño de ese ultraje puede colocarse en situacion capaz de devolvérselo lo mismo que se lo ha arrojado. Comienza la lucha y en ella, por quien soy os juro, apuraré todos mis recursos, todo mi ingenio, y si necesario fuese para mi triunfo, todas las dotes de que la naturaleza me ha enriquecido, y que se encuentran bajo el dominio de mi libre albedrio. ¡Oro! Tengo el necesario para satisfacer lo que pudiera demandar mi empresa.

¡Hermosura! Las adulaciones, las promesas, las conpetencias y los presentes de los que se arrastran á mis piés, implorando una mirada, mendigando una sonrisa, son la prueba mas elocuente de lo que de ella se pudiera decir. ¡Seducciones! Una mirada incisiva de las que suelen hacer uso mis adormecedoras pupilas, son un rayo candente que produciendo los efectos de un volcan, su abrasadora lava sin dañarme, llega apénas á las gradas del trono en que reino, dignándome por compasion dar señal alguna de que han llegado á estrellarse

á mis piés. Una sonrisa dibujada en mis lábios cuando y de la manera que yo sola sé, seria bastante para constituir la mas terrible, la mas poderosa de mis armas. ¡Cómplices! El que hoy se asocia á mi causa, deslumbrado por las gracias de la hermosura, embrutecido por los instintos de sus deseos, es bastante para proporcionarse cuanto sea necesario al cumplimiento de mis indicaciones, á la obediencia de mis órdenes. La lucha comienza, y en ella no extrañará el apasionado Mauricio Monseli, el altivo baron de Alcolea, las peripecias, los incidentes, las escenas mismas de su propia conducta: sí, en esa lucha no habrá otra cosa, no puede haber mas que igualdad en el descenlace. Muertas mis ilusiones, asesinadas mis creencias, sacrificando todo cuanto una mujer podia sacrificar, rotos los vínculos de familia para convertirme en un sér objeto de degradacion y de vergüenza, muerta para la sociedad á que tenia derecho de pertenecer por mi nacimiento y por mi rango, muerta moralmente para toda aspiracion legítima, y muerta para todos, es preciso que la muerte sea el punto objetivo de mi venganza. Sí, en ella nada existirá, ilustre baron, que no sea obra de vuestra propia mano. ¡Diente por diente, ojo por ojo, dolor por dolor y sufrimiento por sufrimiento! Habeis sido perjuro, faltando á la lealtad de vuestras promesas, á las promesas hechas á una cándida niña, como lo era cuando deslumbrada por los impulsos de mi ardiente pasion, creia en la sin

ceridad de vuestras palabras, en la hidalguía de vuestros ofrecimientos, habeis sido un villano en abandonarme olvidando lo que yo abandoné, lo que yo perdí trocando toda la aureola purísima que inundaba todo mi sér, toda mi existencia por el estigma vergonzoso que rodea mis pasos, que señala todas las acciones de mi vida; y ¿por qué ese perjurio, por qué esa villanía? ¡Ah, por otra mujer! No, no; esa no es mujer, es un aborto con figura humana, una sombra maldita, que aparecida en mitad de mi camino, trae la mision de ser la memoria vivísima de mi pasado, el recuerdo constante de mi presente y la amenaza aterradora de mi castigo para el porvenir. Sí, esa mujer no puede, no representa otra cosa, no es posible en ella mas que la calificacion que acabo de hacer. Entre ella y yo no hay punto de comparacion: nos separa un abismo, nos aleja la distancia que media entre ambos nacimientos, educacion, instintos, maneras, dotacion física y.... ¡Oh! jamas descenderia hasta ella para hacer comparaciones, cuyo solo pensamiento la elevaria del fondo de su vulgaridad. Y sin embargo, ese sér excepcional, esa mujer, noche preñada de horrores en la fealdad de su sexo, es la causa, es el pretesto, es el motivo de los sufrimientos que sacuden mi alma, que excitan mi cólera, que incitan mi rabia. ¡Oh, estoy celosa! ¿Celosa? No. Esa mujer no merece de mí ni la mirada de mis ojos, ni los conceptos de su recuerdo en mis lábios: la expresion de mi mas sobe-

rano desprecio, al llegar hasta ella seria una distincion inmerecida. ¡Celos! No, no. Venganza de aquel que ha provocado todas mis iras.

Y al terminar las palabras del dilatado monólogo que Margarita acaba de sostener, su fisonomia, perdiendo la expresion natural, que en ella importaba un sentimiento de verdadera atraccion, habia adquirido la de los efectos que producian las elucubraciones de su excitado cerebro: la hermosura pronunciada de aquella dama se habia metamorfoseado en la expresion clara de la mas viva altaneria: en aquella mujer acababa de verificarase una positiva transfiguracion.

Al dia siguiente y á la misma hora del que acabamos de ocuparnos, Margarita y María, saliendo de Catedral, emprendian su camino en los mismos términos y por las mismas calles que habian marchado el dia de su conocimiento, hasta la casa de Cordobanes, en cuya entrada la reciprocidad de manifestaciones y la igualdad de afectos entre ambas parecia sellar en su despedida, las ofertas cambiadas en sus primeros momentos, repetidas con instancia en la continuacion de aquellas entrevistas que dieron por resultado la intimidad, la confianza, y de ésta, la presuncion vehemente de una síncera y positiva amistad.

Miéntras los dias transcurridos en la estrechez de los lazos, en que se encuentran unidas nuestras dos heróinas, otros lazos se ataban en otros dos de nuestros persona-

jes, si atendemos á las palabras que entre ambos se cambian en la entrada de una casa de la calle del Hospital Real, en los momentos que de ellos nos ocupamos.

—Pasad, pasad, querido Narciso, que el almuerzo será mas apetitoso en vuestra compañía.

—Gracias, gracias, baron. No hace aun tres dias que he tenido el gusto de acompañaros en vuestra mesa.

—Será hoy la segunda vez.

—Gracias, baron. Tengo una ocupacion urgente de que hoy no puedo prescindir.

—¡Ya, ya! Una cita. Faldas de por medio. ¡Oh! sois temible para la Vénus! Comenzais á inspirarme temores.

—Creo que me burlais, baron; porque en materia de faldas, me considero niño de teta á vuestro lado.

—Tal concepto de mí, es un verdadero chasco, amigo mio, ¿pero no pasais?

—Repito que hoy no me es posible. No he querido otra cosa en esta vez que daros cuenta del resultado del aviso en la Gaceta sobre el hallazgo del bolsillo en la calle de San Agustin: ayer tarde lo entregué á su dueño prévias las explicaciones y las señas correspondientes. Gracias por vuestra inspiracion.

—De nada, de nada, Narciso.

—Hasta la tarde, querido baron, oomo de costumbre en la Alameda.

—No faltaré.

Y un afectuoso apreton de manos cambiado por despedida, separó á los dos amigos.

CAPITULO V.

Un pasado en cuatro palabras.

Estamos en una habitacion de reducidas proporciones, cuyo menaje en su conjunto, revela á la primera mirada, que es el sitio predilecto, el espacio reservado á las confidencias íntimas, el sancta-sanctorum de los secretos de una mujer: es un pequeño gabinete en el que se encuentran todos esos adminículos que en todos los tiempos y en todas las épocas caracterizan el tocador de una dama delicada y de buen gusto.

Mírase en uno de los lienzos de sus paredes una gran percha de colgar, cuyo cortinaje de damasco de lana labrado y de color carmesí descendiendo hasta el pavimento cubre los trajes y demas objetos pendientes de sus respectivas clavijas. Un lavamanos surtido con todas las piezas que lo componen, un espejo de una vara de largo por tres cuartas de ancho, tamaño colosal en sus dias, una cama de madera de caoba, y algunas sillas llenando sus propios espacios.

Frente al espejo se encuentra sentada una mujer á la que otra de pié y á su espalda, hace el respectivo tocado, recogiendo entre sus manos la abundante profusion de aquellos sedosos y negros cabellos que trenzados quedan prendidos en aquella cabeza á la que parece dar mayôr realce aquel sencillo pero artístico peinado.

La simple mirada bastaria á establecer la diferencia existente entre aquellas dos mujeres, sin fijarse en los inherentes propios de cada una, bastantes á colocarlas en la categoria que les corresponde. Son la ama, la señora de la casa y la camarista ó doncella destinada á su servicio.

—Para nadie estoy en casa en la mañana, dijo la señora mirando en el espejo prender la última horquilla á sus trenzados cabellos; excepto para el Sr. D. Narciso.

—Está bien, señora, contestó la criada dispuesta á retirarse.

—Si ese señor viene, que me haga favor de esperar me en la sala, avisándome inmediatamente.

—Así se hará, señora.

La criada se retiró cerrando tras sí la mampara de comunicacion con la habitacion próxima.

Margarita al quedar sola arrimó la silla que ocupara cerca del mueble que en dos columnas sostenia el espejo y cuya base de madera desempeñaba el oficio de escritorio en que nuestra protagonista lo habia convertido: abrió el cajon que aquella cubria, sacó de su fondo un tintero, un cuaderno de papel manuscrito, y con la pluma entre los diminutos dedos de aquella pequeña mano, pareciendo concentrar todas sus ideas en la fijeza de un solo pensamiento, quedó inmovil y con la mirada fija sobre el cristal azogado que fielmente reproducia las graciosas perfecciones del rostro que tenia delante.

Margarita, rara en su belleza, lo era igualmente en los incidentes que concurrian al todo de su educacion, constituyendo en su época una de esas maravillas, una de esas excepciones que hacen mas resaltable su propia, existencia, atendida la cultura escacísima, la civilizacion oscura, egoista y retrógrada de su siglo, en el que la mujer, sin mas razon que la debilidad de su sexo, era reelegada al olvido, á la indiferencia mas cruel, en materia de desarrollo de facultades intelectuales, considerándose como un peligro la adquisicion de ciertos conocimientos, la pocision de ciertos alcances, que mas tarde ven-

drian á ser una necesidad imperiosa, una exigencia imprescindible, para constituir las dotes indispensablemente forzosas á la educacion de la mujer.

Margarita, hija única de una familia acomodada, en ese eden, en ese jardin florido, en esa ciudad poética de las flores y de los pájaros, en esa ciudad hospitalaria por excelencia, llamada Jalapa, habia pasado los primeros diez y siete abriles de su existencia en el recogimiento mas severo de las prácticas religiosas que cuadraban perfectamente al espíritu de un misticismo exagerado en que hacian consistir los autores de sus dias, toda la virtud, toda la educacion y todas las exigencias sociales que convenian al papel que la mujer estaba llamada á desempeñar; pero Margarita poseia instintos superiores, un espíritu elevadísimo y una predisposicion vivísima para adquirir formas que harian de ella una excepcion notable en su época y la debilidad del sexo á que pertenecia.

Aquellas prácticas viciosas chocaban con la delicadeza de sus afectos: aquel aislamiento, aquel encierro, aquel recogimiento pugnaba con las disposiciones naturales de su propio espíritu. Los muros de su casa, el pequeñísimo círculo de relaciones que se le permitian, y éstas de edad madura ó avanzada, los límites de un jardin, única distraccion de que podia disponer, no eran, por cierto, los pormenores que debian armonizar con aquel carácter, con aquella índole, que si permanecia indife-

rente ó adormida hacia comprender, sin embargo, que en el despertar de aquella somnolencia, que al salir de aquel insomnio, que al abandonar aquel letargo, su vida monótona, taciturna y sombría, produciendo una transicion rápida, llegaria á ser el contraste mas perfecto, entre lo que desde los momentos de esa transicion, representaría su pasado y lo que desarrollándose en su presente, auguraria bien perceptible lo que debiera esperarse de su futuro. Margarita era en el seno de su familia, á consecuencia de tanta vigilancia, de tan nimios cuidados, el ave consentida y mimada en el reducido espacio de los alambres dorados de la jaula paterna que representaba su prision. Margarita, por sus instintos, por el temperamento de su naturaleza, necesitaba, como las aves, la inmensidad del espacio para volar; otro espacio, otro círculo, otra extension de mas dilatados horizontes que aquellos en que simplemente vejetaba.

Cumplia la edad de diez y siete años cuando la presencia de un hombre, forastero en Jalapa, pero acompañado de grandes recomendaciones personales y mercantiles, se presentó en su casa á tratar de la realizacion de algunos negocios de importancia para los intereses de su padre. Aquel hombre, oriundo del puerto de Veracruz, poseedor de una gran fortuna acabada de heredar así como el título de su familia, era Mauricio Monseli, baron de Alcolea, en las condiciones de una virilidad perfecta, contando apénas de aquella presentacion una edad

de treinta y dos años, un personal arrogante, y unas maneras de tanta nobleza y distincion que ellas solas hubieran bastado para hacer de él, su mas favorable apologia.

En los momentos de la presentacion de este hombre en la sala de la casa, Margarita obedeciendo á una seña de su madre se levantó del asiento que ocupaba para retirarse de allí al interior de las otras habitaciones.

El baron que se dirigia al estrado para saludar, detuvo un instante su marcha, supuesto que Margarita debia atravesar el mismo espacio para obedecer la indicacion de retirada de aquel sitio.

A su paso, el baron se inclinó ligeramente murmurando sus lábios un cumplido que la jóven correspondió con una sonrisa que apénas dibujaron sus lábios.

Margarita llegó á su aposento turbada, inquieta y con el rostro encendido como si la presencia instantánea de aquel individuo hubiera sido motivo para ruborizarla.

Imposible fuera creer que la rapidez de aquellos instantes hubieran bastado ni aun para fijarse en el conjunto; y sin embargo, Margarita tenia delante de sí la figura de aquel caballero, con todos sus pormenores, como si su imaginacion fuera el aparato en cuya cámara oscura se habia fotografiado aquella efigie: su mirada se sentia aun turbada ante el rayo abrasador de la mirada de aquel hombre, y las palabras de aquel cumplido, resonaban en sus oidos de una manera que, obligándola á son-

reir hacian que sus lábios las repitieran, balbutiendo dulcemente.

—Beso los piés de vd., señorita.

Margarita á su pesar, pero dominada su voluntad por una influencia que ella misma no sabia comprender, estuvo tras de la mampara de su habitacion todo el tiempo que duró la entrevista de aquel personaje, esperando los momentos en que debiera retirarse para tener de nuevo la oportunidad de volver á mirarle. Esta oportunidad se verificó dilatándose mas tiempo del que nuestra heroina se habia cálculado, á consecuencia de que los dos interlocutores se detuvieron algunos minutos en el cambio de nuevos conceptos y de la mas satisfactoria y cordial despedida, ejecutada en la puerta de salida esterior de aquel aposento, objeto de las miradas ocultas de quien satisfacia una irresistible y palpitante curiosidad.

Margarita en aquel espacio de tiempo, en aquella insaciable mirada, no hizo otra cosa que robustecer y afirmar la impresion primera, desconocida para ella, es verdad, en aquellos momentos, pero que haciéndose mas sensible, vino á contribuir mas poderosamente á las inquietudes, al trastorno y á la turbacion que sentia en todo su sér. Margarita, desde aquellos instantes, no era la misma que hasta entónces. No sabia lo que le pasaba, no alcanzaba á comprender el significado de lo que aquella rápida entrevista, de lo que la presencia de

aquel hombre le habia hecho experimentar. Pero aquellos momentos y el todo de aquel individuo, habian bastado para iniciar en ella una verdadera revolucion que el tiempo se encargaria de desarrollar.

Las relaciones mercantiles y la mancomunidad de negocios entre el padre de Margarita y el baron de Alcolea, multiplicaron la presencia de éste y establecieron cierta intimidad con el primero, de la que resultó, que Mauricio, á quien no habian sido indiferentes las gracias y la rara hermosura de Margarita, se proporcionara ocasion para declararle que se hallaba preso entre las redes de la frenética pasion que con sus encantos habia sabido inspirarle.

Tres meses pasados de esta declaracion, el baron de Alcolea se creia el mas feliz de los mortales al sentirse correspondido con el cariño del sér que representaba la realizacion de todas las ilusiones de su vida.

Desde entónces quedó establecido entre los dos amantes la mas perfecta inteligencia, la mas cumplida satisfaccion, la mas completa reciprocidad y la identidad mas exacta en aspiraciones, en deseos, en pensamientos y aun en inclinaciones; pero todo ese conjunto simbólico, todo ese tesoro de armonía, era turbado por el carácter excepcional y extraordinariamente ridículo de los padres de Margarita, para quienes habria sido un sacrilegio terrible, una blasfemia imperdonable aventurar la mas ligera idea sobre materia de amores, fundándose en el exa

gerado cariño que blasonaban tener á su hija á la que hacian víctima espiatoria de sí misma, el fanatismo de aquellos mal empleados sentimientos, característicos de su época; asi es que los dos amantes convinieron en sufrir y esperar en silencio acechando con asiduidad la primera ocasion que pudiera serles favorable para alcanzar la aquiescencia de sus afectos, y con ella el triunfo de su activísima y mutua pasion, conformándose con las protestas de ese lenguage mudo pero elocuente de los rayos de sus ojos, cuyas miradas de amorosa correspondencia, valian cada una de ellas un mundo entero de suprema felicidad.

Cinco años habian trascurrido desde aquella declaracion de Mauricio, y el mismo tiempo que á la par de sus amores, la comunidad de negocios con el padre de su amada, habia establecido, no solo las mejores condiciones de armonia entre ambos, por el buen resultado de los cálculos mercantiles, si no aún, cierta confianza, cierta franqueza, que pudiera apreciarse como intimidad, cuando Mauricio, decidiéndose á salir de aquella situacion, que tanto se prolongaba, al declarar la vehemencia de su pasion; ameritando el tiempo trascurrido de ella, pidió solemnemente á los padres de Margarita la mano de esta para que fuese de allí en adelante la Baronesa de Alcolea.

La borrasca mas desecha, hubiera producido ménos efecto á los fanáticos ancianos, presenciando la lucha

de la nave cuya pérdida envolviera su propia ruina que la que produjo en ellos aquella demanda. Las puer, tas de aquella casa se cerraron inmediatamente para el amigo, para el socio á quien con reproches durísimos, se le acusó de seductor, al mismo tiempo que Margarita sufria desde aquellos instantes, ademas de una reclusion inquisitorial, los efectos de la mas cruda y severa reprension.

Un mes pasado de este incidente, nada existía de comun entre el Baron de Alcolea y el padre de Margarita, quien habia perdido con gusto algunas cantidades de dinero, para cortar relaciones y terminar todos los negocios que entre ambos habian existido.

La dureza de trato sobre Margarita, y la constancia de su amante, determinaron la crisis que en el futuro se debia verificar.

Tres años de privaciones, de vigilancia perpetua, de reproches sin causa, de aménazas sin tregua, y aun de tentativas disimuladas de encierro en un convento, produjeron en Margarita, un hastío invencible, un enfriamiento, por esplicarnos así de afectos filiales, á la vez que en contraposicion de estos; mayor ternura, mas fuerza, mas robustéz y mayor intencidad en el venero de sentimientos amorosos que producia aquel corazon apasionado, tanto mas combatido cuanto mas firme y resuelto á la realizacion de sus aspiraciones.

Tanto tiempo de lucha, tanto incidente contradictorio, tan dilatado espacio de abnegacion y de sufrimien-

tos, venian á constituir el encadenamiento de elementos combustibles, cuyo menor choque determinaria la explosion. Margarita carácter resuelto por naturaleza, con un corazon ardientemente apasionado, con una alma de fuego, habia encontrado en el pecho volcánico de su amante, toda la intencidad, toda la grandeza inconmensurable de la pasion, y por consiguiente nada habia capaz de sobreponerse, nada superior á ella, haciéndose tanto mas insoportable aquella situacion, cuanto el tiempo que en ella trascurria; sin la mas remota esperanza de que el rérmino, lo señalara el triunfo de sus deseos.

Dos épocas podian señalarse en el tiempo de sus amores: los primeros cinco años ántes de la declaracion de Mauricio á sus padres, y los tres siguientes que en la série de penalidades, y largas ausencias habian venido á ecsasperar los ánimos, á irritar la paciencia, y aún á que en la mente de la jóven, se dibujaran ciertas conseciones atravidas que si la delicadeza de su sexo, le prohibian la iniciativa, le daban sin embargo, toda la fuerza necesaria, para robustecer, y cumplir una resolucion. En este estado se encontraba el ánimo de Margarita, una noche cuando en los cristales del bastidor de la ventana de su aposento, que caia para la calle, se hicieron sentir tres golpecitos, dados de una manera particular.

El es, murmuró la jóven cuyos latidos de corazon respondieron exactamente á las palabras que habian vertido sus labios. Y apagando la luz, y con las precaucio-

nes necesarias, abrió el maderamen de la ventana, el bastidor de esta, y llegó á la gran reja de fierro que la guardaba, en la que á pesar de la negra oscuridad de la noche, distinguió la figura de un hombre, y ese hombre, era Mauricio.

Despues de las protestas de firmeza, de la lealtaltad de su cariño, y de la série de sacrificios y sufrimientos que habia soportado Mauricio, habló á su amada en estos términos: ¿Dices que deveras me amas mi bella Margarita?

—Puedes dudarlo, Mauricio?

—Me lo has jurado cien veces amada mia, pero desconfio de que te falte valor, para sellar con tus hechos, la firmeza de esos juramentos.

—Pues estás en un error Mauricio.

—Imposible es, mi bella Margarita, prolongar por mas tiempo, una situacion, que nos expone á la desesperacion, y cuyos tormentos presentes, demandan arbitrar la manera de encontrarles el remedio, por mas que para esto sea indispensable decidirse á dar un paso avanzado, único con el que podamos lograr nuestro objeto. ¿Estás convencida de que hemos agotado todos los recursos posibles cerca de tus padres, y que absolutamente nada debemos esperar de su parte?

—Por desgracia lo estoy, querido Mauricio.

—¿Está rusuelta mi amada Margarita, á seguir mis indicaciones, sin que le acobarde la audacia de mi empresa?

—Sí, Mauricio, lo estoy.

—No retrocederá en los momentos de la ejecucion? le faltará valor para seguir á su amante, si este le dice: A mi lado está la felicidad por la que tanto hemos sufrido, á mi lado está la realizacion de las aspiraciones que nos han alimentado, á mi lado está, la realidad de esas ilusiones de amor, de esa ardientísima pasion en que soñamos aún, para despertar en el arrullo volcánico de la reciprocidad de sentidos en que seremos el uno para el otro, y en que nuestra vida será una delicia, y el mundo entero pequeño espacio, para contener la superioridad de nuestra dicha, la satisfaccion de nuestra felicidad. ¿Retrocedereis al momento de tocarla? ¿Vencerá otro sentimiento, al sentimiento de vuestra pasion?

—No Mauricio. Nada es superior á la inmensidad del cariño que os profeso.

—¿Me jurais por ese cariño, por esa pasion, no dejaros dominar por el temor, en los momentos de la consumacion de mi obra?

—Sí, Mauricio, os lo juro por la fé de nuestros mutuos juramentos.

—Gracias Margarita. Gracias amada mia, y despues de ese juramento solemne, que es para mi el mejor garante, estad prevenida y dispuesta, para el momento oportuno de realizar mis combinaciones.

Quince dias pasados del diálogo precedente, y en las altas horas de la noche del último que narramos, un in-

dividuo cubierto por su capa, y embutido en el hueco de una puerta, del frente de la casa de Margarita, acecha la entrada de esta con fija atencion, fraternizando su inmovilidad con el silencio, y las sombras nocturnas en que todo se encuentra envuelto.

Algunos minutos habian transcurrido, cuando aquel silencio se interrumpe al abrirse una puerta que jira sobre sus goznes, deslizándose por el espacio que proporciona, una forma humana.

El embozado atraviesa la calle violentamente, y al llegar junto á ella, murmura con acento apenas perceptible:

—¡Margarita mia, idolatrada!

—¡Mauricio querido! contestó aquella. Estoy muerta de miedo, no sé si me habran sentido.

—Apoyaos en mí y marchemos. No tenemos tiempo que perder.

Margarita enlazó su brazo con el de su amante, y con paso ligero, aunque con la cautela necesaria se retiraron de aquel sitio.

—Habeis ejecutado mis consejos, interrogó Mauricio.

—Al pié de la letra, contestó Margarita: Cuando forzen la puerta de mi cuarto, á consecuencia de mi tardanza en levantarme, y descubran mi fuga, el dia estará muy avanzado. Mi carta de despedida para enbarcarnos en Veracruz segun vuestro dictámen, hará que todos los movimientos, y todas las pesquisas se dirijan al

punto citado, creyendo en la realidad de ese engaño por los diversos viajes que habeis verificado hacia Europa, proporcionándonos esta falsa creencia, tiempo suficiente, para alejarnos de Jalapa con alguna seguridad.

—Perfectamente, dijo Mauricio. Ahora, mi querida Margarita, afirmaos bien en mi brazo, y alijerad los pasos cuanto mas podais, que alguna distancia tenemos que caminar.

Margarita obedeció las indicaciones de su caballero, y despues de un cuarto de hora de marcha, hasta llegar á extramuros de la ciudad, se detuvieron ante una silla de posta, que de antemano esperaba, acompañada de diez ginetes, que debian seguirla de escolta.

Mauricio y Margarita ocuparon el interior de aquel vehículo, cuya partida se verificó en el acto, con toda la impetuosidad de los cuatro poderosos brutos, que debian desempeñar aquel servicio, y cuya rápida impetuosidad fué sostenida en todo el camino, relevando de posta en posta los tiros de caballos, hasta la ciudad de Puebla, en la que nuestros fugitivos, descansaron algunos dias, para continuar despues de aquella tregua rumbo á México, punto designado por Mauricio para radicarse en él, como asiento de sus intereses algun tiempo antes trasladados, y al cual llegaron, sin necesidad de tropiezo, ni contratiempo alguno que lamentar.

Un mes pasado de su arribo á México, Margarita se instalaba, y recibia la escritura de propiedad de la casa de la calle de Alfaro en la que nos hallamos.

La nube de tristeza que alguna vez venia á interceptar, la limpidez de aquella hermosura, la vivacidad de aquella radiante mirada, por la huida del hogar propio en el recuerdo de la ausencia paterna, desaparecia como el humo, á la accion del viento, inmediatamente que la presencia de Mauricio se hacia sensible en aquel recinto, y cerca de aquella para quien aquel hombre deificaba todas sus ilusiones, toda su ternura, todo su cariño, en la llama ardientísima de su vehemente y mútua pasion.

Mauricio rendido amante, hidalgo y caballeroso, abundando en idénticos afectos, correspondia á ellos, con toda la impetuosidad viril de sus años; eran el uno para el otro, y por consiguiente, la felicidad sonreia los dias de aquel presente.

Margarita, inteligencia privilegiada, alma vigorosa y espíritu naturalmente ilustrado, leia mucho, y su lectura instructiva, acabó de perfeccionar las dotes que poseía.

Quiso aprender á escribir, y con un maestro tan dedicado como su amante, llegó á poseer un carácter de letra, que el perito mas perspicaz no habria sabido distinguir entre dos escritos iguales, cual era el trasado por la mano de la discípula, y cual el de su mentor.

Quiso aprender música, y llegó á pulsar el piano con una maestria asombrosa.

Margarita con tales circunstancias, con tales dotes de educacion, era en su época la excepcion de la mujer que hacia mas resaltable la gracia de sus atractivos, la cordialidad de su trato, la distincion de sus maneras y sobre todo la naturalidad de sus actos, sin afectacion alguna y sin pretensiones sobre la superioridad que sobre su propio sexo, sentia en si misma y que hacia de mayor mérito, la constante moderacion y exsesiva modestia de su conducta.

Margarita víctima ocho años del exagerado y mal entendido cariño de sus padres, sobre quienes pesaba la responsabilidad de su falta, y las consecuencias de ella, se creia compensada de su sufrimientos, y aun hacia desaparecer de su mente el punto negro que significaba aquel recuerdo de su pasado, con la posesion del objeto que habia hecho latir, que habia despertado en su alma la necesidad de amar y de ser correspondida.

Margarita despues de aquel pasado, se sentia feliz como ninguna otra criatura de la tierra, en lo que consideraba su presente; pero este habia de producir la horrible defeccion que nos hará conocer el cuaderno, que se encuentra delante de sus ojos.

CAPITULO VI.

Uno de ellos.

Nuestros lectores se servirán acompañarnos siguiendo la marcha de un ginete, que al terminar el capítulo 2° de esta obra, hemos visto desaparecer tras la nube espesísima de polvo, levantada por los cascos del galope forzado á espuela y cuarta de aquel armazon de huesos y pellejo, designado con el nombre de cuadrúpedo, á pesar de no ser mas que un esqueleto, amenazando desarmarse á cada momento por su propia vir-

tud, en aquel trabajo superior á la debilidad de sus fuerzas.

Este ginete dejando atras la capilla de Merced de las Huertas viene á detenerse en el pueblo de Popotla, á la entrada del meson unico que existía allí, en la época de que nos vamos ocupando. Echa pié á tierra, entrega las riendas de su caballo, al huesped de quien parecia ser antiguo conocido, y se dirije al interior de la posada, llega á una de las puertas de las habitaciones bajas como toda ella, y despues de llamar sobre la madera con algun estrépito, dice á una mujer que acude al llamado:

—Avise vd. al posadero que aquí lo buscan de México.

—Si su merced gusta de pasar á sentarse, aqui hay una silla, contestó la mujer, mientras llevo el recado; porque anda por los macheros del corral.

—No, no me siento, concluyó el individuo, avísele vd. que por aquí aguardo.

La mujer salió del cuarto, tomando la direccion del fondo de aquel sitio, y desapareció tras una puerta que suponia conducir á la parte interior del edificio.

El solicitante de la entrevista con el posadero, á quien habia venido á buscar, quedó de pié sobre el quicio de la entrada del cuarto en que se habia detenido. Conviénenos darlo á conocer á nuestros lectores, y para esto, aunque á grandes rasgos delinearemos el conjunto de su personalidad. Su estatura es regular y la caja de su

cuerpo medianamente doblada, denunciando la dotacion de su fuerza física, el tamaño y forma de sus nervudas manos; negros son sus cabellos, y recogidos hácia atras en forma de coleta; su frente es oscura y sombria, como la mirada oblícua, suspicaz y recelosa de sus pequeños y redondos ojos; su nariz es ancha como gruesos los labios de su boca; sus pómulos abultados y sus carrillos cubiertos por la espesura de su barba. El aspecto de su fisonomía expresa un fondo siniestro, una alma ruin y depravada, oculta bajo las apariencias de una mansedumbre hipócrita, y el todo de su individualidad descansa sobre unos piés deformes, á cuyo calzado están unidas las botas de montar propias de su época que suben hasta las rodillas, y en las que se encuentran asidas las correspondientes espuelas. Su jubon demuestra alguna insignia militar, á su cintura ciñe espada, lleva sobre sus hombros capa de grueso paño y de color oscuro, y cubre su cabeza un sombrero jarano, de vicuña amarilla, con barbiquejo que cae sobre el oval de su rostro. Lleva por nombre D. Baltasar Dávila Quintero, y en los momentos que de él nos ocupamos, parece hallarse dominado por una idea tenaz, por un pensamiento fijo que le absorve todo, y que preocupa toda su atencion, si hemos de juzgar por la inmovilidad de su cuerpo, y la imposibilidad constante de su mirada.

De su abstraccion sostenida por espacio de algunos minutos, viene á sacarle la presencia de un hombre, cha-

parro, regordete, de tez sumamente morena, en pechos de camisa, calzon de badana á media pierna, zapatos groserísimos, y sombrero de palma de anchas alas, el cual individuo descubriéndose la cabeza dice:

—Tenga su merced muy buenos dias, Sr. D. Baltazar.

—Adios, maese Gumesindo. ¿Qué tal vamos de salud? contestó el visitante.

—Muy bien señor amo, y la de su merced?

—Buena á Dios gracias maese Gumesindo; pero poneos el sombrero y decidme ¿qué tenemos de mi encargo?

—Malas noticias señor amo contestó el posadero.

—Malas, por qué?

—Porque llegué muy tarde á cumplir con el encarguito, y puedo asegurar á su merced que no fué por cul, pa mia.

—Entónces.....

—Imediatamente que llegó del campo el Sr. D. Sabás prosiguió Gumesindo, me presenté en su casa, y delante de su persona, exponiéndole el motivo que me acercaba á él.

—Siento mucho, me dijo el Sr. D. Sabás, no poder servir á la buena persona de mi amigo y vecino el Sr. D. Gumesindo, pero ayer mismo cerré el trato del arrendamiento de la casita, con un señor muy principal de la ciudad de México.

—Pues yo tambien lo siento mi Sr. D. Sabás, le contesté, porque tambien es muy principal, y de la misma ciudad, el señor que me hace este encargo.

—Que quiere mi vecino el Sr. D. Gumesindo, agregó, me ha pagado bien el arrendamiento ese Sr., que es D. Francisco de Ascoyti, y tendremos de vecino en el pueblo, nada menos que al señor conde de la Valencia, que de un dia á otro se le espera con su familia que debe llegar de Guanajuato, y que por temperamento pasará algunos meses entre nosotros.

—Me alegro mucho Sr. D. Sabás de tan buen vecino; le dije yo, por la mucha honra que le resultará al pueblo con la presencia del señor conde y la de su familia.

—Siento mucho haber molestado la atencion de mi Sr. D. Sabás, y con su permiso me retiro.

—Yo tambien siento, no poder servir en esta friolera á mi buen vecino; pero el trato esta cerrado, y como dice el dicho, el hombre por la palabra y la formalidad vale mas que nada. Mañana á las tres de la tarde, si mi Sr. D. Gumesindo se quiere satisfacer, puede pasar por acá, que á esa hora llegará el Sr. D. Francisco Ascoyti, para entregarme el dinero de cuatro meses adelantados de arrendamiento, y recibirá las llaves de la casa.

—Me basta con la palabra del Sr. D. Sabás, y con su permiso me retiro.

—Ya ve su merced Sr. D. Baltazar, que yo cumplí con el encargo; pero ya otro señor me habia ganado.

—Yo tengo la culpa, maese Gumesindo, dijo Quintero, tres dias antes hubiera sido bueno el encargo.

—Pero si su merced quiere, observó el posadero, mi compadre Cleto, tiene una casa mejor que la del Sr. D. Sabás.

—Mejor decis!

—Si señor: solo que no está en la calle real; pero por lo demas, en la huerta sola, caben dos como la del Sr. D. Sabás; y además tiene un jardin hermosísimo, y con perdon de su merced, macheros y lugar para coche si fuera necesario

—Será muy cara la renta?

—No sé, no sé lo que mi compadre pedirá; pero si su merced quiere iré á verlo lueguito.

—Está muy léjos de aquí?

—Está tantito á los adentros del pueblo, pero en un brinco estoy en su casa.

Quintero hizo una seña con la mano á su interlocutor para que se esperase, y clavando la mirada sobre un punto fijo, reconcentró todas sus ideas algunos instantes, al fin de los cuales articuló de nuevo:

—Tardareis mucho en volver?

—Cuando mas una hora señor.

—Ah! pues tanto tiempo no me puedo detener. Me precisa regresar cuanto antes á México.

—Como mande su merced.

—Me voy maese Gumesindo, pero os dejo el encargo de que veais á vuestro compdre.para saber si arrienda, cuantas piezas tiene la casa, y cual es el precio del arrendamiento. Mañana probablemente no vendré, por que tengo un negocio preciso, que no me dejará salir de México; pero al dia siguiente sin falta, en todo él, estaré aquí por la razon. Entre tanto, tomad para que tomeis algo á mi salud.

—¡Vaya señor amo, que no hay necesidad de tanto, dijo el posadero estendiendo la mano, y haciendo brillar de alegria sus ojos, el contacto del duro de plata que caia sobre la palma de aquella. Su merced puede disponer como guste de Gumesindo su fiel criado.

Hasta pasado mañana, repitió Quintero, gratificando al perillan, que haciendo de mozo de cuadra, le presentaba el estribo y ponia en sus manos la rienda de su cabalgadura.

—Dios guarde á su merced muchos años.

—Feliz viaje señor amo.

Tales fueron los deseos expresados por los dos hombres de la posada, cuando D. Baltazar Dávila Quintero emprendió de nuevo su marcha de regreso, por el mismo camino recorrido antes, rumbo á la ciudad de México.

Hasta ahora, murmuró con acento semejante al tardío paso de su caballo, todos los informes que Blanco

me ha suministrado son exactos: parece que este jóven está bien informado, y si la práctica corresponde á la teoría, no cabe duda que promete ser hombre de provecho. No se si ese temperamento de D. Francisco Ascoyti, si esa llegada del tal conde de la Valenciana, si esa proyectada ausencia de la ciudad, vendrá á ser favorable al pensamiento, ó á entorpecer su realizacion. Si fuera lo ultimo, tendríamos que hacer modificaciones, que cuando menos alargarían el tiempo de mi cálculo, y esto solo importa ya, una contrariedad que..... que quién sabe hasta donde podria conducirnos. Por fortuna, y en esto nada hay estraño á mi carácter precabido, ó de redomado zorro, nada he dejado traslucir de mi pensamiento, nada de mis intenciones, nada de mis preparativos. Cojí al vuelo una palabra de Blanco, y concebí un proyecto. Aquella palabra es para mi, lo que la esperanza para el desgraciado, lo que el pan para el ambriento, lo que el sol fecundante para la semilla depositada en la tierra, lo que la tabla que ansía el naúfrago, como el único medio de salvacion. Sí, ese pensamiento encierra todas esas comparaciones, y llevado á efecto, alcanzando feliz éxito, será el complemento de todas ellas; pero para llegar á su ejecucion, ¡cuidado Baltazar! Nada de confianzas, nada de evaporaciones, nada que si el negocio se entorpece, pueda proporcionar á los socios motivo alguno, por nimio que parezca, que pueda considerar como un elemento con-

trario, como una arma que puedan volver contra tí. Precaucion, astucia y reserva debe ser el lema de mi conducta, esplotando á los demás, sin que ninguno de ellos pueda conseguir de mi, ni lo negro de una uña, pero con tal cautela, que al engañarlos me crean el hombre mas espansivo al mismo tiempo que el mas docil, y agradecido á sus confianzas. El atolondramiento de la tenprana edad de Blanco, la fogosidad de sus pasiones, el estado de escasez en que se encuentra, y su total falta de esperiencia en las cosas del mundo y de los hombres, hacen de él un instrumento automático, un verdadero mueble, cuyos servicios sabré aprovechar en mi favor, deslumbrándolo con ofertas que el tiempo se encargará de hacerle olvidar, antes que llegue el de su verificativo. Lo que es el otro, ¡Oh! ese, no deja de tener sus rivetes, de suspicaz, de..... pero la fortuna mia consiste en que conozco la gente, y el camino por donde transito. No he de ser en México, no, menos astuto menos prudente menos aprovechado que lo fué en mi querida patria, en mi amada isla del Hierro, en la grata ciudad de Valverde, cuyo recuerdo siempre me será placentero. ¡Oh el recuerdo de la patria, el solo nombre de España, hace estremecer de emocion el corazon de todo buen español; pero.... ¡Vaya si es ridículo que en un negocio como el de que me ocupo, me invada el sentimentalismo y la nacionalidad. ¡Ja, ja, ja! Ocupemonos de lo que nos importa, que ya tendremos tiempo

para lo demas. Pasado mañana vuelta al pueblo de Popotla para que Maese Gumesindo, nos dé razon de lo que vale el arrendamiento de la casa de su compadre el Sr. D. Cleto, es decir, á cerciorarnos de si ha recibido las llaves de la otra, D. Francisco de Ascoyti, de si han trasladado ya algunos muebles y en los viajes siguientes con el pretesto de hoy, si se ha radicado allí ó si solo va á dormir, y de todo lo demás, que ver, y saber convenga á nuestro intento para sacar en claro, la verdad de lo que asegure, y nos informe Blanco. Tan precavida conducta me alejará de toda responsabilidad; pero.... El sol se deja sentir de una manera que se hace insufrible soportarlo; apretemos un poco, que asi lograremos acortar su influencia.

Y arrimando de nuevo las espuelas á los hijares de su vetusto penco, hizo que el infeliz cuadrupedo emprendiera su consabido galope, hasta los adentros de la ciudad y frente al templo de San Fernando en que lo detuvo, para seguir á un tranco corto, la línea recta desde allí, atravesando calle á calle hasta el puente Solano, cerca de la parrroquia de la Soledad de Santa Cruz, adonde en un gran corral convertido en establo, vino á dar término á su caminata echando pié á tierra entregando su caballería, y recomendando la correspondiente racion de pienso, que tan heroicamente habia desquitado aquel miserable cuártago.

Minutos despues nuestro personaje, sin las botas de montar y con otro sombrero en la cabeza, embozado en su capa se confundia entre los transeuntes de la ciudad.

CAPITULO VII.

Otro de ellos.

Nos hallamos en una casa de la calle de la Alcaiceria, cuyo conjunto, sin descender á la calificacion de miserable, debe considerarse como la expresion de una modesta mediania, en la que se advierte cierta tendencia de decoro en los pormenores que la constituyen.

Detengámonos en una de sus habitaciones y en la presencia de un individuo cuya estatura es regularmente proporcionada. El aspecto de su fisonomia le acusa de

unos treinta y siete años de edad; su frente es angosta y deprimida, sus ojos pardos, y la expresion de su mirada inquieta y sombría, nariz aguileña, pómulos salientes, barba poblada, boca regular y lábios delgados; su cabello es largo, trenzado hácia atras y recogido por una cinta de seda negra; viste un jubon á medio cerrar que permite ver la extremada blancura de su camisa, calzon corto, medias blancas y zapatos con un pequeño lazo de liston negro en vez de hebillas. El acento de su voz acredita la nacionalidad española á que pertenece, así como lo doblado de su musculancio: este individuo que lleva por nombre D. Felipe María Aldama y Bustamante, en los momentos que de él nos ocupamos, se le encuentra sentado en una silla, conteniendo en ambas manos una flauta y haciendo producir al instrumento músico una série continuada de afinaciones, de notas, de escalas y de estudios tan desabridos y molestos, como lo son regularmente todas esas notas agudísimas, que salpicadas y exentas de armonía, lastimando los oidos, producen ese cansancio del ánimo que gradualmente se eleva hasta llegar al fastidio, para descender á lo violento, á lo insoportable.

Despues de una hora de ejercicio constante, los pulmones de nuestro personaje debieron necesitar de algun descanso, supuesto que respirando con fuerza y haciendo un movimiento de cabeza, desarmó el instrumento que quedó dividido en tres partes, lo colocó en el interior de

su correspondiente caja que cerró con llave, y abandonando el asiento se ocupó de atravesar la estancia á grandes pasos de uno á otro de sus extremos, terminando con venir á sentarse de nuevo frente á una mesa sobre la que descansaba una escribanía, tres ó cuatro libros cuyo tamaño persuadia á contener diversa contabilidad, algunos volúmenes de lectura y otros legajos de papeles manuscritos.

—Véamos, dijo nuestro personaje apareciendo en su mano una cartera de la que extrajo un pliego de papel. Véamos si este documento me suena hoy tan satisfactoriamente como en los primeros instantes que mis ojos devoraron sus renglones.

Y desdoblando aquel pliego se ocupó de la lectura que éste permitia, acentuando de una manera particular, expresa y terminante algunas de sus frases, para agregar inmediatamente al concluir y doblarle tal como estaba:

—¡Perfectamente! Ni el magistrado mas receloso, ni el hombre mas incrédulo, ni nadie, despues de leer este documento, se atreverá á poner en duda mi inocencia, y como consecuencia natural de ella, considerándoseme víctima de una injusticia tan palmaria, dejará de otorgarme los miramientos y consideraciones que son debidos á una persona honrada, á la vez que los respetos correspondientes á un hombre de mi linaje. He sido acusado de la perpetracion de un homicidio, es cierto; se me ha

seguido con todo el rigor de su tramitacion una causa criminal, es verdad; pero tambien lo es que de esa repugnante causa he salido indemne y con mis derechos á salvo para hacer uso de ellos como y cuando me convenga. Este documento no deja duda de mi inocencia, tan clara como la luz meridiana. Guardémosle, pues, en el lugar que le corresponde y adonde esté siempre seguro un objeto de tanta valía.

Aldama tomó uno de los legajos que existentes sobre la mesa hicimos constar, desató el cordon que sujetaba los dos cartones que formaban aquel, y palpando los papeles allí contenidos, fijando su mirada en uno de ellos, tornó á murmurar:

—¡Qué significa esto! ¡vaya una cabeza la mia! Pues si he necesitado esta carta de Querétaro, me vuelvo loco y no la encuentro en el carton de correspondencia. Así son muchas de las cosas que consideramos desgracias en la vida, cuando no son mas que descuidos y atolondramientos reprensibles. ¡Vaya si hubiera yo sentido el extravío de esta carta de mi buen primo el Marqués del Villar del Aguila. ¡Qué corazon tan generoso el de este hombre! ¡Qué sentimientos tan bellos los de mi querido é ilustre pariente! En fin, cada cosa á su lugar y cada mochuelo á su nido. Este documento á reunirse con todos estos papeles que todos son de importancia, y esta carta al paquete de correspondencia.

Aldama terminaba la colocacion de los papeles en el órden que ha indicado cuando se presentó en la estantancia una de las maritornes de la casa, diciendo:

—Buscan á su merced dos personas.

—¿Qué es lo quieren? interrogó Aldama, expresando en su acento alguna extrañeza.

—Quieren ver á su merced.

—¿Ha dicho vd. que estoy en casa?

—Sí, señor.

—¡Mal dicho, mal dicho!

—Como su merced no habia advertido nada, ni sabiamos su parecer, observó la criada.

—Por lo mismo se debia haber preguntado mi parecer ántes de decir si estoy ó no en casa. ¿Qué clase de sujetos son esos?

—Pues son dos personas, señor.

—Ya, ya; ¿pero son caballeros?

—No señor, son dos hombres que parecen ser dos criados.

—Que entren, supuesto que se les ha dicho que me encuentro en casa.

La criada salió de la estancia, Aldama dió vuelta á la silla en que estaba sentado, quedando de espaldas para la mesa, y esperó.

Algunos instantes transcurridos, aparecieron en el aposento dos hombres de la clase del pueblo, segun su ropage, calzones de tela tosca bastante holgados, zapa-

tos de baqueta groseros, una especie de cotonas con mangas, y sombreros de alas anchas en las manos, por presentarse con la cabeza descubierta.

—Felices los tenga el Sr. D. Felipe, dijo uno de estos hombres manifestando bastante llaneza en su saludo.

—Muy buenos, Sr. de Aldama, añadió el otro en el mismo tono y con la misma expresion.

—Buenos dias, Villalobos. Adios Peredo, contestó Aldama para proseguir:—Si me hubierais mandado decir vuestros nombres, desde luego no habria tenido motivo alguno de curiosidad. Pero ¿qué es lo que os trae por estos rumbos?

—Pasábamos por aquí, dijo Villalobos, y hemos subido á saludar al Sr. D. Felipe, para que no se diga de nosotros aquello de: "Pasas por mi casa y no entras á verme, corazon de piedra debes de tener."

—Y al mismo tiempo, prosiguió Peredo, aprovechar la ocasion de dar á nuestro patron una noticia que será de su agrado.

—Véamos la noticia, interrogó Aldama.

—Muy sencilla, prosiguió Villalobos; que el domingo que viene, quiere decir, dentro de cinco dias, tenemos una gran fiesta; un mochiller de 200 y 200, dos tapados de 100 y 100 y cuatro en seguida de 50 y 50.

—Hombre, exclamó Aldama con admiracion. Pues hasta hace tres dias que estuve en el palenque nada me habiais dicho.

—Pero ni cómo! continuó Villalobos; si esto ha resultado de que ayer tarde se agarraron á las habladas D. Salomé y D. Antonio el Tildio, averiguaron cerca de una hora, y ande vd., patron D. Felipe, que al fin de una hora el lío estaba hecho.

—Y qué gallos, Sr. Aldama, concluyó Peredo; si es una gloria de Dios la arrogancia de los animalitos señalados para ese dia.

—Quiénes amarran? interrogó Aldama.

—Mi compadre el Romo, contestó Villalobos, amarrará por el Tildio, y Donaciano por D. Salomé.

—Le tengo mas aficion á éste, observó Aldama; no me gusta el modo del Romo.

—Pues no tiene vd. razon, dijo Peredo.

—Cabal que no, afirmó Villalobos; y no sé como diga eso el patron D. Felipe, porque mi compadre Romo es tan bueno como el mejor. Ya sabe vd. patroncito que en el modo de partir el pan, se conoce al que es tragon; pues bien, al Romo no hay mas que verle colocar la botona, poner la navaja y enredar la cuerda, agregando á esto esa manera tan remonona que tiene de soltar, para considerar que el dinero que se apuesta á sus manos está ya de seguro en el bolsillo.

—Será asi, Villalobos, pero para perder el dinero, es preciso perderlo á gusto de cada uno.

—¡Ave María, patron D. Felipe! exclamó Villalobos, con esa resolucion pues no queda ni que hablar.

—Y el ganado para esas peleas, interrogó Aldama, ¿qué tal está?

—De lo mejor que yo he visto, contestó Peredo; tenemos una percha de veinte gallos para ese dia que ¡Alabado sea el gran poder de Dios! Hay entre ellos un colorado retinto que con solo alzar golilla mete miedo; un giro que espanta; un cenizo que..... pero sobre todos, un sol dorado que patea tan fino, que imposible es pedir mas. A ese animalito apostaria mi vida, seguro de no perderla.

—Mucha confianza es esa, Peredo, observó Aldama.

—Pero y ¿cómo no, señor? contestó el nombrado, si en quince años que llevo en el oficio no habia visto gallos como estos.

—Son de lo mejor que ha venido y que existe en México, añadió Villalobos, si el patron quiere convencerse por sus propios ojos.

—Gracias, Villalobos.

..No seria malo, añadió Peredo, al fin D. Felipe tiene ya bastante conocimiento.

—Ninguno, Peredo.

—¡Cómo no, señor, exclamaron á la vez los dos galleros; ademas, prosigió Villalobos, que si su dinero se

ha de rifar en esas peleas, bueno será que mire con las que ha de ganar y con las que ha de perder.

—En esto no se pierde nada, afirmó Peredo.

—Está muy léjos? interrogó Aldama.

—Calle de la Pulquería de Celaya, repondió Villalobos, en casa de mi aparcero el Surdo.

—¡Pulquería de Celaya! ¡Caspita! murmuró Aldama, pues es nada la distancia para el que tiene que estar en el Hospicio de Pobres.

—Ya se vé que es nada, dijo Peredo, para un hombre tan andariego como el patron D. Felipe de Aldama; sin embargo, nada hemos dicho. Nosotros no hemos querido mas que avisar de las peleas y ¡Santa María!

—¿Se van vdes. de aquí para la casa del Surdo?

—En derechura y sin parar.

—Pues bien ,concluyó Aldama, dentro de una hora sin falta estaré con vdes. en la casa del Surdo; porque en estos momentos no puedo salir de aquí adonde debo recibir una razon que espero.

—En tal caso, hasta mas ver, D. Felipe; allí estaremos hasta las doce del dia.

Y los galleros despues de estrechar la mano de su interlocutor, salieron de su casa.

—No me faltaba otra cosa, murmuró Aldama al verlos desaparecer; uno es que en el palenque y en lo pri-

vado hable con ellos y tercie en las conversaciones de su profesion, y otra que en las calles públicas me iguale á su compañía. El hombre bien nacido, la gente de mi linaje, no debe bajarse hasta la canalla con mengua de lo que se debe á sí propio. Dentro de una hora veremos esos gallos, sí, aunque á decir verdad, me sirve esto de tanto, como nada. Tengo tanta inteligencia en gallos, como la que pueda tener en la fabricacion de zapatos. Juego á los gallos, gano muchas veces mis apuestas, pero esto no consiste sino en los caprichos de la fortuna que favorece cuando le dá la gana, y nada mas que cuando le place. Quiera mi suerte que esta veleidosa loca me proteja en esas tapadas para reforzar mis fondos, que en verdad no andan muy abundantes que digamos: en fin, conque marchemos paso á paso, llegaremos poco despues que esos perillanes, sin olvidar que tenemos que hacer en el Hospicio, por no decir que en la Acordada, que á esos belitres nada les importa el rumbo ni el sitio adonde yo me dirija.

Y terminado el monólogo de nuestro personaje, tomó éste su sombrero y la capa saliendo de su casa para emprender su camino al terminar la Alcaiceria por la calle de Tacuba, doblando á la izquierda de ésta para la de Santo Domingo, línea recta á las siguientes, hasta torcer á la derecha, pulquería de Celaya y desaparecer tras la puerta de entrada de una de sus casas.

Una hora despues el mismo individuo aparece en la calle, y atravesando la ciudad viene á perderse de vista en el interior del gran edificio denominado la Acordada.

CAPITULO VIII.

El tercero de ellos.

—Decididamente vd. no sabe lo que se pesca. Nada hay tan grato para el hombre como diez ó doce duros en el bolsillo de que poder disponer, siempre que se ofrezca una francachela.

—Si, eso será muy grato siempre que esos diez ó doce duros se tengan de sobra, despues de hallarse cubiertas las primeras necesidades.

—Y como para mí las primeras necesidades, son las diversiones, la buena mesa, y las buenas mozas, claro es

que yo siempre seré partidario de esa cantidad de patacones de que poder disponer.

—Buen gusto; pero la dificultad consiste en tener disponible esa suma.

—Eso es ahogarse en un charco de agua. Teniendo una fuerza de voluntad invencible, se buscan los medios' y es muy raro, rarísimo no encontrar la manera de proporcionarsela.

—Pues hombre..... Yo he puesto mis cinco sentidos, una constancia en el trabajo, indomable, una economía que raya en miseria, y sin embargo, nunca he podido distraer cantidad alguna para esas diversiones.

—Lo contrario de lo que me pasa á mí. Pocos años cuento en el pais, y á mi no me ha faltado modo para pasármela como he dicho. Si yo supiera de que manera.

—Ahí está el quid, ahí está la dificultad, y ese es mi secreto.

—En el que si quisiérais iniciarme, sería yo el mas fiel observante de vuestros preceptos. ¡Quién sabe, quien sabe! Eso tiene sus dificultades, como tambien sus condiciones.

—Veámos unas y otras.

—Será otro dia, porque en estos momentos suena la hora de una cita que tengo con una chavala mas salada que la misma Andalucia, y tan hermosa como puntual en el cumplimiento de su palabra. No quiero

que me tache de informal, conque, hasta mas ver paisano, que otra vez hablaremos del negocio.

Este dialogo que acababa de terminar, habia sido sostenido en la tienda y vinatería de la esquina de las calles del Factor y cuartel de los Gallos, entre uno de los individuos que se encontraban tras el mostrador de esa casa de comercio, y el que despidiéndose de allí, ha tomado rumbo á la Alameda, para venir á ocupar uno de los asientos de piedra de aquel paseo.

Debemos darlo á conocer á nuestros lectores delineando sus rasgos personales, aunque con la brevedad propia en los detalles de esta naturaleza.

Joven, de unos veintitres años, aunque imberbe todavía, el desarrollo de su personalidad es perfecto, su musculacion enérjica, y el todo de su conjunto denunciador, de una fuerza física superior á la dotacion propia de la edad que representa, su frente un tanto abultada en la parte centrica, es oscura y sombria, sus ojos pardos de regular corte, contrastan con la accion de su mirada natural que estóica y fria, no hace comprender los afectos que agitan su álma, su nariz es ancha, gruesos los lábios de su boca, y mofletudos sus carrillos; el efecto de su fisonomía, lleva en sí un aire de desagrado, que le hace repelente hasta imprimir el sentimiento de desconfianza cuando no el del temor mas desconfiado; sus manos y piés son deformes, y su manera de andar atrabancada y estrepitosa; el acento de su voz declara la nacio-

nalidad española á que pertenece, es natural de la villa de Segura, perteneciente á Guipúzcoa en las provincias Vascongadas, y se llama D. Joaquin Antonio Blanco.

Sentado en el asiento de piedra adonde le hemos visto situarse, permanece mudo é inmovil con la mirada fija en el suelo, y concentrados todos sus pensamientos en la idea fija que aparece dominarle.

Un movimiento involuntario, pero instintivo, de la necesidad de cambio de postura tan largo tiempo sostenida en aquella inmovilidad, le estrecha á recobrar el imperio de los sentidos, levanta la cabeza, dirije sus ojos al frente que ocupa, fijándose en la plazuela de San Juan de Dios, en la que investiga con atencion á los transeuntes que por ella discurren, como en aptitud de quien espera á alguien, y pasados algunos instantes de observacion, suficientes á adquirir la certidumbre de que sus deseos son burlados, articula en alta voz las siguientes palabras.

Por fuerza algo debe haberle sucedido, para faltar así á la formalidad de su palabra. Si habrá sido la causa esa vieja gruñona y ridícula de la tia? Mi pobre Mamela tan puntual, tan querendona, tan cariñosa, tan salada, y tan remonona. No cabe duda que es una moza de rumbo como diria un Andaluz y como yo le digo, porque si aquellas mujeres son de la tierra de María Santísima, las de aquí, á lo menos mi Mamela, es de la tierra de la Santísima María. ¡Cuanto la quiero! ¡Cuanto

me quiere! pero ¡Cuanto nos queremos! ¡Oh si cuando estoy junto á ella, la risa me retosa en los labios, el corazon me hace tun, tun....y siento aquí dentro de la cabeza, dentro del pecho, dentro yo no sé de donde un garabateo, una cosa que parece que mearañan, una cosa que me hace hervir la sangre, y que me hace esclamar cuando veo que sus ojitos se le ponen juncales. ¡Viva la gracia mujer! ¡Eres mas linda, que la luna cuando ilumina los amores de los amantes felices! ¡Ven, ven á mi, apechugate á mi Mamela mia, que yo seré el mas dichoso de los palomos en mi nido! ¡Cuanto te quiero Mela mia! pero....! cuanto mal rato, y cuanto disgusto te ha causado por mi cariño, esa ridícula de tu tia! Habrá cosa peor en la vida que la ferula de esas viejas fastidiosas que se llaman tias? ¡Caspita con las tias! Pues lo que es la mia, me tiene en ascuas y ya..... ya..... pero, por fortuna yo soy buen zorro, y me hago el taimado, y el gazmoño, y pasa la tormenta, y hago lo que siempre me dice. Que por un oido me entra, y por otro me sale. Tres dias despues del sermon, se acabó la enmienda, y el muerto al hoyo y el vivo al boyo. No todo ha de ser reclusion de hombria de bien y regaños, como no todo es vida y dulzura. Ya sufrí algo de lo primero, ahora nos toca algo de lo segundo. Nada es mas justo, para que asi podamos decir vayase lo uno por lo otro; pero mi Mamela no parece, y por cierto que no espero mas tiempo, que un cuarto de hora: si pasado

este no viene, voy á buscarla; aunque entendiera que la famosa tia me amenazara con medirme las costillas.

Lo cual seria un poco mas significativo, mas insinuante; y tal vez mas sensible que las peroratas de la tia, cuyas palabras se las lleva el viento, sin haceros daño alguno material ni moral. Tales fueron los conceptos pronunciados por un individuo que llegando por la espalda del jóven Blanco, se detuvo en su presencia alargándole una mano, en los momentos en que este sellaba sus lábios.

Adios mi buen amigo el Sr. D. Baltasar Dávila Quintero, dijo Blanco, al recien llegado, estrechando la mano que por saludo se le tendiera.

—A juzgar por lo que decís, me habeis escuchado.

—Sin duda alguna, respondió Quintero, un sordo se habria enterado de cuanto habeis dicho. ¡Siempre el fantasma de la tia! ó de las tias, segun hablais; aunque yo no tengo conocimiento, sino de una.

—La otra, agregó Blanco, es mas lejana, supuesto que lo es de una prima mia.

—Ya, ya! Con lo que he oido, afirmó Quintero, me es bastante. ¡Prima del alma! Mucho cuidado con ese parentezco, no sea que por estrechar esos vínculos, os veais arrastrado á un desastre, idéntico al que os condujo á la compañía del paisano Juan Aguirre, hace dos años.

—¡Paisano Aguirre! ¡Dos años!

—¡Cáspita! Pues no os creia hombre de tan poca memoria, añadió Quintero. Hablo del cajero, compañero de mi amigo D. Joaquin Antonio Blanco, dependientes ambos, de la vinatería de D. Manuel Pineda, en cuya casa, los duros de plata tenian la particularidad de pasarse del cajon de las ventas á los bolsillos de estos.

—¿Quién dice tal cosa? dijo Blanco dando un bote sobre su asiento, y dejando adivinar en su entonacion, el grado de cólera que invadia su naturaleza.

—No hay que sulfurarse, continuó Quintero, lo dice la gaceta de los tribunales, despues comprobado el hecho con la publicacion de la correspondiente sentencia y si yo lo recuerdo ahora, es porque asi me aconseja la amistad que lo haga. Una mujer fué la causa de aquello, y otra mujer fué la causa de que vinieran á vuestro poder, por medio de la ganzúa, aquellos tres mil duros de la caja de un Sr. Azcoyti, que segun el proceso era vuestro principal; lo dice igualmente la misma Gaceta, Por otras mujeres, habeis sido víctima en la ciudad de Guanajuato, de tres idéndicos desastres, montando todo ello á unos seiscientos duros, y valiéndoos la sentencia de esportacion, para el presidio de Puerto Rico á extinguirla por ocho años, regresando de nuevo á México, de la prision del castillo de Ulúa, por la gracia de indulto que os otorgó el Exmo. Sr. Virey Flores; y si, es verdad que estas son debilidades que suelen cometer

los hombres, tambien es que se debe huir de quien sea la causa que á ellas nos conduzcan

—Debilidades que tambien os atañen, dijo Blanco con acento picado. Segun me habeis contado vos mismo en aquello del homicidio cometido en cierto mulato de Campeche, por unos seiscientos duros, que á muerte de aquel infeliz, pasaron á vuestro poder, y con los cuales hicisteis vuestro arribo á México. Conque respecto de debilidades, á las doce de la noche nada nos debemos uno al otro.

—Por vida de la Madona, como diria un italiano, esclamó Quintero, que no me habeis comprendido querido Blanco. Ni yo he tratado de acusaros, ni yo pretendo haceros cargo ninguno, ni he tenido intencion de ofenderos, para que me volvais un reproche. Yo no he querido otra cosa; mas que recordaros, que las mujeres tienen para vos una influencia fatal, un sino detestable. Al llegar aquí escuché vuestro entusiasmo loco, por una mujer, por una Manuela, y al momento me asaltó el temor, de que esta pudiera traeros la misma influencia, el propio sino.

—Si, pero me habeis recordado cosas....

—Repito querido Blanco, le interrumpió Quintero, que no he tenido ni la mas ligera intencion de lastimaros. Mis conceptos últimos son una satisfaccion; pero si no os basta, retiro las palabras de que podais daros por ofendido; nada he dicho, y entre nosotros nada debe

haber, que no sea armonia y lealtad. En prueba de que aceptais mis escusas, y de que olvidais esas palabras, estrechad esta mano, que es la de un verdadero amigo, y ocupémonos de vuestros asuntos que es lo que nos importa.

—Blanco estrechó la mano de Quintero, cambiándose entre ambos un soberbio apreton, al mismo tiempo que el primero articulaba: Sí, sí, los buenos amigos no deben ocuparse de su pasado, el presente y siempre el presente, debe ser el que los mantenga, en la reciprocidad de sus sentimientos.

—Perfectamente, afirmó Quintero, y hablando de nuestros negocios, ¿qué tenemos por fin con ese temperamento, con esa llegada de ese personaje de.... de....

—De Guanajuato, concluyó Blanco. Se le espera de un momento á otro. La casa para el temperamento, como ya os he dicho, está tomada en Popotla, amueblada y dispuesta, para D. Francisco de Ascoyti y no la vivirá, hasta que llegue el conde, en cuya compañia pasará allí el tiempo necesario á que el huésped recobre la salud.

—¿Qué capital decís que podrá tener el tal Ascoyti? interrogó Quintero.

Blanco se puso en pié, derramó una mirada escudriñadora en su derredor, expresando gran desconfianza, y en acento apénas perceptible, contestó:

—Solamente en reales efectivos, tiene mas de tres cientos mil pesos, en onzas de oro españolas.

—¡Hombre, hombre! balbutió Quintero, esa suma parece fabulosa.

Blanco tornó á inquirir. El estado de soledad de aquel sitio para bajar aun mas el tono de voz, repitiendo:

—Estoy seguro de la existencia de esa suma, pero aquí no quisiera....me parece que en este paraje, no debemos....

—¿Desconfiais de hablar aquí? interrogó Quintero, pues bien: vamos á un sitio en el que no debemos abrigar temor alguno.

Y tomándose del brazo, se alejaron de la Alameda, tomando el callejon de San Hipólito, en el que desaparecieron.

CAPITULO IX.

El Palenque.

Partiendo del centro de la ciudad hácia su parte occidental y un tanto cargado al Norte, en el barrio lejano ó suburvio de ella, situado en este viento, debemos detenernos para la continuacion de las escenas que tienen verificativo en el transcurso del presente libro.

Estamos, pues en la plazuela de Santa Clarita, á la que se llega por las diversas avenidas que la circuyen y que son otros tantos callejones angostos, oscuros y tor-

tuosos, terrado su piso, con multitud de caños descubiertos, salientes de las miserables casas de vecindad que en ellas existen, despidiendo sus miasmas mefíticas con que envenan la atmósfera y circulando por ellas gente ruin, de mala catadura, como los andrajos conque medio se cubren, así como gran número de perros y muchachos que, enteramente al natural, se exhiben ostentando la dotacion de su conjunto, y particularidad conque la naturaleza les ha favorecido, caracterizando igualmente con la insolencia de tanto cinismo, la civilizacion propia y la cultura natural de su época.

En esta plazuela y en uno de los lienzos de pared que la encajonan, se levanta una gran puerta que franquea la entrada á su parte interior desapareciendo tras ella, numeroso gentio, en su totalidad del género masculino y á cuyo esterior se miran diversos grupos, muchedumbre popular, que entre desacompasados acentos, chansonetas y risotadas groseras, sostienen una animacion propia de su índole y del asunto que cada uno se empeña en apostrofar ó enaltecer.

Pasando nosotros al interior de esa puerta y atravesando un espacio de unos treinta metros llegaremos á otra de ménos proporciones, que permite acceso á un terreno circular, cuyos límites marca la correspondiente barrera de madera y tras la cual se levanta una série de cuatro gradas en proporcionada elevacion, para que de la coronacion de esta última, siga inmediatamen-

te el encadenamiento de pequeños departamentos ó localidades, que divididos en palcos son suficientes á contener el número de espectadores que concurren á presenciar los espectaculos que allí se verifican: es un palenque de gallos este sitio, y está muy cercana la hora en que se jugarán varias tapadas, en los momentos que á su interior penetramos.

En la parte que forma aquel circo se encuentran diversas personas, las que parecen ser autoras de la funcion del dia, interesadas en ella, y compartiendo acaloradamente sobre las condiciones de las apuestas con los inteligentes de la materia á jusgar por el tecnisismo de su lenguaje, sus apreciaciones sus augurios, y aunsus sentencias sobre el favorable ó adverso futuro que cada uno deberá de alcanzar. La graderia la cubre otra gran cantidad de gente, que parece impacientarse por el tiempo que transcurre en esperar. Los palcos con muy pocos huecos, contienn igualmente multitud de personas que participan de la impaciencia de todos, neutralizándose este sentimiento el tiempo que duran los acordes músicos de cuatro ó seis instrumentos de cuerda que lanzan al espacio sus armonias, y á cuyo silencio sigen las manifestaciones de unos, las carcajadas de otros, el canto de un gallo, la repeticion prolongada y sostenida de gran número de bípedos de esta especie que con ella hacen constar su presencia; las bufondas de algun chusco que inspira á su cerebro la fuerza alcoholica que

recibe del estómago; los silvidos agudísimos que de diversos puntos se repiten y los gritos descompasados de la voz aguardentosa del pregonero anunciando el número de tapadas que próximamente se jugarán, y el valor de cada una de ellas viene á completar el carácter propio y la naturaleza de aquel cuadro en el palenque de gallos en que nos encontramos.

Cerca de la barrera que forma el circo, y en un punto en el que la clase de gente que lo llena, presenta mejor aspecto, que el resto de la totalidad, se miran dos individuos que contrastan visiblemente con toda ella no solo por el carácter de su personal, sino aun por su ropaje, sus ademanes pulcosos y la fraseologia de su lenguaje en la conversacion que sostienen.

—Desentendiéndonos de la primera impresion que aquí se esperimenta, y que convengo en que es desagradable, decia uno de estos individuos, no puede dejar de convenirse en que el cuadro que tenemos á la vista, presenta una originalidad que no carece de interés.

—La impresion de su conjunto, querido Narciso, me ha sido tan repugnante, que no le concedo circunstancia alguna que pudiera atenuarla. Estoy verdaderamente contrariado y molesto.

—Al invitaros, querido Mauricio, para concurrir á este espectáculo, agregó Narciso, os hice una pintura fiel de cuanto estais oyendo y presenciando.

—Cierto, afiirmó Mauricio, pero la diferencia entre el boceto y el original, entre la pintura y la naturaleza, son tan sencibles, como lo ha sido para mí vuestra descripcion, y la realidad en que me encuentro. ¡Tanta canalla, tanta brosa, excita la severidad de mis ideas.

—Así lo comprendo, dijo Narciso, nuestros sentimientos de nobleza, se reciente en este sitio.

—Justamente, amigo mio. La gente de mi linaje no se aduna bien con la gente de esta clase. El baron de Alcolea no está en donde le corresponde, hallándose en este paraje.

—Retirémonos, pues, si tan disgustado estais.

—Lo malo ha sido, haber entrado aquí, permanecer mas ó menos tiempo, no destuirá los efectos que en mí he sentido.

—Quién sabe si estos aumenten, observó Narciso, deteniéndonos hasta que esto concluya.

—Nos retirarémos ántes, pero compensaré mi disgusto mirando una de las peleas de esos animales que me son absolutamente desconocidas.

Un grito estridente salió de la boca de uno de aquellos hombres, y lanzado al espacio muy cerca de la parte de la barrera que ocupaban nuestros personajes, sofocó la voz del quisquilloso baron de Alcolea en sus conceptos últimos. Aquel hombre era el pregonero y aquel grito, el anuncio deseado: la hora del espectáculo llegó al fin, pregonando que se procedia á jugar el primer

tapado de á 50 y 50, conforme al programa de la funcion costante en los respectivos carteles.

A este anuncio, la animacion se hizo mas palpitante, mas vehemente en todo lo que componia aquel cuadro.

La música tornó á producir sus armonías, unos silvaban, otros batian palmas con estrépito, aquí se producian gritos en favor del Romo, allí se contestaban en pró de Donaciano; nombres de los dos amarradores, que figuraban como los competidores de las apuestas; acá se hacia mérito de la destreza del primero, allá se invocaba el augurio favorable del segundo, por este lado el grito repetido de ¡Encomenderos, encomenderos! por el otro hombres cubiertos con una frazada sobre el hombro; conduciendo bajo esta un bulto, que era su correspondiente gallo, y por todas partes el deseo, la anciedad, la impaciencia de aquellos instantes, en que con bárbara crueldad y en espectáculo de fiesta, corria la sangre de aquellos desdichados animales.

—Adelante, adelante, dijo uno de los hombres que ocupaban el centro del circo, dirigiéndose á un individuo que se presentaba en aquellos momentos á la puerta de entrada. Llega el patron á la mera hora en que esto va á dar principio.

—Adios, Villalobos, contestó el nuevo personaje con aire desdeñoso.

—Pase el Sr. D. Felipe María Aldama, agregó otro de aquellos, que esto como ve, está que se arde.

—Buenas tardes Peredo, añadió Aldama en el mismo tono, y despues de dirijir una mirada conque abarcó aquel conjunto, avanzó en direccion al sitio que ocupaban el baron de Alcolea y Narciso, situándose cerca de estos, y con la espalda recargada sobre el maderamen de la barrera.

—¡Plaza, plaza! gritó el pregonero, y como si su acento fuese la órden de mando militar para la ejecucion de alguna maniobra, la multitud que circulaba en aquel sitio despejó, viniendo á formar primera y segunda fila cerca del límite que marcaba aquel redondel. En su centro, solo quedaron algunos hombres, de los cuales tres eran designados como los jueces veedores, uno por cada parte de las apuestas, y tercero, como árbitro caso de discordia de sus respectivos fallos, los amarradores Romo y Donaciano, los encomenderos Villalobos y Peredo, los que desempeñan el servicio de conductores de gallos, y el terrible pregonero, anunciando con su acento poderoso, todas y cada una de las operaciones, que allí se verificaban.

Este último personaje declaró segunda y tercera vez que se procedia á jugar el primer tapado.

Dos de aquellos hombres se presentaron el uno frente del otro, teniendo cada uno debajo del brazo un gallo cubierto con un trapo, que apénas permitía asomar las patas del animal.

Despues de cambiar algunas fraces, haciendo constar que lo que ocultaban seria el objeto de las tapadas, y del cambio de algunas chuscadas propias de la naturaleza y de las costumbres de un palenque, descubrieron á un tiempo sus gallos y los carearon inmediatamente.

Los animales, el uno frente del otro á corta distancia, levantaron golilla, pugnando por desacirse, de la mano que les sujetaba del plumaje de la cola, para despedazarse mútuamente, á juzgar por la actitud belicosa de sus movimientos, y los instintos que revelaban en sus correspondientes arrebatos.

—¡Dios nos asista! exclamó el pregonero. Y como los dos quieren, ¡á la plata, ¡á la plata! Aqui mi patron D. Procopio, juega cuanto le pongan en contra del Romo. Vamos señores, todos los que vayan á Donaciano, que aquí hay plata con que quererlos. Mi patron D. Procopio juega á manos del Romo, cuanto le pongan. ¡A las apuestas! ¡Que circule la plata! ¡A las apuestas!

El acento excitativo del pregonero, designando á D. Procopio, se dirigia á un individuo, que sentado al frente de una pequeña mesa de madera de pino, hacia ostentacion del estrépito metálico, que producia el movimiento contínuo de las monedas de oro y plata, que de sus manos dejaba caer sobre la mesa, para atraer hácia sí, el mayor número de los apostadores.

En efecto, sobre aquella base de madera, se fijaron gran número de apuestas á favor de Donaciano, que

quedaron cazadas en el acto por aquel individuo, que en aquella tarde hacia veces de banquero, al parecer sin rival, atendida la afluencia de contrarios á quienes hacia frente con su dinero, sin arredrarle las cantidades que se le atravesaban.

Ademas de las apuestas admitidas por D. Procopio en todo el palenque, se advertia la renovacion de estas, conforme á las facultades de los espectadores, caracterizándose el espíritu de aquella reunion, por la circulacion de dinero, que de unas manos pasaba á otras, como otras tantas apuestas, cuya propiedad marcaria la victoria de uno de aquellos infelices animales, próximos á despedazarse, conforme á los instintos legítimos y naturales de su destructora raza.

Los dos gallos, rivales futuros, separados á cierta distancia, parecian hacer ostentacion, de su arrogancia y condiciones de valentía, erguido el pescuezo, aleteando con frecuencia, y cantando sin interrupcion, para obtener demostraciones idénticas del crecido número de animales de esta especie, cuyos cantares, denunciando su existir en aquel sitio, llegaban á sofocar los acordes de la música y aun á aturdir con la extridencia de sus repeticiones.

Interrumpido el movimiento de las apuestas, y cesando la circulacion del dinero, dos de los hombres que formaban parte del grupo que habia quedado en el centro del redondel, se apoderaron cada uno de su respec-

tivo gallo, y dieron principio á la operacion de amarrar las navajas conforme á las reglas de su natural oficio, en las prácticas admitidas en las lides de semejante espectáculo.

—Si le gusta á vd. el gallo que amarra el Romo, dijo Aldama dirigiéndose á Narciso, de quien como del baron de Alcolea estaba muy inmediato, á mi gusto el que amarra Donaciano, por consiguiente apostaría á el veinte pesos.

—Admitidos, contestó Narciso, sacando una pequeña doblonera, en cuyo interior brillaron algunas monedas de oro.

—Deposite, deposite vd. caballero, agregó Aldama, poniendo en manos de Narciso la cantidad indicada.

—Es igual señor mio, repuso el último, sacando veinte pesos de su doblonera, que unió con los que habia recibido, los que conservaba en la mano, y terminando con estas palabras:

—Yo apuesto al Romo.

—Sin duda, afirmó Aldama, como yo á Donaciano.

—Perfectamente, concluyó Narciso, y dirigiéndose á su amigo agregó:

—Si gustais, querido Baron, la apuesta será por los dos.

—Gracias Narciso. Cuadraria muy mal á la severidad de mis prácticas, reprocharme yo mismo la ganancia de una apuesta, convirtiéndome en gallero.

—¡Ja ja! Siempre el mismo, observó Narciso.

—Vuestros rancios pergaminos y vuestros eternos sentimientos de nobleza. ¡Ja ja! Ya os ireis acostumbrando á mis prácticas, conforme el avance de nuestra intimidad, pero ¡ah! ya caigo. Desdeñais descender á la inocente apuesta de un gallo porque vuestras miradas se encuentran fijas en lo que representa la hembra de esos valientes animales.

—No os entiendo Narciso.

—Yo sí querido Baron. Yo si amigo Mauricio. Vuestra mirada repugna fijarse en el héroe del palenque en el altivo gallo, porque en estos momentos la atrae cierta polla, que con sobrada justicia, es acreedora al triunfo, y merece la preferencia. Os felicito.

—¿De qué Narciso? Os repito, amigo mio que no entiendo lo que decís.

—¡Cuanto me pesa! Pero supuesta esa franqueza os haré una indicacion algo mas terminante:

—Siempre que se trate de alguna dama, mi amigo el Baron de Alcolea, tan caballero, tan cumplido y tan galante con ese sexo, lo olvida todo, lo abandona todo y todo lo pospone al cumplimiento de sus propios instintos. De la prosa y la poesia de la vida se dedica á lo segundo; y á fé que tiene razon. Es hombre de gusto.

—Aun no os entiendo todavía.

—Ya, ya me ireis entendiendo. Entre la prosa de una apuesta en un palenque de gallos y la poesia de las mi-

radas de unos ojos deslumbradores, de una sonrisa hechicera, dibujada por los encendidos lábios de la peligrosa boca de una muchacha bonita, obtais por lo último, y á fé, á fé, que la eleccion no podia ser dudosa.

—Estais fresco, Narciso. No sé adonde, en este antro pudiera yo encontrar esa poesía.

—No sigais Mauricio; porque lo que están diciendo los lábios lo desmienten vuestros ojos, que á vuestro pesar os venden. Os ha petado aquella muchacha que se encuentra al tercer palco de nuestra derecha y he aquí la poesia que os seduce, que os ha fascinado.

—¡Que disparate, amigo Narciso!

—Disparate es vuestra negativa, que á mi juicio importa una felonía á la amistad. ¡Negais! cuando además del iman que atrae vuestros ojos, os entrega el color encendido que asoma á vuestro rostro. Me hechasteis en cara, allá en los primeros dias de nuestro conocimiento, mi aficion á las damas declarándome partidario de la Vénus, y si esto fuera verdad no lo es ménos que vos sois un verdadero Cupido.

—Presunciones, malicias nada mas.

—¡Oh! y en cuanto á gusto, prosiguió Narciso, sin apreciar las anteriores frases de su amigo, tengo necesidad de confesar que lo entendeis. Nada de cuanto hasta ahora os he conocido, deja de tener su mérito y en verdad que la humildad de esa muchacha, la modestia

de esa bella Manuela, hace realzar mas las dotes de su natural hermosura.

—¡Manuela decís! esclamó Mauricio, ?por ventura la conoceis?

—Sí, amigo mio. Es la muchacha mas linda del barrio de la Santa Veracruz.

—¿Sabeis dónde vive? Me podeis dar algunos informes de ellas.

—Escasos y reasumidos en cuatro palabras. Tiene por familia una tia anciana con quien vive en el interior de una casa de vecindad en la plazuela de Juan Carbonero y se mantienen con el trabajo de sus manos. Esa muchacha es un prodigio en la costura y cuando ésta no produce lo bastante, apela á una de esas sonrisas que parece haberos trastornado, pero segun entiendo, esas sonrisas tienen ya.....

—¿Tienen qué, Narciso?

—Tienen dueño, hombre. Es este á juzgar por lo que he visto, un jóven español, un vizcaino al que ella no le parece tercio de paja, ni á ella le parece él fardo de espinas.

—¿Augurais difícil la empresa de desbancar al galan favorecido?

—Hombre, Mauricio, para mi nada es difícil en la vida, si á una tenacidad constante le acompañan los cambiantes deslumbradores del oro, pero.... Ya habla-

remos despues de esto, que los momentos de la primera tapada han llegado.

Un grito estentóreo apagó el acento de Narciso: era el pregonero del palenque anunciando la primera pelea y terminando con otro grito mas poderoso aun en estas palabras:

—¡Cierren la puerta!

Aquella indicacion fué obedecida, é inmediatamente dos de aquellos hombres con algunas monedas de plata en las manos, comenzaron á recorrer el círculo de los concurrentes repitiendo estas frases:

¡Ocho á seis al Romo! ¡Ocho á seis al Romo! Eran los encomenderos Villalobos y Peredo, desempeñando los oficios de su profesion.

Al llegar el primero al sitio que ocupaba Aldama se detuvo frente á este repitiendo:

—Vamos, Sr. D. Felipe. A la plata y ocho á seis al Romo.

Aldama murmuró una frase semejante á una blasfemia y añadió:

—Bastaba que yo hubiera apostado á Donaciano, para que la pelea se hiciera chica.

—¡Quién sabe! ¡quién sabe! agregó Peredo, algunas veces de verdad que se hacen las chicas.

Los encomenderos terminaron su primera vuelta sin éxito: al comenzar la segunda estas fueron su palabras:

—¡Ocho á cuatro al Romo! ¡Ocho á cuatro al Romo!

Un murmullo de sorpresa de parte de los inteligentes se hizo sentir. Las miradas de todos se fijaron en los dos gallos que aunque con las navajas cubiertas todavía por sus correspondientes vainas, eran careados en aquellos momentos.

Las apuestas con aquel logro encontraron acceso.

En el centro del redondel quedaron los tres jueces y los dos amarradores, que con sus respectivos gallos á navaja descubierta despues de ponerlos frente á frente y de erizar los animales sus correspondientes golillas, fueron retirados á un metro de distancia, para desde allí dejarlos en completa libertad de sus movimientos.

El primer choque fué terrible, el ímpetu de los combatientes parecia equilibrado, la manera de patear de aquellos animales idéntica, el furor que revelaban las pupilas del uno, se retrataba exactamente en los del otro: ninguna ventaja se advertia en favor de alguno de ellos en los primeros embates; al fin el gallo de Donaciano en uno de sus trancasos, logró herir al del Romo metiéndole la navaja debajo del alon derecho; pero como si esto solo hubiese esperado aquel animal para desplegar su furor, volvió contra su adversario con tal ímpetu y con tal destreza, que la navaja quedó algunos momentos detenida bajo el peso del cuerpo de aquel que traspasado por aquella terrible puñalada cayó muerto sobre su propio sitío.

El Romo se apresuró á levantar su gallo, cuyo valiente animal aleteó en aquellos momentos produciendo al mismo tiempo uno de sus estrepitosos cantos, como testimonio de orgulló de la victoria que acababa de alcanzar.

—¡Bien por el Romo! ¡Viva el Romo!

Tales fueron los gritos que de diversos puntos resonaron, sobresaliendo entre ellos el ronco y poderoso acento del pregonero, quien despues de anunsiar la victoria obtenida, se esforzó más con estas palabras:

—¿No hay quien reclame?

Y pasados algunos instantes terminar con estas:

—¡Abran la puerta!

—Caballero, dijo Aldama á Narciso, lo que es en este me tocó perder. Veremos en la segunda si dais lugar á la revancha.

—Ya veremos, contestó Narciso, guardándose el dinero de la apuesta en el bolsillo.

Las aclamaciones de alegría entre los gananciosos, las imprecaciones y las insolencias de los que perdieron, las chanzonetas de unos, las provocaciones de otros, los refranes agudos, las epígramas significativos y licenciosos propios de la clase de gente que componia aquel concurso, ocuparon el espacio intermedio entre la primera y segunda pelea, idénticas en sus peripecias, en sus caractéres y en sus resultados.

En esta última como en la anterior, la suerte favoreció á Narciso, mostrándose esquiva con Aldama que perdió igual cantidad que la primera y cuyo resultado trajo á los las lábios de éste un apóstrofe enérgico contra el Romo, á la vez que una horrible blasfemia á la fatalidad de su desgraciado sino.

—Basta por hoy, dijo Mauricio enlazando su brazo, con el de su amigo y obligando á este á que le acompañara en la retirada.

—Pero este hombre, observó Narciso, señalando á Aldama, necesita de la revancha, y si me voy....

—Otro dia se la dareis. Ahora es preciso que sigamos de cerca á esa muchacha.

Narciso sonrió socarronamente y ambos salieron del palenque tras la jóven que habia sido objeto de la conversacion que momentos ántes habian sostenido.

Dos horas despues Aldama abandonaba aquel sitio en el que habia perdido mas de 200 pesos.

CAPITULO VX.

El manuscrito.

Algunas páginas atras dejamos como en abandono á uno de los personajes de nuestra historia para dar lugar á otros acontecimientos de ella verificados en el mismo tiempo en que tenian lugar los que veniamos refiriendo y cuyo abandono hicimos en uso de ese derecho de desórden ó privilegio que parece caracterizar la creacion de la fábula en el desarrollo de sus acontecimientos.

Tomemos de nuevo aquel hilo interrumpido, acercándonos á la calle de Alfaro y penetrando al interior de aquella casa y hasta el gabinete en que frente á un tocador, desempeñando veces de escritorio, dejamos sentada una mujer. Esa mujer es la bella Margarita, cuya pasado se encuentra en sus rasgos mas prominentes bajo el dominio de nuestros lectores. Su mirada se posa sobre las líneas que encierra el manuscrito que absorve su atencion y cuyos párrafos, unidos á los acontecimientos de ese pasado, vienen á completar de una manera perfecta la totalidad del presente en que la encontramos.

Margarita, salteando aquellas páginas, siendo su rostro espejo fiel de los afectos, que en su ánimo imprime la esencia de aquella lectura, hace con las modulaciones de su acento, ya melodias dulcísimas arrancadas á las cuerdas de una lira en los inspirados momentos de la pasion; ya el acento terrible de la tempestad próxima á descargar el rayo aterrador del aniquilamiento. De estas transiciones podremos juzgar con exactitud escuchando las palabras que vierten sus lábios y que son como siguen:

—¡Mauricio, Mauricio mio! decia leyendo. ¡Cuánto bien han producido en mi alma los acentos que esta mañana vertidos de tus lábios han venido á herir gratamente mis oidos para filtrarse en mi alma, y con su significado hacer desaparecer de ella el sentimiento pro-

fundo, el dolor intenso, la agonía lenta y terrible que acompaña mi existencia al recuerdo tristísimo de la angustiosa pena que sufrieron y sufrirán aquellos séres queridos á quienes debí la vida, en los momentos de la ausencia del pedazo de su corazon, de la luz de sus dias, del aliento conservador de su existencia en los cansados dias de su vejez, de la hija ingrata, que por el nuevo amor de un hombre, abandonó el nido de amor en que naciera, en que se desarrollara y en que la perfumara el amor de dos almas á quienes nunca jamas debiera dejar de amar. ¡Qué grande debe ser el amor de mi alma para mi Mauricio cuando por él, mi alma subordina, transfiere, rebaja y aun olvida el amor de los amores, el amor que al nacer la naturaleza infiltra, alimenta, robustece y se desarrolla para corresponder al mismo amor de quien el sér recibe. ¡Háblame, háblame siempre, Mauricio mio, del entusiasmo que te inspira la posesion de mi cariño, repíteme que tu felicidad consiste en él, que en él vives, que nada apeteces sin él, que sin él la vida es un desierto en el que sus eternos arenales cansan, fatigan y sofocan, produciendo la muerte; que sin él la vida es lo que el dia, sin explendor, la naturaleza sin gracias, el arroyo sin murmullos, el follaje sin verdor, la soledad de las selvas sin écos misteriosos, las flores sin aroma y las aves sin trinos! ¡Háblame, háblame de ese modo; porque en ese lenguaje el amor que me inspiraste, el amor al que mi corazon se vivi-

fica, se eleva, se sublima, y ese amor es el vivir de mi vida, alimento de mi alma, deleite de mis sentidos, es el oasis de frescura y sombra que permite reposo al cansancio del fatigado peregrino, es la luz que destruye los horrores de la oscuridad, es la armonía de donde se surte la naturaleza, es el apasible rumor que imita la corriente de cristalinas aguas, es el perfume de adonde lo toma el cáliz de la flor, es el trino dulcísimo que las aves aprenden, es el conjunto de los misterios que en la callada noche acredita la existencia invisible de lo que se siente, de lo que no se comprende y de lo que no se explica; es, en fin, vivir en la vida de otro sér sin que posible sea existir sin él. Y ese sér, y esa vida, es el amor, es la pasion conque te idolatro, mas viva aun, mas ardiente en mí, cuando en mí siento la correspondencia idéntica, cuando la tranquilidad del latir de mi pecho es garante, perfecta de la felicidad en que se arrulla mi existencia.

No quiero, no, cuando tan feliz soy, como lo soy en estos momentos, en que el murmullo de las palabras de mi Mauricio aun no se apagan en mi oido, consignar en las páginas de mi diario otros afectos, otros sentimientos que los que de mi alma apasionada se desprenden al recordar la melodía dulcísima de aquellos acentos, la rectificacion de sus juramentos, la protesta de su constancia, porque si yo soy para él su querer, él es para mí mi pasion; si yo soy su idolatría, él es mi amor; si yo

soy su deleite, él es mi satisfaccion; si yo sus goces, él es mi alegría; si yo su culto, él es mi adoracion; si en la mirada de mi pupila enamorada es mi prisionero, en la suya de amor soy su esclava. ¡Oh, Mauricio! ¡Mauricio mio, en estos momentos que mi sér, mi existencia toda, se siente conmovida por el fluido magnético de tu cariño, de tu amor, de tu pasion, signo estos caracteres en el papel, porque en estos momentos me siento feliz como nunca, y porque si alguna vez creyera que disminuia el fuego que ahora me abrasa, recorrerlos de nuevo con mis miradas seria bastante para activar el cráter que guarda mi pecho en su centro para producir la erupcion que en estos instantes desborda. ¡Amame, Mauricio mio, sí, amame siempre como hasta ahora! hazme feliz como lo soy trazando estas líneas que brotan del fondo de mi alma, que se escapan del corazon de quien tanto te adora, y tu amor para mí y mi amor para tí, sea el lema que constituya el escudo que señale siempre nuestra existencia.

—¡Oh! ¡Oh! exclamó Margarita desviando la mirada de aquellos caracteres y estrujando con mano nerviosa aquel manuscrito. Imposible creer que los afectos, que los sentimientos que en aquella época hicieron destilar mi alma, los sentimientos, los afectos aquí expresados, no fueran mas que la engañosa ficcion de un corazon fementido, la protesta hipócrita de un lábio perjuro, que algunos dias mas adelante cayendo la careta bajo la que

se habian pronunciado, dejara descubierta en toda su desnudez, la realidad horrible, la esencia de la verdad purísima en un desengaño que aniquila, que destruye, que extingue lo que existió, y que subleva todo el orgullo ultrajado de una mujer: ¿y por quién? ¡Mauricio protestando á los piés de una mujer amores, ternura, pasion! ¡Infame! Ese amor, esa pasion, esa ternura es robada, no puede disponer de lo que me per.....

Y la última frase de Margarita se ahogó á la mitad de su garganta, al mismo tiempo que llenando violentamente sus ojos dos lágrimas, vinieron á caer sobre sus manos, produciendo al sentirlas una de las transiciones violentas que en otra ocasion nos ha dado á conocer apostrofándose á sí misma.

—¡Otra vez, alma mia! ¡Otra vez corazon mandria! ¡Sois capaces de experimentar sensaciones que puedan hacer comprender que os conmoveis al recuerdo de un pasado, cuya existencia no debe ser otra cosa que el alimento nutritivo que prepare el dia de la venganza! ¡Callad, callad la una y el otro, porque el dia de aquel terrible desengaño, el dia en que se rasgó aquel velo bajo el que, en el arruyo de la mas pura fe reposabais tranquilos, la una y el otro habeis dejado de existir para que á imitacion del fénix, de nuestras propias cenizas, renacieran en vez del raudal de sentimientos allí extinguidos, el torrente de sentimientos en estas palabras expresados! ¡Odio! Destruccion! ¡Venganza! ¡Ven-

ganza, sí, hasta satisfacer un ultraje que solo la evidencia de su existir me hace creer en él; y que ni aun esa venganza material cumple á la satisfaccion, porque esta misma es impotente para destruir la existencia del motivo que la ocasiona. ¡Venganza, y muy pronto á juzgar por los incidentes que se vienen enlazando para su realizacion!

Consignemos, pues, los puntos principales de ella que deben ser la causa, puesto que sus inherentes no son mas que los efectos que aquellas produzcan. Y Margarita pasando nerviosamente las páginas escritas de aquel cuaderno, llegó á la parte blanca del papel, tomó la pluma entre sus dedos y se puso á escribir lo siguiente:

"Mi plan se perfecciona. La pasion brutal que alimentan los dias de la vida de Narciso, es un garante seguro que lo constituye, el instrumento ejecutor de mi brazo. Una vez María en mi poder será la prenda de mi venganza, para que ese hombre, para que ese Narciso, sin arredrarse ante lo que tenga que ejecutar, sin retroceder ante la órden prescrita, que ciego cumplirá en cambio de lo que creerá premio merecido de sus hazañas. ¡María! ¡pobre niña, á la que la belleza de su rostro, el candor y la inocencia de su alma hacen otros tantos motivos de constante amenaza para hundirla en la desgracia de que á mi pesar seré cómplice! Lucho y vacilo, querida niña, porque aunque muerta mi alma para todo sentimiento en el desierto árido del desengaño en que peno-

samente vivo, mi alma rechaza hasta la idea de causaros daño; pero renunciar al pacto que tengo hecho con Narciso, seria renunciar á la satisfaccion de mi venganza, y á ésta se subordina todo, por esto lo atropellaré todo y por esta lo sacrificaré todo.

En el infierno horrible de padecimientos y de lucha en que mi amor herido se retuerce, no se puede, no es posible alentar mas que venganza, y para alcanzarla necesita mi mano inmolar una víctima que calme la desesperacion que me causa saber que existe quien me ha ofendido, y para quien la inaccion en que he permanecido, la impotencia en que me juzga la convierte en ludibrio, sin sospechar siquiera que llegará tiempo en que habrá un dia que reemplazando esa inaccion, que extinguiendo esa impotencia, caerá sobre su cabeza la mano cuyo peso le hará sentir lo que jamas hubiera podido imaginar. El dia de ese cuadro se aproxima y sus escenas terribles, iluminadas por la tea de la venganza, darán satisfaccion al ultraje que guia mi mano, en la que aparecerá esa tea cuyos siniestros reflejos serán las fulguraciones del relámpago precursoras del rayo, que aniquila al sér sobre quien verifica su descarga. Para ese dia el hombre que ya es mi cómplice, ese Narciso habrá terminado sus trabajos en esa senda de la felonía y de la traicion, que por íntima amistad extrecha mas y mas con su mejor amigo el baron de Alcolea. Ese hombre, capaz de todo por los instintos brutales que le dominan

vendrá á ser víctima de sus propios instintos, y como solo la mujer es el móvil de ellas, á la mujer es el recurso á que debe apelar. Narciso me asegura que posee esa mujer en la que concurren todos los requisitos indispensables y muy á propósito para llegar al fin en cambio de algun oro que se tenga que gastar para hacer el pago de sus servicios.

La pintura que Narciso me ha hecho de esa mujer es verdaderamente tantadora. Jóven en lo mas florido de la edad, de formas artísticas, deslumbrando con la mirada, enloqueciendo coa la sonrisa, cautivando con el conjunto, excitando con la coquetería y embriagando con las promesas, son, en efecto, dotes que deben ponerse en juego para un corazon todo materia, todo sensualidad, incapaz de afectos tiernísimos de la reciprocidad del sentimiento espiritual de los amores, por llenar las necesidades del alma creada para amar, los impulsos del corazon desprendidos para sentir.

Aun no conozco esa mujer á quien Narciso llama Manuela y á la que dentro de pocos dias me proporcionará ocasion para mirar. Nada me importa conocerla con tal que en cambio del oro desempeñe su papel. Una mujer así es lo que se necesita, y una mujer como esa es lo que merece un hombre que no comprende ó que olvidó lo que vale un sacrificio tan costoso como el que yo ¡nécia de mí! hice por el que crei supiera valorizarlo al mismo tiempo que corresponderlo. Una mujer así,

que de las gracias de su hermosura haga almoneda, que de mentidos sentimientos que no conoce ni pueda alentar haga remate, una mujer que en tráfico de su persona haga comercio, es la que conviene, la que merece quien como Mauricio se porta en la conducta que conmigo ha observado."

Dos golpecitos en la mampara de comunicacion vinieron á entorpecer la escritura de Margarita, quien guardando el manuscrito en el secreto del mueble que le servia de deposito y alzando la voz, dijo:

—Adelante.

—Señora, balbutió una criada, hay está un hombre que se empeña en hablar con vd.

—¿Qué clase de hombre es?

—Parece que es un criado.

—Pero de dónde viene?

—Solo dice que á vd. misma debe ver.

—Dí que estoy ocupada, que te dé la razon.

—Está bien, señora.

La criada salió para regresar instáneamente, diciendo:

—Que tiene órden de no hablar sino con su merced.

Margarita abandonó el gabinete para salir á la sala, ocupar un asiento en el estrado y concluir mandando á la criada:

—Que pase ese hombre.

Con el sombrero en una mano y una carta en la otra, el individuo anunciado entró á la sala y hasta el asiento de Margarita.

—¡Ah, de Narciso! murmuró ésta tomando la carta que abrió rápidamente y despues de recorrer sus líneas dijo al enviado:—Diga vd. que seré puntual.

El criado hizo un respetuoso saludo, retirándose á cumplir su encargo. Margarita tornó al gabinete con aquella carta en la mano.

CAPITULO XI.

Tras una pista.

Del palenque de gallos adonde en uno de nuestros anteriores capítulos hemos concurrido, sale un grupo de tres mujeres denunciando entre sí la juventud de sus respectivas edades, muy poca diferencia sobre la que á cada una de ellas corresponde, mucha semejanza en la categoría de su ropaje y gran identidad en los rasgos característicos de la clase y condicion á que pertenecen, contrastando visiblemente en la que ocupa el centro res-

pecto de sus compañeras, la dotacion de gracias con que la naturaleza ha sido pródiga en favorecerla, siendo ella objeto único denuestra atencion para desempeñar el papel que en el trascurso de nuestras páginas le corresponde.

A una estatura elevada, á unas formas en estado de perfecto desarrollo, á un seno turjente y bastante mórbido, reune una manera de andar, una gracia de movimientos, que á no ser porque lo animado de su conversacion denuncia lo distante que su ánimo se encuentra de tales accesorios, se hubiera creido que agenas á su naturalidad, eran el triunfo de los trabajos de una artista, perfeccionados en la manera de inclinar la cabeza hácia un lado, haciendo en ella ostentacion de la profusa mata de cabellos negros finísimos y relucientes como la seda. Es ancha su frente y dos líneas perfectamente arqueados lleva por cejas, largas pestañas decoran sus ojos de admirable corte y de mirada chispeante fascinadora, su nariz demuestra el perfil griego bastante pronunciado, su boca es un peligro dotado de blancos y menudos dientes, su sonrisa una tentacion poderosa y el todo de su conjunto un elemento atrayente, irresistible á pesar de la modestia de su vestido de tela de algodon, de dibujo colosal y de abigarrados colores armónico con el pañuelon de Madrás raido y deslabazado con que va cubierta desde la cabeza. Es un contraste la valia de sus ropas, con el merecimiento de sus gracias personales.

Sobre sus huellas y á paso proporcionado para conservar la misma distancia en seguimiento de su pista marchan dos hombres que son nuestros personajes el baron de Alcolea y Narciso.

—¡Caspita! que nos hemos metido en un antro dijo el primero, que á no ser por el iman que me atrae, no me hubiera metido en él aun cuando me hubieran ofrecido pagarme á peso de oro.

—Parece que no sois mexicano, querido baron, observó Narciso, cuando tan mala cara poneis á los callejones de uno de sus suburbios.

—Puedo aseguraros con verdad. ser esta la vez primera que tanto me retiro del centro y por consiguiente, creo que nada tiene de particular mi extrañeza.

—La frecuencia de estos sitios hará cuando con ellos esteis familiarizado, desaparecer esta primera impresion.

—Es que quéin sabe si volveré á pisar semejantes sitios.

—¿Pues no sois el acero de ese iman que marcha delante de nosotros? ¿Acaso no seguireis adelante tras la pista de la bella Manuela?

—Bien dicho, querido Narciso. Vaya si en efecto es hermosa esa muchacha. Mientras vos os entreteniais en mirar como se hacian pedazos á puñaladas esos infelices animales, yo me extasiaba en cnotemplar las perfecciones de esa criatura. Imposible parece encontrar ba-

jo tanta modestia, tanto mérito, como encierra en ese magnífico conjunto.

—Teneis razon Mauricio. Lo mismo que á vos me petó Manuela desde el dia que la conocí; pero no quise exponerme á una posible derrota.

—Sois mal soldado Narciso. El triunfo de una batalla consiste las mas veces en un momento de audacia, aprovechando el ligero descuido del enemigo; pero sin batirse no hay modo de aspirar á la victoria.

—¿Segun eso estais dispuesto á entrar á la lucha?

—Tal es mi propósito.

—¡Bravo, Mauricio! Nunca creeria que el haberos conducido á un palenque de gallos diera por resultado la empresa de una conquista amorosa.

—¡Decid, decid cuál es vuestro plan de ataque y qué presentimientos abrigais sobre el triunfo?

—Nada puedo vaticinar todavia; porque aun no está formado mi plan.

—¿Y sin plan vais á combatir?

—No amigo mio; pero advertid que aun no combato. Estoy en el camino de la exploracion, sigo con el conocimiento de la plaza y despues de este ya podre combinar mis operaciones.

—Bien pensado, Mauricio.

—Vos que la conoceis amigo Narciso, podeis decirme con franqueza qué es lo que augurais sobre mi proyecto.

—¡Hombre, hombre! murmuró Narciso, haciendo un gesto y encogiéndose de hombros:

—Las mujeres tienen tantos caprichos como ridiculeces, tantos deseos cuantas dificultades existan para satisfacerlos. Si al emprenderla con esta os sale al encuentro lo primero, creo que perdeis el tiempo.

—Segun eso la tal Manuela es caprichosa.

—Todas las mujeres lo son, y el capricho de una mujer rarísima vez llega á vencerse.

—Para esos caprichos poseo un talisman, un amuleto.

—Os felicito, Mauricio; pero si teneis la bondad desearia conocer ese iman, porque pudiera ser muy bien que tubiese necesidad de su eficacia.

—Se llama oro. Con el oro, querido Narciso, se allanan dificultades, se crean simpatías, se alcanzan conquistas, se convierte lo malo en bueno, lo feo en hermoso, el vicio en virtud y la faz de todo en el contra sentido de lo que representa.

—Equivocacion, Mauricio. Sobre el poder del oro existe el poder del capricho de una mujer.

—¡Que disparate! Ante los cambiantes deslumbradores del oro nada falla: la cuestion se reduce á tanto y mas cuanto: habiendo lo bastante para esto, el oro siempre será el vencedor.

—Creo que existen mujeres para quienes el oro sería un insulto.

—Soy antípoda de esa opinion, Narciso. El oro es el agente principal y cuando á él se aduna la manera de darlo, su triunfo es inconcuso, infalible.

—La esperiencia vendrá á demostraros quien de los dos tiene razon en su juicio.

—Segun eso, pronunciais mi fallo en la empresa que intento.

—Mis palabras, querido Mauricio, no se refieren al caso presente; he hablado en general sin desentenderme de la excepcion de toda regla. Deseo que vuestra tentativa constituya esa excepcion y que siéndolo logreis vuestro objeto; sin que el triunfo rebaje la fuerza de mi opinion.

—Gracias por vuestros deseos, Narciso; pero el camino de la morada de esa chica parece que se aleja mas do lo que creía.

—Dos ó tres calles nos faltan para llegar á su modesta habitacion, en la que vais á darme testimonio de vuestro ingenio guerrero en las batallas del mas poderoso génio de los combates, del dios de los amores, del invencible Cupido.

La marcha de nuestros interlocutores fué interrumpida instantáneamente por la presencia de un enorme perro, que no acostumbrado en su barrio al tránsito de personas de aquella clase y creyendo una amenaza el baston de Mauricio, se paró de frente en actitud hostil ndicando que disputaría el paso.

—Esta bestia, dijo Mauricio, parece capaz de entor, pecer nuestro camino y quién sabe si nuestras pantorrillas corran peligro en estos momentos.

—La prudencia aconseja que evitemos semejante peligro, observó Narciso. Tomemos la acera del frente y punto concluido.

Los dos amigos hicieron un cuarto de conversion sobre la derecha para ejecutar el significado de las palabras del último, pero el perro á su vez hizo otro tanto, gruñendo de una manera imponente, al mismo tiempo que mostraba en sus mandíbulas, la lujosa dotacion de largos y afilados dientes que poseia.

—¡Canario! esclamó Mauricio con acento enérgico, si tuviera en el cinto una pistola, ya te habria mandado á producir tu segundo gruñido al centro de un muladar.

—Pero como no la tenemos, añadió Narciso, es preciso que nos hagamos cargo de la situacion sin comprometerla.

—Si amenazamos á este animal nos acomete, y á sus ladridos, acuden todos los del barrio armándonos una que sabe Dios cuál será el resultado. Lo mejor será retroceder.

—¿Pero entóntes, dijo Mauricio, qué sucede con la pista que seguimos?

—Todo el trabajo consiste, amigo mio, en un pequeño rodeo: cinco minutos más de tiempo y estaremos en la casa de Manuela.

—Pero hombre, observó Mauricio, es una vergüenza retroceder ante la presencia de un perro.

—¡Oh amigo! no conoceis los barrios y los perros de estos son verdaderamente terribles. Ya lo hireis conociendo conforme la costumbre de frecuentarlos en el avance de vuestra batalla para el sitio de la plaza que codiciais.

—Quiere decir, concluyó Narciso, que los malditos perros vienen á ser uno de los elementos conque el enemigo cuenta en la lucha.

—Sin duda alguna. Los perros de un barrio hacen una guerra sin cuartel á la gente de la ciudad; pero apretemos el paso para desquitar el tiempo perdido.

Nuestros interlocutores retrocedieron al mismo tiempo que el perro lanzó dos ó tres ladridos que pudieran traducirse por la celebracion de su victoria.

—Ya no nos siguen, dijo una de las jóvenes que acompañaban á Manuela, observando con ese disimulo propio de la mujer, la retirada de los dos amigos.

—Mejor, contestó la nombrada, vale mas andar solas que no con esa escolta de galafates.

—¡Ah, no! murmuró la otra, me parece que son unos caballeros, con todo el aire de gente muy principal.

—Fuera de mi querer, insistió Manuela, todos son lo que ántes he dicho y á mas, ociosos que se les cae la baba en mirar y remirar, en seguirla á uno por todas par-

tes y en ponerla de un humor tan negro como en el que ahora me encuentro. ¡Quién sabe, quién sabe qué será de mi Joaquin que esta tarde no ha venido á los gallos!

—Esa es la causa de tu mal humor y por eso calificas de galafates á esos señores, que en verdad uno de ellos me ha parecido bastante buen mozo.

—¡Ah! ¡ah! entónces ya comprendo la tenacidad de ellos en mirarnos, dijo sonriendo Manuela, probablemente no le habrás parecido tú sino lo mismo, por aquello de la simpatía y esta hace que emprendas su defensa.

—No por cierto, Manuela, y la prueba es que era á tí á quien dirigia sus miradas.

—Pues por mi parte, te aseguro que maldito el caso que yo he hecho de ellos; y supuesto que no te ha parecido tan mal, creo que te haré un obsequio regalándotelos. La lástima es que se hallan marchado, que si no te lo regalaría á él mismo.

—Gracias, Manuela: gracias por la generosidad de tus intenciones.

—De nada, amiga mia. Lo sensible es que la escolta nos abandonara tan cerca de casa privándote de la vista de tu buen mozo.

—Ya, ya empieza á descubrirse en tí el efecto de la ausencia de tu Joaquin supuesto que ya principias á burlarme.

—No por cierto, y aun temo que la falta de Blanco esta tarde sea por alguna desgracia.

—¡Quién sabe! es tan formal siempre, que.... pero ya estamos cerca, y no quiero que mi tia se advierta de mi mal humor y sospeche la causa.

Las tres jóvenes desembocaron en los momentos de pronunciar estas palabras por uno de aquellos callejones, á la plazuela de Juan Carbonero, al mismo tiempo que por una calle mas abajo lo hacian á paso veloz y al propio sitio los amigos Narciso y el baron de Alcolea.

—¡Ah, esclamaron á un tiempo las tres muchachas, cuando al explorar la plazuela sus ojos encontraron la presencia de los dos jóvenes que arribaban á ella. Manuela concluyó, la escolta ha sido galante acompañándonos hasta las puertas de casa. Y en efecto, penetraron al interior de una de ellas, separándose para dirigirse á dos diversas habitaciones, sus respectivos domicilios.

No acababa Manuela de hablar con una venerable anciana que cocia con tarea sobre un lienzo blanco, cuando en la puerta de aquel aposento se presentaron nuestros dos jóvenes murmurando á la vez:—Dios os guarde.

—Con vdes. venga, señores, contestó la anciana abandonando su labor y poniéndose en pié para proseguir: —Pasen vdes. adelante y tomen asiento.

—Gracias, balbutieron los dos amigos avanzando al interior, descubriéndose la cabeza y haciendo una inclinacion por saludo á Manuela, que de pié y con mirada arrogante, parecia pretender adivinar la causa de aquella visita.

—Siéntense vdes., repitió la anciana indicando las sillas que en número de ocho y con asiento de paja, formaban el estrado. Pueden vdes. mandarnos.

—Gracias, tornó á murmurar Narciso, y señalando á su compañero, agregó:

—Mi amigo el señor baron de Alcolea, necesita de algunas costuras en blanco, como vuelos de cambray, camisas, etc., etc.; y le han informado que vdes. pueden desempeñarlas á satisfaccion.

—¡El señor baron de Alcolea! esclamó la anciana medio aturdida por el pomposo título que habia resonado en sus oidos. El señor baron si se digna ocuparnos, puede estar seguro de que haremos lo posible por agradarle.

—Bien, dijo Mauricio, comenzaremos por una docena de camisas y tres de vuelos, para los cuales deseo saber qué cantidad de lienzo se necesita.

—¿De qué género quiere el señor baron que sean ambas cosas? interrogó la anciana.

—Los vuelos deben ser de cambray, de la clase de estos y de la misma hechura.

—Mira Manuela, advirtió la anciana á la jóven, mira estos vuelos para que te hagas cargo de ellos, porque

siempre tus ojos han de alcanzar mucho mas que los mios.

—Creo que esto es de mas, contestó Manuela, porque el señor nos dará una muestra, á la cual debemos arreglar las medidas.

—Sin embargo, añadió Mauricio, quisiera saber poco más ó ménos, cuántas varas de camhray se necesitan, y esto se podrá calcular por vdes., mirando el tamaño de este vuelo. Y sus últimas palabras fueron acompañadas del movimiento de desabotonar el jubon.

Manuela avanzó de su sitio á un extremo de la estancia, levantó una tapa de madera que allí estaba, extrajo del fondo una cinta blanca, y regresando al frente de Mauricio, tomó con aquella la correspondiente medida de los vuelos que aquel le mostrara.

—Podeis juzgar al mismo tiempo la calidad de esta costura, dijo Mauricio, fijando intensamente su mirada sobre el rostro de la jóven, agregando: Aunque á decir verdad, por buena que ella sea si he de dar crédito á mis presentimientos, desde luego aseguro que debeis aventajarla. Mirad, mirad y hacedme favor de vuestra opinion.

—Manuela sostuvo aquella mirada sin turbarse, permaneciendo indiferente, serena, metió la mano abriendo el doble buelo, examinando el dobladillo y murmuró estas palabras:

—Es buena la costura, está muy bien cosido.

—Y á pesar de esta declaracion, afirmó Mauricio, insisto en creer que la obra de vuestras manos aventajará y con mucho, á esta; pero veámos qué dice vuestro cálculo sobre la cantidad de tela que se necesita.

Manuela despues de medir con su mano el espacio de cinta que habia señalado y con sus dedos el ancho de los vuelos, tras algunos minutos de reflexion, dijo:

—Para tres docenas de vuelos de ese tamaño, se necesitan cuatro y media varas de cambray.

—Bien está. ¿Y de holanda y estopilla para las camisas?

—De lo primero, tres varas para cada una, dijo la anciana, y de lo segundo cuatro varas y media.

—Perfectamente. Mañana mismo estarán aquí los correspondientes lienzos que un criado os entregará con mi tarjeta de aviso.

—El señor baron, dijo la anciana, quedará satisfecho de la costura y de la eficacia en servirlo; en cuanto al precio del trabajo procuraremos cobrarle lo ménos posible.

—El baron de Alclea, articuló Narsiso, no acostumbra entrar en ajustes sobre tanto mas cuanto de lo que manda hacer.

—Quedando á mi satisfaccion, agregó Mauricio, acostumbro pagar lo que se me cobra.

—Creo que el señor baron quedará satisfecho, concluyó la anciana.

—Siendo así, repuso Mauricio, quizá mis amigos den á vdes. bastante trabajo por recomendaciones que desde luego me ofrezco á hacerles.

—Mil gracias, señor.

—Quizá tenga necesidad de volver por acá, murmuró Mauricio poniéndose en pié, cuyo ejemplo siguió su amigo enlazando ambos sus brazos y haciendo una inclinacion de cabeza por despedida para retirarse.

Manuela contestó en los mismos términos, y su anciana tia terminó:

—Cuando vdes. gusten, señores. A mucha honra tenemos su presencia en esta casa.

—Estoy en mis trece, querido Mauricio, dijo Narciso al dar principio á su retirada de aquella casa, la tal Manuela es una zorra que....

—Calma, calma, querido Narciso, que ni yo soy pól vora, ni el negocio puede ser tan fácil como fumarse un cigarro. Todavía no se puede decir nada en pró, y cualquiera cosa en contra seria muy aventurado. Estamos tan al principio de la empresa, que con exactitud solo se puede aseverar el camino, que sigo, que voy tras una pista.

CAPITULO XII.

Una fecha histórica.

Para no atropellar los acontecimientos que en las variadas escenas de nuestra obra se van verificando, debemos hacernos cargo del que ocupara las páginas del presente capítnlo, para que entre á figurar en el tiempo que estricta y exactamente le corresponde.

Estamos, pues, en la víspera de un acontecimiento grandioso en los anales del gobierno vireynal de Nueva-España, en la víspera de una fecha que esa misma

historia consigna en sus páginas. Ese acontecimiento es la llegada á México del virey entrante en relevo del virey saliente, y esa fecha es la del sábado 17 de Octubre de 1789.

Hemos dicho que nos hallamos en la víspera de esa fecha que acabamos de signar, porque el movimiento de México se ha hecho sentir el dia ántes del suceso, para el que habia las prevenciones necesarias, con motivo de la comunicacion oficial de la capitania del puerto de Veracruz dando aviso de haber fondeado el Navio "San Ramon" conduciendo á su bordo y desembarcando el juéves 8 de Octubre, el quincuagésimo segundo Virey Exmo. Sr. D. Juan Vicente de Güemes, Pacheco de Padilla, Horcasitas y Aguayo, conde de Revilla-Gigedo, baron y señor territorial de las Villas y Baronías de Benilloba y Rivarroja, caballero Gran Cruz de la Real y distinguida Orden española de Carlos III, comendador de Peña de Martos en la de Calatrava, gentil hombre de Cámara de S. M. con ejercicio, teniente general de sus Reales Ejércitos, Virey gobernador y capitan general de esta Nueva-España y presidente de su Real audiencia, superintendente general, subdelegado de la Real Hacienda, Minas, Azogue y Ramo del Tabaco, Juez conservador de éste, presidente de su Real Junta y subdelegado general de correos en el mismo reino.

De esta noticia, y para la recepcion de tan elevado presonaje, sin embago de órden exprsa para la supre-

sion de las manifestaciones públicas, consiste el movimiento que se advierte en las clases todas de la ciudad, formando un conjunto que desde luego releva el sentimiento de curiosidad que parece haberse comunicado de una manera eléctrica á todos los que se agitan con la misma intencion, con la propia idea.

Como la avenida desbordada de la corriente de un rio, así la clase del pueblo, de las casas de vecindad, de las accesorias y de las chozas mas miserables se dirijen todas viento Norte de la capital, rumbo á la garita de Peralvillo, y tomando la calzada que conduce sobre una legua de distancia, al Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe.

A ese Santuario se dirigen todos, á ese punto convergen las miradas de todos, porque contra la costumbre establecida de hacer la entrega del baston de mando al nuevo Virey en Actopan ó San Cristóbal, se ha dispuesto por el Virey saliente Flores, que esto se verifique en el referido Santuario.

Angosta es la calzada para el innumerable concurso que la llena, confundiéndose entre los pedestres gran número de ginetes en sus respectivas cabalgaduras y varios coches, que con doble tiro de mulas, conforme á las exigencias de su época signen rumbo al paraje citado.

La ausencia de la poblacion es notoria en el caso de la ciudad, en la que el escaso número de transeuntes lo demuestra, como lo escueto de los mercados, la parali-

zacion del comercio y la suspencion de todos los negocios públicos aun en las oficinas del mismo gobierno.

El acontecimiento del dia es la corriente eléctrica que todo lo ha invadido: es el tema obligado de todas las conversaciones, es sobre lo que se discurre, sobre lo que se interpreta, sobre lo que se chancea, sobre lo que se adivina y sobre lo que se habla.

—A la recepcion del nuevo virey Revilla-Gigedo. ¡A Guadalupe! A recibir al que viene y á despedir al que se va! ¡A Guadalupe, á Guadalupe!

Tales son las aclamaciones y las palabras que se oyen por todas partes, acabando de ser repetidas por boca de un individuo, que tras el mostrador de una tienda de abarrotes, han sido dirigidas á dos personas que en aquellos momentos transitaban por el frente de sus puertas.

—Ni á la garita siquiera, paisano, contestó uno de los transeuntes al tendero, deteniendo ambos su marcha.

—Como hoy todo el mundo se vá, agregó el comerciante, creí que tambien D. Baltazar Dávila Quintero y la compaña estaban de marcha.

—Pues agradezco la opinion en que nos habeis colocado, dijo Quintero, pero ni yo, ni mi amigo el jóven D. Joaquin Blanco somos gente de la calaña de la que sale hoyde la capital.

—¡Cómo, cómo! estrañó el tendero. ¿Pues qué parece á vdes. mal que la gente salga al encuentro del Virey?

—Sí no es malo, insistió Quintero, es cuando ménos una cosa muy tonta.

—No lo creo así y me parece que el compañero de mi paisano será de mi opinion.

— Absolutamente contraria á la vuestra, caballero, dijo Blanco, y conforme á lo que acaba de decir el Sr. Quintero.

—Entónces somos de opuesto parecer. Yo creo que la entrada de un virey, siempre es un acontecimiento que debe llamar la atencion.

—Pues yo no, señor mio, objetó Quintero, ¿cuántos vireyes habrán venido ya á Nueva-España?

—No lo sé, paisano.

—Pero poco más ó ménos?

—No es fácil que yo os dé razon de esas cosas, que pertenecen á la historia ó á los hombres de letras.

—Pero un cálculo, insistió Quintero.

—Hombre, habrán sido 20 30; que sé yo.

—Pues no, señor. El virey que entrará mañana á México, es le 50 y tantos de los que ha mandado S. M. el rey de de las Españas. Conque ya vereis si despues de ese número de funciones, iguales todas por supuesto, será posible que llame la atencion una cosa de esas.

—A la funcion de hoy, observó Blanco, no se va mas que á papar moscas.

—A otra cosa tambien, añadio Quintero, á recojer fama de ganzos.

—Vaya paisanos! que seguramente vosotros estais cansados de presenciar los espectáculos de la corte.

—Algo, algo he visto, afirmó Quintero, y como ha sido nada ménos que en Madrid, he quedado satisfecho para toda la vida.

—Pues dichoso vos, paisano, que nada teneis que desear, y el paisano, ¿tambien ha visto algo en Madrid?

—No señor, yo no he estado en la corte, contestó Blanco, pero soy poco curioso, y me conformo con lo que me cuentan.

—Pues buen provecho, y si gustan vdes. de tomar alguna cosa.

—Gracias, gracias, paisano. Buen dia y muchas felicidades con el muevo virey.

—Ygualmente, señores: igualmente.

Y despues de cambiarse el apreton de manos de estilo, Quintero y Blanco prosiguieron su interrumpido camino, y el comerciante quedó entregado á la monotonía propia de la paralizacion que en todas partes era sencible en en aquella mañana.

Seis horas despues, la tranquilidad, el silencio, la ausencia del movimiento fueron interrumpidas por la vuelta del movimiento mismo introducido por el regreso de las clases todas que en la mañana habian partido trayendo la generalidad de todas ellas, grandes elogios acerca del continente del nuevo virey, formando su personalidad un lazo de simpatia con el que se habia ena-

jenado las voluntades de todos, haciéndose desear la llegada de la mañana siguiente, para verlo de nuevo en la ceremonia del juramento, al tomar posecion de su gobierno virreynal y demas altos poderes de que llegaba investido.

La impaciencia de los unos, la ansiedad de los curiosos incitada por el relato del dia anterior, tuvo su término llegando, como llegó, la solemnidad grandiosa de aquel juramento. El conde de Revilla-Gigedo, virey de la Nueva-España, cercado de todas las dignidades de la corte, de los altos empleados, de los grandes funcionarios y de concurso numerosísimo, se presentó al fin la mañana del sábado 17 de Octubre de 1879 á jurar conforme al ceremonial establecido y prescrito para actos de semejante naturaleza.

De entre las figuras que en su conjunto componian la totalidad de aquel cuadro, era resaltable la de Revilla-Gigedo, ya se le considerara aislado en sus particularidades, ya en la totalidad de la reunion de todas ellas. A una estatura regular armonizaban sus formas perfectamente desarrolladas, dándole un continente gentil, la manera de la natural arroganciacia de sus pasos, su frente ancha y despejada desde luego hacia comprender la dotacion abundante de una inteligencia privilegiada; la contraccion de sus cejas era el distintivo que anunciaba el signo de su penetracion al investigar el objeto que pretendia conocer; sus ojos rasgados eran de un

corte artístico, y su mirada penetrante y vivísima poseia la facultad de imponer, pudiendo apénas resistirse el rayo de su visual cuando lo descargaba fijo, tenaz hasta el fondo del alma, cuyos secretos queria escudriñar; su nariz era aguileña, su boca proporcionada, los lábios de ésta bastante delgados y el aspecto de toda su fisonomía bastante severo, sin descender por esto de la hinchazon arrogante de la soberbia ó de la insufrible altaneria.

Su traje, conforme á la época, consistia en uniforme de paño bordado de oro, sobre cuyo pecho descansaban las condecoraciones con que en su alto rango habia sido premiado por los monarcas de España Cárlos III y Cárlos IV en el desempeño de su carrera pública, Calzon corto, media de seda, zapato bajo con hebilla de oro.

Tal era en conjunto y particularidades, el personaje de que nos estamos ocupando, en los pomposos momentos de aquella ceremonia absorvente de todos los ánimos y de todas las miradas, de todas las conversaciones y de todos los asistentes, así como de los que por el relato de esto, adquirian motivo para la aprobacion, palas invectivas y para los comentarios.

Una órden anticipada habia suprimido las fiestas, los regocijos conque se acostumbraba solemnizar la recepcion de cada virey, y sin embargo, y á pesar del cumplimiento de esa órden en la parte oficial, la sociedad

mexicana hizo sus demostraciones más ó ménos fastuosas, más ó ménos comunicativas, más ó ménos particulares, hasta que la estincion de la luz anunciando el término de aquel dia con el imperio y las sombras de la noche, anunció igualmente la consignacion de su fecha, en los anales de la historia á que pertenecia.

Al dia siguiente, Revilla-Gigedo, cerca de la hora crepuscular en que quedaba solo despues de un trabajo no interrumpido, propio de la incansable laboriosidad de su carácter y del sentimiento investigador que era invivito en su propia naturaleza, poseia un verdadero caudal de conocimientos sobre la sociedad mexicana, sus tendencias, sus costumbres, sus inclinaciones y sus necesidades como si entre ella hubiese vivido seis meses atrás, para trazarse desde luego un plan de mejoras, cuyo juicio acreditaban las pagmas de un pequeño libro que tenía en sus manos y en las que habia consignado con las impresiones del dia, todo lo que en materia de su gobierno debiera tener una modificacion, una anulacion ó una creacion.

Desde aquel dia, aquel libro memorandum, se encontraba signado con anotaciones que unas del momento y otras del tiempo, porque tiempo demandaba su ejecucion, debian ser cada una de ellas un testimonio imperecedero de un gobierno inaugurado con intenciones tan rectas, con actividad hasta entónces desconocida. Revilla-Gigedo, al mismo tiempo que se detenia á pensar

en lo que de su puño y letra habia escrito en aquella nomenclatura de mejoras, que invariablemente tendrian verificativo, leia pensadamente: Despojo del interior de palacio de esos figones ambulantes; su aseo y natural decoro. Despejo total de la plaza mayor, de esas barrancas, puestos de legumbres, etc., etc. Cegar el canal, que pasa por el flanco izquierdo del palacio del gobierno y al pié del municipal. Construccion de banquetas en las aceras. Dilatacion del empedrado de las calles. Destruccion de los tejados de puertas y balcones. Creacion de un alumbrado público. Creacion de mercados para el abasto de la ciudad. Creacion de un cuerpo de policía. Construccion de la torre izquierda del frente de Catedral. (1) Mejoramiento en el ropaje de las clases obreras. Prohibicion expresa de la desnudez de la plebe. Persecucion tenaz á los vagos. Multiplicacion de escuelas. Y la mirada de Revilla-Gigedo se desvió del libro de memorias sobre el que se habia detenido, guardando este en el bolsillo, al mismo tiempo que se decía á sí mismo: Bien. Para primer dia, y marchando aun sin luz guiadora de mis pasos, no me parece que puedo acusarme de perezoso, lo que importa ahora y cuidaré con esmero es la realizacion de todo ello, y lo

(1) La torre de la derecha, ó sea la del costado que mira para el Empedradillo, estaba ya levantada y sus trabajos fueron ejecutados por el arquitecto americano Damian Ortiz.

que de dia en dia venga marcando la regularidad en la marcha de mi gobierno. No comprendo, en verdad, ni puedo esplicarme todavía la conducta de mis antecesores en casos que en tan pocas horas de residencia en el gobierno, han llamado mi atencion hasta impresionarme de una manera, que ni haciendo un esfuerzo en contra de la voluntad, me hubiera sido posible desconocer. ¿Será apatia natural de todos esos gobernantes? ¿Será la parálisis de los círculos de que se han encontrado cercados? ¡Quién sabe! Y si he de ser franco, tendré que confesar cierta repugnancia á los altos dignatarios del gobierno que hoy he comenzado á tratar. Repugna á la franqueza, á la lealtad de mi carácter ciertas demostraciones, que puedan calificarse de serviles ó que puedan filiarse en el rango de adulaciones. Estemos, estemos, como siempre con la barba sobre el hombro para que en ningun tiempo pueda decirse la naturalidad de nuestro carácter, la prevision, la investigacion y la actividad de nuestras obras. Demos ahora cumplimiento de mirar con nuestros propios ojos, aquello sobre lo que pidamos informes el dia de mañana.

Y levantándose de su asiento y tomando en sus manos la bujía que le habia alumbrado, salió de la estancia dejándola envuelta entre las sombras de la mas profunda oscuridad.

El monótono tañido de las campanas de todos los templos se repetia en el espacio con su rogacion noctur-

na en el toque de ánimas, cuando un hombre embozado en su capa, sombrero de copa alta y recogida su ala por el extremo derecho que sujetaba un broche de diamantes del que salia una pluma ondulante hácia atras, atravesaba por la banqueta del átrio de Catedral para las calles de Plateros, San Francisco y siguientes, al cual otros dos hombres parecian seguir á unos diez pasos de distancia.

Su manera de andar y las miradas que en todas direcciones y sobre los objetos de su camino arrojaba con insistencia, hacian comprender ó una curiosidad insaciable, ó una investigacion escrupulosa. Al llegar al frente de la casa de azulejos, detuvo su camino y como si aquel edificio fuese el objeto preferente de cuantos hasta entónces habia mirado, lo examinó largo espacio de tiempo de arriba á abajo, pareciendo manifestar su aprobacion por un movimiento de cabeza que produjo al continuar su marcha tomando la pequeña plazuela de Guardiola para entrar á la calle de Santa Isabel y doblar á la derecha de ésta, deteniéndose segunda vez al frente del colegio de Minería, en cuyo exámen uno de los faroles de una de aquellas casas bañó con su foco aquel rostro, en momentos que dos personas que transitaban por el mismo sitio haciéndose á un lado y descubriéndose la cabeza al mismo tiempo, murmuraron con acento de comedido respeto:

—Dios guarde á su escelencia.

—Buenas noches, señores, contestó el aludido tocándose el sombrero, interrumpiendo su exámen y continuando su camino vía recta hasta doblar por las Escalerillas al Seminario y seguir desapareciendo con los que parecian darle escolta en el interior del palacio vireynal.

—¿Estais convencido de ello? dijo uno de los individuos que en la calle de San Andrés habia saludado á nuestro personaje, dirigiéndose á su compañero.

—No me cabe duda, contestó el otro; pero si me lo hubieran jurado me habria resistido á creerlo.

—Pues ya lo hemos visto, afirmó el primero, y como nosotros lo irán mirando los habitantes todos de la ciudad y probablemente el pais entero, atendidos los precedentes famosos de que viene acompañado.

La persona á quien aludian era el virey Revilla-Gigedo en su primera expedicion nocturna.

LIBRO SEGUNDO.

EL ALIENTO DEL CRIMEN.

CAPITULO I.

Resoluciones.

En una accesoria contigua á la entrada de una casa de la calle del Aguila, se encuentra un individuo que á grandes pasos atraviesa el espacio que permiten las paredes de ambos flancos. A excepcion de un banco de cama colocado en el rincon de la izquierda de su entrada un colchon sobre éste, constituyendo el lecho y tres sillas de madera blanca con asientos de paja medio desvencijadas, ningun otro mueble, ni otro al-

gun objeto se mira en aquella desmantelada habitacion.

El hombre que la atraviesa en los momentos que á ella nos acercamos se encuentra entregado á la preocupacion de los pensamientos que produce su cerebro, de tal manera, que parece no existir para otra cosa ni darse cuenta de mas que de aquello en que está totalmente ensimismado.

La dudosa claridad de una flaca vela de cebo, que sostiene un candelero de barro descansando sobre el asiento de una silla colocada á la cabecera de la cama no permite distinguir las facciones de la cara de aquel hombre ni observar en ella las transiciones que se verifican á consecuencia de lo que por su mente se está verificando; pero sí es bastante aquella mezquina luz para que la sombra de aquel cuerpo en movimento se estampe en la pared del frente, caracterizando uno de esos cuadros medio fantásticos, tan ameritados para amedrentar la imaginacion de los supersticiosos en las leyendas antiguas. Nuestro personaje debió participar de aquella supersticion cuando en una de las vueltas de su paseo fijó su mirada en una de las figuras que los movimientos de su cuerpo estampaban como su propia sombra sobre la pared.—Qué significa esto, se interrogó á sí propio deteniendo su paseo para quedar inmóvil como si hubiese sido clavado en su sitio y con la mirada fija sobre la reproduccion de su propio cuerpo.—Aun no hacen mas

que cruzar por mi mente, prosiguió con acento pavoroso aun no son todavia mas que creaciones sin forma, aun no son mas que elucubraciones de mi cerebro, que no están mas que en embrion, que aun no están adoptadas, que aun no están examinadas, ni requeridas sus dificultades, ó provabilidades, y ya me acobardan, ya me aterran, ya me hacen sentir calosfrios las imágenes de mi propio cerebro; las sombras. ¡Já, já! Hé aquí á todo un capitan de navio, al hombre acostumbrado á mirar con desden la potencia de los elementos, en las terribles borrascas del mar, sin que un gesto inconveniente turbara la tranquilidad de su rostro, á todo un teniente de milicia, á todo un D. Baltazar Dávila Quintero, atrevido hasta la insolencia, arrojado hasta la temeridad, extremeciéndose ante la creacion fantástca de un futuro que pudiera surjir de un presente que ni siquiera está determinado y que á la cobarde imajinacion le da repentinamente proporciones de realidad, la sombra de mí misma figura.

¡Já, já! Y hé aquí probada la influencia del ánimo sobre la conducta, sobre los pasos del individuo. Convencido de esta verdad, que en mí acabo de sentir, que en mí acaba de verificarse, hagamos por desterrar de nosotros toda influencia, que pueda variar, que pueda acobardar nuestro ánimo. Sí; desviémonos de toda creacion, de toda idea, que no sea la que nos conduzca al cumplimiento de nuestras resoluciones. Pero senté-

monos, que ademas de ser mas comoda esa postura, que la de estatua en que nos nos hemos convertido quitaremos de nuestros ojos esa fascinacion que momentáneamente invadió nuestrá cabeza interrumpiendo con nuestros paseos nuestros trabajos en el plan que debe producir la meditacion de nuestras resolucines.

Quintero abandonó en efecto la inmovilidad en que habia permanecido para venir á sentarse sobre la cama cruzando una pierna sobre la otra y tornar de nuevo á la prosecucion de ideas de que él mismo se había interrumpido.

Larga media hora llevaba en aquella postura, cuando el rumor de pasos precipitados en la calle, por la misma acera de su habitacion y cerca de su puerta, vinieron segunda vez á interrumpirle. Quintero hizo un movimiento rápido, bastante á recobrar el uso de sus sentidos, observó con extrañeza algunos instantes aquel ruido, y por efecto de aquella determinacion violenta, apagó la vela, quedando envuelto entre las sombras de la mas densa y profunda oscuridad.

Así no hay ventaja, murmuró. Tinieblas en la calle y luz en el aposento, es proporcionar á los curiosos el modo de ganar con las armas del contrario, sin embargo, yo no sé qué cosa es la luz, cuyo bien inestimable acaba de hacérseme sensible la transicion de esos dos extremos de que pueden en estos instantes dar cuenta mis ojos.

Pero, el rumor se pierde; son los pasos de álguien que se retira con precipitacion á causa de lo avanzado de la noche. ¿Que horas serán? ¡Ah! la luz. ¡Que falta hace la luz! Si hubiera visto antes de apagarla el relox, no tendría la curiosidad que ahora me asalta. ¡Pero calla! La campana mayor de Catedral parece estaba encargada de satisfacerme.

Con efecto, en aquellos momentos la lengua metálica del bronce santo de una de las torres de la iglesia mayor, lanzaba al espacio su monótono tañido en el toque nombrado de la queda, al mismo tiempo que un grito extentóreo repetido por diversos puntos de la ciudad anunciaba el ¡alerta! de los centinelas en los garitones de sus respectivos cuarteles.

Las diez, observó Quintero, y yo contra mi costumbre sin poder dormir, y sin haber fijado mis resoluciones despues de tanto cavilar. Pensemos sí, pensemos.... pero, ¿ruido en mi puerta? Y Quintero por un movimiento instintivo llevó la mano al rincon de su cama y la puso sobre la empuñadura de su espada que se hallaba colocada en aquel sitio. Así permaneció algunos instantes, sin que ni en la calle ni en la puerta se notara movimiento alguno: el silencio que reinaba hacia juego con el de la oscuridad. Despues de algunos minutos de observacion empleados por Quintero para requerir la certidumbre del ruido que le habia alarmado y el convencimiento de su equivocacion, retiró la mano

de la espada, cambió de posicion y dijo al mismo tiempo.

—Me equivoqué. A no dudarlo estoy preocupado, y en verdad que nada mas impropio ni mas reprensible al mismo tiempo, que cuando se encuentra uno en situaciones como en la que me encuentro actualmente, puerilidades de niño, ó consejos de vieja vengan á influir en distraerme de lo que tanto me interesa. Pero, la cosa no es para menos, atendido al motivo principal de las circunstancias que me rodean. ¡Canario los pelos de la cabeza se me encrespan, las narices se me hinchan, los ojos se me inyectan, la sangre se me convierte en fuego, y..... esto, no es la sombra de mi cuerpo dibujado en la pared, no es la fascinacion repentina de la mente, no es el fantasma imaginario: es la terrible, la espantosa realidad que mis manos palpan y que acredita el fondo de mi bolsillo totalmente vacio de monedas, sin esperanza de medio para llenarlo. ¡La arranquera! ¡La miseria! Dos cosas con las que es imposible que pueda estar de acuerdo un hombre de mi temperamento y de mi linage.

Pero demos luz ya que esta noche deserta el sueño de nuestros ojos, en cambio del calor que ha invadido nuestra cabeza.

Y Quintero levantando un extremo del colchon por la cabecera despues del ruido que en sus manos produjo un papel al desenvolverlo, hizo sentir los tres ó cuatro golpes que con el eslabon imprimió en el pedernal para

prender la yesca, y con este fuego una pajuela de azufre cuya llama comunicó á la vela resultando de nuevo la iluminacion. Ya con luz es otra cosa, dijo Quintero poniendo los chismes en su propio papel, y este en el mismo sitio de adonde lo habia extraido para requerir de uno de sus bolsillos el relox; objeto de lujo que solo se permitian en aquella época cierta clase de personas y el cual por su tamaño, su guarda polvo, su sobre caja de carey, sus grandes colgantes, cadena de acero y demas dijes de su todo, llevaba sobre sí la fé de bautismo de la edad á que pertenecia.

Las diez y cuarto, murmuró Quintero dejando caer su mirada sobre la esfera de aquella enorme muestra para continuar:

Mañana á estas horas ya no podré satisfacer la necesidad que ahora cumplo. Mañana, léjos de mí estarás encerrado en la sucia gaveta de alguno de esos judíos, de esos avaros inconsiderados, de esos usureros impíos, que se alimentan, que viven, que se hacen ricos á costa del que tiene la desgracia de caer en sus rastreras é impías manos. Mi pobre relox hará compañía el dia de mañana á los demas objetos que la casa de empeño convertida en almacen de depósito guarda allí de mi propiedad. Dentro de poco tiempo, irá mi espada, y mas adelante..... mas adelante, irá mi persona; si el viejo estúpido de aquel infierno disimulado cree que yo mismo puedo producirle la peseta de usura conque en el

peso favorece á sus desdichados parroquianos. ¡Oh y esta situacion es horrible! No, no puede prolongarse mucho tiempo, sin decidirse á una de esas resoluciones desesperadas. Sí, una de esas resoluciones en las que se juega el todo por el todo; pero bien pensado, ya es tiempo de proceder á ella. Fracasó mi plan sobre Ascoyti con la radicacion en México y en los entresuelos de su casa, del conde de Valencia; y por consiguiente no hay mas que hacer, que decidirse á otra cosa. Quién habia de pensar que ese viajero de Guanajuato, que me habia hecho concebir tan gratas esperanzas, las habia de destruir él mismo, haciéndolas imposibles con solo el capricho de no habitar en el alojamiento preparado en el pueblo de Popotla. Por fortuna tengo bien explotada la credulidad de Blanco, conozco á fondo sus ambiciones, sus proyectos, su modo de pensar, y creo que no va fuera de camino en asegurar que para conseguir el fin, lo mismo da que se ejecute en Juan ó Francisco: la personalidad no hace al caso.

Respecto de Aldama, es preciso un grande esfuerzo de imaginacion, para que el vivísimo colorido de una pintura exagerada, destruya esas paparruchas engañosas de falsos temores, y se manifieste tal cual es. Cree ser un zorro redomado sobre mí, calculándome un imbécil, incapaz de penetrar en el fondo oscuro de esa caverna que lleva por cerebro, y en verdad que se chasquea de una manera muy divertida. ¡Oh mi querido

amigo D. Felipe María de Aldama y Bustamante! ¡Vaya si sois digno émulo del inberbe D. Joaquin Antonio Blanco! ¡Que ambo, santo Dios: que ambo! Pero no: mas bien dicho: ¡Que terceto! Indudablemente que componemos un triunvirato digno de las individualidades de que está formado. El tablado de un patíbulo, la cuerda flotante que penda de una viga y los hercúleos brazos de un personaje siniestro, de estatura colosal, de barba luenga y despidiendo rayos de fuego por las aberturas de su antifaz; es decir, el verdugo reclama su presa. Y no hay remedio. Las fechorías del pasado de cada uno de estos tres, traen consigo la propiedad de semejante espectáculo. Han escapado de él de una manera prodigiosa, quizá para columpiarse en la cuerda un poco mas adelante y tal vez adonde sea mas populoso, mas brillante el éxito de la funcion. Pero, ¡vaya una série de pensamientos, los que la sombra de mi persona dibuja en la pared, produce mi cerebro! Todo esto no es mas que perder el tiempo, sin haber cumplido el objeto que me propuse, en estudiar, meditar y correjir la definitiva de mis resoluciones. Desechemos pues todo lo inútil, fuera esa pusilanimidad que nos ha regalado lo ficticio de una sombra, recobremos la energía propia de nuestra voluntad, seamos lo que somos desde nuestros pensamientos, para ser lo mismo en la práctica y tomadas nuestras resoluciones, la audacia sino de la fortuna, vendrá á conocer nuestra obra.

Y Quintero al terminar su última frase, se desnudó

metiéndose bajo las sábanas de su lecho, encendió un cigarro, se recargó de espaldas sobre la almohada y arrojando grandes bocanadas de humo guardó profundo silencio entregándose á la hilacion de los pensamientos que surgian de la idea que le dominaba, hasta que de nuevo llegó á sus oidos el sonoro tañido de la campana del relox de Catedral, que interrumpiendo su tarea mental le hizo proferir las siguientes palabras:

—Las once. Cerca de tres cuartos de hora empleados en un trabajo que debemos reducir á la práctica y lo mas pronto posible; sí..... Cada dia que se pierda es una nueva dificultad para la situacion infernal que pesa sobre mí, que pesa sobre Aldama, al que se le aumentan las pérdidas de estos dias en ese maldito juego de gallos que lo domina y que pesa tambien sobre Blanco, á quien le vuelve loco la idea de la casita para verificar el rapto de esa sirena, de esa Manuela que le tiene embriagado! ¡Oh, y verdad que esa chica es una Vénus! Esa mujer con otro ropage, con un atavío regular de galas, es capaz de trastornar el juicio á un santo. ¡Vaya si es afortunado por las faldas ese mozalbete! Este ha de ser el flaco por donde debemos explotarlo, conforme al plan que respecto de él nos hemos trazado. Hé aquí una de nuestras invariables resoluciones, Otra: mañana mismo la entrevista con Aldama y en ella las proposiciones del negocio..... Si acepta, á trabajar inmediatamente; si rehusa..... un accidente por al-

guno de esos malditos callejones por donde va y viene á los gallos, se encargará de amordazar su lengua para que no nos venda. Esta es otra invariable resolucion. Otra logrado el éxito....¡Oh!....Agua salada de por medio entre el hombre cargado de oro y dos bandidos. Hé aquí otra resolucion. Pero, ¿y las dificultades para trasladar el oro? quién sabe.....El país es muy extenso y de pronto esa circunstancia nos es favorable; ademas, para los cómplices sus propios cómplices; es decir, para el amor las mujeres; para el carácter pendenciero y atraviliario, las pendencias. ¿Saldrá esto á medida de mis deseos? No lo sé, pero esta es otra de mis invariables resoluciones. Amanezca Dios el dia de mañana y á poner en prác....ti....ca nues....tro.... tra....ba....

Quintero no terminó su frase, la respiracion anunció que se habia dormido fraternizando su estrépito con el chisporroteo de la vela que al extinguirse dejó sumida la estancia en la mas densa y profunda oscuridad.

CAPITULO II.

Apetito no me arrastres.

La animacion característica de las grandes ciudades, demostrada en el bullicio de sus habitantes en las casas de comercio abiertas á la actividad del consumo diario en ese movimiento particular de cada uno para formar el movimiento general de un todo presentaba México el dia siguiente de trascurrida la noche que hemos presenciado el dilatado monólogo que en la accesoria de la calle del Aguila sostuvo nuestro personaje D. Baltazar Dávila

Quintero, y hacemos constar ese movimiento y esa animacion para significar lo avanzado del dia en que proseguimos con los acontecimientos de nuestra historia; porque el estado atmosférico de la naturaleza nos engañaria si por él pretendiéramos saber ó calcular la hora correspondiente á la marcha de tiempo en que nos encontramos.

Un toldo espesísimo de cenicientas y pardas nubes, interceptando la mirada habia hecho desaparecer la bóveda celeste, produciendo una lluvia menuda y sostenida que acompañada de grandes corrientes de un viento delgado y frio hacian una temperatura bastante desagradable, obligando á los transeuntes en sostener en su marcha, verificada en diversas direcciones, un paso veloz para recoger menor cantidad de agua de la que caia empapando sus respectivos ropajes. La mañana no podia estar mas desabrida: el tiempo señalaba perfectamente la estacion característica del destemplado y loco mes de Octubre.

Cubierta la cabeza con un sombrero de mediana copa y alas anchas, arrebujado en el embozo de su capa hasta los ojos y á paso precipitado, camina un dividuo que acaba de salir de una accesoria de dos puertas con mostrador y enrejado de madera en su interior, situada en la segunda calle de Mesones, á cuyo término dobló á la izquierda para seguir esta línea, y de cuya boca se escapan las si-

guientes palabras, cuyo acento enérgico revela el estado de su ánimo en el momento de proferirlas.

—¡Ladron, ladron! Así son todos esos infames. ¡Hipócritas! que se creen benéficos á los pobres pretendiendo diz que remediar del momento sus necesidades, y no son otra cosa que los verdugos usureros de los infelices á quienes chupan la sangre lo mismo que las sanguijuelas, y á quienes con el tiempo hacen mas infelices y desgraciados con la crueldad de su irónica filantropía! ¡Oh, las casas de empeño no son otro cosa que garitos infames, cuevas de ladrones en las que se desvalijan al prójimo sin arriesgar el pellejo como los bandidos que en el camino real y con el trabuco en la mano se arrojan á pedir ¡la bolsa ó la vida! ¡Oh, este maldito viejo es mas judío que el mismo júdas que vendió al Salvador! ¡Quince pesos sobre un reloj que tirado á la calle vale cien duros, y luego para que dentro de ocho dias me encuentre con la misma necesidad y sin la muestra, cuya falta se me hace sensible desde estos momentos! ¡Oh, no hay duda que la situacion, esta situacion maldita, tiene mucho de agradable para la vida! ¡Quince pesos! ¡viejo maldito!

Y tras este apóstrofe los lábios de Quintero murmuraran dos ó tres palabras que pudieran traducirse por una horrible blasfemia, siguiendo su camino en silencio desde entónces hasta llegar á la Alcaiceria á la casa de Aldama, quien lo saludó con las siguientes palabras:

—Cáspita, Baltazar, que no te creia tan valiente como eres! ¡Salir de casa con un tiempo como este para resistir de manos á boca la accion de ese bravío temporal, es ciertamente un hecho verdaderamente glorioso! ¡Te declaro héroe!

—Si tuviera como tú, contestó Quintero, las comodidades todas de la casa, no me espondria á recibir sobre el rostro los ramalasos conque el viento húmedo de esta temperatura se ha servido regalarme.

—Quién sabe, quien sabe; eso de las comodidades de la casa está un poco oscuro, mucho mas si aludes á tener todo lo necesario.

—¡Quién sabe, eh! Pues lo que es á lo que yo me refiero, cambiaría con tercio y quinto. Sí: cambiaría aunque fuera con el demonio.

—¡Hombre, hombre! ¿Qué significa ese acento que contrasta con la cachaza que te es genial? ¿Quién te ha puesto esa montera de mal talante, que vienes anunciando en la extraviada fisonomía?

—¿Quién? Y tú eres el que me preguntas quién. Ya se ve! No es lo mismo tener parientes con títulos de nobleza, sentir su proteccion y dirigir los alientos de esperanza hácia Querétaro, que encontrarse enteramente aislado y en momentos en que la desesperacion me grita á voz en cuello que es necesario, que es indispensable, arbitrar la manera de salir de un estado de cosa

en que por mas tiempo no es posible permanecer, y ó me llevan los diablos ó salgo de esta situacion.

—¡Caracoles, querido Quintero! Que cuando tú hablas así perdiendo tu sangre fria, debes estar desesperado. ¿Dí qué te pasa?

—Tú sabes, bien querido Felipe lo que quiero á mi relox, la falta que me hace mi relox: pues bien; uno de esos viejos avaros, uno de esos usureros filantrópicos, uno de esos ladrones autorizados por la ley, á ruego y encargo, y por mucho favor, me ha prestado quince pesos sobre mi relox en que acabo de empeñarlo.

—¡Ah Quintero! Me has hablado de comodidades de casa, de qué sé yo que mas y eso es porque mas sabe el loco en la suya que el cuerdo en la agena. Si yo te pusiera de manifiesto.... si yo te contare.... Y luego esos malditos gallos que me han dado una pela toda la semana pasada, que..... que..... toda ella ha sido perder, y mis alhajas empeñadas, y una libranza que se me cumple dentro de algunos dias, y....otros que.... con que ya verás si mi situacion es mejor que tu situacion.

—Pues bien, es necesario que salgamos de ella, es indispensable ser hombres. Es preciso cambiarlas, convirtiéndolas en el sentido contrario. A eso he venido y si quieres tomar parte, nuestra fortuna es hecha.

Habia tal acento de conviccion en las palabras de Quintero, que Aldama levantó la cabeza vivamente fijan-

do sus miradas en las de su interlocutor, con tal intensidad que hacia comprender la intencion de penetrar hasta el fondo del alma de aquel que acabara de deslumbrarle.

—¡Salir de nuestra situacion! exclamó Aldama, ¡cambiarla en sentido contrario! dices que á eso has venido, ¡y que la cosa es hecha si quiero tomar parte en ello!

—Sin duda, afirmó Quintero. Ya sabes que soy hombre capaz de cumplir lo que ofrezco.

—Habla, habla que ya te escucho.

—¿Estamos solos?

—Sin duda. Los criados están en su respectivo departamento, y ocupados en sus naturales faenas; pero mas seguros estaremos por aquí. Sígueme.

Aldama y su interlocutor á indicaciones del primero, abandonaron aquella estancia para situarse en la alcoba inmediata á juzgar por el lecho que en ella se encontraba y los demas muebles que componian el menaje.

—Aquí estaremos perfectamente, agregó Aldama, y para mas seguridad voy á dar órden de que nadie nos interrumpa y que para nadie estoy en casa.

Cumplida aquella indicacion, Aldama volvió al lado de su compañero, arrastró una silla cerca de la que aquel habia ocupado y le dijo con acento de interés:

—Pues habla.

—Obedeciendo á la naturalidad de mi carácter, articuló Quintero, haré á un lado todo exhordio, toda pin-

tura deslumbradora, todo lo que constituyendo la paja, nos aleje del grano, es decir; fuera preámbulos y derechitos al negocio. ¿Tú crees que el dinero es el que hace la felicidad del hombre en toda su plenitud? En toda su plenitud no, hombre. Hay personas que se pueden ahogar en el mar de oro que poseen y no son felices.

—¡¡Canario!! murmuró Quintero con acento enérgico, dándose un golpe en la frente para proseguir:

—¡Canario! que no te creia parte de esa gente vulgar que no sabe apreciar las cosas en lo que en sí valen. Esos seres sumergidos en el mar de oro de que haces mérito; no son hombres siquiera.

—Son nada mas esos estúpidos avaros, cuya felicidad consiste en recrearse con saber que son dueños de mucho oro. En contemplar con los ojos que tienen oro; en palpar con las manos que son dueños de su oro. Si esos hombres quisieran ser verdaderamente felices, lo serian porque tienen á su disposicion el elemento primordial de toda felicidad.

—El oro, Felipe María de Aldama, es la llave maestra que abre todas las puertas; es la careta que cubre el descarado cinismo; es la hipocresía que oculta todas las herejías; es la virtud de los vicios; es la varita mágica que realiza todas las ilusiones. ¿Necesitas venganza? El oro te la proporcionará. ¿Buscas satisfacciones? Cumplidas te las proporcionará el oro. ¿Tienes ambiciones? El oro las satisface. ¿Tienes mucho oro?

Ya lo fuiste todo. ¿Eres déspota? Teniendo oro ese sentimiento innoble se convertirá en dignidad. ¿Eres un estúpido? Los ambientes deslumbradores de tu oro te señalaran como sábio. ¿Deseas satisfacer tus pasiones, quieres amor, quieres goces, quieres placeres? Abre los torrentes de tu oro, y torrentes de deleites inundaran tu existencia, que al alcance de tu mano, al paladar de tus antojos saborearas saciandote hasta el cansancio, hasta el hastío. ¿Es esta una verdad que sientes en tí mismo? ¿Sin el oro se puede conseguir, se puede poseer una de esas ilusiones, una sola de esas mentiras que por realidades pregona la farsa del mundo social, una sola de esas satisfacciones en que tan dulcemente se arrullan, se aduermen gozando los sentidos? ¿Se puede conseguir algo de esto sin el oro? ¿Serás tú capaz de ello sin tener oro?

—Vaya una pregunta querido Quintero. ¡El oro es bueno hasta para salvarse!

—Pues hé aquí probado á pesar de tu resistencia en el principio, que el oro proporciona la felicidad: que el oro como ántes he sostenido, es la suprema felicidad. ¿Deseas tu esa felicidad? Quieres poseer mucho oro?

—¡Oro! ¡oro! ¡mucho oro decís! ¡que yo tenga mucho oro! ¡dueño yo de mucho oro!

—Seis talegas lo ménos te pertenecerán de onzas de oro españolas, si quieres tener parte en mi empresa;

es decir, ¡cien mil duros! ¿Entiendes? ¡Cien mil duros!

—¡Hombre hombre! ¡Me maréas querido amigo! y por cierto que.... Me trastornas querido Quintero.

—¡Dueño yo de tan colosal fortuna! ¡pertenecerme á mí esa cantidad! ¡mio ese oro! habla, habla y no desperdicies el tiempo, no pierdas un instante en hacerme comprender que ese oro puede ser mio! ¡te escucho¡ Y Aldama con el rostro animado, la mirada chispeante, la respiracion afanosa y el todo de su personalidad en creciente excitacion; arrimó mas su silla á la de su interlocutor, pegó sus rodillas con las de aquel, puso sus manos en aquellos hombros y terminó con estas palabras:

—¿Qué hay que hacer para ganar esa cantidad, para que sea mio ese oro?

—Una cosa muy sencilla, respondió Quintero, en quien su acento revelaba que la violencia de que ántes habia dado muestra, era reemplasada por la socarronería que caracterizaba su natural temperamento. Tan sencilla que solo consiste en que te asocies á mi causa en que hagas lo que yo haga, ó en que ejecutes lo que yo te mande ejecutar.

—Pues si no es mas que eso, esa cantidad está ganada ese oro ya es mio.

—¿De veras Aldama.

—Palabra de honor, Quintero. Hé aquí mi mano.

Y Aldama tendió la mano con actitud de estrechar, la de su compañero quien antes de aceptar replicó marcando intencionalmente sus palabras con la acentuacion particular que imprimió en cada una de ellas.

—De hacer lo que yo haga sea lo que sea; ó ejecutar lo que mande sea lo sea. Y Quintero dejó caer el rayo candente de su visual sobre los ojos de Aldama con tal ímpetu é intensidad, que éste no pudo sostener aquella mirada, ni dejó su mano extendida por mas tiempo, en la situacion en que la habia sostenido.

—Hombre, murmuró Aldama, me has mirado de un modo y me has dicho eso de una manera, que si alguien te hubiera visto, habría creido que tratabas de amedrentarme. ¡Cien mil duros! :Seis talegos de onzas de oro contante, deben exijir un pequeño sacrificio como precio de su adquisicion. Habla pues para que pueda juzgar de lo que tu llamas una cosa tan sencilla.

—Lo es para mí, porque para mí es muy sencillo exponer la vida, si de ello me ha de resultar la fortuna de un porvenir rico y en la mayor abundancia.

—Exactamente me pasa á mí. Yo tambien expondré la vida por semejante recompensa; adelante, adelante que ya quiero saber á qué atenerme.

—Debes suponer, articuló Quintero con su acento de parsimonia, que para empresas como las de que vamos á ocuparnos, ademas de exponer la vida, se necesita suma actividad.

—Que á mí no me falta.

—Valor á toda prueba.

—Que tú sabes he dado testimonio.

—Arrojo hasta la temeridad.

—Que poseo acompañado de la prudencia necesaria.

—Perfectamente; somos, pues, en la teoría gemelos nacidos de una misma madre. Véamos la práctica. Para hacer pasar de las cajas en que están encerrados esos talegos, en que se guarda ese oro, á nuestro poder, es necesario un golpe de mano caracterizado por la actividad, el valor á toda prueba, el arrojo temerario y la prudencia que habeis añadido. Resumiendo esas cuatro circunstancias á una sola accion, de la que dependerá el buen éxito, la consumacion feliz de la empresa, consistiendo esa accion en tener el pulso seguro y dar de firme, sin parar; basta que los borbotones de un líquido caliente y rojo ahoguen las voces, los gemidos de dolor que intentarán articular los lábios de una de dos, de tres, de cuatro, ó las víctimas que sea preciso sacrificar para que ese oro, llegue á nuestro poder. ¿Me he explicado?

—¡Oro, oro! balbutió Aldama dominado por la influencia de aquella palabra. ¡Oro! pero..... una, dos, cuatro ó mas víctimas..... líquido rojo, humeante, caliente, es decir, sangre..... ¡Mis manos tintas en sangre! ¡Oro! ¡cien mil pesos! ¿Será verdad? Oro en cambio de sangre!

Y Aldama dejaba ver en su rostro la doble ímpresion que en su ánimo ejercia el significado de las palabras que tantas veces habia repetido,

Quintero le miraba intensa y profundamente para descender hasta el fondo de aquella alma, buscando una evidencia que afirmara sus propósitos sobre la conducta que de antemano se habia propuesto respecto de Aldama, caso de que éste, poseeyendo su secreto deshechara el proyecto, rehusando hacerse cómplice; pero Quintero en los instantes de su atenta observacion, fluctuaba en la evidencia que habia venido á solicitar; pues si Aldama al proferir la palabra sangre dejaba traslucir cierto terror, cierto miedo, cierta indecision, al pronunciar la de oro, al repetir cien mil pesos, aquella primera impresion desapareciera dominada por la influencia magnética que los cambiantes del metal precioso producian en quien su ley, su religion, su Dios era el dinero.

La observacion de Quintero terminó inmediatamente con este pensamiento:

—¡Apetito, no me arrastres! é inmediatamente formuló en alta voz las siguientes palabras:

—Entre la sangre y el oro, querido Aldama, es decir, entre la miseria y la abundancia, tú serás presa de lo primero, supuesto que la sangre te hace titubear en el partido que te propongo. Está bien. Quizá otro accogerá con energía lo que á tí parece que te amedrenta; pero ten entendido, Aldama, y no olvides mi adverten-

cia, que nadie mas que tú, ni con ninguna otra persona, hasta estos momentos, he hablado de un pensamiento que no acabo de desarrollar, porque la sangre en algunos mandrias vale mas que el oro conque pudieran hacerse felices. Posees parte de un pensamiento cuyo secreto no te pertenece, y tú sabes perfectamente las consecuencias que arrastra la divulgacion de un secreto.

—¡Cien mil pesos en oro! repitió Aldama dominado por aquella idea y sin dar á entender por la entonacion de su acento que se habia apercibido del reproche y la amenaza de su interlocutor. Oro, mucho oro, es ese.... pero.... la sangre siempre..... si pudiera.

Y variando de tono, demostrando que habia recobrado todo su imperio, agregó:

—Dime, Quintero, ¿no seria posible ganar ese oro sin derramar esa sangre?

—La sangre, Felipe María Aldama, articuló Quintero con intencion, enmudece al que por sus heridas la arroja, como enmudece tambien la lengua que puede ser indiscreta. Es el mejor modo de hacer guardar los secretos.

—Entiendo, entiendo, contestó Aldama alzando los hombros y haciendo un movimiento de cabeza mas elocuente que todo lo que hubiera podido decir con la palabra. Pero dime, Quintero, ¿No se pudiera arreglar

que ese oro viniera á nuestro poder de manera que.... es decir, arreglar eso de modo que....

—Nada tenemos que hablar sobre el particular, dijo Quintero, lo manifestado en tu semblante y lo dicho por tu boca es mas que suficiente para que sepa á que atenerme.

—Es decir que tu has creido que yo soy algun autóma. ta incapaz de sentir y de pensar; y en verdad que te equivocas. Me has propuesto la esencia de un pensamiento que por un lado me aterra y por el otro me seduce y sin que en definitiva te haya dicho rehuso ó acepto, sin siquiera haberte pedido pormenores que tendria el derecho de conocer, decides magistralmente; quién sabe si será por haberte arrepentido, y aun te permites amenazarme por la guarda de ese secreto.

—Me ha parecido que no lo acogias con el entusiasmo que esperaba.

—La suma, en efecto, deslumbra, pero la sangre.... En fin; pasado mañana te resuelvo.

—Está bien, dijo Quintero levantándose de su asiento y tomando el sombrero. Pasado mañana á esta hora estaré aquí por tu resolucion.

—Convenidos: entretanto tranquilízate por tu secre to, que lo has depositado en el fondo de una tumba.

—Recojo tu palabra, y ¡hasta más ver! que mi presencia es necesaria en otra parte.

—¿A pesar de ese temporal tan desagradable?

—Y peor que estuviera, concluyó Quintero, cambiándose entre aquellos dos hombres un soberbio apreton de manos por despedida.

—¡Cien mil duros en oro! repitió Aldama luego que quedó solo, frotándose las manos y brillando sus ojos de una manera siniestra. La cosa bien vale la pena de cabilar un poco la manera de poseer ese secreto, y quién sabe.... quién sabe si pensandolo bien, seria bueno hacer á un lado todo lo que estorbe, á pesar de esa repugnancia que me inspira la sangre y.... ¡Já, já! ¡Chistoso seria dar el golpe por mi sola cuenta!

—¡Já, já! ¡La sangre enmudece la lengua que pudiera ser indiscreta; já, já! Este Quintero es un niño de teta á mi lado, pretendiendo hacerme el coco como á los chicuelos que no se quieren dormir.

CAPITULO III.

Hé aqui mi mano.

Sigamos á Quintero inmediatamente al apreton de manos que por despedida habia cambiado con su amigo Aldama, despues de la conversacion que han sostenido y que acabamos de conocer.

—Maldito temporal, dijo nuestro personaje embozándose en la capa y saliendo á la calle, para avanzar por aquellas angostas tortuosas rinconadas de la Alcaiceria, viniendo á desembocar á la segunda de Plateros conti-

nuando esta línea y siempre avanzando, seguir las tres de San Francisco para doblar á la izquieda á las de San Juan de Letran, Hospital Real, 1ª, 2ª y 3ª de San Juan hasta el Salto del Agua á una casa situada en este último punto en cuyo interior la presencia de una mujer que salia para la calle, detuvo su camino diciéndole.

—Desde muy temprano salió de casa el Señor Don Joaquin.

—¿Con este tiempo se ha marchado Blanco á la calle?

—Sí, señor, contestó la mujer, pero si su merced gusta de pasar, la señora su tia sí está en la casa.

—Gracias, murmuró Quintero. Me voy á buscarlo, pero si no lo encuentro, desearia que supiera que nos precisa vernos.

—Si viene á comer le avisaré, Señor.

—Gracias, muchacha:

La criada prosiguió su camino cuya interrupcion ocasionaron las anteriores palabras, Quintero dejó caer el embozo de su capa bastante empapada, la que sacudió dos ó tres veces, inclinó la cabeza de un lado para despojar el ala del sombrero del agua que contenia, y despues de estas operaciones, tornó á embozarse emprendiendo la retirada por el mismo camino ántes transitado, hasta la esquina de la calle de San Juan de Letran en la cual dobló á la izquierda para la del Puente de San Francisco, á cuyo término llegó á la Alameda

y despues de recorrer varios sitios de este paseo, murmura con el acento de mal humor de que estaba poseido:

—Tampoco está; aunque bien examinado seria una locura que con semejante riego se encontrara en un sitio adonde no hay en que guarecerse. ¡Vaya una manera de llover desde la siete de la mañana! No parece sino que, agua por la cabeza, y agua por los pies el tiempo nos quiere convertir en peces. Tengo los cimientos helados como un granizo y las choquesuelas tiesas como un garrote. Ya se vé; si las calzas están hechas una sopa! Es necesario cuando estemos en casa cambiarlas por otro calzado seco y una buena friega de aguardiente refino en los piés para evitarse de un reumatismo que si nos pilla en estos dias, viene á remachar el clavo de la fatalidad que nos rodea. Veamos que hora es, y Quintero llevó la mano al bolsillo, para retirarla inmediatamente exclamando con acento sarcástico:

—¡Qué hora es! ¡un caballero de mi linaje sin relox! acostumbrado á consultar su muestra, cada vez que le venia en mientes atenido á la caridad de los reloxes públicos, ó expuesto á no saber las horas en qué vive! ¡Privado de mi relox y por la miserable suma de 15 pesos! ¡Viejo Maldito! ¡Si yo le cojiera á solas le haria sacar tres dedos de lengua, para enseñarle á desacreditar una pieza de mérito con intencion de hacer mas inícua la usura y prevenir desde luego el vil precio en que todos

esos ladrones del giro, se quedan con lo que vale trece ó veinte veces mas de lo que prestan! Pero dentro de pocos dias, ya veremos si la miseria no sale de casa á puntapiés. En fin; aquí no hacemos otra cosa que papar moscas, recojer agua de valde, y perder el tiempo. Sigamos nuestro rumbo que el gavilan debe andar muy cerca de la jaula de la tórtola.

Y Quintero saliendo de la Alameda por la puerta central que mira á San Juan de Dios, atravesó la plazuela de este nombre, entró á una série de callejones angostos y tortuosos para salir á la de Juan Carbonero, y venir á situarse al zaguan de la casa habitacion de Manuela en cuyo interior otra vez hemos penetrado.

—Sea que esté en el cuarto de la amiga de su querer; sea que no tarde en llegar, miéntras no den las doce no debemos desesperar de encontrarlo en la mañana de hoy, dijo Quintero repitiendo la operacion de escurrir el sombrero y sacudir la capa del agua que tanto le habia empapado continuando con requerir de uno de sus bolsillos, una petaquilla de cuero, de esta un cigarro, y despues de hacer fuego con los respectivos chismes, entretenerse en seguir con la mirada, las columnas de humo que extraia del tabaco que fumaba, á la vez que su accion visual recorria todas las avenidas para la plazuela, en solicitud de aquel por quien desempeñaba tan pesado cuarto de centinela.

El tañido de la campana de la parroquia de la Santa Veracruz advirtió á Quintero la hora del dia á que habia llegado.

—Las doce, murmuró. Y esta vez sí, mis cálculos han fallado..... pero no; que viene allá como alma que se llevan los diablos.

¡Que bien se conoce lo bisoño que es este pobre mancebo en materia de chicoleos amorosos! ¡Se le cae la baba, se endiosa en presencia de la que llama su idolatria! Bien pensado, no le falta razon: la chica merece' pero ocultémonos para que la sorpresa tenga su mérito, porque me parece que lo hay entre encontrarse delante de una moza de semejante rumbo y la personalidad de mi individuo. Y Quintero se ocultó tras la puerta de entrada cuyo espacio de anchura favorecia su intento.

—Mil bombas y mil rayos, dijo Blanco con acento colérico, no parece sino que el cielo ha dicho: ¡Agua va! y por quien soy, que ya me sale el agua hasta por las orejas. Con esto, y conque Manuela no pueda salir ahora, se completa la obra.

—No saldrá, dijo Quintero, disfrazando su voz que emitió por uno de los intersticios de la madera de aquella puerta.

Blanco que en ambas manos tenia la esclavina conque venia cubierto, para sacudir de ella el agua que chorreaba, suspendió su operacion volviendo la cabeza con violencia, é inquiriendo con la mirada su derredor en

solicitud de quien habia contestado á sus palabras; pero no descubriendo á nadie prosiguió en su empeño tornando á murmurar:

—¡Pues no habia creido que me hablaban! El dia ménos pensado el gusto conque llego á esta casa y la inquietud por ver á Manuela me vuelven loco.

Quintero en el mismo tono, y por el mismo intersticio, agregó:

—Ya estás loco.

—¡Canario¡ Pues lo que es ahora no me cabe duda, dijo Blanco, y volviendo á colocar la esclavina sobre sus hombros, se dirigió al rincon de que la voz habia partido.

—Loco y de atar estás, querido Blanco, balbutió Quintero saliendo al encuentro de aquel; y solo loco puedes con este tiempo alejarte del centro, hasta un barrio tan lejano como este.

—Entónces lo estaremos los dos, respondió Blanco, supuesto que los dos nos encontramos en el mismo paraje.

—Con una diferencia, observó Quintero, y es la de que yo estoy aquí en solicitud de encontraros, ya que fué inútil mi viaje á vuestra casa.

—¿Me habeis buscado en casa? ¿Habeis visto á mi tia?

—La criada que salia en momentos que yo entraba, y que me informó de que no estabais en casa, hizo que no tuviera la satisfaccion de saludar á esa matrona.

—¡Pergrina satisfaccion esa! si me dijerais, la de ver á mi Manuela, ya seria otra cosa; pero ¿qué tenemos?

—Muchas cosas, para las cuales es preciso que nos pongamos de acuerdo.

—Hagámoslo, pues, en el acto.

—No: este sitio no es paraje á propósito para que tratemos de asuntos que tienen el carácter de reserva con que debemos obrar.

—Entónces marchemos donde creais que podamos hacerlo con toda seguridad.

—No es preciso que os priveis en estos momentos de esa dicha que llamais vuestra felicidad, y por la que habeis recibido el riego que teneis encima.

—Mirad, mirad al ídolo de vuestros encantos, deleitaos en los acentos de ternura que pronucien sus lábios' comtempladla el dia de hoy, ya que á eso habeis venido; pero esta tarde á las cuatro en punto y sin falta alguna, debemos reunirnos en el truco del meson de la calle de Regina. Allí os espero; mas si por una casualidad no he llegado aun, esperadme vos, que con los datos que de aquí me voy á recojer depende el principio de nuestras operaciones. Miéntras llega la hora de nuestra cita, no os apersoneis con Aldama, y en caso de que lo.....

—Acabamos de encontrarnos, dijo Blanco, interrumpiendo á su interlocutor, ahora que me dirijí á este sitio.

—¡Habeis visto á Aldama!

—Sin duda, ¿por qué os extraña?

—Porque hará una hora que lo he dejado en su casa, en la que me ha manifestado una repugnancia invencible para salir á la calle con semjeante dia.

—Pues nada mas cierto que lo que me habeis oido. Yo atravesaba de la esquina de las cadenas por las Escalerillas para Tacuba, cuando él hacia lo mismo del Empedradillo para la primera de Santo Domingo.

—¿Y se hablaron?

—¡Que hablar, hombre! si embozado en su capa y con su descomunal paraguas, marchaba como alma que se llevan los diablos. Yo creo, segun su rumbo, que iba á ver la gallera de talon cortante, de patitieso y chirlogüey, ó de alguno de esos demonios que lo tienen embrujado con sus héroes de pluma y de los cuales cree sacar el oro y el moro y que sé yo cuántas cosas mas.

—Ya, ya pensará de otro modo dentro de algunos dias. Lo que importa ahora, es que no le hableis ni hoy ni mañana, para que lo hagamos juntos pasados esos dos dias.

—Bien, bien; aunque yo quisiera saber.....

—Me habeis dado vuestra palabra de honor, advirtió Quintero, de que sereis mudo hasta que yo acabe de perfeccionar el plan á que debemos sujetarnos.

—Es verdad: así lo he ofrecido, y en prueba de ello: ¡Hé aquí mi mano! y Blanco extendió la mano que Quintero aceptó, cambiandose entre ambos una presion vigo

rosa, como signo afirmativo de la alianza á que se habian unido.

—Perfectamente, dijo Quintero, agregando: marchaos á ser feliz con vuestro ídolo, que como á Aldama los gallos, os tiene embrujado. Lástima que el vuestro no sea ave de pluma para que estuvierais iguales.

—El mio es ave del paraiso, dijo Blanco, haciendo irradiar su mirada, supuesto que su sola presencia me hace experimentar las delicias del cielo.

—Buen provecho, y ¡hasta la tarde!

—A las cuatro en punto.

—En el truco del meson de Regina.

—Si no estais allí, allí os espero.

—Perfectamente.

Las manos de aquellos de aquellos dos hombres, tornaron á estrecharse en señal de despedida. Quintero embozándose en su capa salió para la calle, á recibir de nuevo la menuda lluvia que no cesaba de caer.

Blanco, convencido de la desaparicion de su interlocutor, tomó rumbo al interior de la casa y á una de sus habitaciones.

Era la tarde: la lluvia habia cesado sin que por ese motivo la temperatura dejara de ser desagradable por las corrientes de viento que con fuerza batian en todas direcciones. De entre los diversos transeuntes que por las calles discurrian camina un individuo cuyo paso revela ansiedad de ser puntual á la hora de su cita, ó el

temor de faltar á ella en los momentos de cumplirse el plazo en el tiempo de antemano señalado. La precipitacion de su marcha tiene término en el interior del meson de Regina, y en una habitacion de la parte baja de este edificio, en la que ocupaba su centro una enorme mesa de villar característica de su época en sus accesorios con su correspondiente cortinilla de zaraza en su derredor á manera de faldas; sus bolsas de badana por torneras con su indispensable cascabel, su clavazon de tachuelas, cabeza dorada y como cúspide su gran tambor para las correspondientes candilejas, teas de luz artificial para el servicio nocturno en los grandes partidos del tiempo de los trucos altos de semejantes dias.

Unas dos veintenas de individuos componian el total de la concurrencia entre espectadores.

El respectivo coime, y los que con taco en mano jugaban en cuarto la correspondiente tregua.

Las cuatro de la tarde daba el relox de pared de enormísimas pesas que se veia colgado en medio de dos taqueros, cuando en la puerta del truco se presentó el personaje cuya precipitada marcha en las calles, momentos ántes hemos hecho constar,

De una sola mirada abarcó todo aquel conjunto, descubrió su cabeza para secar con el pañuelo el sudor que bañaba su frente, y al mismo tiempo:

Aun no ha venido; así es que no hé faltado á la puntualidad de la cita. Y pasando al interior, tomó asien-

to en una de las bancas de madera que circulaban la estancia, encendió un cigarro y dedicó toda su atencion á los dobletes que con el marfil ejecutaban aquellos combatientes. Algun tiempo despues, otro individuo llegaba como el anterior en solicitud de algun objeto, el cual fué satisfecho cuando sus miradas encontraron las del entretenido con los retrueques, los chistes y bufonadas de los ejecutantes, y las caprichosas figuras que producia el humo de su cigarro.

—Media hora hace que espero, dijo el último de estos abandonando el asiento y reuniéndose al recien llegado.

Y solo la formalidad, que es la guía de mi marcha, querido Blanco, observó Quintero al contestar, puede haberme obligado á venir hasta aquí desde el sitio en que me hallaba, atravesando casi toda la ciudad por evitaros que pendiente de nuestra cita esteis papando moscas, ó renegando como yo reniego de todo lo que desde hace tres dias se atraviesa á mi paso.

¡Maldita suerte! ¡Canario! Pero si el mismo diablo en persona viniera á disputarme el triunfo; al mismo diablo sería yo capaz de acometer y de aniquilar. ¡Canario!

—Sabes amigo Quintero, articuló Blanco, que te pones muy feo cuando hablas así. Deja esos ternos, olvida esas protestas, abandona esas amenazas y ocupémonos de lo que tanto nos importa.

—¿Qué tenemos de nuestro negocio?

—Precisamente de él nacen tropiezos y dificultádes que ocasionan mis votos. Nada podemos hacer esta tarde ni mañana en todo el dia, resultando de aquí que perdemos el tiempo y esto es lo que tanto me violenta porque soy fatalista, creyendo á pié juntillas que en negocio como este tanto mas pensado tanto mas arriesgado.

—Sin duda. Pero que diablos tenemos ya que pensar ni que.... Una vez decidido como lo estamos, manos á la obra y adelante.

—Por nosotros sí; pero dos solos no bastamos. Es necesario un tercero que tendremos y mas que nada y mirar un poco hácia adelante; es decir, tomar todas las precauciones para la seguridad del futuro en caso de un mal éxito, y esta es la causa de un nuevo aplazamiento. Pasado mañana á las doce en punto os espero en casa para que marchemos á reunirnos con Aldama en la suya, á donde éste nos espera.

—Entendido, dijo Blanco, terminando con su frase favorita: Hé aquí mi mano.

Nuestros dos personajes se separaron tomando cada uno distinta direccion; distinta era la série de pensamientos que preocupaba cada una de aquellas cabezas. La de Blanco no tenia objeto mas prominente, que la pasion de aquella mujer ídolo de sus amores. La de Quintero, estudiar el modo de asegurar sobre el triunfo del primer proyecto, la consumacion del segundo proyecto, del que habia surgido la causa de alejar á Blan-

co de la compañía de Aldama, para evitar mútuas inteligencias de que el no estuviera al tanto, resultando de aquí el cumplimiento de sus deseos, supuesto que Blanco no abandonó la casa de la plazuela de Juan Carbonero, hasta el dia y la hora de su compromiso, en la que, puntual á su palabra y reunido con Quintero, marcharon ambos á la casa de la Alcaiceria, y hasta la alcoba de Aldama, al que á pesar de la hora, encontraron metido entre las sábanas de su lecho.

—Zape, exclamó Quintero, que no crei como os dije ayer, que un ligero resfriado fuera la causa de cama, de drogas medicinales y de.....

—¿Queréis confesor? ¿Necesitais escribano para otorgar el correspondiente testamento? No me olvideis por vida de..... en algunos de vuestros legados.

—Búrlate, búrlate que no pierdo las esperanzas de tomar la revancha cuando los frios te hagan tiritar de piés á cabeza. Ya veremos si entónces hablas de confesion y de legados testamentarios.

—Lo verémos, pero por ahora mira á quien te traigo aquí.

—Ya, ya, dijo Aldama asperezánpose al mismo tiempo que fruncia el entrecejo para fijar la visual sobre Blanco.

—Cuidado con ese valor, articuló este, que el valor y la vida son dos cosas que el hombre debe procurar á todo trance.

—Es cierto, contestó Aldama, pero muchas veces ni lo uno ni la otra dependen de la voluntad del individuo: la prueba está en mi que sin voludtad propia, y contra todo viento y marea me encuentro en la cama, cuando esta tarde mi presencia en el palenque era de todo punto necesaria.

—Maldito sea el palenque, dijo Quintero, y tambien los gallos, que no hacen otra cosa que precipitarte á la ruina.

—Todos los hombres, advirtió Aldama, tenemos un defecto, una pasion, un punto negro que cegando nuestros ojos, nos conduce como al ciego sin guía, hasta el profundo abismo del precipicio.

—¡Cabal! perfectamente, afirmó Blanco para proseguir: A tí te ha dado por los gallos, y no es extraño supuesto que en tus arranques alientas el corage de esos animales. A mí por.... por la vénus: ¡Oh¡ el amor es mi fuerte, si, lo confieso probando con esto que me conozco. Y ¿tú querido Quintero por donde? ¡Oh! tú, por todo. A tí calificarte con propiedad es bastante decir que eres hombre de.... de padre y muy señor mio: esto basta y con tres ejemplos vivientes como somos nosotros mismos, bien se puede asegurar fisolóficamente.

—Estamos frescos para filosofar en estos momentos, dijo Quintero interrumpiendo á Blanco, pues está la Magdalena para tafetanes, cuando cada minuto que pa-

sa sin aprovecharlo en lo que debemos, es un crimen cometido contra nosotros mismos.

—Cabal, afirmó Blanco. Tú hablas como mi hermano Salomon, á quien no sin justicia se le apellidaba padre de la sabiduría.

—¡Salomon tu hermano! esclamó Quintero, con acento de extrañeza.

—Nada mas cierto, y prueba al canto ¿descendemos todos los hombres de nuestro padre Adan?

—Sin duda alguna, si hemos de dar crédito á lo que dice la historia.

—¡Pues entónces....! ya verás si Salomon, Moises, Abraham, Elías y todos los profetas y todos los hombres somos hermanos. ¡Con que!

—Veo con sentimiento, observó Quintero, que las bufonadas ocupan un tiempo que debemos ocupar en otra cosa. Dejémos ese terreno y vamos al grano. Abandona tú, Aldama, por algunos momentos la calentura y el resfrio, y proponle á éste aquel negocio que tenemos entre manos.

—Bien puedes hacerlo tú, contestó Aldama, que lo que es yo, no estoy ahora para eso.

—¡Bien! Lo haré por los dos, dijo Quintero bajando la voz, y dando á las pausas de su acento un carácter particular, añadió dirigiéndose á Blanco:

—Se trata de uno de esos negocios, de una de esas combinaciones, cuyo resultado será, alcanzar en el triun-

fo un cambio radical en la situacion de tres individuos, que aventureros hoy, caballeros de industria, sin oficio ni beneficio, de conducta equívoca, de antecedentes dudosos; se conviertan mañana en seres honrados, hombres de arraigo, con una regular fortuna á la espalda en magníficos duros de oro contante y.... y....

—¡Basta, hombre! ¡basta, querido Quintero¡ esclamó Blanco en el tono de jovialidad que le era peculiar. Me parece que entre nosotros no deben existir faramallas de estas ni circunloquios de lo otro. Dejemos la paja y vámonos al grano.

Pan, pan y ya sabeis lo demás, ayer habeis hablado toda la mañana, es inútil andar ahora con preámbulos que nada valen. Lo que Aldama debe contestar inmediatamente, es si admite ó no nuestra alianza. Si lo segundo á otra cosa; si lo primero: he aquí mi mano.

—Perfectamente, dijo Quintero imitando la accion de Blanco; y repitiendo las últimas palabras de éste. ¡Hé aquí mi mano!

Aldama despues de mirar fijamente á sus interlocutores, sacó la mano de entre las sábanas la estendió hasta tocar las que tenia delante y á su vez repitió aquellas mismas palabras.

—¡Hé aquí mi mano!

Un triple lazo se anudó en aquellos momentos entre aquellos tres hombres, cuyas palabras equivalian á la solemne formalidad de un juramento. En aquella pre-

cion de manos se escribía el prólogo de una historia terrible, á los que su desenlace seria perfectamente armónico, con lo igualmente terrible de su epílogo. Las miradas de aquellos hombres, la enerjía muscular de sus puños en aquel soberbio apreton y la espresion idéntica de sus semblantes, marcaba bien que se hallaban poseidos de los mismos instintos, de iguales sentimientos. Quintero fué el primero que interrumpió aquel instantáneo silencio diciendo:

—Supuesto que nuestra alianza está sellada, nada debemos olvidar del compromiso triple conque estamos unidos y las consecuencias que caeran sobre el que quebrante su pacto.

—Perfertamente, dijo Aldama:

—Bien dicho, agregó Blanco,

—Pues hé aquí nuestros primeros pasos, terminó Quintero bajando la voz de manera, que sus dos interlocutores pudieran percibir los conceptos, que emitian sus lábios.

Una hora despues Blanco y Quintero saliendo de la casa de Aldama se confundian entre los numerosos transeuntes de la ciudad.

CAPITULO IV.

Red de pescar.

Mientras pasaban los acontecimientos que hemos narrado en los tres anteriores capítulos, otros tenían verificativo en el mismo espacio de dias que aquellos han ocupado en desarrollarse, debiendo ahora ocuparnos de los que su conocimiento vendrá á perfeccionar la accion que estamos empeñados en sostener, fijándonos desde luego en una pareja femenil, que departe amistosamente en el paseo de la Alameda, atravesando de una á

otra, las diversas calles que forman distintas avenidas para la pluralidad de sus respectivas fuentes.

La diferencia de edad que sus fisonomías acusa entre la una y la otra, pudiera persuadir á que entre ambas, existia ese lazo de la naturaleza que traducido al idioma comun, se caracteriza con el nombre de madre é hija, y sin embargo; una ojeada atentamente observadora, bastaria á descubrir la diferencia total entre uno y otro tipo, entre la hermosura insitante de la una, y la belleza púdica de la otra; entre los rasgos atrevidos de la primera, y los perfiles apénas nacientes de la segunda, entre el sazon maduro, la virilidad de la vida de aquella, y el principio del desarrollo de esta: en suma, tras un exámen estudiado, vendría el juicio exacto, la certidumbre acusadora de que tanta desigualdad, tanta diferencia, establecia un dique perfecto entre que fuesen reproduccion la una de otra. Cado uno de esos tipos es personalmente armónico, en las circunstancias que constituyen su todo; aunque antípodas entre sí. Ocupémonos de la mas jóven, delineándola tan brevemente, como cumpla á nuestro propósito en los momentos que de ella vamos á ocuparnos

Esbelta como la palma, deja mirar su talle de abeja, su elevado y mórbido seno: aquella cabeza de admirable forma griega, se encuentra velada por la profusion de hilos de oro que constituye su abundosa y luenga cabellera: su frente espaciosa y serena,

releva las dotes de una inteligencia adormida aun en el fondo de la serenidad de su existir: sus pestañas rizadas y largas, decoran el corte admirable de aquellos rasgados ojos azules como el cielo, y cuyas miradas expresivas de melancólica dulzura, á la par que intensas y pudorosas entrañan, todo un poema de felicidad al hacer sentir la accion de aquella amortiguada pupila; su nariz rectamente delgada, precede á una boca regular, cuyo superior lábio un tanto belfo en su natural sonrisa, deja ver dos hileras de menudos y blanquísimos dientes, que hacen mas resaltable el coral de su engaste: sus mejillas cubiertas por el tinte de la rosa, perfeccionan el conjunto de aquel rostro oval, mas hechicero cuanto la gracia natural que le caracteriza. Viste un traje de alepin negro; tela de lujo en su época; cerrado hasta la garganta, y con mangas angostas descendiendo hasta el puño. Pañuelon de lana á cuadros medios colores; y su calzado consiste en borceguíes de lana, que aprisionan sus pequeños piés, completando la totalidad de su atavio, el indispensable ridículo que en el brazo izquierdo llevaba pendiente abastecido del correspondiente devocionario, pañuelo y demás dijes propios de ocultar en aquel fondo.

Tal es ese pimpollo, ese boton de rosa próximo á abrirse en el jardin de la vida, para esparcir suavísimos perfumes sobrela via que en su marcha debe transitar, estableciendo respecto de su compañera, la diferencia

que hicimos constar líneas ántes para encontrar la propiedad del calificativo que hemos signado, y que perfeccionaremos, declarando de nuevo á la una el boton de rosa en los momentos de abrir su caliz en la alborada de su explendorosa mañana; y la otra, una de esas flores en toda la lozanía, en todo el desarrollo de su potente virilidad: aquella, la tierna niña circundada de la aureola púdica de su candor y de su inocencia; esta, una Jamona incitante, rodeada de todos los atractivos, artísticos conque hacia resaltables los atractivos conque la pródiga mano de la naturaleza, la habia favorecido para sacar de consorcio tan armónico, todas las ventajas que le enseñara el circulo social que por algunos años habia transitado.

Atendamos á su conversacion, la cual nos hará comprender el objeto de su reunion; y el resultado que la una pretende obtener sobre la otra.

—No podiamos haber tenido mejor eleccion mi bella María, que una mañana como esta para nuestra primera travesura, para nuestra primera desercion.

—Ay mi querida Margarita. Es tanto el miedo que tengo en estos momentos, que ni veo la hermosura del dia, ni sé adonde estoy, ni acierto á decir con propiedad lo que me pienso.

—Puerilidades, mi bella María, temores de niña que se irán disipando con el trato frecuente de vuestra buena amiga.

—Serán temores, pueriliades de niña como decís querida Margarita, pero como es la primera vez que me atrevo á cosa semejante, me parece que piso sobre espinas, y que cada árbol que paso es un testigo acusador que me acriminará en presencia de mi protector.

—¡Pobre María! En verdad que sois todavia muy niña, á juzgar por el efecto que os produce ese pensamiento. Parece que habeis cometido un crímen y nada hay mas inocente.

—Os deja en la iglesia vuestra dueña, esa buena anciana Doña Mariana para que desempeñeís vuestras devociones, y en vez de esas prácticas, salís con vuestra amiga Margarita, á dar un paseo por via de ejercicio que será provechoso á vuestra salud; regresais al interior del templo con oportunidad; llega vuestra dueña que os encuentra en el mismo sitio que os dejó, y que por consiguiente nada sospecha, volveis á casa y punto concluido. ¿Qué hay en todo esto para que os atormenteis de esa manera?

—Que si por una casualidad me viera alguien que lo pusiera en conocimiento de mi protector, de mi padre adoptivo, no se que haría yo, si me reclamara por lo que en verdad conozco ser una falta de mi parte.

—De la cual bella María, soy la reponsable, y como tal, en caso nesesario yo misma pondria el remedio declarándome culpable en presencia de vuestro padre; pero no temais que eso no sucederá, y dejadme saborar con

gusto los momentos que os tengo en mi compañia, por que ya os lo he dicho, ya sabeis que cuando se quiere deveras nada es tan grato como esa compañia, y yo os quiero con todo mi corazon.

– Gracias, Margarita. Estad segura de que os encontrais correspondida.

—Deveras María.

—Con el alma y prueba de ello que conociendo la falta que cometo, y sus consecuencias, me ha dominado el cariño que os profeso.

--Ya ya, tendreis ocasion de asustaros menos, ó de no fijaros en puerilidades como la que nos ocupa, cuando os acostumbreis á mis exigencias, ó mis caprichos, que obedecen al sentimiento de cariño que me inspirais.

—¡Que buena sois, Margarita! Y María cediendo á un movimiento espontáneo acompañó sus últimas palabras estrechando á su amiga entre sus brzos.

Así, así me gusta, dijo Margarita, correspondiendo del mismo modo y agregando un beso estrepitoso que depositó en la boca de aquella cándida y preciosa rubia.

—¿Deveras me quereis mucho? interrogó María devolviendo con entusiasmo aquella demostracion.

—Mucho querida niña, y en testinonio de verdad vais á llevar desde hoy en vuestro dedo, esta prenda que es el garante de mi cariño. Y Margarita quitó uno de sus anillos para colocarlo en el dedo anular de la mano

izquierda de María, al mismo tiempo que articulaba sus últimas palabras:

—¡Oh, no, no! ¿que hacia? ¿No veis que yo no puedo llevarlo siempre en el dedo; por que me exigirian en casa.....

—¿Lo reusariais? dijo Margarita variando de tono y mirando fijamente á su amiga, que no pudiendo sostener aquella mirada, se ruborizó visiblemente.

—Reusarlo, no: pero..... Y María se suspendió sin terminar su frase.

—¿Pero qué? ¡Acabad, acabad, Maria! Sentiria que no fuerais tan franca conmigo, como yo lo soy y lo he sido con vos. ¿Que quiere decir ese pero suspensivo? Acabad.

—Que como sabeis, querida, Margarita, balbutió María, yo no soy mas que una pobre huerfana, que nada poséo, y por consiguiente nada tengo conque corresponder á la fineza de vuestro regalo.

—¿Ese es el verdadero motivo, María?

—No tengo otro, Margarita

—Pues sí teneis, querida niña; si atesorais bastante conque satisfacer en demasia el valor material de esta sortija. Dadme vustro cariño' otorgadme vuestra amistad favorecedme con vuestra confianza y esto vale mas para mí, que todos los anillos del mundo.

—Si con tan poco os conformais ¡amada Margarita! entónces sí debeis estar satisfecha por que todo el cari-

ño de que es capaz mi corazon, os pertenece: todo es vuestro.

—Bien, bien, mi bella María: siendo así me poneis loca de contento cuyo sentimiento me apresuro á sellar de este modo. Y Margarita segunda vez posó sus lábios sobre los lábios de su amiga produciéndose entre ambos el ruidoso estrépito de un doble beso cambiado con demostraciones de idéntico entusiasmo.

—Sentémonos un poco, que bien lo exije el espacio de mas de una hora que llevamos de andar, observó Margarita en momentos que entraban al círculo de la fuente grande y rozando con uno de los asientos de piedra que la rodean el cual en efecto ocuparon prosiguiendo el giro de su conversasion en el mismo tema ó en su equivalente que nos han dado á conocer, y en el que las abandonaremos momentáneamente para fijar la atencion en el grupo de dos individuos, que por la avenida inmediata á la que han entrado las damas entraban igualmente al propio sitio, y en los mismos momentos que aquellas, produciéndose en las fisonomias de los varones notable mutacion al encontrar sus miradas la presencia de quienes ocasionaban su repentino asombro.

¡Suerte maldita! exclamó uno de ellos disimulando que tropezaba; y sosteniendo un pié en el aire algunos segundos en demostracion de dolor.

—¿Os habeis hecho daño? interrogó su compañero.

—Mucho, cotestó aquel; figuraos cual habrá sido mi dolor, cuando en cada dedo de este pie tengo tres callos.

—¡Puf! no me hableis de eso; porque solo escucharlo me produce mareos.

—Lo creo, lo creo, sin necesidad de que me lo afirmeis, dijo el calloso mirando fijamente el rostro de su interlocutor para proseguir:

—Estais demudado y tan pálido que me haceis temer por vuestra salud.

—Pues nada tengo mas que la impresion de vuestro accidente.

¡Dios mio, Dios nio! dijo María en acento apenas perceptible, perdiendo el color y estrechándose con su amiga, como pretendiendo ocultarse con el cuerpo de esta.

—Qué teneis María, interrogó Margarita, siguiendo la mirada de aquella que permanecia fija sóbre los dos hombres que cambiaban las palabras que acabamos de conocer y sobre los que la pupila de la interrogadora se fijó á su vez con constante tenacidad.

—Que uno de esos hombres, contestó María; es el que me sigue á todas partes; á donde voy se me aparece, en todas partes se me presenta y no sé por qué me inspira tanto miedo, tanto temor que..... ¡Oh! vámonos, vámonos; hacedme favor de que nos retiremos.

—No tengais cuidado, María. No seais medrosa, mientras esteis en mi compañía nadie se atreverá á nada con

vos, pero mucho ménos alguno de esos dos individuos.

Y Margarita con una arrogancia de que ella solo era capaz, tornó á clavar sus miradas sobre uno de ellos, tan incisiva, tan candente, que era necesaria la accion de aquella realidad para comprender que una alma tan vigorosa estuviese encerrada en la naturaleza débil de aquel sexo engalanado con todas las gracias de la hermosura que poseia.

—¡Oh, tengo miedo! insistió María.

—Ya pasó, dijo..... de aquellos dos hombres el que habia tropezado á su compañero; sigamos nuestra marcha.

—Sigamos, agregó el otro no pudiendo sostener la mirada de Margarita, y continuando en efecto su camino para detenerse de nuevo á muy pocos pasos de allí, y retroceder siguiendo la huella de dos mujeres jóvenes y vivarachas, cuyo ropage modesto las caracterizaba en la clase á que pertenecieran.

El que habia tropezado de aquellos dos hombres, inmediatamente á la vuelta del retroceso que acabamos de indicar, fijó su mirada en la mirada de Margarita que aun la conservaba sobre ellos, y guiñando de una manera particular segunda y tercera vez como signo de inteligencia, la llevó sobre las dos mujeres que en aquellos instantes pasaban frente al banco de piedra en que hemos colocado á las dos amigas.

Margarita siguiendo la visual de aquel hombre, dirigió la suya al objeto que parecia indicársele, y á pesar de la premura del tiempo de que pudo disponer para satisfacer su curiosidad, le bastó sin embargo para conceder in memti rasgos de notable hermosura á una de aquellas mujeres á la que otro ropage distinto del que vestia la hubiera colocado en la línea de una notabilidad deslumbrante.

Tras la pareja femenil y á pocos pasos de distancia, cruzaron igualmente aquellos dos hombres.

Margarita inmediatamente que quedó á sus espaldas dejó asomar á sus lábios una de aquellas sonrisas que tan peculiares le eran para expresar su satisfaccion, al mismo tiempo que de su cerebro se producian elucubraciones, de las cuales resultó el siguiente monólogo:

—¡Perfectamente! La red de pescar no puede estar mejor tendida. Hé aquí dentro de ella, á todos los peces que han de producir el resultado apetecido.

Dejémosles, pues, que unos en pos de otros, se situen en el centro, para que al recogerla queden aprisionados de manera, que aun cuando pugnen por escaparse, sus esfuerzos sean inútiles; y en el fondo del barquichuelo de mi venganza, encuentren la satisfaccion tras la que tanto tiempo he corrido, y por la que tanta amargura he apurado.

—Seamos, seamos todavía cautos y pacientes algunos dias más; y la victoria de nuestra obra vendrá á coronar nuestros largos y constantes esfuerzos.

—¡Margarita! dijo María cortando el monólogo de aquella:

—Si me hicierais favor de que nos retiráramos os lo agradecería en el alma. La presencia de ese hombre tan cerca de mí, me aterroriza de tal modo que.....

—Querida María, la interrumpió Margarita:

—Vuestra imaginacion infantil, os hace ver fantasmas en donde no hay nada en verdad. Mis años y mi experiencia me dicen que nada debeis temer de ese hombre, que si alguna vez os ha fijado la mirada, habrá sido como se ve lo que se nos pone delante de los ojos. Vais á convenceros, porque vamos á seguir sus pasos y ya vereis que ni una sola vez vuelve la cabeza en solicitud de vuestra persona.

—¡Ay Margarita! no, no me atrevo.

—Vais á verlo,

Y Margarita enlazó su brazo con el de María, y á pesar de la débil resistencia de esta, la obligó á marchar á su lado, siguiendo á corta distancia los pasos de aquellos dos individuos que en proporcion igual, marchaban por el mismo camino que aquellas dos mujeres dejaban atras, al continuar su avance en direccion al centro de la ciudad, saliendo de aquel sitio por la puerta de la Mariscala, y continuar línea recta las calles de San An-

drés, Santa Clara, Tacuba y Escalerillas, en la cual siguiendo adelante las dos primeras parejas quedó la última, de la que Margarita dijo á su compañera en los momentos de penetrar al interior de Catedral, por la puerta que franquea su paso en este sitio.

—¿Estais convencida de que ese hombre ni siquiera se ocupa de vos, ni ha pensado en dar lugar á vuestros temores?

—Ay Margarita, yo no puedo, yo no comprendo, yo no sabré explicar la impresion que este hombre me hace sentir; pero algo existe en él, ante lo cual mi corazon se revela, se oprime, y no sé qué sentimiento, no sé que sensacion indefinible, me hace experimentar.

—Pues á pesar de todo eso, insistió Margarita, vuestros temores son vanos y tan improductivos, como lo han sido en la mañana de nuestro primer paseo del que regresamos sin novedad para colocaros en vuestro sitio de partida, á esperar el regreso de la buena anciana Doña Mariana.

Las dos amigas, despues de terminar las frases que acabamos de escuchar, quedaron bajo las bóvedas del templo.

Sigamos ahora á las dos mujeres á quienes siempre á la misma distancia siguen nuestros dos individuos y cuya doble marcha al terminar la calle de las Escaleri las, continúa para la de Santa Teresa y Hospicio de-

San Nicolás, en la que pasado el callejon de Santa Inés y en la casa que hace esquina entre ambas marcada con el número 7, las dos mujeres desaparecen súbitamente.

—¡Mil rayos! exclamó uno de aquellos hombres dirigiéndose á su compañero al mismo tiempo que detenian su marcha en la esquina opuesta á la de la casa en que habia entrado la femenil pareja.—Suerte maldita! Pues no se me han vuelto relojo de entre las manos! ¡Canario!

—Cachaza, querido Baron, contestó el otro; ni esas mujères son brujas, ni se las ha tragado la tierra. De este pedazo no pasan, y todo el trabajo consiste en aburrir un poco de tiempo.. ¡Mirad! La puerta de aquel templo favorece mi pensamiento.

—Teneis razon, Narciso, dijo el Baron; allí estaremos perfectamente.

Los dos amigos atravesaron la calle viniendo á situarse á la entrada de la capilla de San Nicolás (1) de cuyo Hospicio tomó oríjen la misma calle.

—No cabe duda, querido Narciso, que esa mujer tiene algo de extraordinario, algo de diabólico, algo de fantástico, para desaparecer de entre mis manos como ahora, siempre que me propongo seguirla, y ¡por vida

(1) Esta capilla fué destruida en 1839. levantándose en el sitio que ocupaba la casa cuyo azulejo marca hoy el número 19 y medio.

del demonio! que aunque me costára la pérdida de mi título, esa mujer ha de llegar á ser mia.

—Lo será, querido Mauricio, siempre que la cachaza sea el punto de partida de vuestras operaciones; pero si os dejais dominar por esos arranques de exaltada cólera, el dia ménos pensado reventais sin alcanzar la posesion de tan codiciado objeto.

El estrépito de una vidriera de balcon abierta con violencia, pareció responder á las palabras de Narciso, llamando la atencion de ambos amigos y sus miradas viniendo á converjer para aquel sitio encontraron la presencia de las dos mujeres á las que tantas calles habian seguido.

—¡Manuela! exclamó Mauricio aludiendo á una de aquellas mujeres que en efecto lo era.—Pero qué diablos vendrá á buscar por este barrio. En fin, si todo el dia permanece en el balcon, todo el dia permaneceré en este sitio sin cansarme de admirar toda esa hermosura.

—Pues buen provecho, dijo Narciso, y como yo soy hombre que no vivo de mis rentas, os abandono, deseando que vuestro entretenimiento os satisfaga.

—Bien, Narciso. Gracias por esos deseos y hasta la tarde, que como de costumbre nos reuniremos de nuevo.

Un soberbio apreton de manos separó á los dos amigos. Narciso se confundió entre los transeuntes. Margarita habia dicho bien. Sus redes perfectamente tendidas, tenian en su centro todos los peces que ambicionaba aquella ingeniosa y astuta pescadora.

CAPITULO V.

El iman y el acero.

La mañana del siguiente dia en que se han verificado los acontecimientos cuyas líneas forman el capítulo precedente, á la misma hora y en el propio sitio de la Alameda, se encuentran reunidas las dos amigas Margarita y María en su paseo matinal, y tras ellas á corta distancia y con el rostro cubierto por el embozo de la capa un individuo de quien la perspicacia de nuestros lectores nos releva esta vez de pronunciar su nombre consignando solo que sigue á María, que ronda á María, que delira por María, que no se sacia de mirar á María, que hace estribar su felicidad en la posesion de María, y que María constituye, para él, el iman de quien

es su correspondiente acero. Se recata de Margarita porque quebranta la prohibicion expresa de ésta para asediarlas con su presencia, supuesto que con ella concurre á robustecer el sentimiento instintivo de repulsion que hace experimentar en el ánimo de la jóven conforme la declaracion de ésta en el transcurso de su plática con Margarita, que el dia de ayer nos ha dado á conocer.

Si atendemos ahora á sus palabras adelantaremos en conocimiento sobre los incidentes que nos conduzcan á la accion que corresponde sostener á cada uno de nuestros personajes.

—Celebro muchísimo, querida Maria, decia Margarita, que vuestro ánimo de hoy se encuentre libre de las puerilidades que le acobardaron ayer.

—Con lo cual, querida Margarita, os doy testimonio de obediencia á vuestros preceptos.

—A mis consejos, María, ó más bien dicho á los afectos de simpatía que me inspirais y que obedecen á un sentimiento de cariño que hácia vos se desprende de mi corazon.

—Ya os he dicho que por mi parte estais con usura recompensada.

—¡Quién sabe María, quién sabe! Poseo una alma cuya incredulidad en materia de querer, solo se quebranta con hechos que la hagan sentir su material existencia.

—¡Ay Margarita, creo que ni los hechos os bastan! Me habeis exigido que abandone el templo con peligro del resultado malísimo que pueda dar para mí si se descubre lo que llamais una travesura; pero que mi padre adoptivo calificará de otro modo. Esta es otra prueba que en estos momentos estais mirando, que estais sintiendo. En este anillo que como veis no se ha separado del dedo en que ayer lo habeis colocado, que me ha hecho sufrir las preguntas impertinentes y maliciosas de Doña Mariana y con lo que creo haberos dado otra prueba que afirma un hecho que estais presenciando.

—Es verdad María; pero eso no es ni puede considerarse mas que una sombra de las pruebas que puedan satisfacer la naturalidad de mi temperamento. Yo juzgaré más adelante, cuando por complacerme paseis á mi lado todo un dia, acompañándome á comer, visitando mi casa y concurriendo á un pequeño sarao que de tiempo en tiempo formamos algunas amigas.

—No sé lo que es sarao, Margarita.

—¡Pobre niña! sarao no es otra cosa que una tertulia; es decir, una reunion de damas y caballeros, en la que se baila, se canta, se toma algun refresco, se toca el piano y regularmente se pasan las horas en los deleites que produce la música.

—¿Sabeis tocar el piano, Margarita?

—Algo, algo María. El primer dia que me acompañeis á casa tendré el gusto de tocaros algunas piezas.

—Qué hermosa es la música! ¡qué bonito será saber tocar! ¿no es verdad, Margarita? ¡Oh, si yo supiera tocar, me consideraria feliz.

—¿Tanto os gusta la música?

—Mucho, muchísimo. Ya habeis oido que sabiendo la música me consideraria feliz.

—Pues esa felicidad podeis adquirirla si quereis.

—No veo el modo.

—Es muy sencillo; y tanto que mañana mismo, en este momento, si quereis, vamos á casa, y en vez del ejercicio de nuestro paseo, comenzaremos el ejercicio de la primera leccion, pues me comprometo á enseñaros la música.

—¡Enseñarme la música! ¡aprender yo la música! ¡ejecutar con los dedos de mis manos las armonías que produce la música! ¡Oh, esto seria para mí tan alegre, tan risueño, tan.... que correria riesgo de volverme loca de purísima alegría.

Y el entusiasmo que aquella consideracion produjo en el ánimo de María fué tal, que olvidándose del sitio en que se hallaba, batió palmas en demostracion de regocijo, su mirada se dilató intensamente revelando los afectos tiernísimos de su alma, y en sus lábios se dibujó una sonrisa de tan inocente placer, como la hubiera

producido la boca infantil de la más candorosa criatura.

—Vaya si os entusiasma la música, observó Margarita. Vamos á casa para que disfruteis de ella algunos instantes.

—Pero ¿y si va Doña Mariana por mí al Sagrario y no me encuentra?

—No tengais cuidado, que el tiempo de que podemos disponer para pasear lo emplearemos en la música, teniendo cuidado de regresar á la Iglesia á la hora debida.

—Tengo miedo, Margarita.

—Vuestras puerilidades, María.

No conoceis las costumbres de mi padre adoptivo ni la severidad de su carácter.

—Para el caso de faltar de la Iglesia, lo mismo es para la Alameda que para otra cosa.

—Es verdad, teneis razon.

—Pues lo importante es no perder el tiempo; seguidme y apretad el paso.

—Las dos amigas se enlazaron del brazo, y tomando la salida de la puerta para el Puente de San Francisco, tomaron esta calle y siguientes hasta la de Alfaro, desapareciendo de las miradas del hombre de la capa que habia seguido sus pasos, en el interior de la casa de Margarita, donde seguirémos ocupándonos de ésta en

la tarea de afirmar el sentimiento de atraccion que ya ejercia sobre la voluntad de la candorosa y bella María.

—¡Ah! dijo María al entrar en la sala fijando sus miradas sobre el pavimento de aquella.—¡Vaya una casualidad! el maque de este salon es igual al de la asistencia de casa en dibujo y colores.

—Me alegro mucho, contestó Margarita, que encontreis aquí algo parecido á lo que probablemente debe seros grato; pero no perdamos el tiempo ya que lo tenemos tan tasado.

Y Margarita hizo que su amiga ocupara una silla colocada muy inmediata al piano, abrió éste, tomó asiento en el mueble á propósito para desempeñar su oficio y sus dedos con la maestría que le era propia, recorrieron con velocidad el teclado.

—Vais á decirme, querida María, si es de vuestro gusto esta tocata.

Y Margarita ejecutó una de las piezas de su época, característica por lo cadenciosa y medida de sus marcados compases.

—Bien, muy bien, exclamó María al extinguirse las últimas notas, retratándose de nuevo en su semblante más animada, más viva, la impresion que minutos ántes habia expresado al hablar de la música.—Quién tuviera, amada Margarita, vuestras manos para hacer lo que acabais de ejercitar! ¡Decidme cómo se llama eso tan

bonito! Es un rigodon preciosísimo y que tiene para mi recuerdos de un pasado tan grato á mi corazon como....

—Pero escuchad otra cosa para que me digais qué es lo que merece vuestra preferencia.

Y Margarita segunda vez hizo producir las armonías de la música para interrogar de nuevo al concluir:

—¿Cuál de las dos preferis?

—Las dos, querida amiga. Tratándose de música para mí todo es inmejorable; ¿cómo se llama esto último?

—Es un minué que mi querida madre ya bailado, ya tocado desempeñaba perfectamente; pero en la música hay cosas bellísimas de las cuales vais á escuchar un trozo de la famosa cantata "Juicio de Salomon" del gran maestro Carissini, para lo cual tengo que ocurrir á la letra porque de memoria suelo equivocarla con otras.

Margarita abandonó por algunos segundos su asiento, que tornó á ocupar, trayendo consigo un libro de música que colocó en el atril, y despues de hojearlo hasta encontrar la pieza indicada, sus dedos volvieron á herir las teclas, haciendo interpretar á las cuerdas el sentimiento escrito en las líneas y espacios de aquella pauta.

—Bellísimo, bellísimo querida Margarita. Esa música pausada y sentimental me produce una tristeza tan grata, que á serme posible, continuamente me estaria oyéndola.

—Vamos á ver si decís lo mismo de la música de otro género. Voy á tocaros algo del sábio maestro José Scarlatti, autor de la ópera "El mercado de Malmantile" y de otras muchas piezas, entre las cuales doy la preferencia á la que vais á escuchar.

Y Margarita cuarta vez hizo que el instrumento produjera los acordes que tan diestramente sabia imprimirle.

—¿Qué dice ahora mi María entre lo ruidoso, lo alegre de esta pieza y lo sentido y melancólico de la anterior?

—Que la música de todos modos es para mí lo que ya os he dicho; que vuestras manos me han ocasionado el sentimiento de envidia que ántes no conocia, y que si las mias pudieran hacer eso mismo, ninguna otra cosa preferiria en mi vida.

—Pues con una poquita de dedicacion y esa voluntad que me manifestais, os aseguro que con el tiempo vuestras manos harian desaparecer la envidia que en estos momentos brota de vuestro corazon. Pero ¿escuchais?

—¿Qué es ello? interrogó María.

—El péndulo del comedor que marca las ocho y media de la mañana.

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó María palideciendo al anuncio de aquella hora.

—No os asusteis así, observó Margarita; vamos inmediatamente, que en media hora nos sobra tiempo para llegar al Sagrario sin que se note vuestra ausencia.

—¡Oh, Dios mio, repitió María; me siento desfallecer de angustia al considerar solamente lo que me pueda decir mi padre adoptivo si llega á descubrirse que mis devociones no son mas que un pretexto para....

—Vámonos, vámonos dijo Margarita interrumpiendo á su amiga, que aun es tiempo de evitar ese susto y de que desaparezcan esos temores, vámonos.

Y las dos amigas salieron precipitadamente de la sala, descendiendo las escaleras, y una vez en la calle continuaron á paso violento hasta el interior del Sagrario y al sitio en que María acostumbraba esperar á Doña Mariana, la buena ama de gobierno de su casa.

—Me vuelve el alma al cuerpo balbutió María á su amiga pasando algunos instantes de reposo que á su pulmon fueron necesarios para respirar con tranquilidad.

—Me alegro mucho, contestó Margarita, ya veis que hasta hoy todos vuestros temores son pueriles. Me des-

pido porque ahora sí es necesario, supuesto que no debe tardar vuestra dueña. Hasta mañana, querida María.

—Hasta mañana, amada Margarita.

—Mil gracias por el ratito que me habeis proporcionado, y mañana temprano os espero.

Las dos manos de aquellas dos amigas se enlazaron revelando en la expresion afectuosísima de aquella despedida la intimidad con que se habian ligado. Margarita abandonando aquel sitio vino á colocarse á cierta distancia, al pié de una de las grandes columnas recipientes del bobedaje y sobre la tarima de la rejilla de un confesonario, á cuyo extremo opuesto sus miradas encontraron las miradas del hombre de la capa, que habiéndolas seguido hasta allí, absorvia con el rayo de su pupila el conjunto graciosísimo del hechicero rostro de María.

Diez minutos habrian transcurrido cuando la presencia de la anciana Doña Mariana advirtió á Maria que habia llegado la hora de retirarse, lo cual se verificó en efecto inmediatamente.

Margarita no hizo mas que ver partir á su amiga, y á su vez abandonó aquel recinto seguida del hombre de la capa, que á pocos pasos se le reunió diciéndole:

—¡Bien, bien Margarita! progresais admirablemente en vuestra obra, y si no [illegible]ría; repito visto con mis propios ojos en vuestra casa á María, con todo no me atreveria

á creerlo. Sois el iman de ese acero. ¡Bien; lo haceis muy bien!

—Como vos lo haceis muy mal, Narciso. Os he dicho el efecto que producís con vuestra presencia en el ánimo de Maria; os he prohibido que nos sigais para evitar un mal resultado, y sin embargo, no damos un paso, no vamos á sitio alguno en el que no os descubran mis miradas.

—Ya habreis visto entónces las precauciones de que me sirvo para ocultarme.

—Las mejores precauciones, en casos como el nuestro, son las de la ausencia. ¿Qué tenemos de nuestros trabajos?

Todo marcha tan admirablemente como lo habeis previsto. No cabe duda, Margaríta, que sois un gran génio. Mauricio está embrujado con las coqueterías provocativas de ese diablillo con faldas, de esa inteligente Manuela, que ha puesto en juego todos los recursos con que la naturaleza la ha favorecido, tan admirable, tan maestramente, que en mi vida he conocido dinero más merecido que los escudos de oro que hasta aquí lleva desquitados. El baron de Alcolea, el caprichoso Mauricio, va adonde está Manuela, está adonde está Manuela, y por todas partes sigue y acompaña desde cierta distancia á María, contestó, en suma, esa mujer es el iman de ese hombre, y ese su acero.

—Pero ¿está bien entendida esa mujer del papel que debe desempeñar?

—Perfectamente.

—¿Y teneis confianza en que sabrá sostenerlo hasta los últimos momentos?

—Como en mí mismo, Margarita. Podeis estar segura de que esa mujer endemoniará á Mauricio, sin concederle otra cosa respecto de las intenciones de éste, que esperanzas cuya realidad jamás alcanzará.

Margarita se encogió de hombros al escuchar las últimas palabras de Narciso, sus labios produjeron una sonrisa ligera y á su rostro vino á determinarse una espresion marcada del más despreciativo desden.

—Quiere decir, articuló, que avanzamos en nuestra empresa. Sigamos, pues, en ella, que hasta su conclusion no entonaremos el canto de la victoria.

—Como siempre os espero en casa esta tarde.

—En la que estaré puntual.

Y despues de estas palabras nuestros personajes se separaron, llevando ambos distintas direcciones.

A la mañana del siguiente dia, las dos amigas se hallaban reunidas en la casa de Margarita, adonde como el dia anterior, la música producia sus efectos en los instintos de la aficionada María; repitiéndose esta reunion una tras otra, y con ellas el robustecimiento de simpa-

tía, hasta anudar el lazo de verdadero cariño de la más jóven hácia Margarita, resultando de aquí el cumplimiento del propósito de ésta, asegurando que con su conducta salamera y melosa, llegaria á ser el irresistible iman de aquel obediente y dócil acero.

CAPITULO VI.

La casa del crimen.

Debemos detenernos aunque con la ligereza que nos proponemos en el conocimiento de ciertos detalles, que en lo sucesivo vendrán á servir para el desarrollo de la acción que nos hemos propuesto sostener en las páginas de nuestra obra para las escenas subsecuentes; y para ello debemos fijarnos en la calle de Cordobanes, en la acera que mira al viento Sur; inmediatamente á la puerta del templo de la antigua Enseñanza, caminando á occidente y en la casa cuyo azulejo signa el número 13.

Su zaguan ó entrada como su cochera al estremo derecho del primero, carecen de regularidad arquitectó-

nica por la ausencia de proporcion en el ancho, respecto de la altura que ocupan ambos espacios.

A la izquierda de la entrada, en la parte interior, se mira una gran puerta que comunica con la cochera; y en el lienzo siguiente otras dos puertas señalan sus respectivas estancias, continuando el tramo del frente principal, en el que se encuentra una cobacha, la escalera que conduce á la parte alta, y en seguida del principio de esta, otra puerta que dá entrada á un pasillo que guia al segundo patio, en el que se encuentra una pileta pegada al brocal de un pozo; y al estremo opuesto dos puertas, la una para la correspondiente caballeriza, y la otra para el cuarto que debemos calificar de pajar y granero; supuesto que encierra en su interior gran cantidad de paja, que llena un extenso tapanco y dos enormes cajones rebozando de cebada, como pastura para el tiro de mulas que arrastran el existente carruaje: tales son los pormenores que pueden señalarse en la parte baja de la casa en que nos hallamos, y en la que continuaremos ascendiendo los diez y siete peldaños de que consta el primer tramo de la escalera para legar á un descanso; en él se encuentra una vidriera de comunicacion para el entresuelo, y á cuyas habitaciones interiores vamos á pasar.

Su primera estancia, puede considerarse de tránsito para las siguientes, á juzgar por lo reducido de su me-

naje y la naturaleza de los objetos que lo componen: una docena de sillas, tosca madera y asientos de paja; un baul alzado sobre sus respectivos banquillos, y algun otro objeto de ninguna importancia, hacen su totalidad: sigue otra estancia enteramente vacía y desmantelada; con dos puertas en diversos lienzos de pared, la una que comunica con el tercer aposento, y la otra que abre paso al almacen ó despacho principal del propietario de aquella morada. Aquel tercer aposento de mayores dimensiones á los que le preceden, encierra en sí dos lechos en sus respectivos rincones, una escopeta de dos tiros en la cabecera de uno de ellos, un ropero de colosales dimensiones, pinturas, paisajes chinos al estilo de la época, un lavamanos madera de pino blanco, dotacion completa en porcelana para su objeto, algunas sillas con asientos de paja, una gran mesa cuadrilonga de tosca madera, en el centro, y algunos cuadros, pinturas místicas, diversas imágenes pendientes de la pared.

Pasemos al almacen, en el cual encontraremos una mesa escritorio, cuyo recado de escribir, sillon con asiento de cerda negra, escupidera de peltre al pié, tapete de alta lana y demas accesorios de superioridad sobre el conjunto de lo que allí se mira, caracterizan el sitio de residencia del principal ó jefe de la casa. Al frente de este escritorio, dos mesas con sus correspondientes carpetas, señalan el lugar de trabajo de dos

dependientes, y forman estrado para la recepcion de las personas que concurren á tratar de los negocios que allí se giran, un gran canapé con asiento de tule entorchado y respaldo de madera pintada; siguiendo un mostrador que divide en dos la estancia, bajo el cual se encuentran amontonadas algunas talegas de pesos; y en el lienzo de pared del fondo, una puerta que conduce á otra habitacion; y que indica ser la entrada del para el Santa-Santorum, para el Fac-totum, para el alma vivificadora de todas las cosas que existen en el mundo, para la caja de los caudales que constituyen una gran fortuna, encerrados en el reducido espacio de aquel recinto; y bajo las cerraduras de una pesada arca de fierro y otra de madera en mayores proporciones, con tres grandes chapas que aseguran lo que guarda en su fondo, y la pesada tapa que oculta aquel interior. Al extremo opuesto un armario de palo de caoba formando cómoda su base; y sobre esta dos entre paños llenos de libros, pergaminos in folio, y otras obras de diversas materias, completando el conjunto una mesa totalmente vacia, de construccion vetusta; pero capaz de sostener todo el peso de la casa, ocupando el centro de la estancia; tales son los pormenores que encierra el entresuelo, que abandonamos por el mismo camino por donde á él hemos llegado, para encontrarnos de nuevo en el descanso de la escalera; y ascender uno á uno los diez y nueve peldaños de su segundo cuerpo, desembocando á

un corredor que en línea recta termina en la vidriera que dá entrada á la antesala, y que á la derecha conduce á otra vidriera perteneciente á la asistencia, pegada á la cual se encuentra un pasillo conductor á la azotehuela, que en uno de sus estremos tiene vista para el segundo patio, en otro contiene un lavadero, inmediato á este, una puerta que guarda la escalera de subida para la azotea, y en el otro, la puerta de entrada para la cocina, continuando inmediatamente una estancia cuyo conjunto revela el aposento de la ama de gobierno de casa, siguiendo el comedor caracterizado por el menaje que lo decora; de aquí, la asistencia abastecida del mueblaje propio para su objeto; de esta dos recámaras seguida la una de la otra, en la primera una mampara que conduce á una pequeña habitacion independiente de la línea recta de tránsito, y en la segunda un lecho, dos grandes roperos madera de cedro, un lavamanos completo, algunas sillas llenando sus huecos, y una vidriera para el salon principal, cuyo pavimento se mira pintado por un maque á cuadros de bien combinados colores. Pende del techo una araña de metal dorado con seis brazos de á dos luces, y del lienzo de pared principal, un gran cuadro magnífica pintura del Misterio de la Santísima Trinidad, con marco de plata maciza, y dos albortantes de tres luces del mismo metal constituyendo la totalidad de su peso, un objeto de cuantioso valor, y bajo el que un sofá de cerda negra

con cabeceras de doblar, cojines abolillados y tachuelas de cabeza dorada por adorno, compone el estrado, á cuyo pié existen dos taburetes idéntico tapiz, escupideras de laton amarillo, y la necesaria sillería armónica á la naturaleza de aquel todo, con tres vidrieras, dos que corresponden á los balcones que miran para la calle de Cordobanes, y la otra que comunica á la antesala decorada con propiedad; y frente por frente de la que sale para el corredor, y que indicamos en los momentos de llegar al porton de entrada de la escalera.

En los momentos que damos por terminada la correría que acabamos de verificar en el interior del recinto en que nos encontramos, el finísimo tañido de una campanilla, produce nueve vibraciones cuyo compasado tiempo, indica el martillo de un relox, obedeciendo á la hora de la mañana, que marcan las saetas de una esfera que asoma por el torreon de un castillo pintado en un gran cuadro que adorna la asistencia; y en cuya estancia al espirar el último campanazo, aparecen por la vidriera del corredor dos mujeres, disimbolas en edad, en categoría y en aspecto; y por la mampara de comunicacion con las recámaras, el individuo de la capa de embosos negros con quien hemos hecho conocimiento en el prólogo de nuestra historia, en la hacienda de Doña Rosa, y á quien hemos encontrado despues al amanecer de un dia, en uno de los capítulos precedentes, arro-

dillado entre dos bancos bajo las bóvedas del interior de nuestra primera parroquia del Sagrario.

—Buenos dias padre mio, dijo de las dos mujeres la jóven, adelantándose al encuentro de aquel individuo, y estampando un cariñoso beso en la mano que aquel le tendiera.

—Felices María Isaura, contestó aquel hombre de aspecto sério y de acento un tanto severo; tengo necesidad de repetirte como otras veces, que no puede convenir á tu salud estarte todos los dias sin alimento hasta esta hora.

—Ya estoy acostumbrada padre mio; y llego á esta hora, porque á esta hora termino lo que tengo que rezar.

—Lárgas, muy lárgas me parecen tus devociones, María Isaura; y en mi concepto todos los estremos son malos. Yo seria de opinion que marchando á la Iglesia á las seis de la mañana, á las ocho ya debiais estar aqui de vuelta.

—Si es vuestra voluntad así padre mio, asi lo haré en adelante. Ya sabeis lo que me complace satisfacer vuestras órdenes.

—No es mas que una opion María Isaura, que nace del cariño que me inspirais.

—Mil gracias, padre mio. El cariño y la gratitud que os profeso, se medirán siempre por mi puntual obediencia á vuestras indicaciones.

—¡Bien! ¡bien hija mia! Ya sabeis que por mi parte, estoy dispuesto á complaceros en todo.

—Sin duda alguna; y no sé qué significa la intencion de ese acento, con el cual habeis pronunciado esas palabras.

¡Ay Padre mio, exclamó María abrazando á su interlocutor, y dando á su acento una modulacion particular para proseguir: ¡En todo habeis dicho! y seguramente mi bondadoso protector, el Señor D. Joaquin Dongo, mi cariñoso padre adoptivo, se ha olvidado de una oferta que hizo á su pobre huérfana, y que hasta hoy no se la ha cumplido.

—¡Una promesa mia que no está cumplida!

—Si señor, si señor. Y esa promesa consiste en la entrega de ciertos papeles, que despues de vuestras lárgas pesquisas, de nada os sirven; y que sin embargo, son para mi de inestimable precio, atendido el orígen de su existencia.

—¡Ah ah! Teneis razon en verdad María Isaura. Se me habia olvidado; pero es olvido que puedo reparar al momento. Mientras tomais chocolate, busco esos papeles que debo conservar guardados en el ropero, los pongo en vuestro poder, y queda enmendado el olvido, y obsequiados vuestros deseos.

—Desayunaos y venid á mi recámara, si ántes no hé salido con el objeto de vuestra peticion en la mano.

—Al momento padre mio; dijo María y se dirigió al comedor.

D. Joaquin Dongo tornó á su recámara, y pasados algunos minutos, regresó á la asistencia al mismo tiempo que la jóven lo hacia del comedor. Aqui tienes, le dijo Dongo desdoblando un papel del que sacó un cartera de tafilete, sucia y rota en diversas partes, y de ésta varios papeles.

—Aquí tienes cuatro cartas, de quien con fundamento se crée el autor de tus dias: un apunte de diversas notas escritas por tu abuelo el buen anciano Gervasio: aquí dos papeles que se relacionan con esas notas; y aquí las filiaciones y señas particulares de un individuo, escritas por el mismo Gervasio, y que demuestran corresponder al autor de esas cartas. Todos mis esfuerzos querida hija mia, han sido inútiles; y por lo mismo segun te he dicho siempre, debes conformarte con el cariño que te profeso, que si no iguala al de la naturaleza, puedes estar segura, que es el primero entre los de adopcion.

—Mil gracias, padre mio: mil gracias, y si yo no he experimentado la sensacion que debe producir el cariño para los séres queridos á quienes se deba la existencia, si podeis estar seguro de que no os amo más porque no sabe amar más mi corazon.

—Gracias, hija mia, gracias. Yo tambien os amo mucho como debeis sentirlo. Guardad, guardad esos.

papeles, que en un tiempo creí pudieran ser útiles; pero que hasta hoy al ménos, de nada han servido.

—Nada se pierde padre mio en conservarlos. ¡Quién sabe! Quién sabe si con el tiempo.....

—Bien, bien hija.

Y Dongo despues de despedirse de la jóven, salió de la asistencia para el corredor, y descendiendo el primer tramo de la escalera, entró al entresuelo con direccion al almacen.

María recogió aquellos papeles y aquella cartera, abandonó la estancia, entró á la recámara siguiente, y en esta abrió la mampara de comunicacion para la estancia separada de la línea de las demás, que era su alcoba, en la que se encerró por dentro, tomó una silla, y vino á sentarse cerca de su lecho, para quedar entregada á la lectura de aquellas cartas, que debian producirle emociones tan fuertes como hasta aquellos instantes desconocidas.

La mirada de María, recorriendo aquellos caractéres, que con dificultad suma podia apénas adivinar, supuesta la falta de práctica en lectura manuscrita, se anublaba á cada momento por el copioso llanto que se agolpaba á sus ojos, viniendo á interrumpir el profundo silencio dominante en el aposento, los sollozos que de interválo en interválo se escapaban de aquel oprimido pecho; sin que aquella tranquilidad, aquella quietud

fuese interrumpida en el resto de aquella parte de la casa, en la que apénas se percibia el acento de la ama de gobierno al dictar alguna disposicion propia de los oficios domésticos, notándose idéntica regularidad en el desempeño de sus deberes, en la servidumbre de escaleras, abajo ocupado el portero en la vigilancia de su zaguan para estorbar ó permitir la entrada con ese instinto natural de su encargo, á las personas que podian ó no subir al almacen, y al cochero ó lacayo en el guarnes de las mulas del coche, para tener listo el carruaje á la hora acostumbrada, en que de él hacia uso el dueño de aquella silenciosa y quieta morada.

CAPITULO VII.

Exploracion.

Sigamos á D. Joaquin Dongo en el interior del entresuelo, á donde le hemos visto entrar inmediatamente al diálogo, que en la asistencia hemos escuchado entre él y su hija adoptiva, cuyas últimas palabras "¡Quién sabe! Quién sabe si con el tiempo.....!" repetia en los momentos de ocupar el sillon colocado al frente de su escritorio, para terminar inmenti. ¡Pobre huérfana! Quien sabe; dice, si con el tiempo..... Y en verdad que no le falta razon para esperar: la esperanza es la compañera más fiel de la humanidad, de quien se separa solo por la muerte, despues de haber consignado que sus efectos se adelantan hasta la vida de la eternidad; su-

puesto que el que muere sucumbe en brazos de la esperanza para el eternal descanso. Quiera Dios que esa esperanza la vean mis ojos convertida en realidad.

Y terminando aquel ligero monólogo, Dongo dijo en alta voz, dirigiéndose á la persona que ocupaba una de las carpetas en el desempeño de su trabajo de pluma:

—Buenos dias, Miguel.

—Buenos dias, querido tio, contestó el nombrado, que era un jóven en la lozania de la edad, poniéndose en pié y manifestando en sus maneras y acento, la expresion respetuosa que le inspiraba, la persona á quien se dirigia.

—¿Han venido de la hacienda? interrogó Dongo.

—No señor, contestó el jóven Miguel.

—¿Vuestro padre está en casa?

—Aun no ha regresado desde las siete de la mañana que está fuera de ella.

—Me buscó alguien ayer tarde.

—Si señor. De la casa de Gutierrez Zamora, y de la de Fontecha y Escamilla. De esta última....

—De esta última, observó Dongo, tienes por cobrar un libramiento de 3,600 pesos que vence hoy.

—Me parece que sobre solicitud de próroga han hablado ayer tarde con mi padre.

—Entónces esperemos que llegue pues no creo que tardará mucho tiempo.

—Acaban de traerle una carta que tal vez hablará del mismo asunto porque me parece que la letra es de esos señores.

Y el jóven levantándose de su asiento con aquella en la mano se dirijió al escritorio de Dongo concluyendo con estas palabras:

—Aquí está.

Dongo tomó la carta y leyó en el sobre "Sr. D. Nicolás de Lanuza. Urgente.

Está cerrada, prosiguió mirando la oblea que guardaba aquel contenido, devolviéndola al jóven y terminando con estas palabras:

—Ponedla en su carpeta, que poco tardaremos en saber lo que ella encierra.

El jóven ejecutó aquella órden, y tornó de nuevo á su trabajo.

Dongo se disponia á examinar la cuenta de uno de los libros de su escritorio, cuando fué interrumpido por la presencia de una persona de edad madura, que despojándose del sombrero y la capa con que venia cubierto, y que arrojó sobre el canapé, se dirigió á él con estas palabras:

—Tenga muy buenos dias el Sr. D. Joaquin.

—Felices los tenga D. Nicolás de Lanuza, contestó Dongo. Ya me tenia con cuidado vuestra ausencia de casa hasta esta hora.

—Así lo habia creido, articuló Lanuza, pero estaba ocupado en la de Gutierrez Zamora, sobre el negocio de la venta de la cosecha del maiz que ha quedado consumado.

—Habeis tenido presente el consumo necesario de la hacienda?

—Solamente he cerrado el negocio por 3,000 cargas, á siete pesos: tercera parte al contado, y las dos restantes, á tres y cuatro meses, con la garantia de Fuencarral y Escalante; reservando ochocientas cargas, para las atenciones de la finca.

—Está bien, aprobó Dongo continuando:

—Teneis hay una carta, que segun vuestro hijo es de Fontecha y Escamilla.

D. Nicolás Lanuza vino á su carpeta, tomó la carta indicada, rompió el sobre y despues de leer su contenido, regresó cerca de Dongo diciendo:

—Estos señores, solicitan próroga de un mes á la libranza que vence hoy, ofreciendo garantia suficiente, y el interés que se señaló al dinero por ese tiempo.

—Está bien, dijo Dongo, la honradez de esos señores merece alguna consideracion.

—Entónces contestaré en el acto, que asi me lo encargan.

Y D. Nicolás Lanuza, tornando á su carpeta se sentó á escribir.

Dejémos á estos individuos entregados al ejercicio de sus propias ocupaciones, y acompañemos á otro que por la calle primera de Santo Domingo, dobla á la de Cordobanes, y viene á detenerse al interior de la casa número trece, en presencia del portero, que se descubre la cabeza con comedimiento, y al cual interroga, al mismo tiempo que deja caer el embozo de su capa; con estas palabras:

—¿Vive aquí el Sr. D. Joaquin Dongo?

—Si señor, contestó el criado.

—¿Está en casa su merced?

—Si Señor, está en el almacen.

—¿Y ya es hora de despacho?

—Desde las nueve de la mañana.

—Bien, murmuró el personaje de la capa, y requiriendo de la faltriquera de pecho algunos papeles, desdobló uno de estos con una parsimonia bastante dilatatada, mientras que sus ojos recorrian con cuidadosa cautela, cuanto podia abrazar en su derredor, afectando un aire de natural indiferencia, ó el de hallarse dominado por el pensamiento que parecia rectificar en las líneas de aquel escrito, sobre el que tardó algunos instantes, leyendo al parecer lo que estaba conforme con el objeto de su presencia allí, para añadir al terminar doblando de nuevo sus papeles:

—¿Está arriba el almacen?

—En el entresuelo, señor, contestó el portero.

—Pues vamos allá.—Y este individuo á quien parecia dominarle el sentimiento de la mas viva curiosidad, llevando la cabeza á uno y otro lado, escudriñándolo todo y mirándolo todo avanzó para la escalera, subió pausadamente los escalones, entró al entresuelo, y descubriéndose la cabeza, llegó á presencia de Dongo á quien hizo una caravana acompañada de estas palabras:

—Vuestro servidor. El Sr. D. Joaquin Dongo.

—Muy señor mio contestó Dongo incorporándose al mismo tiempo que abandonaba la tarea emprendida sobre el libro, que quedó abierto en la carpeta de su escritorio. Podeis mandarme.

—Mil gracias caballero, agregó el de la capa inclinándose de nuevo para continuar. Traigo un negocio pequeño; que segun informes pudiera convenirnos á ambos.

—Servios tomar asiento, dijo Dongo indicando con la mano izquierda una silla inmediata á su sillon, y mandadme.

—Mil gracias caballero. Y nuestro personaje ocupó el asiento señalado, puso el sombrero sobre sus piernas, y llevó las manos en solicitud del bolsillo de pecho de su jubon para sacar de él varios papeles; á cuya accion tropezando los dedos con la copa del sombrero, le hicieron rodar á cierta distancia por el suelo, produciéndose de su boca estas palabras. ¡Qué torpe soy! Per-

donad señor mio, y levantándose del asiento, tomó el sombrero, investigó rapidamente toda la habitacion, y como si hubiese encontrado lo que buscaba, se dirijió al mostrador colocó sobre éste el sombrero, y regresó al lado de Dongo y á su asiento con los papeles que momentos ántes había solicitado en la mano.

Era tal la tranquilidad en la expresion de la fisonomía de aquel hombre; tal la naturalidad de sus movimientos, que nada en él parecia impropio, ni podia creerse otra cosa de sus acciones, que las costumbres de un caracter sencillo y franco.

Despues que hubo leido para sí uno de aquellos papeles levantó la cabeza, miró fijamente á Dongo y le dijo:

—Hace cuatro dias he llegado á esta capital procedente de Maravatio adelantándome á una partida de Cerdos de mi propiedad que vienen en camino y que me propongo vender en esta plaza, en la que al solicitar una poca de haba que necesito, me han dicho que V. podia proporcionarmela de la cosecha de su Hacienda de Doña Rosa: Si esto es cierto, ya tiene V. explicado el motivo de mi presencia aquí; sirviéndose decirme cual es el precio de esa semilla y las condiciones de pago en caso de que nos arreglémos.

—¿Qué cantidad de cargas serían las que V. pudiera tomar? interrogó Dongo.

—Puestas en México para la partida de bichos que antes he indicado á V., necesitaré de 60 á 80 cargas; pero

en la puerta de su Hacienda para conducir á Maravatio tal vez 300, tal vez 400, ó quizá la cantidad que exista segun el precio más ó ménos barato de dicha semilla.

—Pues las cargas que tome V. en México, le han de costar á razon de siete pesos por cada una.

—Oh! Oh! eso es muy caro; excesivamente caro señor mio.

—Y el pago, prosigió Dongo, deberá hacerse al contado inmediatamente á la entrega de la semilla, avisándome con cuatro dias de anticipacion para situarla en ese punto.

—Pues señor, en tal caso creo que no podemos arreglarnos; porque el dinero me lo ha de producir la venta de los cerdos, y yo necesito la haba el mismo dia que lleguen.

—Esta condicion observó Dongo, pudiera modificarse, con garantía de algun comerciante de esta plaza.

—Eso no me sería difícil con la recomendacion de mi primo el Marqués del Villar del Aguila, residente en Querétaro, dijo el solicitante en tono enfático; pero el precio es tan alto que.....

—¿Cuánto os convendría pagar?

—Ayer me han pedido por unas cuarenta cargas á razon de cinco pesos, y todavía ese precio me parece bien caro.

—Pues lo que es á cinco pesos no venderé, supuesto que solo el flete á lomo de burro, tres dias de la Hacienda á esta casa vale 21 reales carga.

—De modo que el último precio es?

—El de seis pesos en México, concluyó Dongo, y tres pesos cuatro reales en la puerta de la Hacienda.

—¿Es vuestra última palabra caballero?

—Absolutamente la última señor mio.

—En tal concepto nada hemos dicho, y nuestro personaje guardó sus papeles, se levantó del asiento y se dirijió al mostrador, tomó de allí su sombrero y se volvió cerca del bufete de Dongo, terminando su entrevista con estas palabras:

—Solo siento haberos molestado, por lo cual os presento mis escusas. Soy vuestro humilde servidor. Y haciendo una profunda reverencia, salió del almacen, solo que en vez de tomar por la derecha, dobló á la izquierda y á pocos pasos se encontró en la habitacion última del entresuelo que era la perteneciente á los departamentos como hemos hecho constar por su menage, al describir el interior de la casa.

—Que torpe soy, dijo en alta voz, sorprendiendose por aquella equivocacion. Debí haber tomado por el extremo opuesto que es el de la salida.

—Con efecto, dijo Don Nicolás Lanuza que le habia seguido y escuchado aquellas palabras, por aquí debeis tomar caballero.

—Perdonad; pero esto sucede al que camina por senderos que no conoce.

—¡Oh! exclamó Lanuza, una equivocacion de esa especie, se comete con frecuencia.

—Siempre, siempre es una torpeza, que os suplica dispenseis vuestro servidor.

—Lo soy vuestro concluyó Lanuza, deteniendose en la vidriera de salida para el descanso de la escalera.

El de la capa descendió esta pausadamente, y al llegar al último peldaño, volvió la cabeza para hacer su carabana postrera de cortesía, continuando su marcha en direccion á la calle; pero al llegar á la puerta del cuarto del portero, se detuvo repentinamente diciendo á éste, al mismo tiempo que su cuerpo bamboleaba como próximo á caer desplomado.

—¡Agua! Hacedme el favor de una poca de agua buen hombre.

—¿Qué teneis señor? ¿os poneis malo? dijo el portero, auxiliándolo con su propio cuerpo, y conduciéndolo al interior del cuarto, para obligarlo á sentarse sobre un banco de cama que allí existia. ¿Quereis algua cosa?

—Agua, agua buen hombre, siento que el piso se hunde, que la casa se me viene encima, que el sol se oscurese, que mis ojos ciegan, que.... agua, agua!

—Aquí está señor tomad, tomad, y con un interés digno de encomio, el diligente portero pegaba á los

lábios del accidentado, un pequeño jarro rebosando del cristalino líquido.

Tres ó cuatro tragos de éste pasaron por aquella garganta, y trascurridos algunos instantes, balbuceó estas palabras:

—Gracias, gracias parece que van pasando.

—Será bueno otra cosa señor? ¿quereis que busque un médico?

—Mas bien si tencis mujer, que me haga unos sinapismos.

—No señor, no tengo mujer; pero si quereis avisaré á Doña Mariana, que es la única que está en casa, por que los tres criados han salido.

—Dejad. Creo que esto pasa, y ademas quien sabe si esa Doña Mariana tendría voluntad.

—Y bien que si señor. Es tan buena la ama de gobierno de casa!

—Mas bien á una criada: la daré una gratificacion.

—Todos han salido señor, la lavandera temprano y la cocinera y la galopina hace un rato, solo han quedado, mi compañero el inválido, el cochero y el lacayo.

—Esperémos pues, sí, creo que pasa, ya la vista está mejor, y el zumbido de oidos se vá retirando. Esperémos.

—Cuánto me alegro señor, y ¿qué habrá sido ese accidente?

—De pronto temí que fuese la sangre, pero creo que no es más que un fuerte váhido.

—¡Ah! pues lo que es eso, no es cosa de cuidado. Yo los padecí mucho tiempo, á consecuencia del mucho trabajo.

—¿Trabajais mucho buen hombre?

—Con mi anterior amo, si señor; por eso abandoné aquella casa.

—¿Y en esta qué tal?

—Aquí todo es tan bueno, como su merced mi amo, el Sr. D. Joaquin Dongo. Poco trabajo, puntual buena paga, los tres criados de arriba, sin alternar con la servidumbre de abajo, el cochero y el lacayo, á su coche y á sus mulas, el inválido á servir el almacen y á los dos dependientes, y yo á cuidar mi puerta, que á las diez de la noche ya no me dá guerra, á esa hora todo el mundo duerme tranquilamente.

¿Pues y vuestro amo?

—El es el que dá el ejemplo, á las nueve y media llega en el coche, se recoje y como su merced, toda la casa entra en reposo.

—Pues con esa vida, y bien pagado como decís, nada queda que desear. En fin, la cosa pasó enteramente y ya podemos seguir adelante.

—¿Porqué no esperais otro poco señor?

Gracias buen hombre, ya me siento bien. Tomad para que deis un trago á mi nombre, y estas palabras

fueron acompañadas de una moneda de plata, que nuestro individuo puso en la mano del portero al despedirse.

—Dios os guarde señor, y os dé buena salud, dijo aquel, quitándose el sombrero y multiplicando las carabanas que le habian sido pagadas con la peseta de plata que relucía entre sus dedos.

El personaje de la capa al emprender su marcha de retirada, avanzó de la calle de Cordobanes, para la segunda de Santo Domingo, siguiendo en línea recta hasta el átrio de la parroquia de Santa Catarina Mártir, en cuyo sitio se reunió con otros dos hombres que parecia esperarle, y los cuales lo recibieron con estas palabras:

—Buenos los tenga D. Felipe M. de Aldama.

—Felices Quintero y la buena compañía.

—¿Qué tenemos? interrogaron á un tiempo los nombrados.

Pues todo sale bien contestó Aldama, la explosion no puede ser mas cumplida: con que á la obra y cada cual á lo que le toca.

Tras estas palabras, se separaron tomando cada uno distinta direccion.

CAPITULO VIII.

Sobre la via.

Sigamos de nuestros tres personajes inmediatamente á la separacion que entre ellos acaba de verificarse, á D. Baltazar Davila Quintero que embozándose en su capa toma la línea de calles 1ª y 2ª de la Amargura para doblar á la izquierda continuando hasta la del Factor y al interior del Baratillo (1) situado en la esquina de esta última y la de la Canoa, para recorrer con inalterable calma y con escudriñadora mirada cada uno de los puestos, de baratijas, ó barracas atestadas de todo lo inutil, de todo lo feo, de todo lo viejo, de todo lo disimbolo y estrambótico, que para el comercio de la naturaleza de semejante plantel se exhibia para su venta

---

(1) Hoy se levanta en el sitio que este ocupaba, el Teatro de Iturbide, proyectado y terminado en 1854 por el espíritu emprendedor del infatigable Guatemalco D. Francisco de Arbeu.

como si buscara entre objetos tan raros alguna deformidad que sobresaliendo por mayuscula entre las que se le metian por los ojos cautivára su atencion para adquirir á cualquier precio la legitimacion de la propiedad.

Pase el Sr. militar á mi puesto, que en él encontrará su merced, ademas de lo que está á la vista, y lo que tengo almacenado en media docena de bodegas cumplidamente abastecidas ademas de lo que necesita lo que pueda inventar su imaginacion para hacer que lo inservible sirva; lo viejo parezca nuevo; lo feo se convierta en hermoso; lo ridiculo en elegante, lo antidiluviano en moderno; lo trunco ó primo en partes iguales; lo enclenque ó débil, en admirablemente fuerte; lo chamagoso en flamante; y por último los repelos de todas clases, al ser de su primitiva naturaleza.

—Pase el Señor oficial á honrar con su asistencia, el puesto mejor surtido en el Baratillo, del más complaciente, del más servicial, del más moderado en ganancias; del más condescendente con sus parroquianos, del más batallador, y dichero de los comerciantes del giro para sacar de su labio el provecho que hasta hoy le viene produciendo la largura de la sin hueso que menea con tanta oportunidad. Pase, pase su señoria el apuesto caballero, el valiente señor oficial.

Esta arenga en tono declamatorio, y acciones cómicas alia de la boca de un hombre chaparro, regordete, de smofletudos carrillos, de enmarañada melena por cabe

llos; de frente deprimida, nariz roma, labios abultados ojos redondos, pequeños y de mirada siniestra, que con el sombrero en una mano, y señalando con la otra un enorme sillon provincial con asiento y respaldo de baqueta negra invitaba desde el interior de su puesto á nuestro personaje con las originalidades que acabamos de conocer.

Quintero pasó en efecto al sitio indicado, obsequió la invitacion tomando asiento en el sillon y despues de un ligero silencio articuló.

—Veamos si es cierto lo que acaba de decir el buen Hidalgo.

—Pida el señor oficial y al momento será convencido de la verdad de mis palabras.

—¡Veremos! Necesito pues un par de azufaifas de mano.

—¿Par de qué? señor oficial.

—Azufaifas de mano, hombre.

—¡Azufaifas!.... ¡Azufaifas de mano! y el baratillero con la mano estendida, la mirada fija y la boca entreabierta quedó perplejo algunos minutos para repetir. Azufai!.... Azufaifas de.... Diga V. señor oficial es eso, cosa de comer?

—Ya decia yo observó Quintero, que contado ese lujo de surtido, con toda esa reserva de bodegas repletas, y con toda esa lavia de vuestra abundante nomenclatura

no habiais de entender lo que yo necesito, y que es azufaifas de ma.... no. De ma.... no ¿entendeis?

—Pif¡ Vaya si entiendo Señor oficial y despues de darse una palmada en la frente y de sonreir con aire de triunfo, el baratillero se dirigió al fondo de la barraca y frente á una armadura de lata que completa ostentaba como trofeo principal de aquel sitio; tomó de ella la manopla y el guante, y regresando al lado de Quintero agregó.

Aquí tiene el Señor oficial azufaifas de mano de mérito indisputable como templadas en las fraguas del mismo Vulcano.

—Quintero de pronto quedó como estupefacto; pero recobrándose agregó.

—Estais fresco hombre! Habeis creído que por azufaifas de mano me podeis vender guantes con manopla! Se conoce que no conoceis la botánica. Las azufaifas de que hablo pertenecen á la familia herbolaria.

—¡Ah, ah! Pues vea V. señor oficial que yo habia creido que su señoria solicitaba objetos propios de su carrera; pero. ¡Aguarde V! Y segunda vez el baratillero quedo pensativo, tornó á golpear su frente con la mano, volvió los objetos que habia traido á su sitio sacó un gran bote de lata que destapó, y del fondo de este varios yerbajos, algunas adormideras viejas, gran número de raices, y tomando lo que le pareció á proposito para llenar su objeto, volvió á Quintero exclamando:

Aquí tiene su señoria azufaifas de mano cortadas en el jardin de Flora y con la especialidad de curar desde el simple dolor de cabeza hasta el cólera morbo.

—Pues amigo mio dijo Quintero sonriendo, ni las azufaifas guantes, ni las azufaifas yerbas que me habeis presentado, son las azufaifas que yo necesito; pero guardad, guardad esa semilleria, que estoy convencido de que en materia de azufaifas tendreis las que yo solicite.

—Ah señor oficial! su merced pretende hacer hoyos donde hay tusas.

—¡Ya, ya! Acabais de darme una prueba, que os acredita de hombre de ingenio: vamos á ver si lo sois de genio.

—El señor oficial me honra sobre manera con esa calificacion. Haré lo posible por alcanzar la otra.

—Veremos—insistió Quintero—necesito unos frenos para mosquitos.

—¡Valgate el dianchi caballero oficial! y el baratillero se rascó una oreja, clavó la mirada sobre un punto fijo en solicitud de un pensamiento, como invocando una idea, y despues de una mímica grotesca agregó. Os ha faltado decirme señor mio, si el freno ha de ser filete, ó bocado, y si es para mosquito zancudo.

—¡Caspita! que se me pasó por alto fijarme en la propiedad de esos detalles, pero recogiéndolos, os los traeré á vuestra tienda.

—Y el señor oficial quedará servido.

—¿Qué precio tiene esa armadura? interrogó Quintero deteniendo su mirada en la revista de inspeccion que seguia sobre el objeto indicado.

—¿Como veis señor es una pieza completa; desde el peto, casco, visera, guantes, manoplas etc. etc. y cuyo conjunto no os parecerá caro si nos fijamos en el valor de veinte duros por todo.

—¡Cáspita amigo mio! Pues lo módico del precio hace que me prive de pieza de tanto mérito, y por supuesto que esa lanza forma parte del precio fijado ¿no es así?

—¡Ca, no señor! si solo la lanza vale otro tanto. Con solo que sepais, que ha sido forjada en las fraguas del mismo Vulcano, os bastará para comprender su mérito, que subirá de punto en vuestra merced al saber que su asta es la misma de que se sirvió el famoso Alvarado, en su salto prodigioso en el puente que lleva su nombre, y que la cuchilla es la que blandió el valiente capitan Hernan Cortes conquistador de esta heroica ciudad.

—Efectivamente dijo Quintero afectando la mayor severidad. No habia reparado en ello; y tenies razon en conservarla al lado de esa armadura, que descubren mis ojos en este momento, ser la misma que llevó sobre sí, el ingenioso y valiente Hidalgo D. Quijote de la mancha. Cada cosa con su cosa, y tal para cual. La verdad historica sobre todo Maese.... pero, tambien

los instrumentos músicos honran vuestra tienda á juzgar por ese violin.

—Historico señor oficial. Pieza de mérito identico al de las anteriores. Figuraos que este violin á pesar de su falta de dos cuerdas y de la ausencia de una clavija, es el mismo, el mismísimo que introdujeron los Cruzados á Europa por el siglo 16, época de sus primeras melodias y el mísmisimo igualmente que en manos del gran Maestro Paganini le proporcionó la gran fortuna que supo adquirir con los acordes dulcisimos arrancados á este instrumento.

¡Bien Maese! Perfectamente bien. No os creia tan aventajado en historia.

—Qué quereis señor militar. La naturaleza del comercio en que giro y que constituye mi patrimonio, es la que me hace adquirir alguna alguna tintura de conocimientos sobre los objetos, que ya de mi propiedad, ya en comision se encuentran aquí para su expendio. Todo, todo lo que aquí veis es histórico, ó tiene su historia; porque hombre aficionado á las letras como pocos gusto mucho de que todas las cosas que me rodean tengan historia; por ejemplo. Veis esos anteojos de vidrios redondos, y montados sobre esos arillos y puente tosco que lo sujeta? Pues son nada ménos que los mismos que llevó montados sobre la nariz por algun tiempo el poeta más caustico de España el insigne D. Francisco de Quevedo y Villegas, pudiendo garantizar á su se-

ñoría de la verdad de mi dicho, con la correspondiente auntentica que original obra en mi poder: como objeto histórico. Veis esa encornadura de ciervo tan ramosa y crecida? Pues es nada ménos que la del hermosísimo venado compañero de Santa Catalina de Suecia. Histórico tambien señor oficial.

—¡Já, já! Pues habia yo sospechado, dijo riendo Quintero, que esa encornadura pertenecia históricamená algun marido cuya historia pondriais á mi alcance.

—¡Ca, señor oficial. Si las encornaduras de los maridos no están sujetas á tamaño ni medida, ni podia ser de otro modo, si imitando las de los ciervos, que en cada piton señala un año de edad, señalarán cada una de las infidelidades de que son víctimas. El señor militar comprenderá perfectamente que la ménos cargada de esas encornaduras no cabria en el espacio que ocupa todo este sitio. Pero dejémos los cuernos de la familia cuadrúpeda, y de la familia marital, y aquí tiene el señor caballero dos machetes que reunen las dos circuanstancias; son históricos, y de historia. Eran en su orígen cada uno de ellos, una magnífica espada sable, de acreditado temple de la fábrica de Toledo. Este de mayor tamaño que este otro, y el baratillero presentaba á Quintero dos machetes de corta diferencia en la medida, y de los que se sirven en tierra caliente para el corte de caña en los campos. Este, sirvió al exclarecido Godofredo de Bullon, cmando despues de sus triunfos guerreros, fué

proclamado en el siglo 11 Rey de Jerusalem. El otro, perteneció nada ménos que á D. Juan de Austria, que lo empuñaba en sus manos al triunfar en la gloriosíma batalla de Lepanto: tal es su orígen histórico, y su historia se reduce á que andando el tiempo, y rotas sus empuñaduras propias, se le hicieron las de cachicuerno que les veis para dejarlas de nuevo, en disposicion de que sirvan para tronchar la caña de azúcar dedicándoles al trabajo, ó para agredir ó defenderse si de ellos se hace dueño un hijo de Marte tan apuesto, tan gallardo, y tan valiente como creo que lo es, el señor oficial.

—¿Y de qué diablos quereis que me sirvan á mi semejantes vejestorios?

—Todo sirve en la vida caballero; por que en ella todo es relativo, y yo creo que las armas de cualquiera especie que sean, no deben ser calificadas de vejestorios por el señor oficial. Ademas, que habiendo agotado todo el decir de un buen mostrador en comerciante de mi genero, todo el ingénio desplegado para aquellos de las azufaifas ect., ect., y los rasgos históricos de que he hecho mencion, puedo esperar; no sin fundamento, á que el señor militar me compre algo de lo que le he ofrecido, y ese algo será entre la armadura, la lanza y los machetes, lo último seguramente por ser lo más adecuado á la profesion y lo mas barato al mismo tiempo. Mirad, mirad señor militar que bien suple cualquiera

de ellos á vuestra brillante espada. Tomad, tomad siquiera un momento su empuñadura para que concedais razon á mis apreciaciones.

—Quintero tomó uno de los machetes que el baratillero se empeñó en poner en su mano, y despues de tenerlo algunos instantes, lo devolvió diciendo. Magnífico es: no cabe duda, ¿y cuánto vale semejante presea?

—Me dispensaré; motu propio, de repetir al señor militar, el mérito histórico de estas piezas, para entrar el terreno mercantil y decirle: última palabra. Esta vale seis pesos y esta otra cinco pesos: total 11 patacones por lo que bien pudiera pedirse por cada uno de ellos, un par de cien duros sin escrúpulo alguno.

Guardaos, guardaos Maese vuestros machetes, dijo Quintero, levantándose del sillon, y preparándose á abandonar la barraca.

—Alguna cosa señor oficial, y el baratillero cerró el paso á Quintero agregando, me salais el dia si no me haceis una oferta cualquiera por mis efectos.

—Veinte reales por cada uno de ellos.

—Medio mas vale, lo que me habeis hecho hablar; pero decidme ¿es vuestra última palabra?

—Y nada más.

—Pues á la mosca señor, que habeis sacado una alma del Purgatorio.

—Quintero sacó del bolsillo cinco pesos, y los arrojó sobre el mostrador.

—¿Quereis criado que os sirva?

—Gracias Maese, yo acostumbro servirme solo; por que más vale solo, que mal acompañado.

—Tal es mi doctrina señor oficial, y el baratillero envainó los machetes, limpió las cubiertas de estos, los ató para formar un solo bulto y entregándolo á Quintero, concluyó. ¿En algo más puede seros útil vuestro servidor?

—En que satisfagais una curiosidad.

—Nada más satisfactorio para mi, que dar testimonio de los pequeños conocimientos que poseo. El señor oficial puede interrogarme.

—De donde habeis sacado las explicaciones históricas que haceis á vuestros dijes y desafueros.

—¡Ah! señor oficial sentaos, sentaos porque habeis tocado la fibra más delicada de mi alma, me habeis colocado en un terreno, que es mi elemento; es decir los libros. Poseo de venta una biblioteca que aunque toda trunca está bastante surtida, y como soy aficionado á leer ya comprendereis, si tengo motivo para hablar de Sócrates, Paganini, Galeno, Ruiz de Alarcon, Quevedo, Arquímedes, Guttemberg ect. ect. ect., pero sentaos caballero y escuchad algunos rasgos biográficos de las personas cuyos nombres acaban de pronunciar mis lábios. Escuchad.

*

¡Horror! balbuceó Quintero, tomando los machetes que colocó bajo su brazo, se embozó en su capa y saliendo de la barraca terminó con estas palabras. Otro dia, otro dia Maese tendré el gusto de escuhar algo de vuestra elocuencia ciceroniana.

—El Señor militar tendrá siempre á sus órdenes su humilde servidor, y el baratillero abrió paso, descubriéndose la cabeza y multiplicando sus genuflecciones de despedida.

Quintero salió del baratillo para la calle de la Canoa, y terminando ésta dobló la esquina de su derecha para entrar á Manrique, continuando á la de San José el Real y siguientes, hasta torcer siempre á la derecha para la segunda de Mesones y entrar á una accesoria, en la que tres grandes piedras de amolar, y otros objetos de su conjunto, demostraban que se hallaba en una afiladuría.

El hombre que á la sazon desempeñaba las tareas de su oficio con unas tijeras en la mano, suspendió su trabajo, y manifestando el respeto que la clase militar de Quintero parecia imponerle le dijo:

—Mandeme V. señor.

—Necesito contestó Quintero, desembozándose y poniendo en las manos del afilador los machetes. Necesito que se limpien bien del moho estos machetes, quitandoles todo el hollin para evitar que se piquen.

El amolador desenvainó aquellos, los examinó y preguntó al mismo tiempo ¿se han de afilar señor?

—No, no es necesario.

—Pues por limpiarlos solamente, vale el trabajo de cada uno tres reales, y sacandoles filo cuatro reales.

—¿A que hora estará terminada esa obra?

—A las cinco de la tarde señor.

—Entónces ire á otra parte porque á las tres en punto sale el criado que debe conducirlos á Cuernavaca.

—Lo haré inmediatamente señor.

—Entónces esperaré á que esten.

—¿Con filos ó sin ellos?

—Cómo queden mejor,

—Entónces con filo, y el amolador procedio inmediatamente al desempeño de sus trabajos miéntras Quintero, sentado en una silla se entretuvo en leer las páginas de un libro que sacó de uno de sus bolsillos.

Una hora despues los machetes estaban concluidos envainados y bajo el brazo de Quintero quien satisfaciendo el trabajo del amolador, salió de allí por el mismo rumbo ántes transitado, hasta venir á detenerse á la accesoria de la calle del Aguila en que hemos concurrido, y en cuya puerta le esperaban dos individuos, que con él pasaron á su interior abierta la cerradura con la llave que para este objeto apareció en una de sus manos.

—Como has tardado, observó Aldama.

—Frito estoy de esperar, contestó Blanco.

—Pero frito y cocido lo traigo yo, camaradas respondió Quintero, agregando: sentaos y vamos á ver si teneis valor para decirme que no soy hombre eficaz para un encargo.

Aldama y Blanco se sentaron sobre la cama que existia en uno de aquellos rincones, diciendo al mismo tiempo:

—Veamos, veamos.

—Si; pero veamos todos, empezando por la dificilísima tarea de cada uno, concluyó Blanco, sacando del bolsillo unos cordeles, y añadiendo: como la mia fué la más difícil comenzarémos por ella. Hé aquí los cordeles que se me pidieron.

—No ha sido ménos difícil la mia, dijo Aldama, supuesto que consistió en este baston que á su tiempo desempeñará el doble oficio que le está señalado. Mirad, tiene su intringulis muy regular, y apretando un muelle que hacía jugar un anillo de laton al pié del puño, tiró de éste resultando que era la montadura de un belduque escondido en la caña hueca de aquel.

—Esto es mucho mejor, contestó Quintero, despojándose de la capa que arrojó sobre la cama, y presentando los machetes á sus interlocutores. Nunca otros cinco pesos han sido mejor empleados que los de su costo.

—¡Prudencia!—exclamó Aldama, levantándose de su asiento y viniendo á cerrar la puerta de la accesoria, al mismo tiempo que Blanco, entreabria la de la venta na que daba para la calle.

CAPÍTULO IX.

El ensayo.

—Vaya si sois precavido, articuló Quintero, siguiendo los movimientos de Aldama, cuando éste despues de cerrar la puerta torció la llave de aquella cerradura por la parte de adentro. Me gusta, me gusta tu prevision.

—La prudencia es madre de la seguridad, contestó Aldama, y pueden estar seguros mis buenos amigos, de que por mi parte, ninguna imprudencia les dará en que sentir.

Si, si, dijo Blanco; pero es necesario no confundir la prudencia con la cobardía. Yo creo que para una dósis de prudencia, son indispensables cuatro tantos de

audacia. Esta ha sido siempre mi norma, y siempre me ha producido buenos resultados.

Cuestion de palabras, agregó Quintero, Doctrinas de buena teoría, que en los momentos de llegar á la practica, desaparecen como el humo del cigarro arrebatado por el viento. Nada hay mas propio, ni mejor en la vida, que aprovechar las oportunidades: el dia que VV. hagan esto solamente, ya lo hicieron todo, pudiendo dormir á pierna suelta, sin cuidarse de la precaucion y de la prudencia.

—¿Y de qué modo se cazan esas oportunidades? interrogó Blanco.

—Ese es el quid, de la dificultad contestó Quintero. Eso es precisamente lo que se llama el talento, la filosofía del hombre, para la ocasion de esas oportunidades.

—Cabal, cabalísimo, aprobó Blanco. Fortuna te dé Dios hijo, que saber, poco te importa.

—Pues hombre, no los hacia tan tontos, y de la ca. beza que es lo peor. ¿Qué cosa es la oportunidad sino la misma fortuna? pero estamos hablando mucho y nada de provecho. Voy á referiros lo que me pasó con el viejo redomado del baratillo á quien compré estos machetes, fumando al mismo tiempo un cigarro, lo cual me parece justo; supuesto que desde las nueve y media de la mañana que lo hize en el cementerio de Santa Catarina, no he vuelto á fumar.

—Lo mismo me ha pasado á mi, dijo Blanco, por consiguiente aprovecho la oportunidad y ya soy filósofo, hombre de talento, ó afortunado que es lo mismo.

—Por no dejar, agregó Aldama, haré tercio: fumemos que yo tampoco hé fumado, hace lo ménos tres horas.

—Pues al avío, dijo Quintero, sacando una petaquilla de cuero conteniendo algunos.

—No, no será sino de los mios, ofreció Aldama, supuesto que en vuestra cigarrera los teneis contados.

—¿Pues qué direis de mi? interrogó Blanco, que ni contados ni sin cortar los poseo. Canario si estoy mas pobre que Job, y mas necesitado que las ánimas del Purgatorio.

—¡Ya, ya se acabaran esas lamentaciones de Jeremías! dijo Quintero, haciendo uso del eslabon y pedernal para sacar lumbre con esos chismes, encender su cigarro, comunicar el fuego á sus compañeros, arrojar espesas bocaradas de humo, y proseguir hablando. Dentro de ocho dias la suerte será otra, la arranquera maldita habrá huido de nosotros como por encanto, no conoceremos las privaciones de ninguna especie, y satisfarémos con usura lo que nos pidan los deseos, lo que nos ordénen las pasiones; porque dentro de ocho dias, tendrémos oro, serémos dueños de mucho oro, y con talisman semejante, estoy dispuesto á darme una vida de hombre principal, de gente grande; seré cuando mé-

nos marqués. Y tú Aldama, tú ¿qué serás? lo ménos serás, conde ó duque, y este, ¿qué serás tu Blanco? Tú has de ser probablemente un Trovador, un Adónis, un cupido ya que tan embrujado te encuentras con los deslumbradores rayos de los ojos de tu Manuela.

—¡Mil rayos!—exclamó Blanco, dando un bote sobre su asiento. Pues sabes tú querido Quintero, que á mala hora me traes semejante recuerdo! ¡Canario! Pues no hace tres ó cuatro dias, que haciendo atrás lo embrujado como dices, lo que tengo es el mismísimo demonio dentro del cuerpo! ¡Caracoles! si lo que tengo es, en lugar de sangre el demonio del celo!

—¡Já! já! ¡celo eh já, já!—y Quintero produjo gran estrépito con aquella doble carcajada. ¿Con que estás celoso?

—¡Más que un turco! Pero que yo adquiera la realidad de mi sospecha, y por Jesucristo en la cruz que le rajo el alma en dos mitades á quien quiera que sea que me la ande camelando. Figuraos que hace cuatro dias me pareció verla con ese así, con ese qué sé yo que se les mète á las mujeres para embrujar á los hombres, con sus chicoleos, de esas miradas como pudorosas, de esas sonrisitas con que dicen envido, y con que repiten quiero y tres más; y en fin, ese..... ese que no sé que es, pero que los hombres entendemos bien y ellas mucho mejor, y dos dias despues, la voy mirando con unos borceguies de color negro adornados á la garganta del

pié, que se los hacen capaces de prevaricar á un santo, y cosiendo una tela finísima para hacerse una bata, comprado todo segun dice con los productos de sus costuras; pero que yo sospecho, regalitos de quien la camela y á quien he de camelar yo, duro, muy duro en el momento que lo descubra. ¡Canario, sí por eso deseo tanto el oro, para que cuanto tiene, y cuanto dice que trabaja y se proporciona, lo arroje yo á los infiernos, y no tenga ni se ponga otra cosa que lo que yo le proporcione con el oro; por eso deseo tener oro.

—Pues no cabe duda, dijo Aldama, que la casa que hoy he visitado debe encerrar mucho oro, y en verdad que no anduve torpe en la exploracion de ella: desde la entrada de la calle, hasta el pié de la escalera 37 pasos de regular tamaño. En el patio, cuarto del portero, cochera sobre la izquierda, dos puertas para dos habitaciones, una cobacha y un pasillo que conduce al segundo patio. Escalera divida en dos tramos con 17 peldaños el primero y 19 el segundo, en el descanso vidriera para el entresuelo, y en la segunda estancia tomando á la izquierda el almacen, al fondo de éste una puertecilla pequeña que es el alma de la casa, el alma de nuestra empresa, el alma de nuestras esperanzas. Allí está lo bueno, allí huele á dinero, allí debe estar el dinero. El caballero D. Joaquin Dongo es hombre de aspecto severo, de pocas palabras; pero de bastante cortesanía. La partida de cerdos que recibiré de Morelia, me hizo solicitar la compra de algu-

nas cargas de haba, que no tuvo efecto; pero que me dió motivo para tratar á ese caballero, y conocer á sus dos dependientes. Un accidente repentino al salir me proporcionó los auxilios del portero, y la charla de éste me puso al corriente de que hay cochero, lacayo, y otro criado y cuatro mujeres. Pasó el accidente, gratifiqué con una peseta y supe más de lo que me habia propuesto: con que los brazos no escasean en aquel recinto, y por consiguiente es preciso ser muy activos, y muy atrevidos.

—Lo que es á mí, observó Quintero, no me falta ni lo uno ni lo otro; por que me sobra la arranquera, de la que es natural que ambas cosas resulten.

—¡Canario! pues que diré yo, dijo Blanco, cuando de la actividad y del atrevimiento van á resultar, que le rompa yo el alma al que anda pretendiendo bordarme la anquera con Manuela, y que esta se me ponga más régia que la misma reina de España.

—Yo no digo nada, añadió Aldama, por que me reservo para los hechos. Ya vereis si cuando posea oro soy hombre que sepa enaltecerlo; pero hasta estos momentos no hemos hecho otra cosa que charlar, sin mirar siquiera esos tajantes que deben ser los principales agentes de nuestra obra.

—Sí, veámoslos, agregó Blanco.

—Este que es un tanto mas largo que el otro, dijo Quintero, desenvainando uno de aquellos, perteneció

á un valiente, á Godofredo de Bullon, segun la charla histórica del baratillero. ¡Mirad! Me parece de buen temple.

—Creo que sí, afirmó Aldama, blandiéndole en su mano.

—¡Canario! pero si parece que nos vamos á rasurar con él segun su filo, observó Blanco.

—Este otro, agregó Quintero desenvainando igualmente, fué de la propiedad segun rasgo histórico de la misma lengua del viejo revendedor, nada ménos que del héroe de Lepanto del insigne Juan de Austria.

—Vayan al demonio todos los héroes, todas las historias y todos los baratilleros y revendedores del mundo, dijo Blanco tomando el machete en sus manos, tirando mandobles y estocadas al aire, á diestra y siniestra acompañados de estas palabras. Una cuchillada de estas á todo el vuelo del brazo debe producir mas historias que todas las que refieren los librotes del universo. Un tajo de este modo debe ser mas elocuente que el mismo Ciceron.

—Que hombre tan bárbaro, dijo Aldama poniéndose en pié, y avanzando hasta el centro del cuarto con el otro machete que aun conseravaba en la mano. Dicen que en el modo de partir el pan se conoce al que es tragon, y dando por cierta esta sentencia segun tu manera de tirar mandobles y tajos se conoce que no eres muy aventajado en el manejo de la espada. Esos tajos que has

tirado describiendo ese gran círculo, no pueden producir otra cosa, que descubrirte del todo, proporcionando así la victoria de tu enemigo. Debes pararte de este modo para tirar así. Y Aldama hizo un movimiento de piés y tiró al aire dos cortes.

—¡Já, já, já! Pues ahora sí que me han hecho reir de buena gana ¡já, já, já! dijo Quintero riendo á carcajada tendida. ¡Vaya un maestro y un discípulo. Se conoce que ni el uno ni el otro conocen la esgrima Pues harian VV. bonito papel en un combate.

—El que hace buen papel á cada momento eres tú. dijo Blanco. Si en vez de soldado habeis sido maestro, de escuela, á cada momento estarias en caracter. Yo no sé en verdad de esgrima ni de tus reglas, ni de tus teorías; pero lo que sí te aseguro es, que al golpe que yo descargue con mi brazo, no se quedará en pié el que lo reciba.

—Si no es que antes que lo descargues, observó Quintero te pasa de una estocada tu contrario.

—Es que yo no he povocado todavía un desafío, agregó Blanco, yo estoy en la inteligencia segun lo que hemos hablado de que voy á dar, y no á recibir.

—Dejense VV. de disputar tonterias, objetó Aldama y ocupémonos de probar el temple de estos machetes.

—Pero ¿en qué los hemos de probar? interrogó Blanco, recorriendo la habitacion con la mirada.

—Es verdad, y Aldama siguió aquel movimiento, no hay en qué, si no es tomando una viga del piso.

—No tenemos necesidad de tal cosa, cuando está hay la tranca de la puerta, dijo Quintero avanzando al sitio indicado, y regresando con una especie de morillo como de dos varas de alto y de grueso proporcionado. Aquí teneis en qué. Tira tú Aldama, tira tú, y tira de firme, para que te sirva de ensayo.

—Si, de ensayo repitió Aldama descargando tan fuerte golpe sobre la tranca, que la punta del machete se hundió algunas líneas.

Veamos este, dijo á su vez Blanco, repitiendo lo que su compañero acabára de ejecutar.

—No, pues lo que es á dar más fuerte, no me has de ganar, aseguró Aldama dando un segundo golpe.

—Te afanas inútilmente, emprendiendo competir con todo un D. Joaquin Antonio Blanco, es decir; con la energia viril de mis 23 años, en un brazo que guiado por la pasion de los celos, cree descargar su venganza, sobre el odioso cuerpo de su rival. Mira y aprende. Y Blanco asegundo con tal fuerza, que el machete quedó hundido en la incision proyectada con aquel golpe. Ya veis que si la descarga fuere sobre el rival, le habria rajado el alma, como poco ántes he dicho.

—Hé aquí mejorado el golpe, y Aldama tercera vez, descargó sobre la tranca.

—¿Qué hay de regla camarada? observó Blanco, riendo como si se tratára de un juego de niños, que diga Quintero quien de los dos promete mejores resultados.

—Los dos no son mas que unos solemnísimos chambones á quienes voy á dar una leccion, respondió Quintero, porque á la verdad estais necesitados de ella. Ténme aquí la tranca Blanco, y como tú, que ponga cuidado Aldama.

Blanco tomó en efecto la tranca, al mismo tiempo que Quintero recibia de Aldama el machete más largo, de que éste se habia servido.

—No crean VV. prosiguió Quintero, que las reglas de la teoría, son tan inútiles como ántes habeis asegudo: buena es la práctica pero es mejor cuando se viene derivando de los modos que preceptúa la teoría. No me valdré de los términos técnicos de una academia, porque ni estamos en ella, ni de nada servira que haga un recuerdo de los seis cortes de que consta el manejo de la espada, ni de que os enseñe algunos quites, un garboso desplante, una estocada en tercia ó quinta, un desarme rápido, ó una manera de irse á fondo, hasta la empuñadura de la espada: nada, nada de esto es bueno para vosotros; porque vosotros sois profanos en la materia, á juzgar por lo que he visto. Voy, pues, á enseñaros una práctica, que vendrá siempre de una teoría, pero teoría de que me sirvo, porque la habeis conocido en la escuela y es la que enseña el célebre maestro Tor-

cuato Torio de la Riva en los cinco cortes de que consta el tajo de una pluma para que con ella se pueda escribir correctamente y que son: gran tajo diagonal primer gavilan, segundo gavilan, hendidura al medio hendidura al sesgo.

—¡Canario! observó Blanco para proseguir, ya ven VV. si he tenido razon para lo que he dicho ántes. Este para maestro de escuela vale lo que pesa. Delira por la oratoria, la enseñanza, las lecciones, y temo que á pesar del buen éxito de nuestra empresa, se dedi que con dos ó tres docenas de chiquillos á los estudios y reglas profesionales, para que como mazorcas de maíz en extensa milpa produzcan sus manos, profesores arreglados al estudio de su eterna teoría. ¡Vaya un Dómine!

—Que si lo fuera tuyo, ya te hubieran andado por las posaderas, dijo Quintero, agregando incontinenti, al mismo tiempo que levantando el brazo dejó caer el machete sobre la tranca de manera que saltó de esta á cierta distancia una astilla como de una vara de largo.

—¡Canario! acentuó Blanco en su exclamacion favorita.

—¡Zape con el golpe! agregó Aldama.

—Primer gavilan. amigos; y ya veis, afirmó Quintero, si la práctica de una buena teoría produce excelentes resultados. Va el segundo gavilan, y el nuevo golpe asestado á la tranca dió resultado idéntico al prime-

ro. La segunda astilla salto á reunirse al sitio en que yacia la otra.

—No cabe duda, afirmó Aldama, que en materia de cuchilladas vuestro brazo es superior al nuestro.

—Con esa confesion que honra, me basta; pero de este modo no calificamos el temple y los filos de los machetes. A lo largo no tiene gracia y para probar ambas cosas, es necesario dar así, atravesado, y conforme á esta indicacion dió con uno y otro de los machetes tan multiplicados golpes que la tranca quedó toda llena de tajarrasos. ¡Magnífico! exclamó el ejecutante despues de recorrer con la mirada los filos de aquellas armas que conservaba en ambas manos. Como son tan bien templados los filos no han sufrido ni la más ligera melladura; de manera que podemos tener la confianza necesaria para servirnos de ellos en primera oportunidad.

—Perfectamente, amigos, dijo Aldama, nuestro ensayo no ha salido del todo malejo.

—Ya veremos la comedia, agregó Quintero, porque de nada servirá tan buen ensayo si la comedia va saliendo mala.

—Lo que bien se ensaya, afirmó Blanco, bien se representa.

—Pues lo que es con el ensayo hemos concluido, y Quintero envainó los machetes, levantó el colchon de su lecho y los ocultó entre este y el banco de cama, agregando:

—Aquí quedan bien, miéntras esta tarde, conforme á nuestro plan queda vacia la accesoria.

—Es decir, que por hoy hemos concluido, dijo Blanco.

—No del todo, porque el estómago de D. Felipe María Aldama le está pidiendo á gritos algo caliente que vigorice y reanime su existencia.

—Precisamente pasó lo mismo al de vuestro amigo Quintero, y justo es responder á su llamado.

—Dichosos VV. que piensan tranquilamente en llenar la tripa: yo me largo á ver si de improviso le caigo al galanteador de Manuela para medirles las costillas ó cuando ménos sacarle un ojo de su órbita, para que lleve un recuerdo de mi mano que no olvidará en toda su vida.

—Miéntras estamos empeñados en el compromiso que tenemos entre manos, observó Quintero, no debes tú andar haciendo retos ni provocando cuestiones que pudieran entorpecer tu asistencia á lo que tenemos pactado.

—Bien dicho, agregó Aldama, miéntras nnestro negocio se realiza, no nos pertenecemos. A lo dicho y nada más.

—Entónces haré como mis amigos, dijo Blanco, atendiendo al estómago y para esto vamos á casa de mi tia, hasta el Salto del Agua, para volvernos á reunir aquí, á las siete de la noche. ¿No es esto?

—En punto, afirmó Quintero.

—Pues abur camaradas, que á la hora de refectorio no hay fraile arrepentido. Y Blanco despues de estrechar las manos de sus consocios salió de la accesoria con precipitado paso.

—No os invito á comer, dijo Aldama á Quintero, porque no es conveniente que nos presentemos reunidos en ninguna parte. Esta tarde haré mi visita á la Acordada para que no extrañen mi ausencia, y hasta la noche, amigo mio.'

—Hasta la noche, repitió Quintero al salir de allí Aldama. Minutos despues hacia lo mismo el primero, cerrando por fuera y dirigiéndose al centro de la ciudad

CAPITULO X.

Para embaucar; las mugéres.

Nuestros lectores creerán que hemos relegado al olvido uno de los hilos que constituyen la tela de nuestra fábula; supuesto que han trascurrido página tras página, y acontecimiento sobre acontecimiento, despues de haber dejado al impresionable Mauricio Monseli, Baron de Alcolea, convertido en estátua sin pedestal, y parado á la entrada de la capilla del Hospicio de San Nicolás en la calle del mismo nombre, devorando con la mirada á la provocativa Manuela en el balcon de la casa del frente; sin que hayamos tornado á ocuparnos de la una y del otro; pero bastará para destruir la calificacion de ese aparente cargo, reflexionar que los acontecimientos

aunque verificados al mismo tiempo, y en el propio dia algunos de ellos, al narrarlos tenemos que seguir el órden que nos va permitiendo su hilacion, para trasladarlos al papel en el número de líneas que unas á otras se suceden al trazar con la pluma la variedad de sus respectivas escenas. Hecha esta pequeña salvedad tomemos ese hilo para que entre á figurar en el sitio que con toda regularidad le corresponde.

Es la hora crepuscular del mismo dia á que acabamos de aludir, y es un pequeño gabinete de la casa de Mauricio en la calle del Hospital Real número 13, á donde por primera vez nos introducimos. En ese gabinete y en un canapé de muelle asiento tapizado de cerda negra' se encuentra una muger á la que la naturaleza no pudo ser más esquiva para negarle sus gracias, desposeida por consiguien'e, de todo interés, de todo atractivo personal y de todo accidente que pudiera calificarse de excepcion en tan general fealdad. Quizá la dotacion moral satisfaria con ventaja; pero lo cierto es que en la física era fea, muy fea. A una estatura bastante baja, reunia un grueso desproporcionado: su frente deprimida á angosta se hacia más notable por hallarse calzada en su nacimiento con la abundancia de sus gruesos y negros cabellos: sus ojos pequeños y redondos, tenian sin embargo, gran vivacidad en la mirada; su nariz era ancha, su boca grande, y sus lábios tan delgados, que parecian hundirse constantemente al interior; sus carri-

llos eran bastante llenos, el color de su cutis algo bronceado, y el término de aquel oval rostro venia á ser determinado por el punto saliente de aquella su puntiaguda barba. Como contraste de aquel conjunto parecia revelarse el excesivo aseo de su persona con el mismo que ofrecia su ropaje, y la frescura de su edad, supuesto que apénas contaria 23 años en la carrera de su existencia.

A conveniente distancia, y sentado en una silla, la acompaña un hombre, con el cual, segun el giro de la conversacion que sostiene en los momentos que á ellos nos acercamos, parece que llevan algun tiempo de razonar en su diálogo.

—Nada tan extraño como su tardanza, decia la dama. Ya sabeis que á esta hora nunca falta de casa, y tan dilatada ausencia, al sobresaltarme por ella, me pone en gran cuidado.

—Los hombres; muchas veces, contestó el individuo, tenemos compromisos que á nuestro pesar, interrumpen ó varian las costumbres establecidas. Entiendo que no debe..... pero me parece que le oigo hablar en el patio.

—Sí, sí, afirmó la dama, él es.

—Lo cual hará desaparecer vuestras impaciencias y vuestros temores.

—Buenas tardes, ó mejor dicho buenas noches, dijo la voz de un individuo que tras la vidriera de entrada

de comunicacion con el corredor, articulaba esas frases avanzando al interior del gabinete para agregar: ¡Hola, mi buen Narciso, ya os consideraba yo en casa.

—Más de media hora, contestó el nombrado devolviendo el saludo. Y en verdad que la ausencia de mi amigo Mauricio nos habia puesto en cuidado.

—Buenas noches, Feliciana, agregó Mauricio tendiendo su mano á la dama.

—Increible es la ansiedad que me causa tanta tardanza, murmuró aquella percibiéndose en la entonacion de su acento la cólera reprimida.

—Las mugeres creen, añadió Mauricio, que el hombre no tiene más atenciones, que las de estarse metido entre las faldas. Y es brava cosa, en verdad, encontrarse al llegar á casa con moditos y carita, despues de los disgustos que ciertos negocios proporcionan.

—¿Habes tenido algun disgusto? interrogó Narciso.

—Sin duda; y del cual no sé cómo salir, afirmó Mauricio, tomando asiento en el extremo desocupado del canapé.

—Me parece, observó la dama, que la manifestacion de interes y de cuidado no debiera merecer esos reproches. No teneis costumbre de llegar tan tarde, y nada más natural que alarmarse.

—Bien, bien, Feliciano. Tendreis razon, pero lo que es á mi no me falta, y Mauricio dirigiéndose á Narciso continuó: Deseo hablaros sobre el negocio que me ha

causado el disgusto de hoy y saber vuestra opinion sobre el resultado que calculeis debe producirme.

—Estoy á vuestras órdenes, dijo Narciso acercando su silla al asiento de su amigo.

La dama que consideró estar allí de más en aquellos momentos, se levantó de su asiento y dirigiéndose á Narciso balbutió: Buenas noches, para desaparecer por la puerta de comunicacion con las demás habitaciones.

—¿Qué tenemos? interrogó Narciso.

—Esperad, y Mauricio viniendo á la mesa de estorbo en la que el quinqué iluminaba la estancia, puso delante de este un velador, de manera que al hundir en las sombras el sitio del canapé, el foco de luz llenara la puerta por donde habia desaparecido la dama, y el aposento inmediato. De este modo si alguien viene, dijo regresando á su asiento, de este modo sabré cómo debo hablar.

—Ya os escucho, y Narciso prestó atencion.

—No teneis una idea, querido amigo de lo que me ha hecho sufrir toda la mañana esa provocativa muger, esa condenada Manuela.

—¡Qué hermosa es! ¿no es verdad? esa muchacha en otros pañales, en otro ropaje distinto del que viste, rivalizaria con ventaja á muchas mugeres que á su frente llevan ceñida una corona. Tan hermosa como seductora, seria envidiable modelo para la Venus, la más magnífica del cincel más acreditado. ¡Qué formas re-

vela bajo la modestia de su ropaje! ¡Que morbidez, qué turgencia, qué nácar tan delicado el de su seno, qué alabastro el de su garganta, qué redondez de brazos, y qué tesoro de voluptuosidad parece esconder en todo su conjunto, como en todos sus movimientos, como en todas sus acciones! ¡Oh! esa muger es la realidad de las ilusiones, la certeza de lo ideal, la.....

—¡Callad, oh callad, Narciso! que me haceis mal, dijo Mauricio con acento turbado interrumpiendo á su interlocutor, ¡callad! no me hableis de ese modo y escuchadme.

—Pardiez, querido Mauricio, que no os creia tan entusiasmado con semejante criatura; y mucho ménos cuando teneis objeto á quien consagrais vuestros afectos.

—¡Oh! No me hableis tampoco de ello, cuando solo uno de los caprichos que tenemos en nuestro cuarto de hora, pudo haberme asociado á una muger tan fea. Tan fea como su nombre lo canta ¡Feliciana! Y más fea para mí desde que la imágen de Manuela está aquí y se encuentra aquí. Y Maricio golpeó con su mano la frente y el corazon.

—¡Caracoles! querido baron. Me parece que solo os incendiais.

—Es verdad; pero no lo es ménos que necesito del testimonio de vuestra buena amistad.

—¿Para que os sirva de.....

—No acabeis Narciso, dijo Mauricio interrumpiéndole. Nada os propondré que sea impropio de nuestra amistad. Voy á ser franco. Ya sabeis que yo tengo ciertas preocupaciones, como decis, del título que poseo, de mi dignidad, de mi orgullo si quereis; pero que hacen resistente mi carácter, para descender hasta bajarme de pronto á una muchacha de la clase á que pertenece Manuela. Esto será indudablemente; porque aunque me cueste el título ha de llegar á ser mia; pero de pronto necesito vuestros auxilios, es decir, vuestra compañía, vuestras genialidades y esa confianza que tan bien sabeis jugar, para que yo adquiera la misma y domándose poco á poco mi orgullo pueda plantear la batalla de que en el ataque seré yo solo el ejecutor. A esto solo se reduce mi solicitud.

—Podeis contar conmigo, querido baron, ¿cuándo quereis comenzar ese ataque?

—Mañana mismo, si no teneis inconveniente.

—Ninguno. Ya sabeis las horas de que puedo disponer, y las que desde luego son vuestras.

—Gracias, amigo Narciso. Nada tengo que recomendaros de sigilo y reserva.

—Hablais con un muerto, Mauricio.

—Así lo creo, y supuesta vuestra generosa condescendencia, mañana en la tarde nos reuniremos, ¿Sitio y hora?

—Portal de Mercaderes, tres y media de la tarde en punto.

—Seré ingles para la cita.

—Como yo agradecido á vuestra amistad.

Media hora despues, nuestro personaje Narciso Penosilla abandonaba el gabinete y la casa de su amigo Mauricio para tomar por las calles de San Juan de Letran, Santa Isabel, Mariscala, Santa Veracruz, Callejon de este nombre, siguiente de Maguellitos y plazuela de Juan Carbonero hasta la casa habitacion de Manuela, para retirarse de ella despues de algun tiempo, rumbo á su domicilio calle del Factor, murmurando estas palabras:

—Perfectamente. Poderoso caballero es D. Dinero.

Era la tarde del siguiente dia: la lengua de bronce del relox de Catedral lanzaba al espacio sus vibraciones marcando las tres y media, cuando por distintos rumbos, y en el centro del portal de Mercaderes, se reunian dos hombres, cambiándose entre ellos las siguientes palabras:

—Puntual como un relox, querido Narciso.

—Exacto como un ingles, amigo Baron. Vamonos.

Y enlazándose ambos brazos tomaron rumbo á la casa de la calle del Hospicio de San Nicolás á donde nos anticiparemos algunos momentos.

Es una especie de entresuelo con escalera pegada á la puerta de entrada y cuyos altos constan de tres habitaciones, una alcoba, un recibimiento y una cocina.

Ocupémonos de la segunda cuyo menage consiste en un canapé asiento de paja, algunas sillas idem, dos rinconeras, y una mesa cuadrilonga de pino blanco: su alfombra ó estera la constituyen petates del heroico pueblo de Xochimilco. Al frente del estrado hay un balcon con vista para la calle y cerca de aquel y sobre el petate se mira un canastillo, que conteniendo en su fondo carretes de hilo, devanadores, canutero, tijeras etc., demuestra ser el costurero de dos mujeres, que sentadas en pequeñas sillas, contienen sobre sus faldas los lienzos de sus respectivos trabajos, aunque suspendidos en los instantes que á ellas nos acercamos, supuesto que una tiene en sus manos una guitarra que tañe con admirable maestría, miéntras que la otra aplaude y festeja aquellas melodías que parecen comunicarles la expresion gratísima que revelan sus semblantes.

—Vaya, mi querida Rosa, que tus dedos sobre las cuerdas de la guitarra hacen producir sones que son capaces de sacarme de mis casillas.

—Como tú me sacas a mí, querida Manuela, respondió la ejecutante, cuando cantas de esa manera melancólica, apasionada, de ese modo que parece que te desmayas, que te.... Estoy segura de que el bombachon ó el estafermo de ese tu pretendiente se va á quedar como tonto en vísperas, si no es que se le cae la baba ó languidece tambien ó pretende morirse contigo ¡Já já! Y luego como deveras estás otra..... ¡Vaya, va-

ya! solo á tí puede ocurrírsele que con la bata suelta del talle, solo prendida de la garganta, con las mangas abiertas y con todo ese desórden que le llamas coqueto, has de conseguir atarantarlo para que rabie, y se embruje, y te divierta, y se divierta D. Narciso, para lo cual gasta su dinero y de ribete me divierta yo participando de la conveniencia que me resulta por servirte como á mi buena amiga..

—Miéntras podamos divertirnos, Rosa, vamonos divirtiendo y rabie el que rabie; pero siento ruido. Ellos son. Toca unas boleras y ya verás.

Rosa, despues de un estrepitoso registro tocó la primera estrofa de unas boleras y á su tiempo con un acento vibrante se hizo escuchar Manuela cantando:

Todos los hombres tienen en el sombrero
Una hevillita falsa, ¡á caray!
Falsa como son ellos.

—¡Magnífico! Muy bien Manuela. No conocia yo esas gracias, dijo Narciso acompañado de Mauricio presentándose ambos en el centro de la estancia. Muy bien, igualmente por las manos que tañen esa guitarra.

—Perfectamente bien, agregó Mauricio.

—Buenas tardes, señores, dijo Rosa abandonando el instrumento que de una mauera conveniente colocó sobre la mesa.

—Buenas tardes, repitió Manuela disponiéndose á continur su trabajo. Tomen VV. asiento y pueden mandarnos.

—Gracias, contestaron los dos amigos ocupando su respectiva silla. Narciso agregó:

—Mi amigo el señor baron necesita de algunas costuras y satisfecho del trabajo anterior desea que os encargueis de ellas.

—Así es, afirmó Mauricio, porque los vuelos quedaron muy á mi gusto.

—¿Y á qué se reducen ahora esas costuras? interrogó Manuela.

—Ropa blanca, como sábanas, fundas de almohada con vuelos, camisas tambien con vuelos, calzoncillos y algunas otras cosas que probablemente se irán ofreciendo.

—Pues ya sabe V.. dijo Manuela, que mandando las medidas y la muestra con la tela al mismo tiempo, será servido.

—Ye se lo habia yo dicho á mi amigo Mauricio, advirtió Narciso; pero quiso veros ántes para ver si podiais encargaros de ello. Me alegro de vuestra afirmacion y más todavía de haber llegado en momentos que me han hecho conocer vuestra voz en el canto y la manera de tañer de vuestra compañera: ¡Oh! podeis

estar segura de que tanto el baron como yo, hemos sido sorprendidos gratamente.

—De gran cosa, señores, balbuceó Rosa, al ménos por mi parte.

—Oh! admirablemente bien. Magnífico, dijo Mauricio, y si yo tuviera alguna confianza....

—Yo creo tener la necesaria, objetó Narciso, al ménos para satisfacer los deseos de vuestra indicacion. ¿Quereis oir tocar y cantar? Pues lo mismo me pasa á mí, y como dos muchachas tan lindas como Rosa y Manuela no deben ser mezquinas con las gracias en que abundan creo que nos darán testimonio de ellas repitiéndolas para complacernos.

—Yo lo hago muy mal, observó Rosa, pero rogado será peor, y al decir esto tomaba la guitarra que Narciso ponia en sus manos, ejecutando inmediatamente un registro ruidosísimo.

—Así, así! Viva la alegría y al que la música no le anime es necesario declararlo estoico, ¿no es verdad baron? Y Narciso volviéndose á Manuela prosiguió: Ahora una de esas canciones que nos hagan saborear el acento argentino de vuestra dulcísima voz.

Manuela miró fijamente á su compañera como evocando sus recuerdos, mas como su silencio se prolongara algun tiempo, aquella la dijo:

—Cualquier cosa, niña, que cantar es de lo que se trata.

—Calma, calma, contestó Manuela, que estoy pensando si agradará más á estos señores algo serio ó quien sabe si algo de lo que tú llamas picante.

—De ambas cosas, de ámbas cosas, dijo Narciso, que todo deberá ser de buen gusto, ¿no es verdad baron?

—Ya lo creo, contestó Mauricio, una boca tan bonita como la de la linda Manuela, no puede producir nada que no sea satisfactoriamente gracioso; al ménos para mí.

—¿Deveras? pues me alegro de saberlo. Y Manuela miró á Mauricio de una manera particular, á la vez que sus lábios dibujaron un lijero mohin; volviendo á Rosa para decirle: Los ojos.

La guitarra impulsada por los dedos que movian las cuerdas produjo sus armonias, y en el momento oportuno la voz de Manuela se hizo escuchar cantando:

No he visto no, ni en el azul del cielo
Una luz que mitigue mis enojos,
Como el rayo de paz y de consuelo
Que brota niña de tus lindos ojos.

Al terminar la segunda vez de cantada esta estrofa, con entonacion vibrante á la par que sentida, Mauricio exclamó:

—¡Oh muy bien! ¡magníficamente bien!

—No interrumpais, baron, dijo Narciso, dejad que termine y entónces aplaudiremos.

Manuela tornó á cantar.

Y pasas para mí mujer querida,
Como ángel fugitivo de la gloria,
Dejando en tus miradas una vida,
Y llevando en tu reir una victoria.

—¡Bien! ahora sí. baron. Aplaudid, aplaudid que el caso no es para ménos. Muy bien, Manuela.

—Solo una cosa es muy mala, agregó Mauricio, y es, que tan pronto se acabe.

—¿Cómo tan pronto? ¡estais fresco, baron! Si ahora vamos á oir algo de lo que Manuela ha calificado de género ligero, ¿no es verdad Manuela?

—Indicado por mí soy mujer de cumplirlo, y despues de decir algo á Rosa sobre el acompañamiento, Manuela cantó de nuevo:

Cuando dos quieren á una
Y los dos están presentes
El uno sube los hombros
Y el otro aprieta los dientes.

—¡Já, já, já! pues buen provecho les haga, dijo Narciso celebrando el verso.

—Vaya una ocurrencia, observó Rosa. Creí que ibas á cantar la de los toros.

—Muy buena, muy buena es esa, articuló Narciso y despues no lo será ménos la de los toros.

—Entendí que esa letra habiamos convenido, dijo Manuela; pero cantaré la que me indicais.

—Haber, haber, marcó Narciso estendiendo la mano y señalando con el dedo índice á un punto fijo al que las miradas de todos vinieron á converger. ¿Es eso un alacran?

—¡Ah! ¡ah! exclamó Rosa levantándose violentamente y demostrando impétus de arrojar la guitarra.

Manuela sonrió tranquilamente diciendo á su compañera:

—Vaya un escándalo, Rosa, ¿no ves lo que es? Alacranes de esta especie no pican, ni hacen mayor daño, y sacando un pié fuera de la fimbria de su ropaje recogió el cordon que habia engañado á Narciso y que casual ó intencionalmente estaba fuera de su sitio, procediendo á ensartarlo en los ojillos del borceguie con una calma y una naturalidad admirables, miéntras que Mauricio devoraba con la mirada el prodigio de aquel piecesito enano, de forma admirable y tentadora.

—¿Qué quieres? contestó Rosa, á mí todo bicho me acobarda, miéntras que á tí ni los ponzoñosos, ni los cornudos te meten miedo.

—Con que es de ánimo resuelto y valeroso, Manuela, observó Mauricio.

—Mejor que lo sea, aprobó Narciso, pero no se olvide que estamos esperando la de los toros. ¡Vamos Rosa!

Rosa que habia vuelto á ocupar su asientó hizo de nuevo sonar la guitarra y á su tiempo Manuela cantó:

En la plaza de los toros
Una muger dió un chillido
Porque al ver salir al toro
Creyó ver á su marido.

—¡Já, já, já! Bravo, Manuela, muy bien, aplaudió Narciso.

—¡Otra, otra vez! pidió Mauricio, no solo por el verso sino por la tonada.

—La misma tonada, pero con otro verso, y Manuela volvió á cantar:

Yo me casé con V.
Por dormir en blanda cama
Y ahora me va V. saliendo
Que el colchon está sin lana.

—¡Magnífico! ¡já, já, já! Eso es lo mejor, dijo estrepitosamente Narciso.

—¡Oh, oh! agregó el baron, esto sí que merece un mediecito nuevo, como igualmente la repeticion, Y sacando del bolsillo un portamonedas bien provisto, tomó de él dos escuditos de oro para poner cada uno de ellos en cada una de las manos de las ejecutantes, añadiendo: Bien merecido, pero otra vez, otra vez.

—Gracias, dijeron á un tiempo las dos muchachas recogiendo el escudo.

Rosa tornó á la guitarra pero á los primeros compases de su acompañamiento fué interrumpido por un recio traquido: la prima se habia roto.

—Fatalidad, dijeron á un tiempo los dos amigos, ¿y no hay otra?

—No señor, contestó Rosa.

—Pues en penitencia de semejante fatalidad, pidió Mauricio, aunque sea sin prima ó en último caso aun sin música.

—¡Oh no! contestestó Manuela, como debe ser ó nada.

—Pan con pan, es el bocado más fatidioso que puede haber para un paladar de buen gusto, y el mio es de semejante condicion.

—Pues lo mejor será, observó Narciso, que al traer mañana las medidas de las costuras que solicita el baron traiagamos una prima ó varias para evitar el chasco de ahora.

—Como VV. gusten.

Un cuarto de hora despues saliendo de aquella casa Mauricio murmuraba:

—¡Oh! Esta mujer es capaz de volverme loco, si no es que estoy ya medio trastornado.

Al separse los dos amigos dándose cita para la tarde siguiente Marciso repetia:

—¡Bien por Manuela! ¡Para embaucar; las mujeres!

*

CAPÍTULO XI.

Tras una quimera.

Continuamos en la habitacion de la casa del Hospicio y en la compañía de aquellos dos diablillos con faldas que de acuerdo con Narciso, ó más bien dicho, de acuerdo con los cambiantes deslumbradores del dinero con que son remuneradas, desempeñan cada una el papel que á cada una corresponde.

Sobre la mesa existente en la estancia en que ayer hemos pasado algun tiempo, se mira una charola cubierta por una servilleta, conteniendo un platon surtido abundantemente de soletas, rodeos, puchas, un regular trozo de queso, y dos botellas cerradas y lacradas, en

cuyas etiquetas se lee: "Moscatel español.—Suprema clase."

—No sé porqué me parece, decia Rosa á su compañera, que si la cosa sigue como va, el dia ménos pensado quedas convertida en la señora baronesa de Alcolea.

—Qué disparate, Rosa. No parece sino que no me conoces á mí.

—¡Ay, Manuela! ¡Dádivas quebrantan peñas!

—No lo creas. Ya sabes que yo tengo malos pensamientos, pero no malos gustos; y sobre todo, que el tal baron me chocó desde la primera vez, y esa primera impresion es muy difícil, si no imposible, destruirla. No es mas que un gallazo de espolones duros con pretensiones de jóven á la moda que le está tanto como á mí las peinetas que hoy han dado en usarse.

—Pues eres una ingrata, porqué él se derrite en tu presencia, se duerme mirándote y....

—Se le cae la baba, ¿no es verdad? dijo Manuela interrumpiendo á Rosa. Pues que se le caiga, que se derrita, y que se acaramele, y que rabie, que es de lo que se trata, para que crea que hay toros porque ve la plaza y al último se encuentre conque ¡pobre tonto! no se hizo la miel para la boca del asno.

—Si tu Joaquin supiera tanta lealtad!

—¡Pues no ha dado en estar celoso! ¡Vaya si me ha molido por los borceguíes, y la bata, y sus amenazas de rajarle el alma al que se atreva á camelarme.

—¿Y seria capaz de hacerlo?

—¡Qué se yo! él se pone furioso, amenaza y vota, y dice que se comerá al mundo entero, pero luego sucede que los más echadores son los más fanfarrones.

—¿Y tú no les tienes miedo?

—Ni á él, ni al baron, ni á ningun hombre; me sobra valor para todos ellos.

—Dichosa tú, Manuela. Lo que es yo me acobardo como un niño inmediatamente que un hombre se enoja.

—¡Tonta! Ese miedo te hace sufrir más de lo que debieras. A mí me sucede lo contrario. La cólera de un hombre me infunde valor, y me pone en estado de resistirle.

—Cada una es dueña de su ánimo; pero, siento pasos en la escalera, deben ser ellos.

—Sí, ellos serán. Ahora verás á mi moscon.

—No tan alto, Manuela, que si te oye puede espantarse.

—No lo creas; y aun cuando así fuera, con sujetarme el justillo en su presencia como al descuido; con sujetar el cordon á los ojillos del borceguí como ayer;

con una de esas miradas que tú calificas de dormidas, ó con una sonrisa de mi boca, lo verias arrastrarse á mis piés como mendigo, recogiendo la limosna que yo me digne arrojarle, para que alimente el delirio de sus deseos.

—Cállate, por Dios, que ya están ahí:

—Hasta estos momentos voy mirando que dejé olvidado en casa lo principal, dijo el Baron de Alcolea al entrar á la estancia, dirigiéndose á Manuela á la que tendió la mano para saludarla agregando: Tan famosa como siempre, ¿no es verdad?

—Vaya, señor baron, contestó Manuela, que si he de juzgar de vuestro afecto por el modo de apretarme la mano, tendré que confesar que me lo profesais tan fuerte como expresivo.

—Si este Mauricio es así, murmuró Narciso saludando á su vez. Felices Manuela. Buenas tardes Rosa.

—Sientense VV., indicó la última.

—Creí que el criado habia cometido una torpeza, añadió Mauricio al sentarse, como su compañero; pero veo sobre la mesa lo que he mandado á VV.

—Mil gracias, dijo Rosa.

—Yo tambien cumplo lo que ofrezco. Aquí teneis, no una, sino media docena. Y Narciso sacó de un papel seis primas de guitarra que entregó á Rosa, ahora á vos toca cumplir; y miéntras está listo el instrumen-

to yo destapo una de estas botellas, para que despues de humedecida la garganta, Manuela nos haga escuchar sus melodías, ¿no es verdad, baron?

—Lo deseo ardientemente, contestó aquel cuya mirada intensa y profunda tenia fija sobre el objeto de sus aspiraciones.

—Vaya, señor baron, articuló Manuela sosteniendo con ventaja aquella mirada al mismo tiempo que reia al hablar. Vaya que esta tarde, sois otro del que habeis venido ayer: me saludais con una presion de mano tan afectuosísima que..... por poco me haceis daño' y ahora me mirais, me mirais de un modo que..... y como yo soy tan.... tan así, como medrosa, como.... no sé,—y Manuela bajó la voz,—no sé si me quereis decir algo.

Mauricio desconcertado con aquella avilantez hizo seña á Manuela indicando la presencia de Rosa y de su compañero.

—¡Ah! no tengais cuidado, balbuceó aquella picarezca criatura, que cada cual está en su negocio, Rosa poniendo la prima en la guitarra, y D. Narciso con sus botellas de vino.

Las vibraciones del instrumento músico siguieron inmediatamente á las últimas palabras de Manuela, y tras aquellas la voz de la ejecutante, anunciaudo que estaba lista.

—Pues á cantar, dijo Narciso, y despues á tomar alguna cosita que para todo habrá tiempo.

Tal como acababa de indicar Narciso, se verificó. Rosa con más desembarazo, con más confianza que la tarde anterior, hizo lucir la agilidad de sus dedos, además de los acompañamientos de las canciones, en diversas sonatas propias de la época y que merecieron la aprobacion y aplauso de sus oyentes. Manuela cantó, y cantó con la entonacion natural que poseia, dando á su acento las cadencias que convenian para llenar el objeto propuesto, alcanzando en cada una de ellas, un triunfo satisfactorio para sí, al mismo tiempo que para el papel, que en aquel juego se habia prestado á desempeñar. El Baron de Alcolea cada vez estaba más fascinado, y por consiguiente cada vez más empeñado en la realizacion de sus proyectos.

Al terminar la tercera cancion á cuyo tenor menor Manuela habia impreso una languidez propia de la intencion voluptuosa de sus versos, los aplausos de Mauricio, fueron tan entusiasmados, que su amigo encarándose á él le dijo:

—¡Bravo, Mauricio! Es necesario al aplaudir, aplaudir vuestro entusiasmo. Bien merece, en verdad una copa. Y tomando una de las cuatro que habia servidas sobre la mesa, la puso en manos de aquel, como las otras en cada uno de los circunstantes, concluyendo:

—Proponed el brindis y á brindar.

Mauricio tocó su copa con las demás diciendo:

—A la salud de la bellísima Manuela.

—Bien, dijo Narciso chocando el cristal y apurando todos el líquido.

—No es malo el moscatel, y Narciso paladeó y con gusto.

— Como que es español, advirtió Mauricio.

—Con razon tiene ese gusto, observó Manuela; ¡es tan sabroso!

—¿Os gusta su sabor, Manuela? interrogó Mauricio.

—¡Cómo no! muchísimo.

—Pues no tengais cuidado, que moscatel español no os faltará.

—Y para que sea cierto, añadió Narciso, algo de canto y tornemos á las copas.

—Sí, sí, á cantar. Otra cancion y despues á beber afirmó el Baron, que entre cantos y brindis en compañía como la de Manuela el tiempo se pasa sin acordarse de otra cosa.

Y conforme á la indicacion anterior, nuestros personajes pasaron la tarde en el sentido que caracteriza la escena á que hemos concurrido.

Al terminar la luz y ya en pié para despedirse los dos amigos, Mauricio proponia el último brindis diciendo á Manuela:

—A vuestra salud y por la realizacion de mis deseos.

—Por lo primero, contestó Manuela, y no por lo que no os entiendo.

—Ya, ya se explicará mi amigo Mauricio con más claridad, dijo riendo Narciso.

—Sí, porque soy muy tonta, añadió Manuela.

—Mañana, como os he dicho, concluyó Mauricio, repararé el olvido de hoy trayendo las medidas de los vuelos.

—Cuando gusteis, señores, contestaron á la vez Rosa y Manuela, al tiempo que aquellos salian para la calle.

—¿Qué juicio formais de vuestra empresa, querido Baron? interrogó Narciso en su camino de retirada.

—Que la cosa marcha bien, amigo Narciso. Ella tiene tanto de incitante como de vanidosa: se cree veterana en primera línea, muger de mundo, capaz de envolverme en sus redes; pero yo creo deslumbrarla con mis argucias y ceñirme los laureles de la victoria. Mañana pienso venir solo, si os parece, para avanzar ganando terreno.

—Bien pensado, ya pensaba proponéroslo; y en tal caso en la noche me dareis noticia en vuestra casa de vuestros avances.

—Perfectamente, Narciso, y gracias por vuestras condescendencias.

—Que cierto es; dijo el último nombrado al separarse del Baron, que un capricho, una fascinacion nos hace topos para conocer la realidad de las cosas, nos hace insensibles para comprender que los rayos del sol que tuesta nuestro cutis se desprenden del astro que ilumina el dia para seguir solamente los impulsos que excita nuestro propio error. Mauricio cree que camina viento en popa á la realizacion de sus deseos, sin conocer que marcha tras una quimera, cuyo descubrimiento, tal vez, le sea funesto. Tras una quimera, porque no es otra cosa, ni representa más esa muger, que el instrumento de la venganza de otra muger y de cuya venganza, que á mí me interesa su realizacion, depende mi triunfo. ¡Quizá tambien sea mi quimera! pero así es la fuerza de las pasiones del hombre; así la corriente de los vicios que en el mundo arrastra al hombre.

Y Narciso al terminar su monólogo se confundió entre los transeuntes.

Daban las diez de la mañana del siguiente dia en el relox del Palacio de los Vireyes, cuando el Baron de Alcolea á paso rápido avanzaba por la banqueta naciente en los muros de ese edificio para seguir á la calle del Seminario, doblar á la derecha, Santa Teresa la Antigua y siguiente Hospicio de San Nicolás, hasta la casa de Manuela á la que alegre y festiva, como siempre saludó con estas palabras:

—No quise esperar hasta la tarde por tener ántes el

gusto de veros trayendo al mismo tiempo las medidas de los vuelos.

—A cualquiera hora sois bienvenido, contestó Manuela, podeis tomar asiento.

—Gracias, y al tomar asiento en la silla con que habia sido invitado concluyó: ¿Y Rosa que no la veo por aquí?

—Ha salido de casa.

—Casualidad feliz la de que no me acompañára Narciso y la de la ausencia de Rosa para tener el gusto de estar solo, solo en vuestra compañía y deciros que os amo querida Manuela, que sois el objeto de mis pensamientos, de mis.....

—¡Já, já! pues estoy divertida, señor Baron, dijo Manuela produciendo sus lábios aquel mohin que además de serle tan natural le estaba perfectamente. ¡Hablarme á mí de amorios un caballero de vuestro linaje! hablemos de la costura que es de lo que nos corresponde.

—No Manuela. A mí no me corresponde hablaros de otra cosa, que de la pasion que me habeis inspirado, que de.....

—Mirad que vais á importunarme con esas cosas, y como no me conoceis bien, no sabeis de lo que yo soy capaz una vez enfadada.

—¡Ah no! Pues no os enfadeis conmigo, porque es precisamente contraria mi intencion: ademas, que el

enfado en vuestro semblante os hará perder la gracia de vuestra natural hermosura.

—Las medidas de las costuras, señor Baron, dijo Manuela desentendiéndose de las últimas palabras de aquel.

—Aquí las teneis, contestó Mauricio sacando del bolsillo un papel, para concluir despues de examinarlo: ¡Qué torpe soy! he dejado olvidadas las de los vuelos de las fundas, las de los vuelos de las camisas y las de los vuelos de.....

—Me ocurre, señor Baron, observó Manuela interrumpiéndole á la vez que sonreia, que sois muy aficionado á los vuelos.

—Creo que sí, contestó Mauricio, porque quiero ensayarme para volar.

—¿Pretendeis volar?

—Sin duda: volar á cierto cielo.

—¡Cierto cielo! ¡ah, ah! ¡pues vaya una pretension!

—Sí, sí, prosiguió Mauricio con mayor calor, á un cielo en el que no pierdo las esperanzas de entrar.

—¡Já, já! estais chistoso, señor Baron, y Manuela acentuó las siguientes palabras con marcada intencion: A ese cielo solo entran los bienaventurados á quienes su dueño franquea la entrada por los merecimientos de su martirio para poder ceñirse la corona de su victoria.

—¿Y será muy penoso el calvario de ese martirio?

—Dependerá de circunstancias imprevistas emanadas del carácter caprichoso y voluble de la que es dueña de la gloria, de ese cielo para el que pretendeis vuestros vuelos; porque ya lo habeis oido, voluble como la veleta, caprichosa como un niño.

—Nada, nada arredrará al aspirante de querubin para ser morador de esa gloria.

—¡Já, já! Si fueramos á creer las mujeres en esas protestas de todos los hombres, ya tendriamos en que divertirnos. Por mi parte os aseguro que me divierte escucharlas. Y Manuela rió de buena gana para agregar: Como me divierte, y mucho, que se me diga: Las miradas de esos ojos calcinan; la sonrisa de esa boca enloquece; el aliento de ese pecho embriaga, y el conjunto de ese tesoro anodada. Mentira señor Baron; mentira todo eso que tan acostumbrada estoy á oir, y que no quiere decir otra cosa que pretensiones que no se me escapan, y cuya negativa produce efectos que son los que me divierten. ¡Vaya si es divertida para mí la empresa de que entienda lo que no quiero entender! ¡Já, já, já! tales casos me ponen de buen humor por cierto, y cuando así estoy me acompaña el capricho de la condescendencia.

—Pues la aprovecharé suplicandoos que seamos buenos amigos.

—Si así no os hubiera tratado, seguramente no hubieramos departido como lo hemos hecho.

—Es decir que me considerais vuestro amigo. ¡Gracias Manuela! Pero tanta fortuna merece celebrarse, y si no lo llevais á mal creo que no faltará con que hacerlo. Y Mauricio señaló la mesa sobre la que se veia abierta una de las botellas de vino destapadas la tarde anterior. Por fortuna es ese moscatel que tanto os gusta.

Manuela, obedeciendo á la indicacion, se dirigió á la mesa recogiendo ántes la bata que tenia suelta para ceñirla á su talle, estendió el brazo artisticamente que quedó desnudo por la abertura de la manga que quedó hácia atras, y sirvió dos copas del contenido de la botella que colocó de nuevo en su sitio. Mauricio que no perdia uno solo de los movimientos de aquella muger á quien devoraba con la mirada, la dijo:

—Voy á pediros otro favor, y es el de que me llameis Mauricio simplemente.

—Pareceis viento; pero sino es más que eso, el vino está servido Mauricio.

—¡Oh gracias, Manuela! y el Baron se levantó del asiento, puso una copa en manos de su interlocutora, empuñó la otra y despues de chocar ambos cristales dijo con acento expresivo:

—A vuestra salud, querida Manuela y á la buena amistad que con esta copa inauguramos.

—A la vuestra y á esa buena amistad, Mauricio, y ambos apuraron el líquido.

—Gracias, mi buena amiga Manuela, dijo Mauricio con entusiasmo quitándole la copa de la mano, y dejándose llevar de un movimiento rápido levantarla con ímpetu para estampar en ella un beso.

—Zape, señor baron, articuló Manuela retirando la mano con violencia. ¡Caspita! que sois más que el aire. Aun no os he concedido el pié y ya pretendeis tomaros la mano. ¡Zape con los hombres que porque ven alguna franqueza, porque ven reir á una mujer, se figuran que todo el monte es de tomillo! ¡Vaya por lo que entendeis de buena amistad! Y Manuela dió á sus palabras un acento de severidad que desconcertó la audacia de su interlocutor.

—¡Perdonad Manuela, perdonad un arranque de entusiasmo!

—Perdonado estais en gracia de que me ha divertido la ocurrencia, já, já!

—¿Pero no me guardais rencor Manuela?

—Rencor no; pero sí es una nota acreditada en vuestra hoja de servicios.

—Perded cuidado que la borraré á fuerza de heroicidad en complaceros. Esta tarde volveré con Narciso para no perder la emocion que me hacen experimentar vuestros cantares.

—Cuando gusteis, contestó Manuela.

El baron se retiró de aquella casa murmurando al salir:

—No ha sido más que un artificio, una pantomima la fingida severidad de esta muchacha. Ella será mia con el tiempo.

Y nuestro personaje se alejó en tal creencia, sin conocer que marchaba tras una quimera.

CAPITULO XII.

La ronda nocturna.

Es de noche: la oscuridad y las sombras más densas envuelven la ciudad toda: la bóveda celeste está interceptada por el espeso velo de negros nubarrones, que al caer de la tarde impidieron la verificacion del poético crepúsculo, que al desaparecer el sol en el ocaso, determina esa claridad tibia, ese tinte melancólico que importa la trasmision arrobadora en celajes magníficos del espirar del dia, y el aparecer de la noche. Mas gruesos nubarrones á la par que el avance del tiempo no permiten la cintilacion de una sola estrella: el espacio atmosférico es más negro aún que el espacio terrestre que compone el radio de la ciudad; recias corrien

tes de viento hacen más desagradable la temperatura, produciendo el estruendo terrible que anuncia el rayo, conmoviendo hasta los cimientos de los edificios, á la vez que en lontanza rasgando la nube el relámpago, con sus fosforecentes fulguraciones, presagia la venidera tempestad, aumentando el aspecto lúgubre y sombrio de las calles que sin alumbrado público dejan ver en las más céntricas uno que otro farol cuya escasa y moribunda luz de una que otra casa de los vecinos más acomodados contribuye al aspecto desagradable de los tejados de madera sobre balcones y puertas de entrada, completando el conjunto del cuadro, el silencio y la soledad por la falta de transeuntes, sin embargo de no haber corrido el tiempo el tiempo más que las dos primeras horas de la noche.

Tal era el aspecto de la ciudad y tal el estado de la temperatura cuando un hombre embozado en su capa y con la cabeza cubierta con un sombrero de alas anchas, desembocando por la calle de Flamencos sube al Puente de Palacio (1) para detener su marcha en la parte más elevada de este, y despues de algunos momentos en

---

(1) Existente en su época, bajo el cual pasaban las aguas del canal que seguia bajo el Palacio municipal, y de cuyo puente tomó nombre el espacio asi conocido hoy entre la salida del portal de las Flores y esquina de la citada calle de Flamencos.

que deja comprender la vacilacion de su espíritu sobre el avance de su camino encogiéndose de hombros como quien ha tomado su resolucion, continúa descendiendo el puente, y atraviesa la plaza principal de Armas por entre la infinidad de barracas, jacalones y demás puestos de madera existentes en tal punto, hasta salir á la banqueta del atrio de Catedral y proseguir adelante, para entrar al callejon de Mecateros y Alcaiceria hasta detenerse sobre el quicio de la puerta de entrada para la casa de D. Felipe María Aldama.

—Creí no llegar á tiempo, murmuró quitándose el sombrero, á la vez que con el pañuelo secaba el sudor que vertia de su frente. En lugar de que me embromen por la tardanza, soy yo el que voy á burlarles, por el tiempo que tenga que desempeñar mi cuarto de centinela. Por fortuna no será muy largo, puesto que ya empiezan á dar las ocho. Y en efecto, el espacio fué herido por las vibraciones de las campanas de diversos templos en el toque de ánimas, siguiendo inmediatamente el murmullo de voces que por la parte interior de aquella casa se aproximaba á la salida, cuya puerta girando sobre sus goznes, la franqueó á dos individuos que á la vez saludaron al que esperaba con estas palabras:

—Ni los ingleses son tan exactos como nosotros en nuestras citas.

—Buenas noches, Quintero.

—Felices, caballeros, contestó el nombrado estrechando las manos de aquellos, y agregando. Solo que en esa puntualidad hay una diferencia. No es lo mismo esperar cómodamente bajo techo, el cumplimiento de la hora, que esperar á que esta llegue sufriendo la intemperie de noches como esta.

—¿Por qué no has subido? interrogó Aldama.

—Justamente, agregó Blanco, arriba habriamos echado una cana al aire, al mismo tiempo que fumado un cigarrillo.

—Porque yo, contestó Quintero, no puedo prescindir de los instintos de mi carrera. Como soldado, siempre que esté de fatiga la llenaré con la entereza de un buen militar.

—Entónces no hay que quejarse, dijo Blanco.

—Ni que perder el tiempo, añadió Aldama, en conversaciones inútiles, y mucho más cuando asunto nos ha de faltar para el tiempo que debemos consumir en la realizacion de nuestro propósito. ¿Tenemos alguna novedad que lo impida?

—Por mi parte ninguna, aseguró Quintero.

—Pues por la mia ménos, afirmó Blanco.

—Entónces á la obra y en marcha.

Nuestros tres personajes, embozados en sus capas, tomaron camino por la Alcaicería para salir á la calle de Tacuba siguiendo esta, la primera de Santo Domingo

y doblando á la derecha para la de Cordobanes sobre la acera de frente al templo de la Enseñanza, deteniéndose al extremo opuesto del zaguan de la casa número 13, habitacion de Dongo á la que las miradas de todos se dirigieron con ávida curiosidad.

—Qué oscuridad tan profunda, observó Quintero. A juzgar por la ausencia de luz de todos los balcones, se diria que esa casa está deshabitada.

—Así es mejor, dijo Aldama.

—No soy de la misma opinion, balbuceó Blanco.

—No parece sino que las sombras de tan negra noche se han dado de codo con las sombras de esa casa, y con las negras sombras que nos rodean, añadió Quintero para terminar: Como no resulte, como sucede, que salga á luz lo que se hace en las sombras!

—Si tuvieramos luz, afirmó Aldama, no estariamos aquí tan tranquilos, ni desempeñariamos nuestro objeto de la manera que lo hacemos. Lo que importa es tomar todas las precauciones necesarias para alejar toda sospecha; y para esto poneos de frente, Quintero, con eso si alguien llega que no sintamos sus pasos, cree al vernos que nos hemos encontrado y que tratamos de algun negocio importante.

Quintero ejecutó lo indicado, diciendo:

—Hombre prevenido vale por dos. Teneis razon Aldama, y no sin ella he creido que os correspondia de derecho la direccion.

—Observemos, observemos, dijeron casi al mismo tiempo aquellos tres hombres, y guardando un profundo silencio quedaron convertidos en estátuas á lo que persuadia su inmovilidad.

Idéntica á la oscuridad de la noche, al aspecto de ella, á su quietud y á la situacion de los tres observadores era la situacion de la calle, el exterior de la casa que asechaban, y aun la línea recta de su frente y espaldas, á larguísima distancia en aquella parte de la ciudad.

La inmovilidad y la observacion de nuestros personajes se prolongó cerca de un cuarto de hora, al fin del cual dijo Aldama:

—Ni se ve ni se escucha nada, y fijos en este sitio nos vamos á helar probablemente.

—Los habitantes de esa casa, observó Quintero, deben ser más severos que los mismos frailes de N. P. S. Francisco.

—¡Disparate! murmuró Blanco, si hubierais dicho Cartujos habriais acertado.

—Cambiemos de táctica, propuso Aldama, que así entraremos en alguna actividad. Uno de nosotros marcha á dar vuelta á la redonda en la manzana, y al llegar á su punto de partida se queda allí para que al que le toque su turno haga lo mismo: así entramos todos en movimiento, nos guardamos la espalda y en caso de en-

contrar á la ronda por estas cercanías nos damos el aviso correspondiente.

—Bien pensado, dijeron á la vez Quintero y Blanco.

—Además, añadió Aldama, los dos que quedemos acerquémonos más al zaguan, para ver si así conseguimos observar que alguien vive en el interior de esa casa.

—Pues yo seré el primer contraronda, y Blanco emprendió camino por la misma acera con direccion á doblar por la calle del Relox.

Quintero y Aldama anduvieron algunos pasos en línea opuesta, atravesaron la calle y vinieron á situarse en el mismo zaguan de la casa á donde la misma tranquilidad del interior les dió confianza para pegar el oido á la puerta y espiar.

—Nada: aquí ni las moscas se mueven, dijo Quintero en acento apénas perceptible. Seguramente en esta casa duermen como las gallinas, desde que se acaba la luz.

—Silencio, silencio, repitió Aldama tocando el hombro de su compañero, escuchad que alguien habla.

Y los observadores conteniendo la respiracion, aplicaron los oidos y escucharon el acento femenil que partiendo del corredor decia:

—Pues que suba pronto por la cena del Sr. D. Nicolás que ya es tarde.

El ruido de una puerta y los pasos de un hombre, que resonaron en el patio hicieron que los espias abandonaran su puesto atravesando de nuevo la calle para tornar á su primitivo puesto casi al mismo tiempo que Blanco regresaba de recorrer la manzana.

—¿Qué tenemos? preguntó Aldama.

—No hay novedad ¿y por acá?

—Poca cosa, contestó Quintero, aunque no es malo saber que á las nueve cena un señor D. Nicolás, y por consiguiente que á esa hora se mueven los criados.

—Vámonos, dijo Aldama, ya no podemos permanecer aquí.

—¿Por qué razon? interrogaron sus compañeros.

—Mirad por qué, agregó aquel indicando con la mirada un balcon del entresuelo de la casa, cuya estancia se iluminó repentinamente y cuya luz parecia vagar indicando el movimiento de la persona que debia llevarla en la mano.

—Vámonos, repitieron á una voz y emprendieron su marcha hasta la esquina de la calle de Santo Domingo para desandar de nuevo hasta la del Relox y tornar otra vez sobre la propia vía; ya juntos, ya seguidos á corta distancia, ya quedándose alguno sobre el quicio de alguna puerta, y ya en fin, volviéndose á juntar, trascurriendo así el tiempo hasta que el relox de la Iglesia de Santo Domingo marcó con su sonora campana las nueve y media, siguiendo inmediatamente al eco del

bronce, otro eco que bien lejano condujo una ráfaga de viento hasta los oidos de nuestros personajes.

—¡Cuidado! observó Aldama, que me ha parecido oir el rodar de un coche.

—Creo que sí, afirmó Quintero.

—Justamente, aseguró Blanco formando pabellon con la mano derecha en el oido del mismo lado. Es un coche que se acerca.

—Separémonos pues, aconsejó Aldama, no sea que pase por aquí y sus linternillas nos iluminen.

Quintero y Blanco caminaron dejando á su espalda á Aldama y el rodar del carruaje que por momentos se hacia más perceptible, no quedando duda que aquel era su rumbo, por el avance de la iluminacion que traia más resaltable cuanto más densa la oscuridad nocturna.

—Para aquí se dirige, dijo Aldama mirando para la calle de Donceles, por la que el coche seguia su avance. Sigamos tambien no sea que parados inspiremos sospechas, y aunque con paso lento emprendió camino tras de sus compañeros que apénas le adelantarian unas veinte varas.

Al fin el coche pasó cerca de Aldama y aunque este no pudo ver su interior, sí miró el rostro del lacayo que parado en la tablilla llevaba en la mano una hacha de cera ardiendo cuyo foco lo iluminaba perfectamente.

—Caspita, se dijo, ese hombre es el mismo que esta mañana he visto limpiando la caja del coche en el pa-

tio de la casa de Dongo. Luego ahí va nuestro hombre. Atencion, y Aldama apretó algo más el paso.

—El coche se detuvo en la acera opuesta al frente de la casa: el auriga silbó de una manera particular y casi al mismo tiempo la puerta cochera fué abierta de par en par franqueando la entrada del carruaje tras el que se cerró en el acto, percibiéndose la cerradura de la llave, la tranca atravesada y la cuña que completaba el aseguramiento de aquella.

Nuestros tres hombres se habian reunido y despues de mirar para el balcon del entresuelo que estaba ya á oscuras, atravesaron la calle para acercarse al zaguan y espiar por el insterstício de que ántes se habian servido.

Desde allí vió Aldama descender á Dongo del coche y subir las escaleras seguido del lacayo que con el hacha en la mano alumbraba el camino que aquel seguia desapareciendo de su vista al doblar á la derecha para el segundo tramo del ascenso á las habitaciones de arriba.

—Hola, dijo Quintero, inmediatamente se quita el coche.

—Observemos cuantos hombres son los que hay, articuló Blanco, que lo demás poco importa.

—Hasta ahora solo se ve al cochero, añadió Aldama, pero no: que ya baja el lacayo.

—Silencio, indicó Blanco y obedeciéndole sus compañeros quedaron todos sujetos á la indicacion.

Un cuarto de hora despues se retiraban de aquel sitio murmurando:

—Para primera expedicion no se ha perdido el tiempo: sabemos algo más de lo que pretendiamos saber y mucho más que sabremos en adelante. Mañana á esta hora, nuestro caudal de conocimientos será tal, que nos permita fijar definitivamente el dia y la hora de dar el golpe. Y despues de estas palabras, un soberbio apreton de manos que entre sí se cambiaron, puso término á la ronda nocturna de nuestros personajes.

LIBRO TERCERO.

CONSUMACION.

CAPÍTULO I.

La jaula sin ave.

Despues de la tempestad viene la calma: dice un proverbio de cuya exactitud responde la existencia de un hecho que haremos constar relevándonos así de la responsabilidad que pudiera cabernos al abrir con él las páginas del presente capítulo.

Un cielo magnífico, un sol brillante rodando entre admirables arreboles, una temperatura templada y un aspecto sorprendente en el conjunto de todas las galas de

la naturaleza, han venido á sustituir el espesísimo toldo de negros nubarrones, que la noche anterior acreditamos como igualmente las corrientes de viento desagradable, la inclemencia del tiempo y los amagos de venidera tempestad: nada de esto existe, porque ha sido sustituido con la contraposicion de la risueña mañana en que nos encontramos. Nadie hubiera calculado que del horror que imprimia la noche anterior se hubiera seguido el aspecto gratísimo del nuevo dia, probándose de este modo la veracidad del axioma que para comenzar hemos sentado. Pero si la exactitud de él, es tan evidente, no lo es ménos que, por causas agenas de la naturaleza de las cosas, por incidentes imprevistos al órden establecido, se interrumpe esa naturaleza, se trastorna ese órden y se altera la armonía que formára la base en que descansara ese conjunto y esto es precisamente lo acaecido en la casa número 13 de la calle de Cordobanes, como veremos, atendiendo á los acontecimientos que en ella continúan verificándose.

La anciana ama de gobierno llega de la calle, con tal precipitacion vuelve la cabeza á uno y otro lado, con tanta frecuencia dilata la mirada en todas direcciones, expresa su fisonomía tanta angustia, revela su aspecto tanto terror, que basta él solo para comprender que alguna cosa extraordinaria acaba de sucederle. Sofocada y jadeante por la violencia de sus pasos, así como por la rápida manera de subir las escaleras, llega

al corredor atraviesa la vidriera que conduce á la asistencia, sigue á las demás habitaciones, abre la mampara de entrada á la alcoba de María, recorre esta con ojos ávidos, sale de allí para la recámara de Dongo, sigue al salon de recibir, continúa á la antesala, por esta torna al corredor, avanza por el pasillo que conduce á la azotehuela, cosina, cuarto de criados, comedor y de nuevo á la asistencia para dejarse caer sobre una silla murmurando:

—Así me lo pensé. Imposible que estuviera en casa ni que se hubiera venido sola. ¡Dios mio, Dios mio! ¿Qué desgracia es esta? ¡Oh! yo me muero solo de considerar que tengo que avisar al amo. No, no: yo no me encuentro con valor para hacerlo. ¡María! ¿será capaz de haberse huido? ¡Oh, no! imposible! Ella jamás ha manifestado nada que pudiera indicar que estaba disgustada; ni mucho ménos que tuviera ánimo para hacer semejante cosa. ¡Huirse! no! no es creible estando tan contenta, siendo tan dócil..... pero ¡ah! Es verdad. Ayer estuvo tristísima; leia unos papeles, y miéntras más leia más lloraba. Eso tiene que las niñas aprendan á leer esa letra que llaman de carta y que les enseñen todas esas cosas que no debian aprender. Quien sabe si esos papeles serán amoríos y calenturas de cabeza que den tan semejantes resultados. Que aprendan, que aprendan la escribanía, que ya vemos..... Pero yo no puedo estarme así nada más, y si no aviso luego

luego, tal vez me resulte otro cargo. ¡Dios mio! ¿pero cómo? No sé si se le podrá hablar al amo inmediatamente ó lo dejo para más tarde. No, miéntras más tiempo pase es peor. ¿Qué haré? No sé ni cómo, pero es preciso avisar. Mandaré á ver si no hay visitas en el almacen, y bajaré, sí, bajaré aunque sea pisando sobre espinas, y la ama de gobierno mandó á una de las criadas á preguntar si le seria posible descender al despacho para decir una cosa de suma importancia, y cuya contestacion fué que podia bajar inmediatamente.

—¿Qué es lo que pasa Doña Mariana? interrogó Dongo suspendiendo su trabajo, ¿qué cosa de importancia es esa de que desea V. hablarme?

—¡Ah, señor, contestó la ama de gobierno tartamudeando en sus palabras. Que fuí al Sagrario por María, como todos los dias y no es.....

—¿No qué? dijo Dongo con alguna violencia, acabe V. ¿qué ha sucedido?

—Que no estaba allí María, ni en Catedral ni en ninguna parte, que he venido sofocada á casa y que tampoco la encuentro. ¡Ay, señor, no sé lo que ha sucedido de María! No sé si se la habrán robado ó si se habrá huido.

—¡Huirse María Isaura de casa! No lo crea vd. Doña Mariana: ella es incapaz de hacer eso. Alguna desgracia y..... Ayer mismo le he dicho que no me parecian bien tantas horas de Iglesia.

—¡Ay, señor! yo no sé lo que será, pero toda la mañana de ayer María ha leido unos papeles y miéntras más leia, más lloraba, ¡quien sabe si esos papeles serán la causa de esa desgracia! Anoche mismo quise avisar á V. de esa lectura; pero como apeándose del coche se fué V. derecho para la recámara, ya no me fué posible hacerlo.

—Nada tienen que ver esos papeles con lo que haya sucedido á María Isaura. Yo mismo se los he entregado ayer de mañana.

—Como no lo sabia yo, y como parecia escusarse de sus lágrimas, agregó Doña Mariana, habia sospechado que tal vez esos papeles tuvieran parte.

—Repito que nada tienen que hacer en ello; pero la ha buscado V. bien en la Iglesia, no sea que haya mudado de sitio y esté esperando.

—Y tanto, señor, que no he dejado confesonario, banca, persona que habia en la Iglesia que no le haya preguntado y aun al mismo sacristan que ya la conoce. Nadie, señor, nadie da razon de ella.

—Cosa singular, y Dongo guardó silencio algunos instantes para agregar: Preciso es que no sea más que una desgracia.

—¿No se habrá ido á casa de la señora Marquesa de Vivanco, observó tímidamente Doña Mariana, ó estará en casa de la Sra. de Sandoval?

—Jamás María Isaura se ha permitido semejante cosa sin solicitar ántes mi licencia.

—¡Ah, señor, con la afliccion y el susto que tengo todo me parece posible. ¿Se la habrán robado? ¿habrá encontrado á su padre á quien con tanta frecuencia recordaba?

—¿Hablaba de su padre María Isaura? y tras estas palabras, que habian sido consecuencia del recuerdo evocado por Doña Mariana, la imaginacion de Dongo fué herida por diversas ideas que á ella se agolpaban como fruto de las elucubraciones de aquel cerebro.—¿Tendrá algo que hacer en esto, se dijo Dongo en su monólogo inmenti, la existencia de su padre? Existirá, en efecto, esta persona á la que tantos años he solicitado, y por cuyo descubrimiento se han empleado tantos medios para conseguirlo? ¿Habrá algun interes sobre la posicion de esta niña que así la hacen desaparecer de casa? ¿Tendrá ella algunos amoríos ó calenturas de cabeza, que la hayan obligado á cometer una tontera? No, me parece que no. La inocencia de sus costumbres, la sencillez y el candor de su alma que rebela sin fingimiento alguno, alejan de ella toda sospecha. Aquí más bien puede haber..... Tampoco, no, no puede ser. No hay, ni se puede decir más, sino que es una desgracia; pero es preciso moverse, dar los pasos necesarios, procurar evitarla. Obremos con actividad y con el sigilo posible. Y Dongo, saliendo del monólogo

que conocemos, dijo en alta voz: Puede V. retirarse, Doña Mariana, que pongan el coche, y miéntras las determinaciones que voy á tomar, mucha reserva y pocos comentarios de los criados sobre lo acaecido con María.

La ama de gobierno salió del almacen dispuesta á hacer cumplir aquellas órdenes.

Desde su entrada á la casa, de regreso de la Iglesia, el estado de agitacion de su ánimo, el espanto retratado en su cara, la manera de recorrer las habitaciones, y las palabras que se habian escapado de sus lábios, sobre la ausencia de María, habian formado entre la entidad doméstica más que motivo para los comentarios, las apreciaciones y la charla sobre lo que pudiera haber ocasionado el suceso que de ningun modo era ya un secreto para los que lo comentaban.

—No lo crean, no lo crean VV., decia una anciana con más abdomen que un túnel, con más delantal que cuerpo y con más cochambre que un sarten. Eso sucede con todas las huérfanas que llegan á ser las niñas mimadas de la casa: siempre dan la patada.

—Calle V., tia Colasa, contestó una de las muchachonas que escuchaban, porque no todas las huérfanas dan la patada como V. dice.

—¡Ah! que se me habia olvidado que como tú eres huérfana, no se podia hablar delante de tí de

sus ingratitudes. Como tú no te has huido, y como tú no.....

—¿Y quién le ha dicho á V. que se huyó la niña María?

—¿Quién? Pues no sé de qué otro modo se le pueda decir á lo que ha hecho.

—Calle V., tia Colasa, agregó la otra muchacha terciando. Calle V. que la niña María no habia de ser capaz.....

—La que se ha de callar eres tú, á quien como galopina no le toca otra cosa que obedecerme. Conque á soplar esa lumbre, á menear esa cazuela y á hechar carbon en esa hornilla.

—Está V. alterada, tia Colasa.

—Esté como estuviere, tú tampoco tienes que rebatirme á mí, ni que decirme porque eres huérfana, que la huérfana de la casa no es una ingrata al haberse huido.

—Pero eso es una mentira tia Colasa.

—¡Mentir yo! y decírmelo á mí una mocozuela de tu jaez. Y la tia Colasa montada en cólera y tomando el cucharon de la ceniza á guiza de espada como si fuese á repartir tajos y mandobles á diestra y siniestra concluyó: Sobre todo: cada cual en su casa y Dios en la de todos. La galopina á lo que le he mandado, yo á mi puchero, á mis principios y tú á tu almidon, á tu la-

vado y á tus planchas. Y la cocinera se dirigió al brasero en momentos que á sus espaldas resonaron estas palabras:

—Allá lo verán VV.

—Qué he de ver yo, agregó la tia Colasa volviendo con violencia contra la lavandera para quedarse suspensa porque aquella no estaba ya en su sitio. ¡Ah! agregó la biliosa anciana llevando la mirada hácia otro punto. Hasta el perico se ha empeñado hoy en contradecirme!

—¡Allá lo verán VV.! ¡já, já! repitió el loro que con una sopa de chocolate en una pata estaba parado en su correspondiente estaca.

—Es necesario, dijo Doña Mariana entrando á la cocina al regresar del almacen, y que habia percibido algo de lo que habia ocurrido. Es necesario que ni V. tia Colasa, ni las muchachas, ni nadie hable de la niña María, ni de lo que ha pasado, porque así me lo acaba de decir el amo.

—Pues punto en boca señora, murmuró la cocinera, y cada cual á lo que le corresponde.

—Inmediatamente que he salido del paso avisando al amo de esta desgracia parece que respiro con más libertad; tengo pesadumbre, es cierto, pero no el susto que parecia ahogarme. Pidámosle á Dios que parezca esta niña atendiendo al mismo tiempo al quehacer de la

casa que ya es bien tarde. Y la ama de gobierno, como acaba de indicarlo se entregó al desempeño de sus deberes.

—Qué misterio ó qué significado tendrá esa desaparicion de María Isaura, dijo Dongo á la salida del almacen de la ama de gobierno, para proseguir dirigiéndose á D. Nicolás Lanuza, que como el hijo de este, el jóven Miguel, estaban asombrados de lo que acababan de oir. Es necesario á una actividad de pólvora, unir la reserva y la prudencia para conseguir el descubrimiento del paradero de esa niña, ántes que avance el tiempo y nuestras pesquisas sean inútiles; pues si en todo el dia de hoy no se consigue nada es indispensable dar parte á la autoridad, sin embargo de lo que me repugna este medio, ya porque es insufrible andar entre ministriles, ya porque la publicata pudiera perjudicar el candor de María Isaura á quien considero inocente. En fin, esto será mañana y en último caso. Ahora hagamos lo que nos parece que nos toca.

Y Dongo dando instrucciones y D. Nicolás Lanuza recibiéndolas, ocuparon un espacio de cerca de un cuarto de hora, al fin del cual por una parte salia á la calle el mismo Lanuza, por otra su hijo Miguel y por otra un criado, para que media hora más adelante y despues del regreso del primero saliera el mismo Dongo en su coche, y volviera para tornar á salir sosteniéndose la actividad de diligencia, la continuacion de las pesqui-

sas, aquel movimiento incesante, hasta las cinco de la tarde, en cuya hora entrando juntos Dongo y Lanuza á la casa murmuraba el primero al subir las escaleras:

—Todo ha sido inútil, hemos hecho cuanto humanamente ha sido posible. No sé si alcanzo á sospechar lo que querrá decir la ausencia de María Isaura de casa. Es necesario mañana á las nueve dar parte al alcalde, para ver si la justicia es más afortunada de lo que hemos sido nosotros á pesar de nuestros constantes esfuerzos.

CAPITULO II.

El ave en la jaula.

Continuamos en el mismo dia en que se han verificado los acontecimientos narrados en el capítulo anterior, sucediéndose al mismo tiempo los que ahora acreditaremos en el espacio que ocupará el presente, derivativos estos de aquellos, y que no ha sido posible hacerlos constar á la vez, aun cuando así se ha desarrollado la accion que á cada uno de ellos corresponde.

Son las seis y media de la mañana, hora acostumbrada en la que la ama de gobierno, Doña Mariana, deja bajo las bóvedas del templo, en la parroquia del Sagrario á la huérfana María Isaura. Algunos minutos des-

pues otra muger, encubierta por el velo de su mantilla, se acerca á la jóven, toca su hombro, y levantándose esta sigue los pasos de aquella hasta fuera del cancel de la puerta que mira á la calle del Seminario, adonde cambiándose un recíproco abrazo por saludo, se cruzan las siguientes palabras.

—Ya consideraba que estariais impaciente por mi tardanza, querida Margarita; pero ha tenido la culpa de ella Doña Mariana á la que se le han pegado las sábanas.

—Gran cuidado, y no impaciencia, es lo que he tenido, mi bella María. Temí que estuvierais enferma, y aun lo temo, á juzgar por la palidez de vuestro rostro y las sombras que se dibujan bajo esos lindos ojos. ¿Qué teneis? ¿habeis llorado?

—Nada, nada Margarita.

—¡Oh! ¡algun pesar! ¿habeis tenido algun disgusto?

—A Dios gracias, ninguno. He tenido un recuerdo triste, como lo es el de evocar la memoria de un padre á quien no se conoce; pero no otra cosa.

—Teneis razon, querida María: aunque tambien debeis procurar no aumentaros las penas con recuerdos, cuyo remedio depende exclusivamente de Dios. Vámonos, vámonos, que un ratito de música disipará vuestras impresiones de tristeza.

—Al momento, que es tarde.

Las dos amigas descendieron los escalones del átrio al pié de la puerta en que se han saludado, atravesando en seguida para tomar la acera del edificio virreinal, suben el Puente de Palacio para bajar á la calle de Flamencos, rinden esta y siguen por las de San Bernardo, Capuchinas, Angel, Tercera Orden de Agustin y Alfaro.

—No lo hemos hecho tan mal, dijo Margarita enlazando su brazo con el de María para subir así las escaleras, sin detenerse hasta la sala en que otras veces hemos estado.

—¡Ah! ¡ah! exclamó María al entrar á la estancia nombrada. ¿Pues el piano? ¿qué ha sucedido con el piano, Margarita?

—No tengais cuidado, María, que lo encontrareis en parte á donde quizá os parezca mejor. Vamos allá.

Y Margarita condujo á su amiga al gabinete que servia á aquella de tocador, el cual no es estraño para nuestros lectores y en el que una mampara de lienzo perfectamente simulada escondia una puerta que franqueaba paso á un reducido aposento, iluminado por una ventana rasgada cerca del techo, guarnecida por su correspondiente reja de hierro y con su indispensable vidriera, herméticamente cerrada, conteniendo en uno de sus rincones un lecho con su tapete al pié, algunas sillas corrientes, un lavamanos, una cómoda y el piano allí trasladado.

—Ya veis, dijo Margarita señalando el último mueble, que no ha hecho mas que cambiar de habitacion. Sentaos y vamos á ver; veamos la leccion de ayer para no perder tiempo, miéntras nos traen el desayuno, porque ahora sí no os escapais de tomarlo en mi compañía.

—¡Ay Margarita, contestó María ocupando el asiento indicado, vais á reprenderme porque soy una discípula muy modorra! Figuraos que ayer ni siquiera he procurado retener en la memoria vuestras indicaciones. Hay dias que deveras está uno tonta, y el de ayer fué para mí uno de ellos. Pero no me riñais que os prometo la enmienda.

—Agradeced á vuestra franqueza, que si no, ya esperimentariais el rigor de la preceptora. Entre tanto, quitaos, quitaos ese abrigo, que ya lo tomareis cuando sea necesario. Y Margarita despojó á María del manton con que venia cubierta.

—¡Qué haceis, Margarita! luego tenemos que andar con ansias y á las carreras cuando llega la hora de la retirada.

—¡Oh! no tengais cuidado, que nada tan ligero como prender un abrigo, el que para el compasillo pudiera estorbaros el brazo; pero ántes de todo, á desayunarnos que está aquí el chocolate.

Una criada entraba, en efecto, con una mesa de estorbo que colocó frente á las dos amigas, extendió en ella un mantel, puso sobre este una charola abastecida

de bizcochos, dos vasos de leche, dos id. de agua, dos cuchillos, y por último, dos mancerinas de plata, con el correspondiente pocillo de chocolate cada una de ellas. Margarita rebanó dos ó tres diferentes bizcochos y dió principio á despachar aquel refrigerio obligando á María á imitar su ejemplo.

Las muestras de apetito fueron idénticas, no pudiendo quejarse de corto aquel desayuno, á juzgar por los honores que la charola y los vasos recibieron de quienes se los tributaron sin ceremonia alguna.

—Ahora sí, articuló Margarita, luego que la criada retiró la mesa con aquellos despojos. Ahora sí. Veamos ese compasillo.

María, en efecto, dió principio á la indicacion; pero fué interrumpida por su maestra con estas palabras:

—No señora; no está eso bueno. Ya os he dicho, y no debeis olvidar que esos cuatro tiempos se miden en el espacio que ocupa una semibreve y que á cada uno de ellos, corresponde el valor de una semínima. Mirad cómo y seguidme. Y Margarita extendiendo el brazo derecho comenzó á signar el compasillo acompañado de la voz, diciendo: Do, o, o, o, o, o, o, Re, e, e, e, e, e, e, Mi, i, i, i, i, i, i, Fa, a, a, a, a, a, a, etc., etc., y seguida de María formándose así el empeñoso estudio de una academia de música, sostenido por un espacio de cerca de tres cuartos de hora al fin de los cuales la maestra dijo a la discípula:

—Descansad ya, querida María, que bien lo mereceis, y si esta leccion no está buena cuando os la pida, en verdad que tendré que declararos modorra. Sentaos y para descansar, escuchad algo de lo que arroba vuestra atencion.

María ocupó una silla inmediata al piano, Margarita el asiento al frente del teclado, y los dedos de sus manos le recorrieron con la maestría que le era propia, produciendo melodías dulcísimas, ó estrepitosos arranques cuyo conjunto formaba el sentimiento de éxtasis en que la primera parecia sumergirse todo el tiempo de la duracion de aquellas continuadas armonías.

—Sabeis, Margarita, que eso es extraordinariamente bello.

—Siempre me decis lo mismo, querida María, de cada una de las piezas que escuchais ejecutar.

—No, no de todo, que esto último es siempre el objeto de mi predileccion.

—¿Quiere decir que si la repito no os cansará?

—Cansarme no, pero.....

—Pero qué? ¡acabad!

—Que os molestais demasiado y probablemente debeis experimentar dolor en los dedos.

—Ninguno María, y Margarita sonrió como acostumbraba. Ninguno y cuando vuestras manos hagan lo mismo, vereis como no se siente dolor de ninguna especie.

—¡Hacer yo lo mismo! ejecutar mis manos como vos acabais de hacerlo! y María sonrió candorosamente á la vez que la dilatacion de su pupila dejaba adivinar el estado de trasporte á que le arrastraba la consideracion de llegar á la realidad de sus ardientes deseos.

—Sin duda alguna, aseguró Margarita, si con la perseverancia para vencer los primeros obstáculos, añadis á vuestra aficion la constante tenacidad de vuestros estudios; pero volved á oir variaciones que tanto os agradan, y que para mí no son ciertamente las de mi preferencia. Escuchad.

Margarita tornó en efecto, á la ejecucion de la pieza sobre la que habia recaido la conversacion, y sobre la que al terminar, las aprobaciones y aplausos de María excedieron á las que ántes habia manifestado.

—Esperad, esperad, la dijo Margarita, que voy á ejecutar otras inmediatamente para que me digais cuando concluya, á cuál de las dos dais la preferencia.

Y Margarita de nuevo produjo melodías tiernísimas, una expresion de sentimiento inimitable, un alegro dulcísimo y un final de bajos tan estrepitoso y armónico que María sin poderse contener, abandonó su asiento para venir á estrechar con los brazos á su amiga, repitiéndole con entusiasmo:

—¡Esto, esto, Margarita! ¡Oh! esto sí que no tiene..... esto sí que es mil veces mejor que cuanto he escuchado, y cuanto se puede escuchar en la música.

—Veo que sois entusiasta, María. Cuando querais tornaré á repetirlo. Es un primer ensayo de mis composiciones.

—Con razon es para mí de tanto gusto, como que vos no podeis producir nada que no sea bueno; pero vámonos que ya debe ser tarde, mañana me hareis favor de volver á tocarlo.

—¡Ay! querida María, que tan engolfada habeis estado en la música, que no sabeis la hora en que estamos!

—¿Pues qué hora es?

—Las diez y media de la mañana acaban de sonar en el péndulo del comedor.

—¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! qué hacer ahora ¿cómo presentarme delante de mi padre? ¿qué es lo que voy á decirle? y María retorciéndose las manos de angustia, con expresion de profundísima pena en el rostro y con los ojos llenos de lágrimas que desbordándose al fin rielaron sus mejillas, prosiguió: ¡Mi padre! ¡mi padre! ayer mismo desaprobaba tantas horas de Iglesia, tanta tardanza en la calle, y ahora, ¡Dios mio qué va á ser de mí!

—No tengais cuidado, María, dijo Margarita que á su pesar sentia conmoverse ante la angustia de aquella criatura. No tengais cuidado, que yo seré responsable ante vuestro padre de lo que ciertámente vos no teneis

la culpa. Calmaos y esperad aquí, que yo misma pasaré á ver á vuestro padre.

—Gracias, mil gracias Margarita, pero ni un minuto más me detengo sin volver á mi casa.

—Esperad, esperad María, que en estos momentos tengo que aguardar á una persona á la que he dado una cita desde ayer para esta hora.

—Esperar no, Margarita; si vos no podeis salir en estos momentos, prestadme una criada que me acompañe á casa, para calmar la ansiedad en que se encuentren, aunque tenga que sufrir, la justa indignacion de mi padre. Prestadme, prestadme una criada.

—Ninguna de las que tengo es capaz de disculparos como yo misma lo haré; pero no en estos momentos.

—Entónces, concluyó María cuya angustia aumentaba por grados. Entónces me iré sola, y dirigiéndose al lecho situado en el rincon opuesto de la puerta de comunicacion, extendió los brazos para tomar de allí su manton de abrigo, miéntras que Margarita, lijera como una flecha abandonando la estancia cerró tras sí la puerta, asegurándola con un enorme pasador de antemano preparado, al mismo tiempo que emparejaba á la pared la mampara, que tan perfectamente escondia aquella entrada y que terminaba su obra repitiendo estas palabras:

—El ave en la jaula. El ave en la jaula.

—¡Margarita! ¡Margarita! exclamó María corriendo hácia la puerta, pugnando por abrirla y lastimándose los delicados dedos de sus manos en aquellos rústicos y groseros barrotes. ¡Margarita! ¡Margarita! Pero ¿qué significa esto? ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Se me querrá hacer algun daño? ¡Oh! yo no he dañado á nadie: yo no quiero mal á nadie: yo no he perjudicado á nadie. ¡Margarita! ¡Margarita! Escuchadme. Atendedme. No sabeis, sin duda, cuáles serán los sufrimientos que mi ausencia cause á mi padre. Dejadme, dejadme volar á su compañía aun cuando tenga que sufrir las consecuencias de su cólera, aun cuando tenga que experimentar el rigor de su castigo. Pero ¿no me ois, no escuchais mis palabras? ¿no me contestais? ¡qué significa esto, Dios mio! Y María con sus pequeñas manecitas golpeó con fuerza el maderamen de la puerta hasta que el dolor la obligó á renunciar al medio que se habia propuesto, tan inútil como las declamaciones de sus palabras y la constancia de sus súplicas. El mismo silencio que la rodeaba en su estancia, en los momentos que enmudeció su boca, y que retiró sus maltratadas manos de la puerta reinaba en el aposento inmediato, á donde no parecia habitar ser alguno viviente. María observó algunos instantes, palpó de nuevo la puerta que permaneció inmóvil como una roca y convencida de lo infructuoso de sus tentativas por abrirla y de la ineficacia de sus observaciones y súplicas, se retiró de

allí para caer de rodillas, bañada en copiosísimo llanto, al mismo tiempo que con el pensamiento decia:

—Castigo de Dios por no haber participado á mi padre la amistad de Margarita. ¿Me amenazará alguna desgracia que no conozco? ¡Amparadme, Dios mio! ¡Madre querida, protejed á vuestra hija desde los cielos! ¡Sombra de mi abuelo Gervasio, defendedme! defended á vuestra desdichada nieta!

CAPÍTULO III.

La noche del viérnes 23 de Octubre de 1789.

Hemos visto la ronda nocturna que nuestros tres caballeros de industria han verificado en la calle de Cordobanes asechando la casa número 13, así como las entradas y salidas de sus habitantes y cuya ronda se ha repetido segunda vez en la noche siguiente que corresponde al dia, cuyos acontecimientos están detallados en los dos capítulos precedentes: ahora vamos á ocuparnos de la fecha que signa el título ó epígrafe que encabeza el actual, y que exactamente corresponde á la verdad histórica tomada de las actuaciones de la misma causa, formada, seguida y terminada sobre el sangriento suceso que ha dado orígen al desarrollo de la pre-

sente obra, protestando á nuestros lectores con toda sinceridad y bajo la honra de nuestra palabra, habernos ceñido estrictamente á lo que consta de las actuaciones judiciales, á lo que ellas han dado de sí, tal como relatan sus hechos y sin que nuestra pluma haya adulterado ninguno de los casos que constituyen sustancialmente el conjunto del episodio histórico; por más que alguna ó algunas de las partes que como inherentes le acompañen hayan sido revestidas del ropaje de la invectiva, para atenuar esa sequedad, ese desagrado, ese aspecto de repugnancia que inspira todo cuadro en el que son sangrientas las escenas de que se compone. Hecha esta ligerísima digresion, aunque necesaria por otra parte, continuemos en el desarrollo de los acontecimientos de nuestro libro.

Es de noche, y noche bastante oscura como sucede en las fases de la luna cuando principia con nublasones y lluvias, y en lluvias y nublasones espira: así era la noche del miércoles, en la que hicieron su primera ronda nuestros personajes: así es en la que hoy, viérnes nos encontramos. El cielo continúa encapotado, nubarrones espesísimos lo interceptan, recias corrientes de viento hacen la temperatura desagradable, y la oscuridad de las calles y el silencio de ellas, aumentando su lobreguez, armonizan con la naturaleza para formar el sentimiento de desconfianza y recelo, que en lo general inspira la ciudad solitaria. El espacio es herido por

un eco lejano, cuya vibracion denuncia la lengua metálica de una campana: es, en efecto, el toque de ánimas que parte de la iglesia de San Francisco, á la que siguen inmediatamente las campanas de los demás templos en su monótono y sostenido son. Casi al mismo tiempo que da principio el toque de rogacion por los muertos, desemboca á la calle de Cordobanes, por la de Santo Domingo un hombre embozado en su capa que con paso reposado y seguro la atraviesa en toda su longitud para venir á detenerse á la esquina de la misma calle y la del Relox.

Tras algunos segundos de observacion y al rumor de pasos lejanos que se acercaban á su sitio murmuró:

—Ellos son, y girando sobre el talon del pié izquierdo dió una media vuelta al estilo militar, tornó á desandar su camino, en el que á pocos pasos fué alcanzado por otros dos embozados de los cuales uno de ellos dijo al primero:

—Siempre en vuestro puesto como reza la ordenanza militar. Buenas noches, Quintero.

—Ese severísimo código, contestó el nombrado, manda que horas ántes y no minutos despues. Como soldado siempre me encontrareis en mi puesto. Buenas noches Aldama y la compañía.

—Buenas noches, contestó Blanco, interrogando al mismo tiempo: ¿Qué tenemos?

—Lo de costumbre, respondió Quintero. Nuestro hombre en su coche, con su cochero y lacayo salieron á la misma hora de siempre. La oscuridad y el silencio en la casa como si fuera la mansion de los muertos.

—Lo será, dijo Aldama.

—Lo será, repitió Blanco.

—Para ello es necesario, agregó Quintero, alma atravesada, corazon duro y mano firme. Mano de hierro; conforme á las lecciones de Torio de la Riva en el tajo de la pluma, que á mi brazo habeis visto ejecutar en la tranca con las voces de: Primer gavilan, segundo gavilan, no lo olvideis y respondo del éxito.

—Pues á la obra, instó Blanco. Esperad, que ya poco han de fastidiar con su esquilita tocando á las ánimas las beatas de este convento.

—Dice bien Aldama, aprobó Quintero, fumemos un cigarro y terminado que sea, á la obra.

—Fumemos, repitieron todos ejecutando al mismo tiempo la indicacion.

Algun tiempo despues, el silencio era profundo, interrumpido á veces por alguna ráfaga de viento que zumbaba con fuerza.

—Adelante, dijo la voz de uno de nuestros personajes.

—Adelante, agregaron los otros dos, y aquellos tres hombres atravesando la calle llegaron á la puerta de la

casa de Dongo, á donde Aldama tomando en las manos un baston que llevaba Quintero dió con el regaton de este tres golpes cuyo eco se perdió en el espacio, y al cual llamado respondió una voz interior interrogando:

—¿Quién es? ¿qué se ofrece?

—¡Abre! dijo Aldama con acento de mando.

La puerta giró sobre sus goznes, y nuestros tres individuos pasaron al interior de la casa.

—¿Eres tú el portero? agregó Aldama al criado que habia abierto.

—Soy el inválido, señor, contestó aquel. El portero está dando de cenar en el entresuelo al Sr. D. Nicolás.

—Dile que baje al momento ordenó Aldama.

El inválido fué á ejecutar la órden, Blanco cerró el zaguan y todos se dirigieron al cuarto más inmediato á este á donde á cortos instantes entraron tambien el inválido seguido del portero. Aldama que siempre llevaba la voz encarándose con este último le dijo:

—¿Tú eres el portero?

—Sí señor, contestó este.

Aldama, despues de esta contestacion afirmativa agregó:

—¡Pícaro! ¿qué habeis hecho de los dos mil pesos que habeis robado á vuestro amo? Y sin esperar respuesta añadió dirigiéndose á Blanco: Atadme, atadme bien á este bribon.

Blanco, que como nos consta habia sido encargado de los cordeles desde el dia de los preparativos, sacó uno de estos que llevaba á prevencion y con una ligereza admirable ejecutó la órden de Aldama, atando con fuerza y codo con codo los brazos de aquel infeliz.

Aldama prosiguió con el inválido, cuya mirada expresaba el estupor de que habia sido poseido.

—¿Y tú qué dices de este dinero? y haciendo seña á Blanco, atadme, atadme á este tambien, y cuidad de ese otro miéntras tomo las demás declaraciones.

—Blanco ató igualmente al inválido y cuando hubo terminado volvió al lado del portero á desempeñar su consigna.

—Adelante con este, ordenó Aldama á Quintero y los tres se dirigieron á la cobacha situada en uno de los flancos de la escalera.

Al atravesar el espacio intermedio entre uno y otro aposento Aldama distinguió un bulto inmóvil, que en el enlozado del patio y pegado á la pared se advertia, al cual enderezó su camino, y encontrando que era un hombre dormido profundamente dijo al inválido:

—Y este ¿quién es?

—Es un indio correo, que esta tarde ha llegado de la Hacienda de Doña Rosa, contestó el interrogado.

—Adelante, añadió Aldama y continuaron para la cobacha á donde entrando el inválido concluyó con

Quintero al mismo tiempo que cambiaba con él, el baston de que se habia servido por el machete que aquel llevaba debajo del brazo.

—Cuidad de este miéntras vuelvo.

Y regresando al sitio en que dormia el indio junto al que se veia un huacal abastecido de vituallas dando á aquel con el pié que despertára le dijo:

—¡Ea hombre, arriba, arriba!

El indio despertó azorado en el acto, incorporándose para pouerse en pié con presteza.

Aldama le tomó de la mano y con él volvió al cuarto del portero, á donde haciendo una seña á Blanco la acompañó de estas palabras:

—Cada cual para cada cual.

Blanco dió un paso para atrás, quedando á la espalda del portero que permanecia inmóvil y de pié, y levantando el brazo armado del machete, que hasta entónces habia permanecido oculto, lo descargó con tal fuerza sobre la cabeza de aquel infeliz, que casi dividida en dos, produjo un lago de sangre sobre el que cayó desplomado el cuerpo de aquella víctima que recibió otras dos ó tres heridas de la misma naturaleza; sin haber tenido tiempo ni aun para producir un gemido.

Al mismo instante que Blanco ejecutaba su obra con el portero, el brazo de Aldama cayó sobre la cabeza del indio correo, dividiéndosela completamente, para

seguir con un machetazo en la cara que le hizo dos la oreja derecha y terminar con dos heridas profundísimas que ya caido le despedazaron la espalda. Tampoco este infeliz exhaló una queja.

Los dos asesinos con los machetes estendidos que goteaban sangre observaron algunos instantes aquellos cadáveres para quitar de ellos las miradas que se encontraron entre sí, hacerse una mueca significativa, encogerse de hombros y salir del cuarto para venir á la cobacha diciendo á Quintero:

—Por nuestra parte hemos cumplido.

—No dejaré de hacerlo yo, contestó Quintero quitando á Blanco el machete que tenia en la mano y diciendo á este:

—Cuando acabemos aquí cierras las puertas de ambos cuartos, y te encargas de vigilar la parte baja por si algo se ofrece miéntras nosotros subimos á los altos.

Y entrando á la cobacha seguido de Aldama, descargando á un tiempo sobre el infeliz inválido sus machetes, con tal impétu, que no se escuchó otra cosa que el golpe producido por la cabeza de aquel desdichado al caer sobre las vigas del piso.

—Idéntico á los otros, murmuró Aldama, mirando el destrozo de aquellas heridas. Ni un suspiro siquiera.

—Precisamente en esto consiste el mérito de nuestra obra, observó Quintero, en el silencio, y abandonaron

la cobacha. Blanco cerró por fuera la puerta de esta y fué á ejecutar lo mismo con la del cuarto del portero para quedar encargado del cumplimiento de la consigna que habia recibido.

Sus compañeros subieron el primer tramo de escalera, entraron al entresuelo y siguieron hasta la última estancia, en la que bajo las sábanas de su lecho y recargado de espaldas sobre las almohadas de la cabecera se encontraba D. Nicolás de Lanuza, quien al ver entrar á los agresores, machete en mano, comprendiendo lo que aquella presencia significaba hizo un movimiento rápido con la mano derecha para tomar una escopeta que tenia en el mismo rincon, miéntras con la izquierda, al mismo tiempo, pretendió alcanzar los calzones que aún estaban sobre la ropa de la cama, pero ni aun aquellos movimientos pudo perfeccionar; porque el primer machetazo de Quintero le abrió la cabeza, al mismo tiempo que el de Aldama le separó la mano derecha asegundando sobre el rostro y resto del cuerpo que quedó tirado boca arriba y con las piernas encogidas sobre el lago de sangre que vertian aquellas atroces heridas.

—¡Caspita! murmuró Aldama y van cuatro de la misma manera.

—Adelante, adelante, dijo Quintero, que en la tardanza está el peligro, y retirándose del entresuelo siguieron para la parte alta, á donde fueron recibidos por las criadas, que habiendo sentido sus pasos en la

escalera llegaban al corredor por inquirir la causa de aquellos y á las que dando Aldama á su acento una entonacion de dulzura para inspirarles confianza les dijo:

—¡Hijas! ¿cuántas son VV.?

—Cuatro señor, contestaron aquellas.

—Está bien, prosiguió Aldama para agregar á Quintero: V. meta esas mugeres en la cocina y custodíelas miéntras yo las voy examinando una por una.

Las criadas tomaron el pasillo que conducia á la cocina seguidas de Quintero. Aldama que habia detenido á la ama de llaves le dijo:

—Pasemos á algun aposento para que me deis vuestra primera declaracion.

La ama de gobierno balbutió:

—Vamos á la asistencia señor, y abriendo la vidriera de entrada de aquella estancia pasó á ella seguida de Aldama quien inmediatamente descargó un machetazo sobre la cabeza y tres ó cuatro heridas que dieron fin á la existencia de aquella desventurada anciana que rodó al pié del sofá á donde quedó sin movimiento en la postura de su caida.

El asesino observó algunos instantes, levantó la cabeza, dejó vagar la mirada por aquel aposento, avanzó á una de las mesas rinconeras, tomó una vela de cera que encendida lo iluminaba, alumbró con ella el rostro de aquel cadáver y tornándola á su sitio despues de un

gesto de afirmacion, quedó inmóvil como para orientarse del camino que debia seguir en el interior de aquella casa que no conocia: al fin, la luz de la cocina le sirvió de norte, enderezando á ella sus pasos, y diciendo á Quintero con acento de mando:

—Mande V. á otra de esas mugeres.

La lavandera se separó del grupo de sus compañeras y avanzó al sitio en que la esperaba Aldama, quien tomándola de la mano la condujo á la asistencia, á donde en los mismos términos que á la ama de gobierno y con la propia velocidad tres ó cuatro machetazos dieron cuenta con la vida de aquella desgraciada muger. La nueva víctima cayó boca abajo inmediato su cuerpo al de su antecesora.

Aldama volvió á la cocina diciendo á Quintero:

—Dos han quedado, una tú y otra yo. Y dirigiéndose á la muchacha galopina levantó el brazo para herir en momentos, que ya por el instinto de terror de que esta se habia poseido, ya por la ligereza propia de la edad, trató de huir llegando á la puerta de salida para el corredor pasadizo, á donde alcanzándola el machete de Aldama le dividió la cabeza de tal modo que los sesos saltaron á una vara de distancia fracturándole en seguida un brazo del segundo golpe y terminando aquella existencia con una tercera y profunda cuchillada.

—¡Señor, señor! exclamó la cocinera al notar el movimiento de Quintero cuyo machete produjo visos por la

rapidez que lo impulsaba. No me mateis que estoy en pecado. Estoy en peca.....

La última sílaba quedó ahogada en la garganta de aquella infeliz vieja. El machete de Quintero no habia desmerecido en resultado al machete de su compañero Aldama.

Aquellos dos hombres se contemplaron algunos instantes con la mirada para encogerse de hombros simultaneamente y despues de un movimiento de cabeza remedo el uno del otro se dijeron á un tiempo:

—La primera parte está terminada con felicidad.

—Pasemos una revista á toda la casa, propuso Aldama.

—Ya pensaba yo proponértela, contestó Quintero.

Los dos asesinos vinieron á la asistencia, en la cual tomó Aldama la vela de cera de la que ántes se habia servido y señalando otra que estaba allí apagada dijo á su compañero:

—Toma esa tú y continuemos nuestra tarea.

Quintero encendió la otra vela, que como Aldama, tomó con la mano izquierda y con el machete en la derecha, como su socio, recorrieron minuciosamente todas las habitaciones saliendo al corredor para seguir por el pasadizo á la azotehuela, cuarto de subida para la azotea y de nuevo entrar á la cocina á donde Quintero dijo repentinamente:

—Sabes, que creo la cocinera se mueve.

—Pues á ella, contestó Aldama levantando el machete y dirigiéndose al sitio en que aquella estaba tirada.

El foco de luz de las dos velas iluminó el rostro de aquel cadáver.

—¡Qué moverse hombre! dijo Aldama, si por esa herida sale no una sino veinte almas que hubiera tenido.

—Es verdad, afirmó Quintero, continuemos.

Y emprendieron de nuevo su camino direccion al comedor, pero ántes de llegar á la puerta de comunicacion, una voz clara, expresa y terminante resonó á sus espaldas con estas palabras:

—¡Allá lo verán VV.!

Los asesinos trastravillaron uno ó dos pasos para quedar como clavados en aquel sitio, un frio glacial recorrió todo su cuerpo y ni uno ni otro se atrevieron á volver la cabeza para donde aquella voz se habia escuchado.

Tras corto intervalo de tiempo resonó una carcajada é inmediatamente las siguientes palabras:

—¡¡Chocolatito para el lorito, purito, purito!

—¡¡Trescientas mil legiones de demonios!! exclamó Quintero retrocediendo furioso y descargando un machetazo terrible sobre el perico que estaba en su estaca y cuya cabeza rodó por un lado, miéntras que el cuerpo

aleteó algunos instantes, cediendo á los postreros espíritus vitales. ¡Canario con el maldito loro!

—Hombre, hombre, murmuró Aldama. Hasta el perico!

—¡Hasta el demonio! si el mismo demonio se me para delante en estos momentos. Pero acabemos, no sea que se ofrezca algo por abajo y Blanco cometa una torpeza.

Y siguiendo al cuarto de criadas, comedor, y asistencia el registro finalizó, en la que sobre las mesas rinconeras dejaron las velas ardiendo para salir otra vez al corredor, bajaron las escaleras y se reunieron con Blanco que interrumpió su paseo diciendoles:

—¿Qué tenemos?

—Que hemos concluido felizmente, contestó Quintero.

— ¿Cuántos por arriba? ¿igualó el número de los de abajo?

—¡Casi, casi! No hubo más que dos de diferencia.

—Vaya tres, enmendó Aldama, porque yo tambien cuento al perico.

—¡Al perico, al perico! exclamó Blanco admirándose.

—Sin duda: ¡hasta el perico! el brazo terrible de Quintero no ha perdonado ni á ese inocente y parlero animal.

—Canario, murmuró Quintero, que la impresion que me produjo ese animal con sus palabras: ¡Allá lo verán

VV.! no se satisface sino con arrancar la lengua de raíz como yo lo hice.

—¡Tuviste miedo, Quintero!

—¡Como tu tuviste miedo, Aldama!

—¡Já, já! ¡qué lástima! que yo no fuera testigo de ese chiste para reirme un poco, dijo Blanco, pero fumemos que ya es tiempo de ello.

—Sí, fumemos, repitieron sus compañeros, para descansar un poco miéntras llega la hora de continuar nuestro trabajo.

Y viniendo á sentarse al zaguan encendieron sus cigarros para arrojar humo, igualando á su quietud el silencio en que quedaron sumergidos.

CAPÍTULO IV.

Continúa la noche del viérnes 23.

La inmovilidad de los tres asesinos era perfecta como la igualdad de la postura en que cada uno de ellos se habia colocado. Blanco ocupaba el centro teniendo á su derecha á Quintero y á su izquierda á Aldama. Cada uno de ellos en aquellos instantes era un sér brutal desposeido de todo sentimiento de humanidad alentando vida en los instintos feroces de su obra, robustecidos con el olor de la sangre, y animados con el espectáculo de la destruccion y de la matanza, de la que surgia la realizacion de sus diábolicos proyectos, la esperanza latente en cada uno de sus pechos, de apoderarse del oro que de allí debian sacar, de hacerse ricos aque-

lla noche á trueque de la existencia de los desdichados habitantes de aquella morada. Los instintos del oro tras el que marchaban arrostrándolo todo, aniquilándolo todo, destruyéndolo todo, los instintos del crímen en que como frágil barquilla, vogando en la inmensidad del Oceano, se encontraban sumergidos desde hacia media hora en la crueldad de su inicua tarea, habian extinguido completamente, desalojado de sus almas hasta el más ligero asomo de sensibilidad, y creyendo, conforme á su plan de antemano trazado, que con derramar sangre, logrando su objeto, imposibilitarian la manera, destruirian el modo, nulificarian toda pesquisa, harian inútiles las tentativas de la justicia para llegar á descubrirles, derramaban sangre á toda costa sin cuidarse ni de la cantidad que esta fuese, ni de la manera cruel con que tan á sangre fria y en víctimas tan inocentes como inofensivas, la barbaridad de su brazo la habia hecho producir. Todo sentimiento, toda idea que no fuese la consecuencia de aquel fin para hacerse de oro; para poseer mucho oro; habia desertado de aquellos cerebros ocupándose solo cada uno de ellos de llegar á semejante fin, para todo lo cual, la marcha del tiempo en el sendero de la impaciencia en que se encontraban era sostenida con paso de plomo que la aumentaba hasproducir la excitacion nerviosa de que en el refinamiento de la crueldad de que habian dado muestra caracterizaban con toda propiedad la intencion de su obra.

Cada uno de ellos se creia dueño en el espacio de dos horas de un capital, de una fortuna, de la posesion del oro, y como aun no pasaban esas dos horas, de esa tardanza surgia la impaciencia, y de esta, que mutuamente no querian rebelarse, la inmovilidad y el silencio en que se mantenian.

El silencio fué interrumpido; primero en el espacio por el eco de una campana arrebatado por el viento: y segundo por la voz de uno de los asesinos, en cuyo acento debemos reconocer á Quintero que dijo:

—Las nueve de la noche.

—Las nueve nada más, repitió Blanco.

—Todavía media hora de espera, observó Aldama, que va á ser medio siglo de impaciencia, en la inaccion en que nos encontramos.

—Es un fastidio horrible esperar, murmuró Quintero, agregando: Fumemos otra vez.

—Sí, sí. Fumemos, y Blanco ofreció cigarro que aceptaron sus compañeros.

Quintero, haciendo uso de sus chismes, proporcionó fuego y segunda vez los átomos luminosos de los cigarros medio iluminaban los rostros de aquellos hombres al extraer el humo, indicando el movimiento de sus brazos; sin que ninguna otra palabra volviese á cambiarse ellos.

El tiempo, que continuaba su carrera, fué señalado

de nuevo por la campana de los relojes públicos marcando el cuarto de la hora que le habia precedido y quince minutos despues marcaba la media.

—¡Canario! hasta que por fin se acabó el fastidio, dijo Aldama para proseguir, las nueve y media! Estemos listos y á la hora debida cada uno en su puesto.

—¡Silencio! ¡Atencion! mandó Quintero. Escuchad que ya es hora.

Los tres asesinos observaron atentamente el rumor que una ráfaga de viento conducia y que era el rodar de un carruaje que por instantes se hacia más sensible y cercano.

—Cada uno á su deber, dijo Aldama levantándose de su asiento y pasando seguido de Quintero al patio para tomar á la izquierda y pararse cerca de la puerta de la cochera, dejando así expedita la mirada del que llegase el espacio recto que conducia á la escalera, al mismo tiempo que Blanco se dirigió al zaguan poniendo la mano sobre la cadena que aseguraba el poztigo que deberia abrir á su tiempo.

El carruaje llegó y se detuvo al pié de la entrada de la casa; el golpe de la portezuela que dió el lacayo al cerarla indicando que descendia del coche el que venia dentro de él, guió la mano de Blanco para quitar la cadena y abrir el postigo cuidando de cubrirse con el mismo, puesto que al desempeñar su oficio lo hizo retrocediendo dos pasos hácia atras.

Dongo y el lacayo que le seguia iluminando el camino con una hacha de cera que en la mano traia encendida, pasaron la puerta y siguieron adelante sin detenerse. Blanco cerró inmediatamente asegurado la puerta con la cadena.

Una ó dos varas faltaban de llegar para la escalera á los recien venidos cuando Quintero detuvo al lacayo por un brazo, miéntras que Aldama parándosele delante á Dongo y despues de una lijera cortesía le dijo:

—Caballero: Usted tiene su lugar, dispense el atrevimiento que se ha tenido de perder los respetos de su casa; sírvase V. de subir con esos caballeros, que yo tengo que hacer con sus criados.

—Bien está, contestó Dongo fijándose en Quintero y Blanco que ya se le habian reunido, al mismo tiempo que hacia el impulso para continuar á subir la escalera, pero observando las puertas de los cuartos de los criados cerradas, á los que no veia, y cruzando por su mente la sospecha de que aquella gente no debia ser nada buena, hizo un movimiento rápido como indicando que echaba mano á la espada, de que en verdad no iba provisto, para defenderse, á la vez que murmuraba conceptos que quedaron ahogados en sus lábios, supuesto que en el instante de la indicacion de defensa el machete de Quintero cayó sobre aquella cabeza seguido inmediatamente del de Blanco y concluyendo entre los dos con la repeticion de machetazos cuyas profundas

heridas acabaron de extinguir aquella existencia. Dongo cayó cadáver, quedando tendido con los piés hácia el principio de la escalera y el resto del cuerpo medio atravesado al pié de la puerta del pasillo que conduce al segundo patio.

—No, pues ventaja no me han de sacar, dijo Aldama al ver el primer movimiento del brazo de Quintero y ejecutando él lo mismo con el lacayo que habia tomado de la mano, descargó con tal fuerza el machete que la cabeza de aquel infeliz quedó partida en dos, retrocediendo dos ó tres pasos al caer de espaldas, y recibir otras dos ó tres cuchilladas que la mano del furioso asesino asestó todavía sobre aquel cuerpo exámine y ya convertido en cadáver.

—Mirad, mirad, dijeron á la vez Quintero y Blanco señalando con los índices de las manos á Dongo muerto.

—Mirad, añadió Aldama golpeando con la punta del machete uno de los piés del lacayo; pero aun falta el cochero, y abriendo de par en par la puerta interior de la cochera siguió para la de la calle, quitó la tranca atravesada que aseguraba esta y abrió como habia observado en las noches anteriores, á semejanza de como lo hacia el lacayo.

El coche, que al apearse Dongo solo habia ido á tomar vuelta para entrar, y que esperaba en la acera del frente, luego que fué posible prosiguió entrando á la co-

chera cuyas puertas procedió á cerrar en el acto Aldama, asegurándolas del mismo modo que las habia encontrado.

No prendia aún las riendas el cochero en la cabeza de la silla cuando Quintero y Blanco lo hacian bajar de la mula trayéndolo á la entrada del patio, á donde el auriga descubriendo los visos del machete de Blanco y comprendiéndolo todo, hizo un movimiento tan brusco, que le quedó libre el brazo derecho, obligando á trastravillar alguna distancia á Blanco, enarbolando al mismo tiempo la cuarta que descargó con un soberbio latigazo sobre Quintero, al que respondió este con un machetazo que apénas alcanzó á producir una ligera herida estableciéndose una lucha en la que aquel infeliz se defendia heroicamente procurando al mismo tiempo retroceder, sin volver la espalda, con intencion de llegar á la cochera en la que creia encontrar una esperanza de salvacion que vino á destruir la agresion de Aldama que le hirió con el belduque del baston y cuya herida inesperada hizo volver el rostro del desdichado hácia su nuevo enemigo proporcionando con esto la oportunidad necesaria para que el machete de Quintero cayera con todo el vigor de su brazo, y en el mismo momento asegundara el de Blanco terminando entre los tres con aquella última víctima que quedó destrozada como todas las demás que formaban el cuadro horripilante de las escenas á que hemos concurrido.

—Punto final, dijo Quintero, señalando con el machete el cuerpo del cochero.

—Justamente, afirmó Blanco.

—En efecto, añadió Aldama, somos dueños de una situacion que es necesario aprovechar, sin pérdida de tiempo. Manos á la obra y lo más ligero posible.

Los tres asesinos hicieron rumbo con direccion á las escaleras, pero ántes de subir se detuvieron frente al cadáver de Dongo á ejecutar el pensamiento que cada uno de aquellos cerebros habia producido.

—Veamos de qué manera caminaban los bolsillos de este, dijo Quintero.

—Sí, veamos, repitieron los otros dos, y todos se agacharon y procedieron al más escrupuloso registro en el ropaje de aquel cuerpo inanimado.

—¡Qué miseria, murmuró Aldama, un hombre tan rico como este ni una sola moneda en el bolsillo! pues, ¡ni un maravedí siquiera!

—Pero con algo que vale dinero, contestó Quintero, hé aquí unas hevillas de oro y bien trabajadas por cierto. Algo es algo, y se las guardó en el bolsillo.

—Canario, observó Blanco, pues el relox es de plata, é hizo lo mismo que su compañero.

—¡Hombre, hombre! dijo Aldama, este caballero debe haber sido devoto de la madre de Dios, á juzgar por esta prenda, y en sus manos apareció un rosario engar-

zado en oro que desapareció en el fondo de su bolsillo, las charreteras tambien son de oro, agregó despojando de ellas al cadáver.

—¿Y por qué porta charreteras este hombre? interrogó Blanco, es militar por ventura, ó los comerciantes tienen privilegio para llevar esas insignias?

—Seguramente tu no sabes, respondió Aldama, que este hombre, ha sido nada ménos que prior del consulado de comercio, lo cual es motivo bastante para llevar charreteras, pero hemos concluido por aquí y el tiempo urge. Y seguido de Quintero emprendió la subida de las escaleras.

—Yo no he concluido aún, murmuró Blanco, que si esto es de oro está mejor en mi poder, y quitando las hevillas de los zapatos de Dongo que se guardó, de tres en tres ascendió los peldaños de las escaleras para reunirse á sus compañeros, quienes usando las velas de cera de que ántes se habian servido, recorrieron las habitaciones, lo registraban todo, palpaban los roperos y buscaban por todas partes el objeto de que primero debian servirse.

—¡Pardiez que no es mala chiripa! Helas aquí, dijo Aldama presentandó en sus manos un manojo de llaves con las cuales procedió á probarlas en una escribanía hasta encontrar la que correspondia á aquel mueble que quedó allanado y en el que en una de las gavetas apa-

recieron otras llaves cuyo hallazgo le hicieron exclamar: Estas, estas deben ser, si he de dar crédito á los instintos de mis deseos. Bajemos al almacen que es lo que nos importa.

—Sí, bajemos, repitió Quintero, porque todo esto no es más que fruslerías que nada valen. Y al decir esto señalaba dos cofres abastecidos de ropa blanca y de uso, que ayudado de Blanco y con el auxilio de los machetes habian descerrajado.

—Cabal, cabal, añadió Blanco alejándose de un ropero que acabára de sufrir la propia suerte y del que habia tomado unos paquetes de medias que llevaba debajo del brazo. En el almacen está lo bueno: con que á ello.

Y siempre con la vela y machete en mano, salieron de las habitaciones altas y bajaron al entresuelo á donde probando las llaves, encontraron, que en efecto, eran las del almacen en cuyo interior, una sonrisa que vagó en los lábios de cada uno de ellos, hizo presumir la satisfaccion de que en aquellos instantes les inundaba.

Rápida fué su primera mirada en aquella estancia; pero bastante para abarcarla toda, para examinarla toda y para comprender que aquella puerta pequeña colocada en el centro de la pared del fondo, y que á su tiempo hemos descrito, era el alma de su empresa, el punto objetivo de sus trabajos, el iman que les atraia y por lo que tanta sangre habian derramado en las infe-

lices víctimas de que por todas partes se hallaban rodeados.

Quintero colocó su vela sobre el bufete de los trabajos de Dongo. Aldama puso la que traia sobre el mostrador, y aquellos tres hombres, como movidos por un resorte, se precipitaron sobre aquella puerta, que creian allanar fácilmente; pero aquella puerta estaba de tal manera asegurada que al pulsarla encontraron en ella la resistencia de un muro.

—Trescientas mil legiones de demonios, dijo Quintero en su exclamacion favorita volviendo la cabeza en solicitud de algo, para agregar estendiendo la mano y señalando con el dedo índice para un punto en que las miradas de todos vinieron á converger. ¡Mirad, mirad!

—¡Canario! profirió Blanco tomando la vela y alumbrando para debajo del móstrador, al mismo tiempo que contaba una, dos, tres y hasta nueve talegas de pesos, para proseguir. ¡Canario! pues no es tan mala la mordida. Nueve mil duros ¡eh! como quien nada dice.

—Pues quedábamos frescos con pichicatería semejante, objetó Aldama, cuando aquí hemos venido por treinta mil onzas de oro y tan cerca de ellas nos encontramos.

—Justamente, articuló Quintero, y no debemos ocuparnos de otra cosa. A echar abajo esa puerta y á no perder el tiempo inútilmente.

Aquellos tres hombres, sin hablar ya más que lo muy preciso y despues de ensayar diversos medios, de probar las llaves unidas á la que habia dado entrada al almacen y de agotar grandes esfuerzos para no producir estruendo alguno, tuvieron necesidad de apelar á otros medios, aunque corriendo el riesgo de ser sentidos en sus trabajos, á consecuencia del profundo silencio que reinaba en la calle y en las inmediaciones de aquella casa.

Con el auxilio de los machetes y con el de una barra de hierro que encontraron en uno de los rincones, despedazando los barrotes de la puerta, lograron fracturarla consiguiendo al fin penetrar al interior de la estancia deseada.

—Aquí, aquí está lo bueno, exclamaron á la vez y despues de poner la luz sobre la mesa del centro, se precipitaron sobre la caja de fierro que ocupaba la pared del frente de la puerta de entrada.

En aquella caja, que los tres pulsaron á un tiempo sin lograr imprimirle movimiento alguno ni el desvio de una sola línea de su asiento, emplearon tres cuartos de hora en cuyo tiempo, agotando todas sus fuerzas, adquirieron la certidumbre de que no conseguirian absolutamente nada de mueble tan rebelde, y fué tan uniforme aquella conviccion, que los tres á la vez le abandonaron para venir á la caja de madera, cuya tapa destrozaron, como lo habian hecho con la puerta de entra-

da, y en cuyo fondo encontraron catorce talegas, que una á una fueron sacando y poniendo sobre el mostrador á donde subieron las nueve más que ántes habian contado y otra que contenia un pico del que en aquellos momentos no pudieron darse cuenta.

—Creo, dijo Aldama, que es cuanto podemos conseguir, y tambien que debemos marcharnos. Son las 11 de la noche, y si á esta hora ya puede ser sospechoso el rodar del coche en las calles, más tarde se hace de todo punto imposible.

—Sin duda, afirmó Blanco quemando los papeles en que estaban empaquetadas las medias para que estas hicieran ménos bulto: Sin duda, y permanecer aquí más tiempo me parece expuesto.

—Pues á concluir y vámonos, terminó Quintero tomando una talega de pesos que colocó sobre su hombro izquierdo sujetándola con la misma mano, miéntras que con la derecha tomó la vela con que debia iluminarse en su camino. Aldama y Blanco hicieron lo mismo y seguidos el uno del otro emprendieron su primer viaje, bajando la escalera, atravesando el patio y depositando su carga en el interior del coche: y este viaje se repitió hasta ocho veces, al fin de las cuales y habiendo apagado las velas y recogido sus armas y demás objetos, Blanco abrió la puerta cochera, Aldama montó sobre la mula de silla y Quintero de pié se paró al fren-

te del tronco para auxiliar el trabajo que debian emprender.

—¡Adelante! dijo Blanco, ni parece nadie ni nadie se mueve por ninguna parte.

Aldama hizo retroceder á las mulas, avanzar, cejar de uno y otro lado, y despues de grandes esfuerzos recular el coche, logrando al fin situarse en la calle.

Blanco procedió á cerrar la cochera, cuyas puertas quedaron perfectamente emparejadas.

CAPITULO V.

Finaliza la noche del viérnes 23.

—En marcha, dijo Quintero colocando el machete debajo del brazo izquierdo ordenando á Blanco lo mismo y atravesando la calle para tomar la acera del frente por cuyo lado la habia tomado igualmente Aldama, bastante embarazado en el oficio que en aquellos momentos desempeñaba.

—Más ligero, más ligero, estimuló Blanco que caminaba casi pegado al estribo de la montura de su compañero.

—No es tan fácil como el consejo ejecutar, contestó Aldama, además que el peso de la carga no se facilita mucho para hacerlo.

Con efecto, las 60 arrobas en plata que pesaban aquellas 24 talegas era más que suficiente para no aligerar mucho el camino á pesar de la impaciencia de los asesinos y sin embargo de las condiciones de pujanza y brio de aquel magnífico tronco de mulas.

El carruaje, rodando pausadamente y produciendo el maderemen del juego crujidos que hacian temer una catástrofe alarmando á los ladrones, terminada la calle de Cordobanes, dobló á la derecha para la segunda de Santo Domingo, y al rendir esta, á la izquierda para la de los Medinas siguiendo á la de la Aguila y hacer alto al frente de la accesoria de Quintero, en la que otras veces hemos concurrido, y cuya puerta abrió el mismo Quintero con la llave que para el efecto llevaba en uno de los bolsillos.

—Si arrancarán estas mulas dejándolas solas, observó Aldama manifestando indecision en su conducta.

—Más seguró será, le respondió Quintero, que no te muevas de tu puesto que nosotros desempeñaremos con ligereza esta faena:

—Sí, sí, agregó Blanco, lo más seguro es lo mejor; no sea que nadar, nadar, y ya sabeis lo demás.

Quintero abrió la portezuela del coche, tomó una talega que puso en poder Blanco, cogió otra para sí y ambos dos entraron á la accesoria procurando hacer el menor ruido posible, y colocándolas en el suelo, al pié

de la ventana, cuyas puertas estaban perfectamente aseguradas por la parte interior.

Aquella operacion se repitió hasta doce veces, al fin de las cuales dijo Aldama dirigiéndose á Quintero:

—Miéntras vamos á desembarazarnos de este mueble quedas tu como depositario de nuestra pieza. Poco debemos tardar.

—Así lo creo, contestó Quintero entrando á la accesoria y encerrándose por dentro.

—Ahora nosotros, agregó Aldama arrendando las mulas para tomar vuelta sobre la misma calle y desandar en esta el camino que habia traido.

—¿Pues á dónde vamos ahora? interrogó Blanco manifestando impaciencia.

—¡Canario! Pues á dejar el coche que no nos lo hemos de meter en la faltriquera.

—Ya, ya lo entiendo así, pero mi pregunta es ¿que á dónde lo hemos de dejar?

—Sigue junto á mí y ya lo verás.

Aldama prosiguió línea recta á la calle de Medinas atravesó la plazuela de Santo Domingo y entró á la de los sepulcros del mismo nombre.

—¿Pero que no puedo saber á dónde vamos? interrogó Blanco de nuevo.

—Estás impertinente hombre, contestó Aldama, va-

mos por el barrio de Santa Ana que es bastante solo y por consiguiente á propósito para nuestra empresa.

—Nada peor que ese paraje.

—¡Qué sabes tú de eso!

—Más que tú; y por lo mismo no creo conveniente que sigamos por ese rumbo.

—Tú no tienes más que obedecer y se acabó.

—Pero hombre, insistió Blanco, te olvidas de que si vamos por hay tenemos que pasar por un cuartel y que esto no es conveniente.

—Es verdad, no habia pensado en ello y no me ocurre en este momento.

—Mira, Aldama; sigue mi consejo que no es malo, me meto en el coche, arreas ligero y lo vamos á dejar por Tenexpa que queda léjos del centro y que es más solitario aun que este barrio.

—Tienes razon, y manos á la obra.

Blanco entró, en efecto, en el coche y Aldama estimulando el tranco, hizo que saliera este á un trote largo á cuyo paso en pocos minutos atravesó la distancia entre el punto de aquella partida y el indicado por Blanco, á donde en la calle más inmediata á Tenexpa y cerca de la acera hizo alto, trabó ambas riendas en la cabeza de la silla y desmontó de la mula, al mismo tiempo que lo hacia Blanco del interior del coche.

—Toma, dijo este entregando uno de los machetes á su compañero y conservando el otro en su mano.

—Para nada sirven ya, querido Blanco y tomándolo sin embargo, despues de enlazar los brazos emprendieron su marcha de regreso á paso bastante violento.

—Creo nos podemos felicitar de nuestro golpe, articuló Blanco, lo hemos terminado con felicidad.

—Parece que sí, contestó Aldama deteniéndose y á su vez Blanco, sobre el puente de Anaya en el que acababan de subir al pronunciar aquellas palabras para agregar: Y como los tales machetes no son útiles ya, creo prudente depositarlos debajo de este puente, para el afortunado que dé con ellos, haber si le sirven para una obra de caridad como la que esta noche acaban de desempeñar.

—Soy de la misma opinion. Venga, venga ese que la cosa no es para pensarla mucho, y Blanco despues de buscar el punto que le pareció más á propósito, arrojó bajo el puente los machetes, cuyo chasquido anunció quedar sepultados en el fango de aquella acequia.

—Adelante, murmuraron simultáneamente continuando sin interrupcion hasta la accesoria de la calle del Aguila, á donde Quintero reconociéndolos por las voces les franqueó la entrada.

—¡Canario! murmuró Aldama, esto está peor que boca de lobo.

—¿Por qué á oscuras? interrogó Blanco.

—¿Y qué diablos habia de hacer con luz miéntras regresabais? contestó Quintero, con ella no habria hecho otra cosa que llamar la atención si alguien pasaba.

—Cierto, cierto, dijeron á la vez los dos compañeros.

Aldama prosiguió:

—Pero ahora sí necesitamos luz.

—La tendremos, y Quintero con sus acostumbrados chismes y su pajuela de azufre, inflamó una vela de cera terminando con decir: Hombre prevenido vale por dos, y para prueba de ello supe traerme esta cera de casa de nuestros amigos.

—¡Já, já! ¡de nuestros amigos, eh! y Blanco tornó á reir prolongando la carcajada.

—No me parece hora propia más que para ocuparnos de esto, observó Aldama y señaló la trinchera de talegas que tenia delante, ya tendremos tiempo de cuanto querais.

—Exactamente, aprobó Quintero, manos á la obra, y con el auxilio del belduque levantó una viga, y tras esta otras dos de aquel pavimento, en el rincon inmediato á la ventana, para meterse dentro de aquella hoquedad y recibir una á una las talegas que le fueron dando sus compañeros, excepto la que tenia un pico que dejaron fuera depositándola allá, igualmente los paquetes de medias, algunas piezas de ropa y demás objetos del

robo que acabáran de verificar, tornando las vigas á su sitio y haciendo con esto desaparecer toda señal, todo indicio de aquel depósito confiado á las entrañas de la tierra y del cual solo los tres tenian conocimiento.

—Magnífico, exclamó Aldama dando algunos pasos sobre las mismas vigas que habian sido removidas y vuelto de nuevo á su lugar. Veamos ahora lo que contiene esa talega y hagamos tres partes iguales para nuestras primeras atenciones.

—Nada mejor pensado, dijo Blanco frotándose las manos.

—Precisamente era lo que iba á proponeros, añadió Quintero.

—Pues á la obra, aunque con las precauciones necesarias.

Aldama desató la talega y sí muy espacio en sus movimientos, tambien con mucho silencio contó el contenido de esta, diciendo al termiuar:

—Cuatrocientos pesos, caballeros.

—Es decir que nos corresponde á cada uno, y Quintero pensó algunos instantes para concluir: A cada uno 133 pesos, que hacen la suma de 399, quedando uno de pico que dividimos por los correspondientes maravedís para que la cosa sea igual con toda exactitud.

Aldama hizo con el dinero tres fracciones de la cantidad indicada en cada una de ellas, pasando á poder de

cada uno de ellos su parte y quedando sobre el envigado el peso que debian dividir.

—Entre nosotros, objetó Blanco, es una miseria andar con esas divisiones. Juego la parte que me toca á cruz ó cara.

Y tomando el peso lo bailó sobre el pavimento cubriéndolo con la mano y dirigiéndose á Quintero:

—O es tuya mi parte ó la tuya es mia. ¡Dí! ¡Dí!

—Voy á cruz, contestó Quintero.

—Está bien, y Blanco destapó el peso agregando: Te amolaste perdiendo.

—Otro dia ganaré, murmuró Quintero.

Blanco tornó á bailar el peso como á cubrirlo, diciendo á Aldama:

—Ahora tú.

—¡Cara! dijo Aldama.

—Pues no es sino cruz, articuló Blanco descubriendo el peso y terminando: Perdiste tambien, de lo cual me alegro, porque la que ha ganado es una hembra que merece pisar sobre tejos de reluciente plata. Mi Manuela quedará contenta con este obsequio, y Blanco guardó el peso en el bolsillo.

—Acabemos por esta noche, propuso Aldama, que la hora es bastante avanzada y la casa de tu tia no está á la vuelta de esta esquina.

—Tiene unas impertinencias la vieja de mi tia, murmuró Blanco, que valiera más que no me manifestára tan acendrado cariño como el que dice que le inspira su querido sobrino. Pero vámonos que, en efecto, son las 11 y media de la noche.

—Nos veremos mañana en las primeras horas del dia, dijo Aldama á Quintero al darle la mano en señal de despedida, porque en la tarde me voy á los gallos.

—¡Malditos sean los gallos! contestó Quintero correspondiendo al apreton de manos. Me parece que los tales vípedos te han de sacar espolones si te descuidas.

—Qué quieres, observó Blanco estendiendo á su vez la mano á imitacion de su compañero de partida y señalándolo con la cabeza para terminar: Este con los gallos, yo con las damas, como dices, y ¿tú con qué? Tú, con las damas, y con los gallos, y con..... Tú no tienes por donde te deseche el diablo.

—Buenas noches caballeros, respondió Quintero desentendiéndose de las palabras de Blanco.

—Que paseis buena noche y que durmais tan tranquilamente como yo estoy dispuesto á vericarlo.

Y Quintero inmediatamente despues á la salida de sus compañeros se encerró por dentro dando vuelta á la llave de la chapa y asegurando la puerta con la correspondiente tranca.

—Durmamos bien que con la satisfaccion de poder idsponer de un pico de cerca de 8,000 pesos que hemos

ganado con el sudor del rostro y con el poder de la fuerza de nuestro brazo, bien se puede descansar tranquilamente en el espacio de ocho horas miéntras llega la de ajustar cuentas con el maldito viejo prendista, con ese cafre usurario de la calle de Mesones á donde volaré al principiar el dia para desempeñar mi relox. La cama no está nada envidiable que digamos; pero además de que una noche como quiera se pasa, entra esta en el precio de los trabajos que me ha costado ganar la friolerilla que está bajo de mis piés. Durmamos que el sueño recupera y vigoriza y yo de ambas cosas me encuentro en estos momentos necesitado.

Y Quintero tomando asiento sobre el poste de piedra que servia de escalon al alfeizar de la ventana, arrebujándose bien en su capa y recargándose de espaldas al rincon que producia la arquitectura, se quedó silencio é inmóvil en la más completa oscuridad para entregarse á la accion del más profundo sueño, como acaban de incarlo sus palabras.

Sigamos el camino de Aldama y Blanco emprendido desde su punto de partida hasta el Salto del Agua y casa habitacion de la tia del segundo de estos individuos en cuyo trayecto de tránsito se cambian las palabras que conoceremos prestando atencion á su diálogo:

—Pues tiene maldito génio la anciana de tu tia, murmuraba Aldama, si todo eso que me cuentas es la expresion exacta de la verdad.

—Sin variar un ápice, contestó Blanco, para mi tia no hay medios. Si entro malo, si salgo peor; si tengo amigos horrible, si no los tengo que soy insociable, montaraz, que con razon estoy aislado, que por eso nadie me quiere; si veo á las mugeres que es necesario sacarme los ojos, si no las veo que soy un taimado, hipócrita y gazmoño, si le digo que yo quiero mucho á las mugeres, sin decirle por supuesto que á Manuela sobre todas, coje un palo y tengo que meter piernas para librarme de una tranquiza; si estoy arrancado y sin un peso en el bolsillo que soy un azota calles, un badula que, un haragan, come de balde, sin oficio ni beneficio; si me asecha algunos duros de que poder disponer, que quien sabe si ellos serán motivo para algunos dias de campo en la acordada ú otro paseo al castillo de San Juan de Ulua, y por último, amigo Aldama con este género de vida, estoy verdaderamente fastidiado. Me alegro infinitamente del buen suceso de esta noche; porque terminada en paz la actual querella que esta vieja suspicaz ha promovido, me separo de ella, me emancipo, y con mi Manuela, con esa mi tortolita vuelo á otras regiones á donde ni ella tenga tia, ni yo tenga tia, ni oigamos hablar en los dias que nos queden de vida de nuestras ancianas tias. ¡Canario con las tias! ¿Y qué vais ahora á decirle á mi señora tia?

—No lo sé todavía, porque mis contestaciones dependen de sus propias palabras.

—Es necesario que no os descuideis en todo lo que le digais, porque de un piojo arma un caballero y es capaz de levantaros un caramillo como el del arriero con el comerciante, á quien por poco le cuesta la vida la suspicacia de aquel.

—Arriero y comerciante, repitió Aldama con acento de extrañeza.

—Sí hombre, añadió Blanco, un comerciante ocupadísimo en el activo despacho de su mostrador en momentos que en un soberbio mulo pasaba montado un arriero, que con desaforados gritos le decia: ¡Adios amigo, amigo adios, adios amigo! El comerciante agobiado por aquella tenacidad le contestó con violencia: ¡Adios amigo mio! y prosiguió en la tarea de sus ocupaciones. Mio, mio, repitió el arriero continuando su camino. Mio, mio, tornó á repetir y cavilando y articulando siempre el mismo pronombre como avanzando en su derrotero, despues de vencidas cuatro ó cinco leguas agregó: Mio dice el gato, el gato se come al raton, el raton come queso, el queso sale de la cabra; luego este me ha dicho..... Y arrendando su mulo capaz de asolearlo por el vigor de la carrera, desanduvo su camino para exigir con machete en mano al pobre comerciante satisfaccion cumplida del ultraje que creia se le habia inferido. Ese arriero es mi tia: conque mucho cuidado con las palabras.

—Poco ó ninguno me da á mí lo que la lengua dice

Palabras no rompen cabezas; pero hemos llegado. Y ambos se detuvieron en la puerta de entrada para la casa de la tia de Blanco.

Tres recios golpes sobre la madera interrumpieron el silencio de la noche, á los que pasados algunos minutos, una voz femenil respondió por la parte interior interrogando:

—¿Quién es? ¿qué se ofrece?

—Abre: soy yo, contestó Blanco reconociendo la voz de la criada de su tia.

—No puedo abrir, añadió la criada, porque la señora no se ha quedado en casa esta noche.

—Está bien, agregó Blanco, pues le dices á mi tia que he venido con el Sr. D. Felipe María de Aldama, quien queria hablarle de mi asunto.

—Que mañana cuando esté en casa volveré para lo mismo, concluyó Aldama.

—Muy bien, señores, dijo la criada desapareciendo al mismo tiempo la que luz que habia iluminado los instersticios de la puerta.

Nuestros dos personajes emprendieron de nuevo la marcha de retirada atravesando la plazuela del portal de Tejada para entrar á la línea de calles de San Juan á donde, en la primera, un golpe dado por Blanco sobre el pavimento hizo que Aldama interrogára con qué objeto producia aquel estruendo.

—¡Toma! he bastoneado fuerte y nada más. Para eso creo sirve el baston que traigo en la mano.

—¿El baston del belduque?

—Sin duda: ¿por qué os extraña?

—Porque además de que ya de nada nos sirve, es preciso deshacernos de él como lo hicimos con los machetes. Y Aldama despues de detenerse y de pensar algunos instantes añadió:

—¡Cabal! allí queda perfectamente. Aprieta el paso que es tarde.

Y prosiguieron la misma línea hasta el puentte de la Mariscala á donde Aldama tornó á decir:

—Arroja ese baston bien al centro para que quedemos libres de ese estorbo.

Blanco ejecutó la indicacion de su compañero, produciéndose el mismo chasquido que momentos ántes se habia escuchado en el puente de Anaya.

Nuestros dos hombres descendieron el puente tomando rumbo al centro de la ciudad, sin que una luz alumbrára su camino, ni un transeunte entorpeciera su paso.

—Cansado estoy de andar y deseando dormir, murmuró Aldama. No me he fijado en los reloxes públicos para saber qué hora es, pero el peso de la noche me hace creer que será muy tarde.

—Si tuviéramos luz, contestó Blanco, lo sabriamos inmediatamente, supuesto que me acompaña el relox de nuestro amigo.

—¡De nuestro amigo! ¡qué reloj!

—¡Toma, pues el de Dongo que lo traigo aquí!

—Mal hecho, muy mal hecho! ¡Oh! una imprudencia de estas puede costarnos muy caro. Se conoce tu edad y que eres muy bisoño todavía.

Y Aldama fijó sus miradas tenaces é investigadoras sobre el piso de su camino para detenerse al pié del gran edificio señalado con el nombre de "Direccion de Tabaco" y concluir indicando en el caño una de las hendiduras absorbentes de las aguas llovedizas:

—Aquí, aquí arroja eso y quitémonos de peligros.

Blanco, aunque con alguna repugnancia, depositó allí el reloj que dos horas ántes estaba en el bolsillo de su dueño D. Joaquin Dongo.

—Me parece, añadió Aldama, que con lo que tienes comprarás un reloj que puedas lucir en todas partes, sin temor de que te sea conocido. Ahora, al llegar á casa, debemos hablar y decir que venimos de un baile para evitar sospechas.

Minutos despues llegaban á la Alcaicería y á la casa de Aldama, en la que, pasados cortos momentos, dormian profundamente, como si lo hiciera una conciencia tranquila.

CAPITULO VI.

Un coche, un dragon, unas albricias.

Estamos en un barrio ó suburbio de la ciudad: son las primeras horas de un dia en el que el sol gira magestuoso mandando sobre la tierra los rayos de oro que de su disco fecundante y luminoso se desprenden, al mismo tiempo que su reflectacion viste admirablemente dilatados grupos de nubes cuyos cambiantes y colosales figuras producen celajes que excitan la admiracion y elevan el pensamiento á regiones desconocidas para arrancar del fondo del alma, como arranca todo lo que pertenece á la mano invisible del Creador contemplando

sus obras, el homenaje de admiracion que debe tributar todo el que sepa corresponder al sentimiento de que existe y de que se encuentra animado. La luz del sol embellece, su calórico latente comienza á desarrollarse, y sostenidas corrientes de matinal brisa, templando su accion, constituyen una temperatura agradable, armónica con el conjunto que presenta el cuadro de la naturaleza, sobre el que dos hombres de la clase del pueblo bajo, á juzgar por la semi-desnudez en que se encuentran, contemplando los variantes que el aire verifica con las nubes que tienen á su frente, discurren á su manera, deducen y sacan consecuencias cuya originalidad de errores formaria el volúmen más disparatado que leerse pudiera en materia de astronomía, sobre la que venian á versar las conclusiones de la estúpida ignorancia de aquellos individuos, de los cuales desviando uno de ellos la mirada de la region celeste para fijarla sobre la tierra y cerca de sus inmediaciones, dijo á su compañero, al mismo tiempo que estendiendo el brazo le señalaba el objeto á que aludian sus palabras:

—Pocos dias amanecerá el barrio de Tenexpa tan favorecido como el de hoy, Sr. D. Severiano. ¡Vaya con la nueva vecinita! á quien gente de coche viene á visitarla y bien de mañana por cierto.

—Es verdad, señor D. Regino, contestó el otro individuo fijándose en el carruaje indicado. Y segun las

mulas y el todo del coche parece que es de gente principal.

—Cierto, la facha del tren no puede ser mejor, ¿pero no le ha llamado á V. la atencion, Sr. D. Severiano que esa casa es liciada para tener siempre gente de rompe y rasga? apénas la semana pasada se mudó de ella la pingajosa, que como se acordará V., vino luego lueguito que se fué la brinquitos y ya esta semana tenemos á la pié de plata, que parece echarles tierra á todas las demás.

—¡Cabal, cabal! á lo ménos las otras no manifestaron tener parroquianos de coche.

—Y qué clase de gata es esa nueva sirena; porque la verdad de Dios es que yo no la he visto todavía.

—Cualquiera cosa Sr. D. Regino. No se vaya V. á figurar que es una gran garra. No tiene más sino que es muy salerosa y un piecesito que se pierde en mi mano, por eso le dicen pié de plata.

—¡Ah! pues eso no es gran gracia; porque ya V. ve, Sr. D. Severiano, que todas nuestras paisanas tienen unos piecesitos tan chulos, que les echan tierra á las patas de las más principales señoras que nos vienen del otro mundo.

—Verdad, Sr. D. Regino; pero quién sabe qué sucede con tanta gente que se amontona cerca del coche. Si habrá camorra entre la pié de plata y su parroquia-

no y saldrá de la casa, como han salido las otras, armando escandalito en el barrio.

—Pues vamos á ver qué sucede.

—Desde aquí estamos mirando bien, sin necesidad de que nos metamos á la bola.

—Sí, desde aquí miramos, D. Severiano, pero no sabemos por qué se junta tanta gente. Vamos allá, que si hay camorra, con alejarnos y tomar las de villadiego ya está todo arreglado.

—Pues vamos, que si salimos chamuscados será por habernos metido en la lumbre.

Y estos hombres, asegurándose el sombrero de petate que cubria su cabeza y embozándose en la sábana blanca que cada uno llevaba por abrigo, atravesaron la distancia de unos veinte pasos que les separaba del sitio en que permanecia el coche para llegar á él y confundirse entre el crecido número de curiosos que rodeaba el vehículo, y de entre los cuales surgian dudas, se daban interpretaciones y se cambiaban diversos comentarios.

—Pues el caso es, decia uno de tantos, que al rayar el dia, cuando llegaba yo con la canasta del pan y que no abria las puertas de la tienda D. Cirilo, ya este coche estaba aquí donde VV. lo ven.

—Eso no es nada, agregó otro, que yo salí á las afueras de mi cuarto desde ántes que cantára el gallo, y á

pesar de la oscuridad, me pareció ver una bola negra que ahora caigo en cuenta seria este coche.

—Y lo peor es, observó otro curioso, que por aquí no hay cochero ni cosa que le parezca.

—Válgate el dianchi, dijo D. Regino á su compañero, si será cosa de duendes el tal coche!

—Si andará en pena el alma de su dueño, Sr. D. Macedonio, y le faltó la noche para volver á su casa.

—¡Ay nanita qué miedo! gritaron á un tiempo varios muchachos armando gresca que aumentó el tumulto y repitiendo á la vez:

—¡Las brujas, las brujas! ¡Este es el coche de las brujas!

—Este es el coche de las brujas, vocearon la mayor parte de los vagabundos en momentos que atraido por el concurso y los gritos, llegaba hasta allí un dragon de caballería, que impuesto de los murmullos y despues de examinar el coche con alguna detencion, haciendo caracolear su caballo, con lo que despejó gran terreno, dijo con acento estentoreo para apagar los gritos de los muchachos que continuaban sin interrupcion:

—¡Qué brujas ni que ocho cuartos, belitres! Este coche es de su dueño, y yo sé bien quién es ese dueño, porque lo conozco perfectamente.

—Pues señor militar, dijo uno de los del grupo di-

rigiéndose al soldado. Este coche está aquí donde V. lo vé, y sin que nadie lo cuide, desde ántes de amanecer.

—Que no ha de haber quien lo cuide, ni que canastos, cuando por aquí ha de andar el cochero como loverán VV.

Y el dragon arrendó de nuevo su caballo, fué, vino, anduvo á la derecha, volvió, hizo lo mismo á la izquierda y regresando de la misma manera cerca del coche concluyó:

—Es verdad que el cochero no parece, pero yo conozco bien al dueño del coche. Es un señor muy principal y muy rico.

—Dispense el señor militar, habló con sombrero en mano, acercándose al dragon, de los hombres del diálogo anterior el llamado D. Regino, dispense el señor militar.

El dragon despues de mirar con aire insolente al hombre que le habia hablado murmuró:

—Pues ni yo soy obispo, ni me ve solideo en la cabeza para que ande concediendo dispensas, ¿qué se ofrece?

—Que si V. conoce al dueño del coche, agregó el hombre, y me lo quiere comunicar me hará un gran favor.

—Y qué va á suceder con que V. lo sepa ¿acaso va á poner el remedio?

—No señor; pero sabiendo quien es el dueño y á donde vive, con llegar á la casa inmediatamente á darle aviso, me dará mis correspondientes albricias.

—Pues seguramente V. no me ha visto bien, dijo el dragon levantando el casco hácia atrás y agregando: ¡A ver! ¡Mire si tengo algo en la frente, porque solo así ó estando cojo dejaria yo escapar de la mano esas albracias que me corresponden, puesto que de todos los que están aquí yo soy el único que conoce al dueño de ese coche.

Y el dragon sin hacer más caso de su interlocutor ni de los que le rodeaban, arrendó su caballo para la tienda de la esquina más inmediata, y dirigiéndose de los dos individuos que estaban tras el mostrador, al que le pareció más caracterizado, sin apearse de su montura le gritó:

—Oiga usted patron. ¿Usted es el dueño de esta tienda?

—Sin duda, respondió el tendero.

—¿Cómo se llama V.? interrogó el soldado.

—Juan Antonio Melquiades. ¿Y por qué me lo pregunta el militar?

—Porque le voy á hacer un encargo al Sr. Mel-

quiades, si me hace el favor de acercárseme un momento.

El tendero saltó el mostrador y llegando cerca del soldado le dijo:

—¿Qué encargo es ese?

—¿Ve V. ese coche que está allí enfrente y que rodea tanto bobo? y el dragon señaló ambas cosas al proferir sus palabras.

—Si que los veo, pero ¿qué me quiere decir con eso el militar?

—Que segun esa gente, agregó el soldado, ese coche esta ahí abandonado desde ántes de amanecer, que el cochero no parece, que yo sé quién es su dueño, que voy á darle aviso de lo que aquí pasa y que miéntras vienen á recojerlo se lo dejo encargado, no sea que le ocurra á cualquiera trepar en la mula y largarse con él de lo cual pudiera yo hacerlo responsable.

—¡Ah no! contestó el tendero con violencia, ni ahora ni despues. Quien me manda á mí meterme en picos pardos.

—¡No, no! pues si le sucede algo á ese coche, D. Juan Antonio Melquiades responderá de ello á la justicia, que para ello se lo dejo encargado delante de todos los vecinos del barrio.

Y el dragon sin detenerse más ni esperar otra respuesta arrimó los acicates á los hijares de su caballo

que partió al gran trote tomando rumbo al centro de la ciudad.

—¡Canastos con la píldora que nos ha encajado el soldado, murmuró el tendero rascándose la cabeza al mismo tiempo que heria el pavimento con el pié en demostracion cólerica, ¡pues no es mala la broma que nos puela venir metiéndonos en un berengenal en que no hemos solicitado la entrada. ¡Vaya, vaya! Pero no.... lo mejor es dar parte al alcalde del barrio, y que la justicia y sus ministriles se entiendan con lo que á nos atañe ménos que á nadie.

Y el tendero emprendió la marcha para poner en ejecucion el pensamiento que nos acaba de hacer conocer.

Sigamos ahora al dragon que, sin interrumpir su marcha, se decia con frecuencia, expresando en su rostro el efecto que en su ánimo producian sus pensamientos:

—Lo ménos, lo ménos que me dá de albricias el Sr. Dongo, son diez pesos. Sí, él es hombre distinguido, bastante rico y no ménos franco. ¡Qué ménos pueden valer unas albricias que diez pesos! El dia de hoy me ha comenzado muy bien. Váyase lo uno por lo otro. Ayer arrestado porque mi capitan amaneció con las muelas tuertas creyendo que mi capitana guiñaba un ojo: hoy unas albricias que me van á saber á cielo y

más que á mí á mi dragona: quizá mañana me caerán sobre los brazos las cintas de cabo, al otro dia la ginceta de sargento segundo, y á ese paso la vida es un soplo; pero atengámonos á lo positivo á lo de hoy, á lo de esas albricias cuyo peso me parece sentir ya en mi mano. A lo de las albricias que hemos llegado.

Y el dragon sin apearse de su caballo se acercó al zaguan de la casa número 13 de la calle de Cordobanes y aplicó sobre la madera tres palmadas bastante estrepitosas, que repitió con más fuerza pasados los intervalos que calculó deberia esperar.

—¡Sopla con el portero! exclamó impacientándose. Pues este hombre acostumbra levantarse á la alba de las lagartijas. Bien se conoce que no tiene á retaguardia la vara del cabo de presos, que lo haga andar un poco más listo en el cumplimiento de sus obligaciones. ¡Pues! y como ya es tan tarde alborotaré recio; aunque despierte todo el mundo, aunque se levante el mismo Sr. Dongo: mejor, así le daré á él mismo la noticia y él mismo me dará albricias, y el dragon redobló con fuerza sus golpes para obtener el mismo resultado.

—Mil bombas con el portero! Y el zaguan está á piedra y lodo como quien dice. Veamos si por la cochera se les destapan los oidos que hoy los tienen ó hacen de mercader.

Y el dragon vino á la puerta cochera la que cedien-

do al primer golpe se entreabrió algunas líneas demostrando con esto que se hallaba entornada solamente.

—¡Canario! Pues esta puerta no está asegurada!

Y empujándola para reconocer la verdad de su dicho la puerta quedó abierta el espacio correspondiente al impulso que recibiera, bastando á que pasára por él el caballo del dragon estimulado por este, al mismo tiempo que agregaba:

—El frente cubierto y la retaguardia á disposicion del enemigo. ¡Vaya un por.....

Y el dragon ni acabó su frase ni permitió el avance de su caballo á quien detuvo en la puerta de comunicacion para el patio, quedándose estupefacto como si le hubiesen clavado en aquel sitio. Su mirada tropezó con el cadáver del cochero para encontrar más adelante y á poca distancia el del lacayo, descubriendo al pié de la escalera el cuerpo de Dongo y produciendo tal terror aquel espectáculo en su ánimo, que santiguándose con su mano derecha lo acreditó con sus lábios en estas palabras:

—¡Jesus me valga! Uno, dos, tres muertos. ¡Qué significa esto! ¡Vaya unas albricias que he venido á buscar! Pues si así me sale lo de las cintas y lo de la gineta, quedo fresco. Con esto y con que me vaya á resultar un carguito con la justicia..... ¡Canario! Es verdad que si la justicia huele que yo he visto esto,

me echa el guante y tenemos que andar de Herodes á Pilatos y..... Largo, largo de aquí que el calabozo sin haberlo merecido por travesurillas de algun provecho, no debe ser nada apetecible. Largo y violentamente; y el dragon retrocedió su caballo dispuesto á retirarse, cuando un nuevo pensamiento le hizo exclamar otra vez:

—¡Canario! huir no me conviene ni tengo por qué. Huyendo me hago culpable ó cuando ménos sospechoso. ¡Canario! Si estuviera aquí mi capitana ella que es tan viva para guiñar, me aconsejaria; sin embargo, es preciso que yo no me esté aquí hecho un papanatas, pelando la pava y perdiendo el tiempo: lo mejor será dar parte á la jnsticia, diciendo la verdad de lo ocurrido, la verdad de Dios que de esto no me puede resultar cargo ninguno.

Y el dragon saliendo para la calle y entornando la puerta cochera tal como la habia encontrado se dirigió á varios vecinos de la calle inquiriendo de estos la habitacion del alcalde más inmediato ó de aquel á quien pertenecia la vigilancia de aquel barrio, cuya noticia adquirida le hizo saber que lo era D. Ramon Lazcano á cuyo domicilio se dirigió inmediatamente, creciendo por grados y miéntras más tiempo corria, la sopresa de que acababa de ser víctima, acompañada de los temores que habian surgido de su mente al retirarse de la

casa, repitiendo con acento irónico al entrar á la del alcalde:

—¡Vaya unas albricias! ¡Pues me he lucido con las esperanzas que me habian hecho concebir! Bonitas para un dragon de caballería.

CAPITULO VII.

La justicia en accion.

Algunos minutos despues de la entrada del dragon á la casa del alcalde de barrio, D. Ramon Lascano; el hijo de Marte se retiraba de la habitacion de la justicia, aunque algo más tranquilo de cuando en ella habia entrado, siempre algo inquieto y pesaroso de que pudieran resultarle complicaciones, á que en verdad no habia dado lugar, y las que acreditaban sus palabras terminada aquella primera diligencia.

—Por de pronto, decia, nos hemos encontrado con un alcalde adusto, de rostro avinagrado, de pocas palabras, pero segun parece, individuo de prudencia y de experiencia al mismo tiempo. ¡Canario! Que si no es

el fuero militar, segun las advertencias del alcalde, quedamos detenidos, y en si son peras ó manzanas, tenemos que mudar temperamento en la cárcel, á lo ménos miéntras se averigua que yo tengo tanto conocimiento de eso como el que pueda tener de si la abadesa de las monjas capuchinas se ha dejado la trenza, ó está pelona, como dicen que lo están todas esas señoras. De pronto hemos dado nuestro nombre, el de nuestro regimiento, la compañía á que pertenecemos, nuestra clase y el nombre de nuestro capitan, á quien es preciso informar inmediatamente del suceso.

Y el dragon, picando de nuevo á su caballo, se alejó rumbo á su cuartel en el barrio de Tenexpa.

Minutos despues de la salida del dragon de la casa del alcalde de barrio, dos hombres se presentaron allí para situarse en ambos flancos de la puerta de entrada, denunciando con su personalidad y sus insignias, la categoria de la clase á que pertenecian. Su cabeza estaba cubierta por sombreros negros de alas anchas, su ropaje era del mismo color, usaban capas y cada uno de ellos tenia en la mano una vara larga, que sobresaliendo de la estura de su cuerpo remataba en una pequeña cruz: aquella insignia era la vara de la justicia, y aquellos dos personajes eran dos alguaciles.

—Sabes, Interrogatorio, dijo uno de los ministros de la justicia á su compañero, que la cara del alcalde está hoy un poco más adusta que de ordinario.

*

—Le habrán picado las chinches algo más de lo regular, compañero Alegato, y por eso tiene hoy la cara más estragada que de costumbre.

—No es mala chinche la alcaldesa, observó Alegato, pero no creo que la vilis del alcalde, y sus murmuraciones, y sus aspavientos de ahora sean cosecha de su saco: no, que entre él y su conjunta persona, ya sabes que cuando hay camorra sucede aquello de que: dos gatos en un costal se arañan, y eso lo sabemos siempre por aquello de los maullidos del altercado conyugal: no, lo que ahora tiene el alcalde viene de otra parte, y segun mi saber y entender ese soldado que acaba de marcharse de aquí, no ha sido más que el interpósito de la causa que agita á nuestro alcalde.

—Permito sin conceder, compañero Alegato, que tal cosa arrojára presunciones vehementes para el juicio que acabas de esternar, pero sin prueba plena del caso; ni aun robusta siquiera, ese fallo seria revocado por el superior, causando ejecutoria y suspension para seguirte incontinenti la causa de responsabilidad.

—¡Vaya, compañero Interrogatorio, que estás dando pruebas palmarias de crasa ignorancia en la materia, filiándote en la categoría de lego, despues de tanto tiempo de llevar en tu mano esa vara de la justicia á que pertenecemos. Te olvidas seguramente de la série de recursos, interposiciones, pedimentos, excusas excep-

ciones, etc., etc.; de que se pudiera hacer uso, ipso facto, para suspender esa sentencia.

—Estás fresco, querido Alegato, y con lo que acabo de oir suceden dos cosas: ó yo no te he sabido comprender, ó tu no te has sabido explicar. Tu razonamiento se caracteriza siempre por lo preciso, por lo exacto, por lo contundente: tu lógica es siempre genuina, irresistible; pero esta vez te encuentras fuera de tus calzones, es decir, estás como los tramposos que en los documentos de pago que otorgan, renunciando todas las leyes, alegatos, excusas que pudieran favorecerles, item más renuncian especialmente la excusa de non numerata pecunia; lo cual significa, como bien sabes, que están más próximos á verificar una droga. ¡Vaya con mi compañero Alegato! que me viene indicando que se pueden interponer recursos á lo pasado en autoridad de cosa juzgada! Pues quedábamos bien con que despues de pronunciada sentencia viniera la parte adolorida recusando al juez.

—Yo no he dicho tal cosa, compañero Interrogatorio, ni siquiera lo he hecho presumir.

—Has dicho cosa peor, compañero Alegato, porque te has referido al superior tratándose de la revocacion de una sentencia.

—No tal, no tal. Cometes un error craso, crasísimo, y para esplanar lo dicho, no creo necesario que entremos en litis.

—Con litis ó sin él, estoy pronto á sostener mi tesis.

—Como yo la mia, afirmó Alegato, dentro ó fuera de estrados; pero siento pasos y creo reconocer los del alcalde. Quedamos, pues, en lo dicho y punto en boca, que el humor de su señoría no está hoy para consultas.

—Ni aun cuando lo estuviera, dijo Interrogatorio, someteria yo esta cuestion á su fallo.

—Es que como consulta sí pudiera hacersele; pero no quiero contrariar tu voluntad que respeto, porque creo que estás en tu derecho.

—Es la primera conclusion que el dia de hoy has dicho en su lugar; pero hé aquí á nuestro hombre.

Y la charla de los alguaciles cesó al sentirse el rumor de pasos que se acercaban.

Un hombre embozado en su capa, cubierta la cabeza por su correspondiente sombrero, y con un baston de gruesas borlas en la mano, se presentó en la puerta de salida para la calle. Sin proferir una palabra, hace seña á los alguaciles indicando el derrotero de su derecha cuya marcha emprende seguido de aquellos á retaguardia y á unos dos pasos de distancia, y despues de atravesar diversas calles entra al interior de una casa, asciende los escalones y se manda anunciar con el carácter de urgentísimo al morador de ella, el Sr. D. Agustin de Emparan y Orbe del Consejo de S. M. alcalde de Corte de la Real Audiencia, juez de Provincia y del cuartel mayor número 4 de esta ciudad, para ser

admitido inmediatamente á la presencia de aquel magistrado, y de cuya entrevista, é informe rendido por el alcalde de barrio, resultára un movimiento, una actividad que desde luego hacian presumir la existencia de algun acontecimiento, de alguna causa de gravedad.

Del despacho de aquel magistrado comenzaron á salir disposiciones violentas, órdenes por escrito, citaciones y providencias, que poniendo en circulacion febril á los corchetes, conductores de los mandatos de aquel magistrado, no quedó atrás la circulacion de la lengua de nuestros pretendidos leguleyos puesta en juego entre uno y otro, con los comentarios propios de su hinchada jactancia en la experiencia de los negocios jurídicos.

Una hora despues de aquella actividad, de aquel movimiento, de aquellas entradas y salidas de diversas personas y de todo lo concerniente á lo dispuesto por aquel magistrado, uno de nuestros alguaciles exclamó, dirigiéndose á su compañero y hablando en el corredor á donde habian permanecido, señalando á un individuo que en aquellos momentos entraba de la calle:

—¡Hasta que quiso Dios! querido Alegato, que supiéramos á qué atenernos.

—¿Por qué lo dices, Interrogatorio?

—¡Toma, hombre! ¡Pues no ves que atraviesa el patio el muy insigne Sr. D. Rafael Lucero, secretario del Oficio de cámara; más antiguo de esta real sala, y etc., etc., etc.

—Bien ¿y qué?

—¡Y qué! Pues me vas á hacer creer, querido Alegato que aún estás durmiendo, y si así sigues, como medida precautoria decreto auto de requerimiento sobre el estado sanitario de tus facultades intelectuales.

—Y yo declinaré jurisdiccion.

—Que no haria otra cosa, querido Alegato, que establecer el juicio de competencia.

—Despues de buen tiempo, amigo Interrogatorio.

—Purgando la mora, verias si habia lugar ó no al recurso interpuesto.

—¿Despues de sentencia en rebeldía? pues ahora sí que estoy por declararos pródigo mental; pero ¡chito! que su señoría el actuario D. Rafael Lucero, con toda su gravedad y prosopopeya se dirige hácia aquí, acudiendo al llamado superior.

Los alguaciles guardaron silencio y el individuo á quien habian aludido, pasó entre ellos haciendo una ligera inclinacion de cabeza y perdiéndose tras la vidriera de entrada para el despacho del magistrado.

—Estoy en ascuas, compañero Alegato, tornó á decir uno de los alguaciles, por saber qué significa todo lo que estamos mirando, sin comprenderlo.

—Ya, ya lo sabremos, y en verdad que nada extraordinario encuentro yo en todo esto. ¿No somos gentes de la justicia?

—¿Y qué consecuencia es esa?

—Que á nosotros nada debe alarmarnos. Habrá alguna desavenencia entre las clases altas, habrá algun chicoleo entre las faldas de alto coturno, habrá pendencia por celos, lagrimitas, qué sé yo! el nuevo virey es tan apuesto, tan gallardo, tan buen mozo, tan hidalgo, tan caballero, tan..... que quién sabe, quién sabe si en la corte....

—Y sabes, querido Alegato, que en efecto, el nuevo virey (á quien Dios guarde) y el alguacil se descubrió la cabeza al pronunciar sus últimas palabras. El nuevo virey S. E. el Sr. conde de Revillagigedo y etc., etc., etc., me debe el concepto de ser hombre que pondrá en juicio á más de cuatro pelagatos de los de esa hinchada magnificencia que nos rodea y que de puro ampollosa amenaza reventar por sí misma.

—¡Chist, chist! no sé por qué me parece que el dia ménos pensado, compañero Interrogatorio, das una vueltecita por el tribunal del Santo Oficio y tienes que sufrir que te cercenen la lengua.

—¡Chist, chist!

Los alguaciles al estremecimiento de la vidriera del despacho del magistrado guardaron silencio descubriéndose la cabeza al mismo tiempo, á la vez que por delante de ellos pasaban el alcalde de Corte D. Agustin de Emparan y Orbe el escribano D. Rafael Lucero, dos

personas más, y tras estas el alcalde de barrio D. Ramon Lazcano, que repitiendo su mandato mudo, hizo seña con el baston indicando que debian seguirle. Los alguaciles así lo ejecutaron, y aquella comitiva, despues de atravesar diversas calles de la ciudad, vino á detenerse á la calle de Cordobanes y al frente de la casa número 13, dando principio la diligencia judicial por el reconocimiento esterior de las puertas de aquella, para pasar al interior por la de la cochera, que emparejada nada más, cedió al ligero impulso que le fué impreso en el acto del reconocimiento.

La expresion de asombrosa sorpresa retratada en el semblante del magistrado en los momentos de presentarse á la entrada del patio descubriendo el espectáculo que se ofrecia á sus miradas, fué idéntica á la que expresaron los rostros de los individuos todos de su comitiva.

Inmediatamente el escribano dió principio á sus actuaciones, dando fé de la existencia de tres cadáveres, el cochero, reconocido así por la bota de montar calzada en la pierna derecha y la cuarta pendiente del puño de la misma mano; el lacayo, demostrado de tal por su librea; algunos pasos más adelante y cerca de los primeros peldaños de la escalera, á D. Joaquin Dongo tendido sobre su flanco derecho y casi sobre la capa con que acreditaba llegar cubierto. Un tanto hácia atrás se veia un huacal abastecido de vituallas y algunos tras-

tos de barro y al extremo opuesto un candelero de plata con la parte de una vela de cera apagada.

Reconociéndose el cuarto del portero se encontró á este con los brazos atados, la cabeza dividida, el pecho atravesado y con diversas heridas en el resto del cuerpo: á sus piés, con el cráneo despedazado, una cuchillada que abarcaba la mitad del rostro hasta una oreja y con el brazo derecho separado hasta el hueso, estaba otro cadáver, á quien por el color de su cútis, la configuracion de su todo y sus calzoncillos de manta, un lienzo de lo mismo hacia oficios de camisa y sus guaraches sujetos á los piés con sus correspondientes correas, denunciaba pertenecer á la raza indígena; era un gañan, indio correo de la hacienda de Doña Rosa.

Pasando á la cobacha en seguida, fué encontrado en ella, amarrado codo con codo, tirado boca arriba, aniquilado á cuchilladas y con la cabeza hecha dos á un anciano á quien se le llamaba el jubilado, y el que como inválido suplia las faltas ó ausencias del portero.

Continuando el reconocimiento, el magistrado y el escribano con su asistencia atravesaron el pasillo conductor para el segundo patio en el que ni en sus dependencias, caballeriza y demás encontraron nada que pudiera notarse impropio de la situacion de su estado natural, terminando con aquella vista de ojos las diligencias practicadas en la parte baja para proseguir incontinenti ascendiendo el primer tramo de escalera al en-

tresuelo en el que, en la primera estancia, el desórden de sus muebles y un baul descerrajado con lo que contenian esparcido por el suelo y faltando de él 50 pesos segun declaracion posterior de D. Miguel Lanuza: fué el primer rastro encontrado que explicára el móvil de aquella horrible carnicería. En la tercera estancia, sobre su propio lecho tirado hácia atrás, con una escopeta inclinada sobre el lado derecho, con los calzones sobre la ropa de la cama, con las piernas encogidas y acribillado á heridas en la cabeza, brazos y cuerpo, la justicia encontró otro cadáver, resultando de su identificacion ser el de D. Nicolás Lanuza, padre del cajero D. Miguel y primo hermano de D. Joaquin Dongo.

Se retiraba el juez de aquella estancia para la segunda, con direccion al almacen cuya puerta de comunicar estaba en la última, cuando de una manera precipitada subia la escalera y con sombrero en mano llegaba hasta allí el alguacil Alegato diciendo al magistrado:

—Un jóven que entra de la calle en estos momentos y cuya sorpresa iguala al espanto de su rostro producido por la presencia de los cadáveres, ha sido detenido por nosotros inmediatamente, conforme á las instrucciones que hemos recibido: vuesencia se servirá indicarme qué es lo que debemos hacer con él.

—Conducirlo inmediatamente á mi presencia, ordenó el magistrado.

El alguacil retrocedia para ejecutar el mandato, cuan-

do en la estancia se presentó en estado de completo desórden el jóven D. Miguel Lanuza. La palidez de su rostro, el todo de su aspecto y la fijeza de sus investigadoras miradas para el aposento siguiente que parecia atraer toda su atencion formaban un conjunto del que no era difícil presumir las agitaciones violentas que le conmovian en aquellos instantes.

Dominado por el temor instintivo de que se encontraba poseido, pareciendo no darse cuenta de lo que le rodeaba; sin hacer aprecio de las personas del séquito judicial avanzaba para la estancia, objeto de sus miras, cuando interceptando el mismo juez su camino le interrogó con estas palabras:

—¿Qué quereis, jóven, y quién sois?

—¡Mi padre, mi padre! contestó el interrogado y desviándose de la persona del juez se precipitó en la habitacion deseada para producir inmediatamente en un doble grito: ¡Mi padre, mi padre! y variando de tono y con un acento de dolor indefinible, repetir: ¡Cielo santo! ¡Mi padre! ¡Mi querido padre!

El magistrado y su séquito, que habian seguido al jóven, quedaron algunos instantes como clavados en sus propios sitios. La expresion de la fisonomía de aquel jóven, el acento desgarrador con que habian sido articuladas aquellas frases, fueron el fluido de respeto que circuló entre todos los hombres de aquella comitiva.

Hubo algunos instantes de silencio.

—¡Mi padre! repetia el jóven creciendo por momentos la emocion que estaba próxima á desbordar por los ojos, al mismo tiempo que señalaba el cadáver con la mano, dirigiendo sus miradas al magistrado.

—Jóven, le dijo el juez. El individuo, el caballero, el hombre respeta vuestro dolor y os manifiesta la expresion sincera de sus sentimientos por lo que están presenciando. El magistrado, el juez, tiene que cumplir con su ministerio. En nombre de la ley os preguntó ¿quién sois y á qué habeis venido á esta hora á esta casa?

—Soy, señor magistrado, contestó el jóven, Miguel Lanuza vuestro servidor, dependiente de esta casa, propiedad de mi tio D. Joaquin Dongo. Mi padre, el Sr. D. Nicolás Lanuza, á quien veis cómo encuentro en estos momentos.

—¿Teniais alguna noticia de esta desgracia ántes de llegar á esta casa? interrogó el magistrado, ¿cómo es que no estabais en compañía de vuestro padre anoche, que segun parece es cuando se han cometido estos crímenes?

—Un asunto de familia, respondió el jóven, hizo que anoche no durmiera yo aquí, y señaló al decir esto un lecho situado en el rincon opuesto al que ocupaba el cadáver de su padre. A las siete de la noche salí de esta casa para la de mis parientes á donde he dormido, y al retirarme de ella, todo ha quedado en la tranquilidad y

quietud que le era natural. Mi tio se disponia á salir en coche, como lo verificacaba todas las noches, y mi padre se quedó leyendo en un libro. Al venir hoy á la hora acostumbrada de principiar mis trabajos en el almacen, me ha llamado la atencion que la entrada principal estuviese cerrada y la cochera abierta: entré por esta, y me encontré con el espectáculo que aún estoy presenciando. Es cuanto puedo decir al señor juez.

—Prosigamos, ordenó el magistrado y concluyendo con el jóven Lanuza agregó: Seguid á mi lado, que vuestra compañía me es necesaria.

La justicia prosiguió su reconocimiento entrando al almacen, y llamando su atencion la puerta despedazada y aún con los barrotes safados que daba entrada al aposento destinado al depósito de caudales, en el que dos cajas de fierro permanecian intactas, sin embargo de encontrarse en sus inmediaciones objetos que arrojaban indicios vehementes de haberse trabajado en ellas para forzarlas, sin conseguir el propósito: al extremo opuesto una arca de madera descerrajada y faltando de ella la suma de 14,000 pesos, conforme al dicho del jóven cajero, D. Miguel Lanuza, y sobre una mesa que ocupaba el centro varios papeles quemados así como una vela de cera apagada y en un candelero de plata, idéntico al que se habia encontrado y recogido en el patio.

El jóven Lanuza declaró que los muebles, papeles y

libros del almacen permanecian en sus respectivos sitios, y sin que se notára novedad alguna en estos objetos; pero que faltaban nueve mil y pico de pesos, que entalegados desde dias atrás habian sido colocados debajo del mostrador,

La comitiva, terminados allí sus trabajos, emprendió camino para la parte alta, tomando sobre la derecha el pasillo para la parte interior y encontrando en el sitio en que da principio la escalera de ascenso para la azotea gruesas gotas de sangre, indicando la subida de los agresores para reconocer aquel espacio, tomó nota de ello, y prosiguió verificando lo mismo con el cadáver de una mujer, joven aún, á juzgar por el aspecto de su conjunto, que con la mitad del cuerpo fuera del quicio de la puerta de entrada para la cocina y la otra mitad en la parte interior de esta se encontró con la cabeza dividida en dos por la parte de atrás, desde la superior hasta la nuca, demostrando que al pretender huir buscando la salvacion por aquella, habia sido alcanzada por el machete del asesino, cebado más y más, con las demás heridas que destrozaban aquel cuerpo.

En el interior de esta estancia, al pié del bracero y tirada boca arriba, la justicia encontró otro cadáver, de mujer tambien, acribillada á heridas y cuyo abdomen, excesiva gordura, mandil y ropaje cubierto de grasa y lamparones decian bien que era la cocinera.

Prosiguiendo camino á las demás habitaciones se en-

contraron otras dos víctimas, género femenino igualmente, con la misma especie de heridas y á las que el jóven Lanuza designó, á la una como la lavandera, y á la otra como la ama de gobierno de la casa.

Adelante el cateo fué encontrado en la recámara de Dongo el ropero y cofres descerrajados, una escribanía forzada con una gaveta ménos, diversas piezas de ropa esparcidas por el suelo, trastorno de muebles y los indicios todos de las inquisiciones y allanamiento de los bandidos. El salon principal y la antesala por el órden de su mueblaje, la regularidad de este, y demás circunstancias características de su estado natural, nada notable ofrecian á la práctica de aquella diligencia judicial, así es que dando por terminado aquel reconocimiento, y no restando ya otra cosa que hacer sobre él: aquel magistrado procedió incontinenti á dictar las providencias que eran de su resorte en la secuela criminal que seguia, nombrando el reconocimiento de los cadáveres y de aquellas heridas á los doctores en medicina y cirujía D. José Vera y D. Manuel Revillas, quienes inmediatamente ocurrieron desempeñando la comision de su nombramiento y rindiendo en el acto el informe que era propio de su ciencia y necesario á las actuaciones de aquel expediente, continuadas con el nombramiento de actor al jóven D. Miguel Lanuza, como la única persona que como pariente de D. Joaquin Dongo pudiera considerarse en aquellos momentos caracteriza-

para aquel nombramiento, repitiendo este como depositario, con todas las formalidades de la ley, en el comerciante D. Francisco Quintero, para que procediera á la formacion de los inventarios y demás del caso, conducente á la cuerda civil conforme á derecho en la prosecucion de trámites separados de aquella pesquiza terminada con el mandato de que quedaran en la casa los cadáveres de D. Joaquin Dongo y de D. Nicolás Lanuza, sepultados la tarde del siguiente dia en la capilla del Rosario del convento de Santo Domingo, y que los demás fuesen conducidos á la Real Cárcel de Corte conforme al dictámen del magistrado, cuya actividad le hizo retirarse, con su comitiva, para su despacho, abandonando la casa del crímen, y continuando en aquel todo lo que demandaba la necesidad del descubrimiento inmediato de los autores de aquellos homicidios.

Imposible trasladar al papel las impresiones de sorpresa, de dolor y de indignacion que en los habitantes todos de la ciudad, en las clases todas de la sociedad, imprimió el retablo de cadáveres que hasta el número de 9, sobre tablas y escaleras, seguido uno á uno fueron sacados de la casa de Cordobanes y conducidos á la Cárcel de Corte.

El impulso de la multitud, débil al principio de aquel retablo funerario, se aumentó de tal modo en la línea de calles que tuvo que atravesar hasta rendir llegando al punto designado por el juez, adquirió tales propor-

ciones de número, que la fuerza armada apénas bastaba para contener aquel concurso del cual los comentarios, los invectivas, las adulteraciones y los cuentos le daban tan distinto colorido, le regalaban tantos episodios, le atribuian tantas intenciones, que en tan corto trayecto, la verdad habia sido adulterada de tal manera que sus mismos autores la habrian desconocido á pesar de la conciencia de sus propios hechos.

—Desde que tengo uso de razon, querido Alegato, decia uno de los alguaciles á su compañero, con el rostro desencajado, la mirada extraviada y el espanto impreso en su fisonomía, jamás he oido ni visto lo que hoy han oido mis orejas y visto mis ojos.

—¡Cállate, cállate querido Interrogatorio! que de horror estoy espeluznado, y más lo estaré esta noche cuando pretenda dormir y me encuentre rodeado de todos estos cuyos cráneos despedazados y cuyas medias caras no quiero volver á ver, porque..... porque me dan más miedo que el que me causa mi suegra enojada. ¡Chist, chist!

CAPITULO VIII.

Vanas pesquizas.

Estamos en una reducida estancia, en un gabinete de cuya primera ojeada se adquiere la certidumbre de que es un departamento destinado al desempeño de los trabajos de una misma naturaleza.

Un grande armario ocupa totalmente uno de los lienzos de sus cuatro paredes repleto de libros, pergaminos in folio, tratados diversos y gran número de obras que en su totalidad enseñan pertenecer á la ciencia jurídica para la aplicacion de las leyes en todos los casos que se presenten al giro de sus respectivos negocios. Al frente opuesto se mira un bufete, madera de cedro, carpeta de paño verde, escribanía de plata con todas sus piezas

con su correspondiente campanilla y regular dotacion de plumas de ave. Expedientes, cuadernos, papeles y otros manuscritos se encuentran á uno y otro de su extremos, y á su pié un gran sillon patriarcal, demostrando el asiento del jurisconsulto que allí desempeña la mision de su ciencia. A la izquierda del bufete se ve otra mesa sobre la cual trabajan dos hombres en el oficio de escribientes y en la que abundan en mayor número volúmenes de papel, con sus correspondientes carátulas, anunciando cada una de ellas el pleito, la causa, las pruebas ó los testimonios que en sus respectivas fojas encierra cada una de ellas.

Intermedia entre una y otra escribania se encuentra una vidriera que dá salida á un corredor y frente á esta otra igual de comunicacion para las habitaciones interiores: tal es el despacho del juez de letras, D. Agustin de Emparan y Orbe, á quien hemos acompañado en sus primeras diligencias en la casa del crímen de la calle de Cordobanes y al que tornamos de nuevo encontrándole en su asiento, al frente de su bufete, y en la prosecucion activísima de sus disposiciones, proveidos y demás que cree oportuno para alcanzar el descubrimiento, la luz que guie, el indicio que señale, la casualidad que haga brotar la más ligera sospecha para encontrar uno solo de los hilos de aquella horrible trama, de aquel horroroso cuadro que acaba de presenciar y que aún le tiene impresionado, como lo revela el conjunto de su

fisonomía, la expresion de su mirada, y aun la vehemencia de sus palabras.

Tras algunos minutos de perplejidad, de indecision y de duda, nuestro magistrado consulta la esfera de su relox.

—Las diez y media de la mañana, murmura. Buena es la hora, y aun cuando no lo fuera, el caso no es para detenerse ante consideraciones cuya pérdida de tiempo pueda acarrear demora alguna en el cumplimiento de mis deseos; además, segun se deja presumir de sus primeros pasos en los diez dias que lleva de inaugurado su gobierno, es hombre de una actividad sin ejemplo, de una perspicacia profunda y de una energía que á juzgar por sus mandatos y la manera de hacerlo, son sus rasgos más característicos.

No nos tache de lo contrario, ya que por fortuna tan bien armonizan con nuestra naturaleza semejantes dotes.

Y el magistrado despues de dictar las órdenes que en el tiempo de su ausencia de aquel despacho debieran ejecutarse, tomando su sombrero y baston y embozándose en su capa, salió de allí rumbo al palacio de los vireyes, á donde llegando hasta la habitacion inmediata á la residencia del virey Revillagigedo fué recibido en ella por el secretario particular de aquel alto personaje, conocedor ya en aquellos momentos del sangriento episodio del crimen espantoso cuyos asesinatos habian conmovido tan hondamente á los ha-

bitantes todos de la ciudad. Era el personaje que nuevamente acabamos de iniciar el letrado D. Francisco Primo de Verdad y Ramos uno de los hombres más aptos, más capaces y más activos entre los de su época. Severísimo de costumbres, era enemigo nato de toda licencia, de toda inmoralidad, enemigo acérrimo de los vicios y juez inflexible para los vagos y criminales. Su práctica, como acreditado jurisconsulto, unida á las dotes de un talento natural prodigioso, hacian de él en la carrera del foro una de sus más brillantes lumbreras. Conocedor á fondo de la sociedad mexicana, poseia con perfeccion sus cualidades meritorias, sus propios instintos, sus tendencias, sus inclinaciones, sus defectos, sus flaquezas, y como consecuencia rectamente lógica en razon de su ejercicio de abogado, sus maldades y sus crímenes.

Bastaba detener la mirada sobre su rostro para encontrar en él, á pesar de la seriedad característica de su expresion, la de la probidad y la honradez que eran su norma. En las clases elevadas de su círculo era uno de sus más bellos ornatos; su frente ancha y despejada rendia testimonio de su vasta capacidad: la visual de sus ojos era intensa, profunda, investigadora con la propiedad de imponer; y aunque los lábios de su boca rara vez se plegaban para producir una sonrisa, no obstante, en su trato era atento, cortés y hasta afable con aquellos con quienes en el desempeño de su mision existia un

trato continuado: tales son los rasgos más prominentes de este personaje, al que no sin razon le señala la historia como una de las primeras víctimas de nuestra independencia sucumbiendo en los asesinatos del Arzobispado de México años más adelante acaecidos, y el mismo que con el tesoro de conocimientos que poseia y en el importante cargo desempeñado cerca del gobernante Revillagigedo, contribuyó muy eficazmente al mejoramiento de la ciudad, y al acertado gobierno de aquel que supo dejar recuerdos que harán imperecedera su memoria.

—Señor secretario, murmuró el juez inclinándose al dejar caer el embozo de su capa para extender la mano, concluyendo con estas palabras: En los años que llevo de ejercer la magistratura, no habia tenido motivos de emocion y repugnancia como los que me han impresionado en esta mañana.

—Son en efecto, contestó el letrado secretario estrechando la mano del alcalde en manifestacion recíproca de saludo. Son esos episodios tales como se han hecho circular hasta aquí.

—Horrorosos, aseveró el alcalde. Se conoce que los asesinos estaban poseidos de un espíritu tan sanguinario que solo la carnicería y la matanza pudo satisfacer sus feroces instintos. El cuadro que ofrecia aquella casa, además del pavor que inspiraba todo ella sembrada de cadáveres por todas partes y al paso de sus habitaciones parecia respirarse una atmósfera impregnada

de sangre, como si en efecto se estuviese en las inmediaciones de aquel líquido caliente. No exajeraria asegurando al señor secretario, que deseaba abreviar cuanto ántes la terminacion de aquel incidente para abandonar aquel recinto.

—Debe haberos impresionado, agregó el secretario Verdad, un crímen tan horripilante, segun los rumores de su relato.

—¡Oh! ¡oh! como pocos, añadió el alcalde. ¿Y S. E. tiene ya conocimiento del caso?

—El excelentísimo señor virey se encuentra disgustado profundamente con que en los primeros momentos de la inauguracion de su gobierno se registre crímen tan odioso.

—En efecto: debe serle en extremo desagradable y á fé, á fé que la razon abunda en demasía para la indignacion y el disgusto. ¡Si tuvierais la bondad de mandarme anunciar!

—Yo mismo lo haré.

—¡Oh no! eso seria el exceso de la bondad de vuestro natural carácter.

—De ninguna manera, señor juez. Tengo que dar cuenta con el expediente que habeis encontrado en mis manos y al hacerlo presentaré con gusto vuestra solicitud de audiencia.

—Gracias, mil gracias. Y si no me tacharais de abusivo ó de curioso por demás, os preguntaria: ¿Tan

temprano despacha S. E. el virey, que andais ya con expedientes para recoger el acuerdo?

—¡Oh, señor juez! La Nueva España ni ha tenido, ni tendrá jamás al frente de su administracion un gobernante más activo, más laborioso ni dotado de mejores intenciones, que las que en tan pocos dias de su gobierno me ha hecho conocer. No creo que juzgareis apasionado mi fallo, puesto que os es constante la naturaleza de mi carácter independiente y austero y si formo tal juicio y si lo emito con tal franqueza consiste en la frecuencia inmediata de su trato que me proporciona ese conocimiento, y en las disposiciones todas que lo revelan tal como lo he juzgado.

—Con efecto, afirmó el alcalde, la ciudad entera comienza á sentir la actividad á que no estaba acostumbrada en todos sus ramos. Ya veis; juzgando solo el de policía, el movimiento que ha sabido imprimirle, y en verdad que nada más propio para el decoro del mismo gobierno que esas disposiciones, arrojando fuera del interior del palacio todas esas vendimias, todos esos motivos de aglomeracion de pueblo con su desnudez casi absoluta, sus costumbres licenciosas, su lenguaje, sus inmoralidades y todo lo que le es propio á la canalla; así como el despejo de la plaza mayor, destruyendo esas barracas inmundas, ese comercio de verduras y todo ese foco repugnante que atrae el merodeo de tantos animales, que ocasiona tantas discordias y que da una idea

muy triste del estado de cultura en que nos encontramos. Despejada la plaza será otra cosa, y si se lleva á término el proyecto de cegar la acequia que la atraviesa será otra mejora concordante con todas las que....

—Ya vereis, ya vereis, dijo el secretario interrumpiendo el elogio del alcalde. Sobre el memorandun que lleva siempre consigo y que he tenido oportunidad de ver, registra en sus páginas un plan vastísimo de administracion en el que parecen competir rivalizando todos sus ramos, y en el que no se sabe qué admirar más, si la precision con que todos ellos se encuentran marcados, ó la perspicacia con que han sido comprendidos en tan reducido número de dias como el que cuenta al frente de su gobierno; pero tened la bondad de tomar asiento que regreso al momento con el acuerdo de vuestra solicitud.

El alcalde obedeciendo, ocupó uno de los asientos inmediatos á la mesa de despacho del secretario. Este atravesó la estancia y en el extremo opuesto desapareció tras el gran cortinaje de tripe de lana carmesí, tela de lujo en su época que ocultaba la puerta de comunicacion con la siguiente estancia.

—No, pues el virey, murmuró el alcalde, á pesar de su actividad no hará que la mia le vaya en zaga. Ni su indignacion, ni su interes, ni su empeño rebajarán un ápice mi conducta en el cumplimiento de mi deber sobre asuntos cuyas peripecias prometen gran celebridad en

la estadística criminal de esta corte. Pero el Lic. Verdad anda listo, si es él quien de nuevo agita el lienzo de ese cortinaje.

Y el alcalde suspendió su monólogo fijando sus miradas en el sitio que acabára de indicar.

Con efecto, el secretario apareció allí sosteniendo la cortina que levantó con la mano izquierda miéntras con la derecha indicó á su interlocutor el paso expedito, al mismo tiempo que sus lábios articularon en alta voz:

—El Excelentísimo Señor virey espera vuestra presencia.

El alcalde atravesó la estancia, hizo una demostracion de cortesía al secretario en los momentos de su paso cerca de aquel y desapareció tras la cortina que cayó á su espalda.

El licenciado Verdad adelantó al frente de su mesa entregándose de nuevo á los trabajos propios de su mision, que momentaneamente habian sido interrumpidos.

El alcalde de Corte D. Agustin de Emparan y Orbe, avanzó en la habitacion á que habia sido invitado, hasta dos pasos ántes de llegar á una mesa cubierta de papeles que indicaban los trabajos sobre ellos sostenidos por el personaje que en su correspondiente sillon demostraba ocuparse con toda asiduidad de lo que aquellos encerraban.

—Dios guarde á S. E. el Sr. Virey, murmuró el alcalde haciendo una profunda inclinacion de cabeza.

—Venga con su señoría, contestó Revillagigedo con. trayendo ligeramente el entrecejo, suspendiendo sus trabajos y dejando caer una mirada sobre la fisonomía del alcalde para recorrer en seguida la personalidad del magistrado y terminar: Os habeis anticipado á mis deseos presentandoos en palacio en estos momentos en que deseo conocer los incidentes que hayais recogido al cumplir vuestro ministerio en el odioso crímen de que se me ha dado cuenta y que con tanta justicia ha producido la alarma y la indignacion de las clases todas de la sociedad.

—Muy escasos son todavía, agregó el alcalde inclinándose de nuevo, los alcances adquiridos por la justicia en sus primeras diligencias, para satisfacer la indicacion que he tenido la honra de escuchar de los lábios de S. E. La justicia no ha encontrado en aquella casa mas que cadáveres hasta el número de once, una arca violentada, roperos y cofres descerrajados, y por todas partes la evidencia de un robo que asciende á 23,000 y pico de pesos, segun dicho de un dependiente, única persona que se ha salvado de aquella carniceria, debido á la casualidad de no haber pasado la noche en ella. Ni el más ligero indicio, ni la más leve sospecha brota de las primeras actuaciones para encontrar motivo alguno que guie con acierto á descubrir el paradero de los asesinos. La justicia no tiene, al abrir tan odioso proceso, ni el más ligero ripio de luz que pueda condu-

cirla con éxito: todo es tinieblas, todo horror y todo sangre; pero no desespera de llegar á su natural dominio para satisfacer á la vindicta pública, rindiendo al mismo tiempo irrecusable testimonio de la celosa actividad del gobierno de V. E.

—¿En qué consisten, interrogó Revillagigedo, los incidentes con que su señoría el alcalde me indica ha dado principio al cumplimiento de su ministerio para encabezar ese proceso?

—Los referiré á S. E. desde los momentos de llegar á las puertas exteriores del recinto en que se cometieron los crímenes.

Y el alcalde relató minuciosa y pormenorizadamente los actos todos de su visita judicial en la casa de Dongo, conocidos de nuestros lectores, hasta los momentos de la solicitud de audiencia á que acaba de ser admitido, siguiendo á sus últimas palabras las del virey en los siguientes términos:

—Descansando en la notoria pericia de vuestros conocimientos en el ramo de que tan acertadamente estais encargado, y que tan satisfactoriamente desempeñais, creo inútil toda recomendacion de mi parte, haciendo presente al magistrado el interes personal que me inspira, así como el de mi gobierno, la satisfaccion que se debe á los fueros de la justicia, á la sociedad ultrajada y al buen nombre de que en los tribunales de la corte disfrutais.

—S. E. el señor virey, dijo el alcalde inclinándose ligeramente, me dispensa honra á que le estoy agradecido.

—Creo no haceros gracia, agregó Revillagigedo, y mis actos os demostrarán que soy hombre que acostumbro hacer justicia.

—S. E. el señor virey puede estar seguro de los afectos sinceros de mi reconocimiento.

—Como os he dicho y repito, añadió el virey, á vuestra actividad se unirá la actividad de mi gobierno; á vuestras pesquizas, á vuestros recursos, á vuestros intentos, y á cuanto sea conducente al fin propuesto, la más eficaz cooperacion para facilitaros todo lo que creais necesario al resultado del objeto principal de la justicia.

Las esperanzas de S. E. con auxiliares tan poderosos, dijo el alcalde, no serán defraudadas.

—Ahora mismo voy á dar mis órdenes en el sentido que acabo de indicaros.

Y Revillagigedo hizo una inclinacion de cabeza, demostrando con esto que la entrevista habia terminado.

—Dios guarde á S. E., balbutió el alcalde inclinándose á su vez, para retirarse en seguida de aquella estancia y despues de despedirse del secretario Primo de Verdad y Ramos abandonar el palacio, atravesar las calles que le separaban de su casa, y llegando á esta ocupar su asiento al frente de su bufete para entregarse

de nuevo á los trabajos que habia interrumpido con motivo de la entrevista en que acabamos de acompañarles.

Una hora despues, la actividad del alcalde se hacia constar por la actividad de los ministros, corchetes y demás agentes de la justicia, conduciendo citas, comunicaciones y órdenes que desde luego hicieron sentir sus efectos, no solo en el despacho del magistrado, sino aun fuera de él y en los puntos á que se habia dirigido, sin olvidar las correspondientes cordilleras por caminos extraviados, instrucciones á los alcaldes foraneos para la aprehension de toda persona sospechosa, á todos las garitas de la ciudad con igual objeto, oficiando al capitan de la Acordada para la solicitud de los que pudieran resultar complicados, requiriendo de los médicos, cirujanos las noticias de los heridos que hubiesen curado; de los hospitales la de los mismos que hubiesen entrado, de los mesones la de los huéspedes que en aquella noche se hubiesen alojado, su procedencia y destino; de los cuarteles, la de los dragones que hubiesen faltado; á las platerias con la muestra de las hevillas tomada su semejanza y tamaño por el rastro marcado en los zapatos de Dongo por si las presentasen en venta ó avaluo; al Parian y Baratillo con el mismo objeto y á todos los parajes públicos, diversiones, juego de trucos, comercio en general, vinaterías y cuanto era posible de producir algun indicio, alguna luz cápaz de hacer efectivas tan redobladas pesquizas. Y miéntras el ir y ve-

nir, las entradas y salidas, las rectificaciones, las aclaraciones y cuanto se venia eslabolando con el plan desarrollado por el alcalde, este laboriosísimo magistrado recibiendo declaraciones de los vecinos á la casa del suceso, de los vecinos del barrio de Tenexpa, á donde apareció el coche, repitiendo interrogatorios, examinando testigos, y no cesando en sus fatigas hasta que la extincion de la luz del dia vino á poner término á ellas sin haber conseguido otra cosa que trabajos infructuosos, vanas pesquizas.

Al siguiente, y á pesar de ser domingo, como resultado de los trabajos del dia anterior, los vecinos de las calles de Santa Catalina Martir y barrio de Santa Ana comparecieron á declarar sobre el tránsito de un carruaje, que aseguraron haber sentido en las altas horas de la noche de verificado el suceso, así como tambien se procedió al exámen de los amoladores por las armas que hubiesen afilado; cateando diversas casas, registrando accesorias sospechosas, estableciendo rondas, ocurriendo á los empeños y no dejando, en fin, nada de que pudiera presumirse favorable resultado; pero miéntras más actividad, miéntras mas diligencias, más confusion, más sombras, más misterios, y por consiguiente, inútiles esfuerzos, vanas pesquizas.

—A no estar pasando por mis ojos, murmuraba el alcalde con acento en que se traslucia el estado moral de aquellos momentos en su ánimo, á no estar palpan-

do con mis propias manos lo que pasa en este malhadado incidente, á no estar satisfecho de que se ejecutan fielmente todas mis órdenes, no creeria, en verdad, en resultado tan infructuoso, en producido tan estéril. Nunca, en la carrera de la magistratura que tanto tiempo he desempeñado habia tropezado en ese mar de confusiones en que me encuentro. Toda mi zagacidad, todo mi celo es inútil. ¡Todas mis pesquizas son vanas!

CAPITULO IX.

Cada cual á lo suyo.

Miéntras pasaban los acontecimientos que dejamos referidos, otros tenian lugar al mismo tiempo que aquellos se verificaban y como todos concurren al conjunto de su totalidad, vamos ahora á ocuparnos de los que la accion de nuestra obra demanda en sus respectivas y variadas escenas.

Estamos, pues, en la mañana del sábado, y en los momentos en que la procesion de cadáveres sacados de la casa de Dongo, con direccion á la cárcel de Córte han producido esa grita, esa indignacion que se advierte por todas partes y en todos los círculos.

—¡Horror, horror! decia un jóven cuyo cerrado acento y las expresiones de su lenguaje, hacian constar la

uacionalidad á que pertenecia, dirigiéndose al grupo de individuos que hablaban en una calle y al que se acercaba á formar parte. ¡Horror! ¿no saben VV. lo que pasa?

—Ni pisca, contestó uno de los del grupo.

—¿Qué es lo que pasa? interrogó otro concluyendo refiriéndose al que llegaba con sus exclamaciones, ya verán VV. con lo que nos va saliendo el galleguito. ¡Veamos! ¿qué es lo que pasa? ¡Decid!

—¡Saliendo eh! repitió el señalado con el nombre de gallego. Pues lo que pasa es una cosa que llenará de espanto vuestra alma como la de todos los que han sabido el caso. Se trata de los asesinatos de la casa de Dongo.

—¡Cómo! de la casa de Dongo! exclamaron simultáneamente cada uno de los circunstantes expresando gravísimo espanto. ¡Asesinatos! ¿pues cuántos han sido?

—Ni más ni ménos que once personas, añadió el gallego. Desde el mismo D. Joaquin hasta el último de sus criados.

—¡Caracoles! Y qué causa es la que ha motivado semejante mortandad?

—¡Toma! ¡pues la causa está bien clara! y el gallego prosiguió. El robo, el robo, y nada más que el robo. Y pardiez que han metido la mano hasta el codo. Han descerrajado roperos, cofres, y qué sé yo que más; pero

lo bueno ha estado en el almacen fracturando las cajas y llevándose dos ó tres veintenas de millares de duros.

—¡Ca hombre! exclamó uno de los oyentes, eso no es posible creerlo, ni como se habian de llevar cantidad tan fuerte.

—Pues no lo creais y buen provecho, yo las vendo como me las vendieron, pero lo que sí llama mi atencion es que ninguno de vosotros tres sepais nada de un suceso que de boca en boca ha recorrido toda la ciudad.

—En efecto, dijo uno de los aludidos, yo no he sabido nada hasta estos momentos.

—Yo tampoco, agregó el segundo, con nadie he hablado ántes de nuestro encuentro.

—Yo he hablado, dijo el tercero, con D. José Ramos Garrido hará una hora al pagarle 50 pesos de una libranzita mia que tenia en su poder, pero ni una palabra me ha dicho del caso.

—Garrido el administrador de la vinatería de la esquina de Plateros y la Alcaicería? preguntó el gallego.

—El mismo, sí señor.

—Pues es extraño, insistió el autor de la noticia, porque en casa de comercio de tanta actividad no debia hablarse de otra cosa.

—Sin embargo, afirmó el que habia tratado de libranza, nada más cierto, aunque tal vez no tuvo tiempo para nada, porque como yo me estaba mudando ropa limpia, no hize más que recoger mi documento, entregarle su

dinero y despedirle cortesmente, como me despido de vosotros, porque mis negocios me llaman á otra parte. Con que caballeros: cada cual en su casa y Dios en la de todos.

Y este individuo despues de estrechar las manos de aquellos de quienes se despedia, emprendió su camino atravesando diversas calles hasta llegar á la Acordada, entrar al interior de este edificio y venir á detenerse á la alcaidia demostrando gran confianza á la par que familiaridad con el capitan de aquella prision y con los empleados de aquella oficina.

—Nos cayó á cuestas la casa, dijo uno de aquellos en los momentos de entrar allí nuestro individuo.

—Más que la casa es lo que ha caido hoy sobre todo el mundo, contestó aquel prosiguiendo: Patitiesos vais á quedaros, como se ha quedado la ciudad entera, cuando sepais la terrible nueva que ha pasado anoche y que vengo á comunicaros.

—Siempre D. Felipe María de Aldama y Bustamente produciendo emociones, observó el capitan al estrechar la mano que por saludo le tendiera el nombrado. Veamos, veamos la causa de ese asombro anunciado con ese asombro terrífico, con ese preámbulo y con esa mímica digna del más consumado cómico.

—Burlaos, burlaos cuanto querais capitan, añadió Aldama, pero lo cierto es que vais á espeluznaros de

espanto, como á mí se me erizó el cabello cuando escuchó la relacion de semejante noticia.

—Desembuchad, desembuchad pronto, pidió el capitan, que soy hombre que no me gustan misterios. Ya lo sabeis.

—Pues buena estaba la cosa para andar con misterios, capitan. Voy al grano. La ciudad entera está conmovida, los habitantes todos espantados y la justicia perpleja. En la calle de Cordobanes número 13 se ha cometido un gran robo, perpetrándose once asesinatos, desde el dueño de la casa D. Joaquin Dongo hasta el último de sus sirvientes.

—¡Canario! exclamó el capitan con entonacion vigorosa, ¡once muertos, eh!

—¡Horror, horror! gritó uno de los escribientes.

—¡Puf, puf! añadió otro de aquellos, ¡once víctimas!

—¿Y los bandidos están en poder de la justicia? interrogó el capitan.

—¡Ca hombre! contestó Aldama, ¿pues no habeis oido que la justicia está perpleja? ¡Qué poder de la justicia ni qué ocho cuartos! ¡Pues habian de ser tontos para dejar modo de que se les echára la garra!

—Decid, decid lo que sepais; pero esperad un momento que á mí es á quien buscan. Vuelvo al instante.

Y el capitan salió de la alcaidía.

—Miéntras viene el jefe, contadnos, contadnos lo que

*

sepa D. Felipe de Aldama, dijo uno de los empleados manifestando impaciente curiosidad. Os escuchamos.

—Se cuenta el caso de diversos modos; pero la realidad es la misma.

Y Aldama pronunciaba sus primeras palabras satisfaciendo los deseos de sus oyentes, cuando regresándo el capitan con paso violento y con unos papeles en las manos le interrumpió con las siguientes palabras:

—Dejad, dejad eso para despues, que esto se me recomienda de urgentísimo. Y dirigiéndose á los escribientes prosiguió: Andad listos, que la órden que recibo en estos momentos tiene que escribirse tantas veces cuantas garitas existen en la corte. Y tres plumas no son bastantes para el apremio con que se me excita.

—Si quereis usar de la mia, dijo Aldama, podeis disponer de ella.

—Sí, sí quiero, articuló el capitan, que la recomendacion del Sr. juez D. Agustin de Emparan y Orbe, que en lo particular me hace, compromete más la actividad con que debo desempeñar la mision de mi encargo. Escribid, escribid y el último llevará la voz.

Aldama ocupó un asiento al frente de una de las carpetas de aquella oficina, tomó papel, una pluma, y con una sangre fria admirable, y con una tranquilidad perfecta, escribió como los demás empleados, el dictado del capitan, que era nada ménos que órdenes á las ga-

ritas para la aprehension de todo transeunte ó persona sospechosa, solicitando con aquella medida el descubrimiento de los asesinos de la casa de Dongo.

Dejemos á nuestro personaje escribiendo de su puño y letra la órden fulminada en su contra requiriendo el aseguramiento de su persona y socios, para ocuparnos de otros incidentes verificados al mismo tiempo que el ocupado en los que acabamos de hacer constar, y desde luego será fijándonos en un individuo á quien su propio lenguaje nos releva de pronunciar su nombre, y por el que será conocido de nuestros lectores.

—Por algun tiempo me creo libre, decia saliendo de una accesoria de la calle de Mesones á la vez que hacia prender de su cuello una cadena de acero que aseguraba un relox con sus correspondientes sellos colgantes y que depositaba en el bolsillo, siguiendo su marcha apresurada. Por algun tiempo estoy libre de volver á caer en manos de este viejo maldito, al que no sé qué presentimiento secreto ó qué agüero inexplicable me hace presumir que hemos de andar á las vueltas y que en ellas le he de cortar la lengua. Sí, este viejo impio no merece sino que le saque los ojos, le corte las orejas, le separe la mano de su tronco, y mutilado así, le proporcione alimentos para que prolongando su existencia, satisfaga con sus tormentos algo de los tormentos que como á mí ha hecho padecer con su rapiña, con la usura, con su latrocinio á todos los infelices que han tenido la desgracia de caer

en sus manos. ¡Oh! y lo que es maestria para esos tajos diagonales sobra á mi brazo. Prueba de ello el viejo del entresuelo á quien el filo del machete separó del todo la diestra de sus manos. ¡Canario! ni el tablajero más maestro en su oficio divide un hueso de esta manera. Ni una astilla, ni la más ligera desbocadura presentaba la separacion de aquel puño cortado al parecer por los finísimos dientes de una sierra inglesa, demostrándose hasta la médula perfectamente rebanada como lo observé con la vela que sostenia mi mano izquierda al examinar el rostro de aquel, por si algun aliento vital advertido demandaba la necesidad de descargar nuevo golpe. Prueba tambien los dos dedos de la mano siniestra que como deshoje de alcachofa volaron á un lado del cuerpo de Dongo á quien pertenecieron, y prueba, por último, la cabeza del perico á gran distancia y el aleteo de su tronco al ser dividido. ¡Hasta el perico! ¡Já, já! ¡Oh! ese maldito loro me jugó una broma cuyo chasco fué bien pesado. Aún resuenan en mis oidos aquellas palabras: ¡Allá lo verán VV.! Y en aquellos instantes, y en aquella situacion, á la verdad que no sé todavía lo que pasó por mi cerebro! Mis piés quedaron como enclavados sobre el pavimento, la mirada de mis ojos se extravió, los miembros de mi cuerpo experimentaron una flojedad increible, mis sentidos se turbaron y á no haber sido tan rápida la reaccion ¡quién sabe! Aldama estaba pálido como un di-

funto, y tal vez la expresion de mi fisonomía no dejaria de completar aquel cuadro; pero todo ha pasado y si he de ser franco el resultado no me tiene muy satisfecho. Un trabajo como ese no está bien remunerado con la miseria de ocho mil duros escasos que me corresponden. Debemos comenzar á preparar el camino para que esas dos partes que se alejan de nosotros no lo hagan más que temporalmente, para regresar, como espero, á mi poder. La de Aldama será la más difícil, porque al fin este es un zorro de cuenta, cuya astucia demanda mayor astucia, sin embargo, no hay que perder las esperanzas. La de Blanco será la mejor breva que me he soplado en mi vida. A este sandio despues de ganar su confianza, para que la suya quede depositada en mi poder, no habrá más que explotar esos amores, esa pasion que tiene por su manceba, y con solo esto es cosa hecha. ¡Las mujeres tienen tantos caprichos! ¡Son tan aficionadas al baile, á los convites, á los.....! ¡Quién sabe! Ya, ya, veremos! Pero hénos aquí en el término de nuestro viage.

Y Quintero se detenia en la puerta de entrada al corral situado en el Puente de Solano, á donde otra vez le acompañamos, y á donde un hombre de la clase del pueblo, aunque de ropage bastante elevado en su época, le salió al encuentro hablándole en los siguientes términos:

—Si ocho dias más se pasan sin que se hubiese deja-

do caer por aquí su merced el Sr. Quintero, sin duda que la jaca pasaba á poder de otro dueño.

—Pero como ya vine por acá, contestó Quintero, tal cosa no llegará á suceder. Probablemente tal cosa me dice el tio Resabido por aquello de..... de..... Y Quintero apoyando las llemas de los dedos índice y pulgar hizo un movimiento significativo agregando: ¿No es verdad?

—Así me gusta la gente, dijo el tio Resabido, cada dia que pasa es una nueva raya para mí, y como ya son tantas, y como la pastura cada dia está más cara ya verá su merced como tendré el corazon.

—No sé qué tenga que hacer el corazon con la paja y el grano de mi caballería.

—Pues yo sí, señor, que miéntras más dias pasan más recio me hace tum, tum, tum, temiendo que llegue aquel en que.....

—Veamos, pues, interrumpió Quintero, ¿cuánto es lo que importan hasta hoy esos forrages?

—Con el pienso de esta mañana y la pastura de esta noche, debe el Sr. Quintero 18 pesos 6 reales, ni más ni ménos.

—¡Canario! Ni saumado vale el penco esa cantidad.

—No los valdrá, señor; pero el caso es que se los ha comido y de ello puede ser testigo él mismo, segun las carnes en que se encuentra y los brios que ha tomado. A la simple vista está la verdad de lo que acabo de de-

cir. Vamos adentro y el Sr. Quintero se convencerá por sus propios ojos.

—No hombre, me basta lo que acabais de decirme y tan cierto es así, que aparad la mano.

El tio Resabido, en efecto, extendió la mano y Quintero puso en ella peso á peso hasta 19 agregando: Esos dos reales que debeis darme vueltos son para que á mi nombre echeis un trago. Ahora vamos á otra cosa.

—Su merced puede mandar como guste, dijo el tio Resabido cuyos ojos brillaron de alegría en presencia de la plata que tenia en sus manos y de la que aún quedaba en la de Quintero.

—Es necesario, agregó este, arreglar un fandango mucho mejor que el de la casa de la tia Conchuda.

—¡Ah, señor! Si por no ver que luego empiezan los piques y las rivalidades de las muchachas, y de aquí las cuchilladas y los celos, y sobre todo, que el fandango de la tia Conchudita solo en músicos, candelas y licores, se gastaron 30 pesos, con que ya su merced calculará.

—Eso no importa, tio Resabido, y si se logra reunir á la gente de rumbo, si la francachela corresponde á mis deseos, es decir, si entre esa gente se encuentra cierta moza, nada le hace gastar los mismos 30 pesos y hasta 10 duros más.

—¡Cierta moza dice su merced!

—Sí hombre. La misma del zapateado que ocasionó

la cuestion entre el tendero del Parian y el maestro sastre del Seminario.

—¡Ah, ah! su merced habla de la Petenera.

—Precisamente, precisamente.

—Pues con razon está dispuesto su merced, á que la bolsa se afloje un poco. ¡La Petenera! No es mala la piedra con que su merced quiere darse en los dientes; pero quien sabe si mi querida sobrina estará en disposicion de divertirse.

—¡Vuestra sobrina! dijo Quintero con marcado acento de admiracion.

—Ni más ni ménos, señor caballero.

—¡Ah! pues no sabia nada; que ha saberlo nada hubiera dicho.

—No, no hay de qué arrepentirse, señor, que al cabo su merced y mi sobrina tambien son parientes.

—¡Parientes decis!

—Primos hermanos, nada ménos.

—Pues no os entiendo.

—¿Cómo me llamais á mí, señor caballero?

—El tio Resabido.

—Luego, si yo digo que sois mi sobrino, no digo más que la verdad.

—¿Y de esa naturaleza es vuestro parentezco con la Petenera?

—Sin duda, señor, ella tambien me dice tio Resabido;

con que ya veis si tengo razon de consideraros primito en mi parentezco.

—Dejemos de bromas, tio Resabido, y vamos al grano.

—Vamos, señor; pero no sin advertiros ántes que esa moza no luce ni reluce si no tiene ántes algo que le alumbre ó que le relumbre, como bien habrá comprendido su merced.

—Ya, hombre. Todo lo alcanza el dinero.

—¡Pues señor! con dinero baila el perro.

—Justamente: la cuestion es tanto y más cuanto; pero yo soy hombre que cuando se trata de divertirse nada me importa el dinero, y esta noche lo gastaré con gusto si se consigue mi objeto; con que vamos á vuestro cuarto para que arreglándolo todo de la manera más conveniente quede todo en órden y dispuesto para que esta noche no haya otra cosa que hacer más que fandango, bailar y divertirse.

—El que pita grita, señor caballero. Vamos pues á mi cuarto, que si su merced pita á gusto de mi sobrina le podrá gritar á su gusto, y de los dos gustos cada cual tomará la parte que le corresponda á cada uno, y V. y la Petenera quedarán contentos, como yo y como todos, por cuanto á vos que es lo que á cada uno le importa.

—Pues andando, que el tiempo vuela, concluyó Quintero siguiendo los pasos de su interlocutor para desapa-

recer ambos tras la puerta de entrada al aposento á que se dirigieron.

Abandonemos, pues, á nuestro personaje dejándolo entregado á las disposiciones que nos ha indicado para la realizacion de su pensamiento en el futuro fandango que arregla, y sigamos á Blanco inmediatamente á su salida de la casa de Aldama á donde, como nos consta, pasó la noche, y despues de detenerse un instante en la vinata de la esquina de Plateros y Alcaicería cambiando algunas palabras con el encargado de aquella casa de comercio, seguir su marcha hasta la plazuela de Juan Carbonero, y la habitacion interior inmediata á la de Manuela en que otra vez hemos concurrido.

—Se me vuelve el alma al cuerpo, tales fueron sus primeras palabras al entrar al aposento que hemos señalado, dirigiéndose á una de las personas que en él se encontraban, al mismo tiempo que estendia la mano para saludar, agregando:

—Creí que ya no estarian en casa, querida Rosa.

—Media hora más que hubierais tardado seguramente sucede. Sentaos.

Y Rosa vino á uno de los rincones de la estancia y dio en la pared dos golpes de una manera particular, los cuales produjeron su efecto.

—Qué impaciente estás, dijo Manuela entrando al cuarto para quedar sorprendida con la presencia de Blanco.

—No soy yo, contestó Rosa, sino él que creia no encontrarnos ya aquí.

—Te pesa seguramente, ¿no es verdad? articuló Blanco atrayendo hácia sí el cuerpo de Manuela á la vez que enlazaba la cintura de esta con uno de sus brazos.

—Tanto como á tí, respondió Manuela, brillando de alegría su pupila al mismo tiempo que sus lábios dibujaban una sonrisa. No te esperaba querido Joaquin.

—Yo sí tenia pensado verte, aunque á decir verdad, esa condenada bata, esos malditos borceguíes me quitan la mitad del placer que me causa llegar á tu compañía. Ya te he dicho que una y otra cosa debes alejarlas de mi vista, debes tirarlas.

—Siempre lo mismo, murmuró Manuela con acento de enfado, ya te he dicho yo tambien que no puedo tirar lo que á costa de tanto trabajo he adquirido.

—Pues nada más á eso vengo, porque no tienes una idea, Manuela mia, de lo que me encocoran ambas cosas, y para que me des gusto, aquí tienes..... ven, sientate aquí, cerca, más cerca de mí. Aquí tienes con qué comprarte borceguíes que sabiendo que á mi me cuesta serás con ello, como siempre, la reina de mi corazon.

—¿Pero qué es esto? exclamó Manuela recibiendo en ambas manos el dinero que Blanco depositára en ellas.

—Cuarenta pesos, cuarenta pesos vida mia, para que como siempre me des gusto en todo lo que me cuadra.

—¿Pero te has vuelto millonario? ¿Has heredado? ¿Eres dueño de alguna mina? y el acento de Manuela armonizaba con la irradiacion de alegría de que era possida en aquellos momentos.

—Vaya niña, dijo Rosa terciando, que te vas á tratar á cuerpo de Rey. Cuando menos Joaquin se ha sacado el premio gordo de la lotería. Me alegro, me alegro; pero las albricias.

—Muy que sí: aquí las tienes de buena voluntad.

Y Blanco puso en las manos de Rosa diez pesos.

—Gracias, Joaquin, mil gracias, exclamó esta expresando contento.

—¿Deveras te has sacado la lotería Joaquin? interrogó Manuela para continuar inmediatamente: Lo que que siento es que no sé cómo poder disfrutar esto porque mi tia de seguro que no pasa por el regalo.

—¡Tu tia, tu tia! murmuró Blanco con acento de terror, ¡qué fatalidad la del significado de esa palabra pa-mi suerte ó mi estrella. ¡Tu tia! Siempre el obstáculo, siempre la dificultad, siempre el intermedio entre tu cariño y mi felicidad. ¡Mi tia! ¡Oh, oh! Mi tia, siempre el censor de mi condueta, el espía de mis pasos, el verdugo de mis dias. ¡Tu tia! ¡Mi tia! ¡Ojalá y tal parentezco no existiera en el mundo, ó cuando ménos que fuera de distinta especie de la que son nuestras tias. Por la mia tengo que separarme de tí en estos momentos.

—¿Tan pronto, querido Joaquin?

—Sí, Manuela mia. Anoche no se ha quedado en casa y necesito verla ahora mismo, porque me tiene promovida una querella que deseo arreglar, lo cual conseguido me facilitará los medios de vivir con alguna independencia para que seamos yo para tí y tú sola de tu Joaquin que tanto te quiere. Con que te compras lo que te cuadre más para cuadrarme á mí, y hasta la noche.

—¿Pero tan pronto te vas?

—Esperate siquiera la media hora de costumbre, añadió Rosa.

—No, no puede ser, y por cierto que no es por falta de voluntad, dijo Blanco abrazando de nuevo a Manuela y poniéndose en pié para concluir: De aquí al Salto del Agua existe gran distancia, y si no llego á tiempo no sé qué va á hacer la bruja de mí tia con un falso que me ha levantado y cuya querella me puede causar grandes disgustos: conque hasta la noche, Manuela mia, que volveré á tus brazos. Adios Rosa.

Y Blanco despues de estrechar las manos de ambas, abandonó el aposento, salió para la calle y con paso rápido emprendió su marcha siguiendo rumbo al que nos ha indicado su conversacion de despedida.

—Como princesa te vas á poner Manuela, habló Rosa á su amiga luego que quedaron solas. Te está lloviendo en tu milpita.

—Algo te toca á tí del agua que me cae.

—Pero eso no quita que estés mamando á dos carrillos. ¡Pobre Joaquin! si supiera lo de anoche seria capaz de cometer una barbaridad ó de rajarle el alma, como dice, al moscon que te has encontrado.

—Mira, Rosa, no hables así que el que te oiga puede creer que ese diablo de gallo con espolones se encuentra favorecido por mí.

—Pues hija mia, el que sepa que nos encontramos en convites como el de anoche, que vea cómo te camela, que oiga el entusiasmo de sus brindis, que advierta cómo se le cae la baba y cómo se le ponen los ojos al mirarte, basta para que diga que en esa plaza de seguro hay toros. ¡Já, já! ¡Vaya un señor baron con sus vuelos y volados! Mucho me temo que el dia ménos pensado mi amiga Manuela se convierte en la señora baronesa de Alcolea. ¡Já, já! y en todas estas danzas, el pícaro de Narciso danzando y dándome apretoncitos de mano de una manera significativa. No podemos quejarnos de la suerte, querida amiga, que se nos ha venido encima un par de galanteadores, que ni llovidos del cielo: solo que al mio aún no le conozco título. Quiera Dios que siquiera sea vizconde, para que entre la baronesa y la vizcondesa el nivel sea perfecto. ¡Já, já!

—Envidio tu buen humor, Rosa.

—Pero y cómo no, hija, si para ello nos sobra motivo. Anda, anda acaba de alistarte que el buen dia me-

terlo en casa. Al Parian y á comprar con lo que te has de poner más maja, segun tu querido Joaquin.

—Pues vuelvo al momento.

Y Manuela abandonó la estancia para regresar á su habitacion.

Un cuarto de hora despues las dos amigas emprendian camino tomando rumbo con direccion al centro de la ciudad.

Miéntras pasaba lo que acabamos de referir, la agitacion producida por los asesinatos de la casa de Dongo aumentaba rápidámente y de tal manera que para nadie eran desconocidos. El espanto general parecia haberse reconcentrado en la fisonomía de un individuo que embozado en su capa y á paso violento, salia de la plaza mayor para las calles de la Monterilla, siguiendo hasta la de Alfaro, entrando á la casa de Margarita y deteniéndose en la sala y en presencia de esta á la que dijo con la mayor agitacion:

—Vengo casi muerto de espanto, Margarita. Desde Dongo hasta el último de sus criados han sido asesinados anoche.

—¡Cómo! ¡qué decis! y Margarita expresó en su acento la impresion que debia producirle aquella noticia, ¿es verdad lo que habeis dicho?

—Ojalá y no lo fuera: escuchad lo que me han contado y todo lo que he visto.

Y Narciso relató los diversos episodios que sobre

aquellos crímenes circulaban en el pueblo, acreditando la existencia de nueve cadáveres expuestos en la cárcel de Corte y que con sus propios ojos acabára de mirar.

—Es decir, balbuceó Margarita, que si María se ha encontrado en la misma casa le toca la misma suerte y ¡pobre niña!

—Seguramente, afirmó Narciso, pero lo que me pone ahora en gran conflicto es que si los pasos de la justicia descubren ahora su paradero, puede resultarnos alguna complicacion, y miéntras nuestra inocencia se aclara tendremos que andar en contestaciones y disgustos.

Margarita reflexionó algunos momentos, Narciso imitó aquel silencio, interrumpido por aquella diciendo:

—Miéntras vemos cómo se presentan las cosas es preciso encerrarse en una reserva completa. Recojed cuantas noticias podais sobre tal suceso, informaos bien de cuanto vaya ocurriendo y ponedme al tanto de ello para determinar lo que sea más prudente.

—Quien habia de pensar, dijo Narciso, que miéntras la escena que pasábamos anoche se habia de cometer tan horrible crímen. ¿Y María?

—¡Pobre niña! exclamó Margarita, la afabilidad de su carácter, la bondad de sus sentimientos, su resignacion y su obediencia ciega á mis más lijeras indicaciones han ganado mi voluntad y con ella el cariño que le profeso. Ha creido la historia que le he contado y la

esperanza que de ella surge la tiene perfectamente tranquila.

—Ese crímen horroroso viene á destruir la que yo habia concebido.

—Nada podemos decir aún que no sea aventurado. Id, id á recoger noticias para que me informeis esta tarde.

Narciso despues de despedirse abandonó aquella casa.

—Si vendrá alguna complicacion á entorpecer nuestra obra, y Margarita apoyando la frente sobre el dorso de la mano derecha quedó entregada á la meditacion de sus propios pensamientos.

CAPITULO X.

De balcon á balcon tras la vidriera.

Es de noche.

Estamos en una habitacion en la que la simple mirada al abarcar su conjunto, encuentra el contraste que en ella ofrecen ciertos pormenores. Lo primero que llama la atencion es la profusa claridad que la ilumina desprendiéndose esta de dos candelabros de á ocho brazos que con igual número de bujías de esperma, descansan sobre la superficie de una mesa colocada en el centro cubierta por manteles de una blancura deslumbradora y en las que cuatro cubiertos señalan el sitio que deberán ocupar las cuatro personas que saboreando los manjares allí expuestos harán el número para quienes

aquello parece haber sido preparado. El servicio de porcelana blanca con filos de oro, la brillantez del cristal en copas y vasos, el aparato céntrico de repostería francesa que sirve de adorno, y todas las demás circunstancias que anexas constituyen el todo, son el contraste ántes ameritado, la antítesis perfecta con la humildad del menaje, un canapé con asiento de tule, sillas madera pintada, dos rinconeras idem y algunos otros objetos de igual clase y de la propia naturaleza. Una puerta de comunicacion que conduce á una alcoba se encuentra en un lienzo de pared, línea recta á otra que ocupa el extremo opuesto. Frente á la mesa existe un balcon cuya vidriera se encuentra de par en par abierta, el cual mira para la calle, de la que apénas se eleva poco más de tres varas, á consecuencia de la disposicion arquitectónica del edificio, y por cuyo espacio la ráfaga de claridad que se escapa ilumina el trayecto de calle que alcanza para establecer un nuevo contraste entre el resplandor de aquel foco y la lóbrega oscuridad de la noche, en cuyas sombras parecen hallarse envueltas las fachadas de todas las casas.

En la acera opuesta y rectamente al balcon de la estancia que dejamos descrita queda otro balcon con muy corta diferencia de superioridad en la altura y bastante á dominar desde él lo que pase en el interior del aposento iluminado, contrastando igualmente como la noche con la que armoniza en la densidad y tinieblas en que se mira

confundido. Su vidriera hérmeticamente cerrada y la oscuridad interior persuadirian á la ausencia total de sér viviente alguno como morador de aquel recinto, si no lo desmintiese la existencia del cortinaje blanco pegado á lo cristales por la parte de adentro de aquel maderamen.

Ocupémonos ahora, despues de la pequeña descripcion que acabamos de hacer en el sitio en que deben verificarse las escenas á que concurrimos, en los personajes que tomarán parte en su desempeño, y desde luego nos haremos cargo de él, familiarizándonos con la conversacion que sostienen, y lo que cada uno de ellos ejecuta.

—Pues no, no estoy conforme con el principio que acabais de sentar, dijo un individuo á otro de su propio género, que ocupando las cabeceras de un canapé, tenian á su lado y en el centro á su correspondiente dama. No estoy conforme, querido Narciso, y si no que lo diga Manuela.

—Que lo diga en buena hora, contestó Narciso, yo siempre sostendré que lo muy repetido por bueno que sea enfada.

—Sin duda, afirmó Manuela, y la prueba es que el dulce más de lo regular empalaga. Esto mismo debe haberos sucedido alguna vez Mauricio.

—Distingo, distingo querida Manuela. Si tomo un cuchillo y recortando el dulce pretendo dar fin al platon de una sentada, concedo; pero si en cada comida

tomo lo que debo tomar de ese dulce, cada una de esas veces será un nuevo motivo de gustó para mi paladar.

—El señor baron dice muy bien y soy de su misma opinion, dijo la otra dama.

—Me alegro, me alegro que Rosa participe de mi sentir; y solo una cosa voy á reprenderle.

—A mí, señor baron?

—A vos misma, y precisamente porque no perdonais ocasion para aplicarme el título. ¡Señor baron! ¡El señor baron! Llamadme Mauricio y esto es mucho mejor.

—Qué quereis, señor baron, insistió Rosa, soy tan aficionada á los títulos, me gustan tanto, me suena tan bonito al oido, que ya no veo la hora de poder decir á Manuela ¡la señora baronesa! ¡mi amiga la baronesa de Alcolea!

—¡Já, já, já! Pues no tiene mal gusto la chica, dijo Narciso riendo, y si he de ser franco, á la verdad que los títulos me importan á mí poca cosa.

—Pues á mí no, y creo que de mi gusto es la misma Manuela y el señor baron. Eso de que le llamen á uno la duquesita, la marquesita, ó cosa semejante debe ser muy bonito. ¿Qué dices de esto Manuela?

—Que para mí, contestó la interrogada, el título y el no título me es indiferente.

—¡Ah, bribona! eso me lo dices porque ya estás en la vía de alcanzar ese título. ¿No es verdad, señor baron?

—De Manuela depende, respondió aquel; pero llamadme Mauricio, es mejor Mauricio simplemente.

—Diria entónces que no estais muy conforme con lo que acaba de decir sobre los títulos.

—Enteramente de acuerdo con vuestro gusto y con vuestro dicho; pero entre nosotros nada debe haber contrario á la intimidad, al cariño de nuestro trato: con que así, dadme gusto con la enmienda.

—Como prueba de ella estais servido, Mauricio.

—¡Así, así! ¡Muy bien! ¡Así me gusta!

—Y á mí más, añadió Narciso, nada de abolengos, ni de pergaminos, ni de esas paparruchas que en buena ley no sirven más que para hacer más soberbia la hinchada magnificencia de muchos tontos que por haber nacido bajo la influencia de la insana fortuna se consideran de superior especie á la de la comunidad á la que pertenecemos todos los hombres. Y esto, bien sabeis que no lo digo por vos, Mauricio, que me conoceis bien, como conoceis mis principios; pero que nos cante algo Manuela para que inmediatamente pasemos á la mesa, que en mi estómago se va pasando la hora y esos manjares esperan nuestra aprobacion.

—Magnífica idea, dijo Mauricio aprobando.

—Si se consultára mi gusto, objetó Manuela, diria que dejaramos el canto para un poco más tarde.

—Vuestro gusto es un precepto que importa una ley, querida Manuela, se apresuró á decir Mauricio, cantad cuando os plazca.

—Yo tambien creo, opinó Rosa, que el canto es más

expresivo despues de uno de esos brindis en que tanto se entusiasma Mauricio.

—Pues á la mesa, dijo este poniéndose en pié.

—A la mesa repitió Narciso, á la mesa, y abandonando á su vez el asiento que ocupaba avanzó hasta el balcon á donde, como si quisiera reconocer el estado de la temperatura, dirigió sus miradas en todas direcciones para fijarlas con alguna insistencia sobre la vidriera del balcon del frente, concluyendo al retirarse para regresar al lado de sus interlocutores: La noche está tan serena y la atmósfera tan apasible que creo conveniente dejar la vidriera abierta para que no nos sofoque el calor de tanta bujía.

—Así haremos, articuló Mauricio, si ese parecer merece la aprobacion de estas damas.

—A mí me es indiferente, balbuceó Rosa.

—A mí todo lo que es calor me molesta, añadió Manuela, es tan grato el fresco!

—Pues que todo sea frescor para que todo os sea grato. Y Mauricio indicó la colocacion de cada cual en en la mesa quedando Manuela á su derecha y con la espalda para el balcon, á su frente Narciso y á su izquierda Rosa.

Hemos dicho que la habitacion á que pertenecia el balcon de la acera del frente estaba envuelta entre las sombras de oscuridad profundísima persuadiendo á la ausencia total de sér viviente alguno en aquel recinto,

y sin embargo, la mirada de Narciso al fijarse sobre aquellos cristales, creyó distinguir á favor de la reflectacion que producia la luz de su estancia que el cortinaje se movió como si su presencia al examinar el estado de la noche hubiese sido efecto productor de la retirada de alguien que desde allí observára lo que estaba pasando entre los personajes que tenemos reunidos. Era así: tras aquella vidriera y tras aquella cortina se encontraba una mujer disfrutando de la ventaja que le ofrecia la oscuridad total en que se hallaba para ver sin ser vista, satisfaciendo á su sabor, bien la simple curiosidad, bien el cumplimiento de sus designios secretos, puesto que al retirarse Narciso del balcon para ocupar su asiento en la mesa, tornó á levantar la cortina y á clavar sus miradas con tenacidad incansable sobre nuestros comensales, repitiendo de intervalo á intervalo la aplicacion del oido á uno de los intersticios de la madera, para recoger algunas palabras de aquellos, que la entonacion en que eran pronunciadas y el silencio absoluto de la noche le permitian recojer distintamente, y de cuyo sentido brotaba de aquel corazon un torrente tal de emociones, de contrariedades y de sufrimientos, que á la luz de que se ocultaba aquella fisonomía hubiera sido retrato fiel del horrible combate que sostenia al permanecer en aquel puesto. Planteada así la situacion de ambos, tornemos á la mesa y á nuestros personajes.

—Vaya niña, decia Rosa á su amiga, que Mauricio tiene razon al recomendarte este plato.

—En efecto: es muy apetitoso, contestó Manuela saboreando con placer el bocado que aún conservaba en la boca.

—No sé, en verdad, dijo Narciso, si dar mi aprobacion á la trucha, por su naturaleza solamente ó por la manera con que está condimentada.

—Las dos cosas lo merecen, afirmó Mauricio, la trucha es un bocado exquisito, y tal como está acredita al cocinero.

—Bien merece un trago, observó Narciso escanciando las copas que todos empuñaron.

—A vuestra salud, dijo Mauricio chocando su cristal con el de Manuela, y á que la felicidad os inunde de tal modo, que desbordándose de vuestro sér, la sembreis como flores en vuestro camino, produciendo aromas que de felicidad embriaguen al que posea la dicha de alentar la atmósfera que respireis.

—A la vuestra, contestó Manuela.

—Bien, hombre, muy bien, aplaudió Narciso, estais inspirado. ¡Caspita, que no os creia encumbrandoos á la altura de los poetas.

—Por lo que acaba de decir Mauricio, añadió Rosa imitando el ejemplo de sus compañeros en el choque del cristal y apurando, como ellos, hasta la última gota del líquido que aquel contenia.

—Pues fresco estoy yo, rectificó Narciso, con la lecioncita que acaba de darme mi amigo, el baron de Alcolea. ¡Qué voy á deciros yo, querida Rosa, cuando todo soy tan prosaico junto á esos perfumes, y á esos ambientes, y á esas flores, y á ese arrullo en que Mauricio parece embriagarse. Seguro es que si yo pretendo deciros algo producirá el efecto que el del asno, inmediatamente á los trinos del ruiseñor.

—Eso puede consistir, observó Mauricio, en que no os inflamais en las miradas de Rosa, como yo que me derrito en la calcinadora pupila de mi querida Manuela.

—Vaya si no, hombre, y tanto que, ¡escanciad, escanciad y á brindar! Y Narciso despues de mirar al techo, de quedarse suspenso algunos minutos, de clavar tenazmente la visual sobre Rosa, y de sonreir dijo: Por el brillo de vuestros ojos más rutilantes para mi cariño, que los luceros del cielo en noche oscura.

—¡Bravo, Narciso! que tambien á vos inspira el amor.

—Gracias, dijo Rosa.

—Muy bien, añadió Manuela, si he de decir verdad, son VV. un par que entendiéndose bien, puestos cada uno en el platillo de una balanza el fiel se volveria loco ántes de inclinarse á favor de uno solo; pero si he de ser franca, este vino no es de lo más grato á mi paladar.

—No sé en qué pueda consistir, articuló Maurício porque su calidad es suprema y corresponde á los alimentos que estamos tomando.

—Prefiero el que hemos tomado la otra tarde.

—Con razon, agregó Rosa, si el dulcesito de aquel se resbala que da gusto.

—Ya, ya llegaremos á vuestro favorito cuando sea tiempo, dijo Narciso, estamos en azados y por consiguiente poco nos falta para los postres: allí nos veremos.

—Ni pechugas de ángeles que me dieran tomaria ya, afirmó Manuela.

—Con razon, querida amiga, si despues de once platillos es humanamente imposible comer más. Hago mia tu resolucion.

—Qué disparate, habló Mauricio, que sirvan, que sirvan los postres. Vamos á las confituras, vengan esos vinos generosos, y á beber y á brindar, que todo esto se resbala prodigiosamente, ensanchando el corazon, deleitando el paladar y disponiendo el ánimo para las espansiones del alma, alentando vida cerca del alma de la mujer á quien se adora.

—Sí, sí, los postres y los brindis: ese buen moscatel para estas damas, pidió Narciso, que la pupila de mi amigo el baron anuncia que se nos está poniendo de temple.

Inmediatamente á la doble indicacion de ambos amigos la decoracion de la mesa fué otra como otro su servicio en porcelana y cristal, abundante repostería, frutas, pastas, postres, vinos, dulces, etc., etc., y cuanto en su época completaba la más imperiosa exigencia.

—Aquí, aquí está lo bueno, observó Narciso aludiendo á una botella de moscatel, de cuyo vino sirvió en las copas de las damas invitándolas á tomar.

—Este es el nuestro, contestaron ellas simultaneamente. Manuela concluyó dirigiéndose á Mauricio: Con este sí brindo. ¡Acompañadme!

—De mil amores, ¡vida mia! respondió Mauricio, pero ¡es tan dulce ese vino! que me vais á permitirme lo mezcle con algo que neutralice su naturaleza: haré la union de él con catalan para que resulte casamiento: sí porque ya sabeis que yo me quiero casar. Así, así, casaditos los dos líquidos como precediendo á nuestro casamiento. Proponed, proponed. Y Mauricio presentó su copa á Manuela.

—¡A vuestra salud! dijo esta chocando el cristal.

—A la vuestra. ¡Prenda idolatrada mia, y á nuestro casamiento!

—¡Bravo! ¡perfectamente! aplaudió Narciso.

—Vaya si tenia yo razon en presagiarte un título, niña, dijo Rosa, en perspectiva ya puedes titularte la señora baronesa de Alcolea.

—Puede serlo efectiva, como lo es ya en mi corazon.

—Gracias, gracias Mauricio.

—Pero ¿no tomais de esta pasta? Mirad que está muy apetitosa.

—Nada, nada puedo tomar más sin esponerme á una indisposicion, y Manuela hizo á un lado el plato que tenia delante.

—Me pasa lo mismo, agregó Rosa, reconociendo como debo la magnificencia del convite con que Mauricio se ha servido obsequiarnos.

—Nunca la estirpe del baron de Alcolea, se portaria de manera que no fuese haciendo resaltar la dignidad de su raza. Y Mauricio dió á estas palabras una entonacion pronunciada de enfático orgullo.

—¡Cabal, muy bien dicho! Y Narciso aplaudió riendo irónicamente á la vez que guiñaba un ojo á Manuela como signo de inteligencia.

—No estoy ménos agradecida yo, ni reconozco ménos la amabilidad de Mauricio.

—Con solo esas palabras, querida Manuela, basta á la satisfaccion de mi orgullo. Pero tomad, tomad de esta clema que bien merece la aprobacion de vuestros lábios y despues de ella otra copa de vuestro vino favorito.

—No, no es posible, y si insistis me imposibilitais para cantar.

—Entónces no, ¡querida Manuela! Nada que me prive de la melodía de vuestros acentos. ¡Cantad, cantad que vuestra voz de sirena me atrae hácia vos fascinándome, como me fascinan los hechizos de vuestra brillante hermosura, como me rinden esclavo las miradas de vuestros lindos ojos. ¡Cantad! Y para que quedemos á beneplácito cumplido, que despejen los criados dejando todo esto en tal estado y á vuestra disposicion para que de ello hagais lo que más os plazca. Y Mauricio, des-

pues de cumplida su indicacion agregó: Ahora sí ¡querida Manuela! música que alegre mi alma, acentos que estremezcan mi corazon, y los destellos de vuestros ojos innundándome de la felicidad que en mi sér infiltran vuestras miradas. ¡Cantad! cantad por favor!

Hubo algunos instantes de silencio.

La dama que espiaba desde el balcon del frente perdia pocas palabras y nada se escapaba á la penetracion de su mirada.

Los acordes de la guitarra interrumpieron aquel silencio, siguiendo á los primeros compases la entonacion melodiosa, la cadencia incisiva del cantar de Manuela, cuyos finales eran otros tantos trofeos de repetidos aplausos alternados con la repeticion de las copas, los dichos picantes, las agudezas y todo lo que era propio de aquella situacion sostenida por los vapores del vinos que si no estaban desarrollados en la plenitud de su imperio sí ejercian gran influencia en la alegría de los ánimos esencialmente en Mauricio como el más excitado de nuestros circunstantes y el cual en uno de los arranques de entusiasmo nervioso, arrancado por el sentido de una de aquellas coplas, tomando una de las manos de Manuela la llevó con precipitacion á los lábios; pero ántes de imprimir en ella el beso que creia saborear, aquella mano desapareció de entre las suyas.

—¡Zape, señor baron! que ya otra vez os he dicho lo mismo.

—¡Manuela, Manuela! balbuceó Mauricio.

—Me parece, señor baron, que intentais pareceros á los niños malcriados, que piden licencia despues de haber hecho lo que se les tenia prohibido, pero tambien os he dicho que soy mujer caprichosa, y me ocurre ahora el capricho de permitiros, y Manuela dibujó en sus lábios una sonrisa enloquecedora y sus pupilas languidecieron de una manera indescriptible á la vez que con un acento de que ella sola era capaz, repitió: de permitiros que en mi mano, entendedlo bien, en mi mano nada más uno, dos y tres besos.

—¡Manuela, Manuela mia! y Mauricio apoderándose de la mano que aquella le tendiera, estampó en ella con increible estrépito los tres ósculos cuyo permiso acaba de serle otorgado: ¡Manuela, Manuela, la sangre se enardece hasta calcinar las venas por donde circula: la cabeza parece que se me va y el corazon arroja hasta mis lábios estas palabras: ¡Te amo Manuela! ¡Te amo con una fuerza que hasta hoy por ninguna mujer, jamás habia sentido!

Un golpe seco, pero estridente, resonó en aquel momento, como respondiendo á las últimas palabras de Mauricio: era la cabeza de la dama que espiaba tras la vidriera del balcon del frente, dando con ella un terrible porrazo sobre el maderamen del marco al mismo tiempo que con acento entrecortado por la cólera, sus lábios vertian estas palabras:

—¡Basta, basta! Era precisamente lo que necesitaba ver, lo que necesitaba escuchar. Siempre el mismo, siempre arrastrándose á los piés de una meretriz que cambia caricias, que finge halagos á trueque de un puñado de oro. ¡Infame! Esto, esto era lo que me faltaba presenciar para que de este corazon mandria huyera hasta el último resto de cobardía que algunas veces parecia suspender mi resolucion. Nada, nada hará variar su culpable conducta para conmigo: nada detendrá ya la obra de mi venganza.

Algunos instantes despues de aquel monólogo, un terrible puertazo resonaba interrumpiendo el silencio de la noche. Una mujer de ropaje negro y confundiéndose entre las sombras de la oscuridad, atraviesa de la mitad de la calle del Hospicio de San Nicolás para el callejon de Santa Inés en cuya esquina se encuentra situado un coche, cuyo auriga al aparecer la dama abre la portezuela de aquel, ocupa esta su interior y dice al mismo tiempo:

—¡A casa!

El rodar del vehículo interrumpe de nuevo el silencio atronando el espacio de su tránsito hasta la calle de Alfaro en que se detiene á la puerta de entrada para la casa de Margarita.

Esta se apea del coche, da unas monedas de plata al cochero que parte inmediatamente, y entra en su habitacion, cuya puerta girando sobre sus goznes se cierra á

sus espaldas. En aquellos momentos los relojes de los edificios públicos marcaban las nueve y media de la noche; de la misma noche á que han hecho referencia en el capítulo anterir, Manuela con Rosa sobre las escenas á que acabamos de concurrir, y Narciso y Margarita sobre los asesinatos de la casa de la calle de Cordobanes.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DEL TOMO PRIMERO.

Prologo.

CAPS.		PÁGS.
I	Una alborada matutina en despoblado.....	5
II	Doña Rosa.....	20
III	Toros y cañas.....	32
IV	Los proscritos.....	55
V	Adopcion.....	71

LIBRO PRIMERO.

El drama en el escenario del mundo.

I	Situacion del telar.....	83
II	Hilos sueltos.....	90
III	Lobos y corderos.....	103
IV	Los dos y las dos.....	115
V	Un pasado en cuatro palabras.....	131
IV	Uno de ellos.....	148
VII	Otro de ellos.....	159
VIII	El tercero de ellos.....	170
IX	El palenque.....	180
X	El manuscrito.....	197
XI	Tras una pista.....	208
XII	Una fecha histórica.....	222

LIBRO SEGUNDO.

El aliento del crimen.

CAPS.		PÁGS
I	Resoluciones	237
II	Apetito no me arrastres	248
III	Hé aquí mi mano	263
IV	Red de pescar	280
V	El iman y el acero	296
VI	La casa del crímen	309
VII	Exploracion	320
VIII	Sobre la vía	333
IX	El ensayo	348
X	Para embaucar, las mujeres	362
XI	Tras una quimera	380
XII	La ronda nocturna	395

LIBRO TERCERO.

Consumacion.

I	La jaula sin ave	407
II	El ave en la jaula	418
III	La noche del viérnes 23 de Octubre de 1789	429
IV	Continúa la noche del viérnes 23	444
V	Finaliza la noche del viérnes 23	458
VI	Un dragon, un coche, unas albricias	473
VII	La justicia en accion	486
VIII	Vanas pesquizas	504
IX	Cada cual á lo suyo	519
X	De balcon á balcon tras la vidriera	540